



Universitat Autònoma de Barcelona

ADVERTIMENT. L'accés als continguts d'aquesta tesi queda condicionat a l'acceptació de les condicions d'ús establertes per la següent llicència Creative Commons:  http://cat.creativecommons.org/?page_id=184

ADVERTENCIA. El acceso a los contenidos de esta tesis queda condicionado a la aceptación de las condiciones de uso establecidas por la siguiente licencia Creative Commons:  <http://es.creativecommons.org/blog/licencias/>

WARNING. The access to the contents of this doctoral thesis it is limited to the acceptance of the use conditions set by the following Creative Commons license:  <https://creativecommons.org/licenses/?lang=en>

Universidad Autónoma de Barcelona
Departamento de Antropología Social y Cultural
Doctorado en Antropología Social y Cultural

**Palabras, imágenes, cosas: sentidos de pertenencia y
vínculos transnacionales en inmigrados/as chilenos/as en
Barcelona, España, a partir de la cultura material visual.**

Andrea Pequeño Bueno

Dirección: Jorge Grau Rebollo y Dan Rodríguez-García

Tesis de doctorado en Antropología social y cultural

2017

“Lo que soy es un formidable carácter”
(Manuela Sáenz)

Índice

Listado de Fotografías	V
Listado de Figuras	VI
Listado de Gráficos	VI
Listado de Tablas	VI
Agradecimientos	1
Resumen	3
Capítulo 1. Introducción	7
1.1 Antecedentes	7
1.1.1 Trayectoria de la investigación	7
1.1.2 Puntos de partida	11
1.1.3 Migración y uniones binacionales en España y Cataluña	14
1.1.4 Población chilena en España y Cataluña	16
1.2 Objetivos de la investigación	19
1.2.1 General	19
1.2.2 Específicos	19
1.3 Metodología	21
1.3.1 Delimitación del universo de estudio y la unidad de análisis	22
1.3.2 El trabajo de campo. Los primeros pasos	24
Los contactos	24
La conformación de la muestra	27
1.3.3 El trabajo de campo. Técnica de recolección de información y descripción del proceso	32
Las entrevistas	33
Elicitación de información. El espacio habitado. Objetos e imágenes	35
Elicitación de información. La historia visual sobre sí mismos/as	38
La Observación participante y el Cuaderno de campo	38
1.3.4 Técnicas de procesamiento y análisis de información	39
Procesamiento de las entrevistas	39
Procesamiento de las imágenes	40
1.3.5 Organización, sistematización y análisis del material	41
1.4 Ser mujer chilena e inmigrante. Ser investigadora de la intimidad. Cuestiones éticas y reflexiones derivadas del trabajo de campo	43

1.5 Limitaciones de la investigación	48
1.6 Estructura de la tesis	50
Capítulo 2. Discusión Teórica	53
2.1 El parentesco en el contexto de las migraciones internacionales. Las uniones binacionales	54
2.1.1 Las alianzas. Las normas endogámicas /exogámicas	55
2.1.2 El peso del género y del país de origen	59
2.1.3 Vínculos transnacionales. Los lazos familiares a la distancia	63
2.2 Migración y cultura material-visual. Algunas aproximaciones	67
2.2.1 Lugar y sentido de pertenencia	67
2.2.2 Hacer hogar: objetos e imágenes en el espacio doméstico	69
2.2.3 Fotografía y migración. Prácticas y sentidos	73
Fotografías dispuestas en el espacio doméstico	73
Imágenes circuladas	76
La historia familiar. El álbum fotográfico	79
Las imágenes en el contexto de desarrollo de las TIC	83
2.3 De la pertinencia de un énfasis en las mujeres	86
Capítulo 3. Trayectorias migratorias, conformación de pareja y vínculos familiares en inmigrados/as chilenos/as en Barcelona	89
3.1 Proyectos migratorios y conformación de la pareja binacional	90
3.1.1 Las historias	90
Migrar por estudios y cambiar de planes	90
Graciela y Blanca. Migrar por amor	94
Carmen. Migrar por trabajo	95
3.1.2 Conformación de la pareja	95
Edades	99
Pertenencia social. Nivel socio-educativo	100
3.2 Ser y hacer pareja binacional	103
3.2.1 Ser cónyuge inmigrado/a	103
3.2.2 Vida en pareja. Los ajustes, las negociaciones	106
El idioma	106
Insertarse. El mundo laboral	108
Tener un/a hijo/a	111
3.2.3 Vínculos transnacionales	116
Comunicación a distancia	116
Los viajes	120
3.3 Recapitulación	121

Capítulo 4. Procesos identitarios y lazos familiares a través de la cultura material y visual	127
4.1 Vehículos de identidad	128
4.1.1 La comida: prácticas y sentidos	128
4.1.2 Hablar en chileno	131
4.2 El espacio habitado. La presencia de la cultura material visual	132
4.2.1 Los objetos y las imágenes	133
La casa de José. Un lugar sin banderas	133
Francisca: Esta era la casa de él	136
4.3 La historia de Pedro como contrapunto	139
4.3.1 Trayectoria migratoria	139
4.3.2 Marcadores de identidad	141
Lo que no cambia. La cocina chilena	142
Las recuperaciones. La lengua y los lazos familiares	143
4.3.3 Objetos e imágenes	146
4.4 Recapitulación	150
Capítulo 5. Análisis de Casos	157
5.1 Graciela. Cuando las imágenes constituyen evidencia	157
5.1.1 Migrar. El álbum como testimonio	159
5.1.2 La casa. El sentido de las cosas	160
5.1.3 Decir, mostrar, callar	163
5.1.4 Recapitulación	167
5.2 Carmen. Lo importante es no olvidar las raíces	171
5.2.1 “Lo que hay en la casa es por recuerdos o para darle alegría”	172
5.2.2 La narrativa	174
Migrar... Yo no lo había pensado	174
“Me traje lo que era importante para mí”	175
La soledad, la nueva vida	180
Recordar. No olvidar las raíces	185
Vivir en pareja	189
5.2.3 Recapitulación	196
5.3 Blanca. Las fotografías viajan y uno va con ellas	199
5.3.1 Ir y venir con las imágenes	200
5.3.2 La historia visual de Blanca	206
Antes de llegar	206
Migrar	212
Formar familia...	218
Siempre conectada con Chile	220
Volver, estar	221
5.3.3 Recapitulación	223

Capítulo 6. Conclusiones	229
6.1. Trayectorias migratorias y conformación de la pareja binacional	231
6.2 Uniones binacionales. Relacionalidad familiar. El peso del país de origen y de la identidad de género	234
6.3 Uniones binacionales. Vida de pareja. País de origen, género y cultura material visual	239
6.4 Vínculos familiares transnacionales	242
6.5 Sentidos de pertenencia: la comida y la lengua	246
6.6 Sentido de pertenencia. El rol de la cultura material y visual. Objetos y fotografías	248
6.7 La memoria familiar genderizada	251
6.8 Mirando al futuro: sobre la emergencia de otros temas	254
Bibliografía	257
Anexos	271
Anexo 1. Información estadística. Población chilena residente en Cataluña	273
Anexo 2. Formulario de consentimiento para realización de entrevista	276
Anexo 3. Pauta de entrevistas	278
Anexo 4. Información Trabajo de campo	285

Listado de Fotografías

Fot. 1. Reunión familiar en Barcelona	128
Fot. 2. En la sala de Carla: usos horarios de los miembros de la pareja binacional	133
Fot. 3. La casa de José. Un lugar sin banderas	133
Fot. 4. <i>Collage</i> : los objetos trasladados de Chile por José	135
Fot. 5. Las piezas especiales para Francisca	136
Fot. 6. Las muñecas de infancia enviadas a Francisca por su madre	136
Fot. 7. La caja en el anaquel: el lugar de las imágenes impresas de Francisca	137
Fot. 8. Herencias y recuperaciones. Mesa lateral en la sala de Pedro	147
Fot. 9. La casa de Pedro: un lugar donde los detalles hacen la diferencia	148
Fot. 10.El álbum de matrimonio de Graciela	160
Fot. 11.Los novios: de la torta a la repisa de la sala	161
Fot. 12.El anaquel del escritorio	161
Fot. 13.“Mis niños”. El tesoro escondido del tríptico	161
Fot. 14.Vestigios de un perico amado	162
Fot. 15.En el anaquel del dormitorio	162
Fot. 16.La puesta en escena: una cocinera chilena	167
Fot. 17.La narrativa construida por Carmen	172
Fot. 18.La casa de Carmen, donde todo encuentra un lugar	174
Fot. 19.Carmen: “Este fue mi primer hogar”	178
Fot. 20.Carmen y Patricia: hacedoras de empanadas. El cariñito chileno	186
Fot. 21.Carmen y Francisco: Los gatitos	189
Fot. 22.La boda. La Portada de <i>Facebook</i> de Carmen	192
Fot. 23.El “rincón chileno de Blanca”	203
Fot. 24.El paseo a la cordillera	207
Fot. 25.El último retrato familiar	207
Fot. 26.Presentación de Jordi	209
Fot. 27.Vine a Barcelona, “para ver si era lo que me decían”	211
Fot. 28.La ceremonia civil	213
Fot. 29.Paseo de novios por Port Vell	213
Fot. 30.El álbum de matrimonio. La memoria oficial	213
Fot. 31.El álbum de Blanca: el otro álbum	214
Fot. 32.El retrato obligado de “ <i>huaso</i> chileno”	214
Fot. 33.La celebración de la boda en Chile	215
Fot. 34.”Mi primer cumpleaños sola”	215
Fot. 35.El primer Año nuevo	215
Fot. 36.Una cena familiar. La invitación de los cuñados	217
Fot. 37.Viaje a la playa en familia	217
Fot. 38.Mamá viene a ayudar	218
Fot. 39.El nacimiento de Ainoa: ya tengo a alguien	219
Fot. 40.La primera navidad de Ainoa	219
Fot. 41.Feliz cumpleaños desde Chile	220
Fot. 42.Ver a La Moreneta antes de viajar	220

Fot. 43. Bienvenida a Chile	221
Fot. 44. “Una foto en que esté mi papá”	221
Fot. 45. El bautizo de Ainoa	221
Fot. 46. Volver	221
Fot. 47. Despedida en el aeropuerto de Santiago	221
Fot. 48. “La familia es la que haces”	222
Fot. 49. “Listas para el partido de Chile”	222
Fot. 50. “En el Portal del ángel”	222
Fot. 51. La video llamada de Año nuevo	223

Listado de Figuras

Figura 1. Resumen de personas contactadas y entrevistadas y vía de contacto	26
Figura 2. Perfil inicial de características de los/as entrevistados/as, cónyuges o parejas y unión	29
Figura 3. Esquema resumen Narrativa visual de Blanca	225

Listado de Gráficos

Gráfico 1. Evolución del porcentaje de matrimonios binacionales. España y Cataluña	15
Gráfico 2. Evolución de la población de origen chileno residente en Catalunya, 2000-2016	19

Listado de Tablas

Tabla 1. Población registrada de 15 años y más casada o unida de origen chileno residente en el exterior, por Nivel de Escolaridad	17
Tabla 2. Población registrada de 15 años y más casada o unida de origen chileno residente en el exterior	18
Tabla 3. Población chilena residente en Cataluña, por sexo y tramos de edad, 2012	285
Tabla 4. Población chilena residente en Cataluña, por sexo y tramos de edad, 2016	286
Tabla 5. Evolución de la población total, extranjera y chilena residente en Cataluña, 2000-2016	287
Tabla 6. Perfil inicial de características de los/as entrevistados/as, cónyuges o parejas y unión	297
Tabla 7. Resumen de viajes desde país de residencia a país de origen y Resumen de visitas de familiares de cónyuge inmigrado desde país de origen a Barcelona, según datos entregados en entrevistas	299

Agradecimientos

Quiero partir estos agradecimientos con mi reconocimiento a Blanca, Carmen, Graciela, Francisca, Carolina, Carla, José y Pedro, y sus parejas, quienes, con corazón generoso, me abrieron las puertas de sus casas y compartieron conmigo parte de sus vidas.

Agradezco también, de modo especial, a mis directores de tesis, Jorge Grau Rebollo y Dan Rodríguez-García, por darme la confianza y el espacio para seguir mis inquietudes y construir mi propia investigación doctoral, así como por ser mi cable a tierra cuando, en mis divagaciones, volaba a los mundos posibles de otras muchas tesis. A Verena Stolcke y Williams Christian por sus dedicados comentarios en distintos momentos de mi trabajo y por darme la oportunidad -tan escasa en los tiempos que corren- de encontrarnos y reconocernos a escala humana. A Ana María Goetschel y Eduardo Kingman por el aliento y por esa maravillosa conversación sobre mi tesis en *Els Quatre Gats*. A Aurora González Echavarría, Montserrat Ventura, Anna Piella, Nadja Monnet, Pepi Soto, Montserrat Cluá y José Lluís Mateo, que, como parte de las Comisiones de Seguimiento Anual del Doctorado en Antropología Social y Cultural, contribuyeron a problematizar y enriquecer aspectos de mi investigación. A Jorge Núñez, por los numerosos momentos que dedicó a oírme y en que intercambiamos ideas, justo cuando sentía haber extraviado el rumbo. A Natalia Alonso Rey y Maite Marín, por los instantes compartidos y por sus estimulantes comentarios. Sus textos, al igual que los de María Cristina Carrillo, despertaron inquietudes y contribuyeron a ampliar mi mirada. A María Patricia Baeza, Francisca Bayre y Carmen Cares, por el apoyo constante y por posibilitarme espacios para la reflexión teórica y metodológica. A Andreina Torres, por la lectura atenta de una parte de mi trabajo y por sus acotaciones, siempre sugerentes y enriquecedores.

A Carolina Muñoz que, entre sus innumerables apoyos, asumió la gestión del depósito de mi tesis. A Roberto Morales, entre otras muchas cosas, por encargarse de la impresión del documento. A Oliver Carrasco, Viviana Campos y Sergi Sánchez, quienes, desde el cariño, se mostraron dispuestos a correr en mi ayuda

para estas mismas tareas. A Javiera Ríos por trabajar maravillosa e infatigablemente en la diagramación del documento. A Ignacio Reyes, por tenderme una mano en lo que fue un primer tratamiento de las imágenes. A Jeannette García, por luchar con *Word* intentando armar el Índice, cuando yo ya me había declarado derrotada en la pelea. A ella y Catalina Chamorro, les debo también el haberme cedido el espacio de sus casas, con sus gatitos Gastón y Alba, para algunas de mis jornadas de aislamiento tesístico.

Agradezco a mi familia, en su múltiples vertientes -biológica, adoptiva y política-, y en toda su extensión, por el profundo amor y los distintos apoyos. Especialmente a mis padres, Pilar y Rafael, a mis suegros, Carmen Luz y Marcelo; y a mi pareja, Marcelo Carrere, quien “migró por amor” para acompañarme en la aventura doctoral.

Quiero reconocer también a quienes hicieron parte de mi vida en Barcelona y con quienes construí una comunidad de afectos: Consuelo Gandara Opazo (“Conchita”), Antú Morales, Sandra Vera, Florencia del Castillo, Manuela Pérez, Isabel Aguilera, Nora Reyes, Gabriela Urizar, Carmen Xicara, Maca Suárez, Richard Guerrero, Carolina González, Margarita Camacho, Catalina Montenegro, Io Valls, Karla Themistanjioglus y Ginger. A Gabriel Inostroza, Monserrat Bravo, Salvador y Renata Inostroza, Maribel Almeida y Maritza Segura, por su compañía y cariño en Ecuador, España y Chile. A Graciela Suárez (“Chela”) y Carola, su pareja, y a Jean Louis y Sylvie Menegon por habernos acogido a Marcelo y a mí en Tolouse, donde escribí el primer artículo nacido de esta investigación. Finalmente, mencionar al Doctor Martínez Orozco que, con su frase –“Andrea, lo que usted tiene es un tango”-, le dio nombre a mi experiencia doctoral y migratoria en Barcelona.

Finalmente, agradecer al Programa de Capital Humano Avanzado de CONICYT, cuya beca me permitió concretar esta experiencia de formación académica y también de vida.

Resumen

Mi investigación doctoral explora los procesos identitarios y la experiencia familiar transnacional de inmigrantes chilenos/as que residen en unión mixta (binacional) en Barcelona, España. Y lo hace poniendo especial atención a la cultura material, y con énfasis en la fotografía.

Así, indago en las trayectorias de desplazamiento y de conformación de pareja, los factores que han dificultado o favorecido la unión y la vida en familia; los modos en que se relacionan las identidades de país de procedencia, nivel socio-profesional y género; los conflictos, cambios, negociaciones e hibridaciones que se han afrontado; los vínculos con el país, la cultura y la familia de origen y cómo operan estos. Mi acento está en tratar de entender el rol que juega la cultura material-visual en estas vivencias: Paralelamente, busco comprender cómo influye en estos procesos la pareja (su origen y características). Desde aquí, entonces, inquiero: ¿qué objetos e imágenes circulan, se trasladan y/o atesoran?, ¿qué usos y prácticas les envuelven?, ¿qué significados adquieren?, ¿cómo se vinculan estos con los sentidos de pertenencia, los lazos familiares y la eventual consciencia transnacional? ¿Cómo incide la pareja en todo ello?

Estas cuestiones adquieren especial relevancia en el contexto de los flujos migratorios de las últimas décadas y sus implicancias en los lazos de parentesco, entre ellas el aumento de uniones mixtas o binacionales. Estas tendencias han ido en paralelo al desarrollo de las Tecnologías de Información y Comunicación (TICs), las que jugarían un rol central para conectar y recrear vínculos familiares transnacionales. En esta tarea, la producción y circulación de fotografías cumpliría un papel preponderante.

Situada en este escenario, y en base a metodología etnográfica cualitativa, atiendo a expresiones de la cultura material estrechamente ligadas a la biografía personal y social. Consiguientemente, reparo en aquellas prácticas (como la comida y la lengua) y categorías de “cosas”, circuladas y/o atesoradas, que aparecen como significativas a la luz de las circunstancias de desplazamiento/asentamiento. En este ejercicio, las fotografías

ocupan un sitio destacado: tanto en su dimensión de imágenes-representaciones como de objetos físicos en sí mismos. Así, en el marco de la investigación, importan por sus propiedades y contenidos, pero también por los formatos de sus presentaciones, los usos en que se les despliega y los sentidos que se les otorga.

En el trabajo de campo (realizado entre los años 2012 y 2015 en la Provincia de Barcelona, Comunidad Autónoma de Cataluña) contemplé la observación participante y las entrevistas en profundidad. En el marco de estas, asimismo, consideré el recorrido guiado por el espacio doméstico, a fin de identificar la presencia de objetos y fotografías, distribuidas y/o guardadas, en este; así como el visionado conjunto de fotografías familiares generadas por las personas entrevistadas. En algunos casos, además, fruto de la dinámica investigativa, los/as informantes construyeron -mediante objetos y/o imágenes- una narrativa sobre su proceso migratorio y de vida en pareja.

Estas imágenes y objetos, concebidos aquí como hitos de memoria y como recursos de elicitación de información, complementan -desde su doble dimensión, teórica y metodológica-, las observaciones de campo y las entrevistas. El análisis se ha nutrido también de fuentes teóricas y estudios producidos sobre el tema, así como de datos estadísticos que contextualizan el proceso de emigración de chilenos/as a España y Cataluña, y que ofrecen una aproximación al colectivo de estudio.

La muestra obedeció a criterios cualitativos. Está conformada por siete chilenos/as inmigrados/as que, habiendo nacido y vivido en Chile hasta su mayoría de edad legal (18 años), residen en Barcelona en unión mixta (Chile/España) heterosexual con, al menos, un año de relación. Estimé, además, la inclusión de un informante unido endogámicamente (Chile/Chile). Su incorporación, a modo de contrapunto, obedece a mi interés por explorar la eventual incidencia de la nacionalidad de la pareja en los sentidos de pertenencia y los lazos transnacionales. Los y las informantes responden a distintos perfiles migratorios (económico, estudios, amor y político) y a características variadas (en género, edad, nivel socio-profesional, tiempo de residencia en Barcelona, entre otros aspectos). Con ello, no pretendo trabajar con una muestra representativa en términos estadísticos, sino atender al análisis de casos con distintos motores e itinerarios de desplazamiento, particularidades biográficas y sociodemográficas y sus alcances para mi tema de investigación. Ello, ciertamente, constituye un aporte a la riqueza analítica a mi tema de estudio.

Si bien, existe una amplia producción de investigaciones sobre migración y sobre cultura material, hasta hace poco eran escasos los trabajos que vincularan ambos ámbitos. En este sentido, mi tesis representa un aporte. Este se refuerza al considerar que la población chilena inmigrada en Cataluña y en España, ha merecido una exigua atención en los círculos académicos, más todavía en lo que respecta a parejas mixtas.

La forma de trabajo desplegada y el análisis mismo, ha aportado antecedentes sobre los significados sociales y personales que tiene la cultura material y visual en la experiencia de los/as inmigrados/as y en sus lazos transnacionales, los modos en que se autorepresentan y las narrativas que se tejen, permitiendo con ello reconstruir trayectorias biográficas y de relacionalidad familiar, entre otros aspectos.

Finalmente, quiero señalar que mi proceso de formación doctoral se enmarca en el Programa Formación de Capital Humano Avanzado, de la Comisión Nacional de Investigación Científica y Tecnológica (CONICYT) del Gobierno de Chile.

Capítulo 1. Introducción

1.1 Antecedentes

1.1.1 Trayectoria de la investigación

Esta tesis doctoral responde al genuino interés que han suscitado en mí los temas de las identidades y de las representaciones visuales y discursivas.

Cuando comencé mi doctorado llevaba ya algunos años reflexionando e investigando sobre estos asuntos. El ámbito, sin embargo, era distinto: desde mi formación interdisciplinaria -en Humanidades, en Comunicación y, luego, en Ciencias Sociales, con especialización en género- me había detenido inicialmente en crónicas urbanas y, más tarde, en pueblos indígenas de Ecuador, donde residí por un periodo importante de tiempo¹.

Viviendo en ese país, los temas de migración y transnacionalidad aparecían una y otra vez ante mí. Me tentaban. Me incitaban a profundizar en ellos. Sin embargo, los rehuía. De algún modo, quise escapar -así lo veía en ese momento- de un campo gravitatorio que acaparaba las miradas y el interés académico por doquier.

Tal como demuestra la presente tesis, el rehusarlos no fue una actitud excesivamente prolongada. Ellos y yo nos reencontramos con fuerza el año 2010, cuando retorné a Chile, mi país. Los debates en torno a la inmigración², las notas de prensa y los programas de televisión que se estaban dando en mi entorno fueron el acicate para reparar con profundo interés en este campo.

Este escenario, de hecho, emergió en una conversación sostenida en mi búsqueda por insertarme laboralmente en Santiago de Chile

1- De esta etapa pueden señalarse algunas publicaciones, entre ellas: Goetschel, Ana Ma., Pequeño, A., Prieto, M. y Herrera G. (2007) De memorias. Imágenes públicas de mujeres ecuatorianas a comienzo y finales del siglo XX. Quito, Ecuador: FONSAI; Pequeño, A. (2007) Imágenes en disputa. Representaciones de mujeres indígenas ecuatorianas. Quito, Ecuador: FLACSO: Abya Yala; Pequeño, A. (2004) Historia de Misses, historia de naciones. Revista Iconos. N° 20 (septiembre): 114-117.

2- Chile ha visto un aumento de la población inmigrada de 0,8% en 1992, a 1,2% en 2002 (INE-Chile, 2003:18; INE, 2011:2), y a 2,0% en 2009) (Ministerio del Interior-Chile, 2010:12-13)-; así como variaciones en la procedencia de la misma (INE, 2011:2). Si bien en volumen no es decidor, representa un incremento de 75% entre 1992 y 2002 (Norambuena, 2004:11); y de un 91% entre este último año y el 2009 (Hernández, 2011:23).

(la capital). En virtud del interés que manifesté y de la necesidad de profesionales especializados en migraciones que se estaba dejando ver en el país, se me instó a pensarlo como un campo de estudio para mi investigación doctoral. Tras meditarlo un poco, decidí asumirlo como un desafío a encarar.

La revisión inicial de la literatura producida me permitió construir un mapeo de las distintas perspectivas y aristas que se estaban abordando, entre ellas: los estudios relativos a inserción laboral y mercado de trabajo, análisis de prensa sobre las representaciones y procesos de discriminación, las redes migratorias, el cuidado en la maternidad transnacional y los impactos en los espacios públicos, entre otros.

Mi mente seguía hilando ideas, buscando algo que aún no se me aparecía claro. Seguí varios derroteros de mis pensamientos. Sin embargo, dos hechos de naturaleza distinta me llevaron a acercarme al tema que convoca hoy: la mirada a las historias de mis propias familias y, luego, aunque pueda parecer sorprendente y/o jocoso, el recuerdo de una telenovela chilena en que se representaba a una pareja binacional: Irina Romanovna, rusa, y su amante esposo, Wladimir Tapia, chileno³.

Considerando mi trayectoria biográfica no resultó extraño que me inclinara por el ámbito del parentesco. Este interés terminó de adquirir cuerpo a la luz de aquellos personajes que, adormecidos en mi memoria, despertaron de pronto en medio de mis cavilaciones. Así, ambos elementos se conjugaron. Era un hecho que viajaría a Barcelona, España, de modo que comencé a preguntarme respecto de lo que sucedía en las uniones entre chilenos/as y españoles/as. Un acicate para ello se encontraba en las escasas exploraciones sobre el tema, especialmente aquellas que involucraran a población chilena. Otro, era la conexión histórica entre ambos territorios y poblaciones, en razón de los procesos de Conquista y Colonización. En el marco de estos, se instaló un juego de jerarquías y valoraciones diferenciadas para lugares y culturas y, consiguientemente, una organización social que destinaba posiciones -para las personas y grupos- con arreglo al origen (Todorov, 1998; Stolcke, 1992). Pero, ¿en qué medida este hilo histórico social llegaba hasta el presente?, ¿cómo afectaba, si acaso, a estas uniones mixtas? Eran algunas de las inquietudes que atizaron mis primeras reflexiones.

3- “Corazón de María”, un rodaje del canal Televisión Nacional de Chile, emitida durante el año 2007. Uno de los temas secundarios abordaba la trata de mujeres rusas en Chile.

Desde ahí comenzó a armarse una primera propuesta de investigación. Las imágenes siempre estuvieron contempladas en la misma pues, como indiqué antes, han sido el hilo conductor de los trabajos desarrollados a lo largo de mi carrera.

Luego de correos que fueron y vinieron con mis directores de tesis, esta se fue afinando. En el transcurso del proceso doctoral, no obstante, hubo cambios. Estos surgieron tanto del ejercicio de la investigación misma como de factores contextuales. Inicialmente me había planteado hacer un estudio comparativo entre las uniones binacionales con residencia en Barcelona y con residencia en Chile, en un esfuerzo de visualizar las potenciales influencias del entorno geográfico y social en que se habitaba. Sin embargo, las dificultades de financiamiento para desplazarme a Chile, así como los plazos de tiempo que se acortaban, me llevaron -en acuerdo con mis directores- a centrarme exclusivamente en Barcelona.

Por otra parte, me había propuesto entrevistar a ambos miembros de la pareja. Las primeras exploraciones me enrostraron, sin embargo, que algunos autóctonos españoles no estaban dispuestos a ser parte de la investigación, por falta de tiempo para participar en varios encuentros, bajo interés y/o en una actitud de resguardo de su intimidad. Sin querer desestimar la validez de sus explicaciones, no pude evitar preguntarme en qué medida estas, especialmente aquella referida a lo poco atractivo que resultaba mi tema, tenían que ver con un asunto mayor: la escasa inclinación de los miembros nacionales por involucrarse con la familia de la esposa y/o con las tradiciones y prácticas culturales y familiares de la misma, especialmente cuando éstas procedían de países considerados como de “menor desarrollo” (Roca Girona, Soronellas y Bodoque, 2012; Williams, 2012).

Conjuntamente con lo anterior, se me había advertido sobre lo difícil que podría resultar el acceso a un material tan íntimo como son las fotografías. Esta preocupación, sin embargo, fue contrarrestada en una de las primeras entrevistas que realicé: a poco andar, la persona compartió conmigo las imágenes almacenadas en álbumes y dispuestas en distintos lugares de su casa. La muestra, y el recorrido mismo, abrió paso a las narraciones sobre un sinnúmero de otros objetos. Esta primera experiencia del trabajo de campo, me hizo notar la importancia que la cultura material puede tener en la vida de algunas personas;

y en las posibilidades que ofrecía, como señala Hoskins (1998), para recoger indirectamente información sobre sus historias, sentires y experiencias.

A la luz de los aspectos recién comentados, la investigación encontró nuevos ajustes: la pareja binacional, en su conjunto, cedió terreno a los miembros inmigrados/as chilenos/as. La fotografía, aunque sin dejar de ser la protagonista, debió compartir su reinado. Con ello, emergieron acentos e inquietudes: ¿cómo vivían los chilenos/as inmigrados/as la experiencia familiar transnacional y sus sentidos de pertenencia?, ¿qué rol cumplían los objetos e imágenes en ello?, ¿cómo influía la pareja en estos procesos?

A fin de indagar en esta última inquietud, y de ofrecer un contrapunto de la eventual incidencia del origen de la pareja en los vínculos familiares y la circulación y presencia de objetos e imágenes, estimé la inclusión de un caso de pareja mixta de chileno/a con inmigrada/o de un país distinto de España; y de un inmigrado/a chileno/a en unión no-binacional (endogámica). Pese a esta intención, y como detallo en la sección de conformación de la muestra (en este mismo capítulo), el caso binacional Chile-otra nacionalidad, finalmente, pudo ser contemplado.

En la investigación, asimismo, aposté por considerar distintos perfiles/trayectorias migratorias, desde las guiadas por causas económicas a las de tipo político, entre otras. Esto, ha otorgado una gama de experiencias y narrativas que han beneficiado a mi trabajo. Con esta comparación he querido profundizar en la riqueza y fuerza analítica de casos distintos según diferentes trayectorias migratorias y su significación para el tema del estudio.

Así, en suma, el eje de mi trabajo investigativo ha girado en torno a los procesos identitarios de inmigrantes chilenos/as residentes en Barcelona, a través de la cultura material, y con énfasis en la fotografía. Mediante las entrevistas y los objetos e imágenes -atesorados, circulados y/o dispuestos en el espacio habitado-, recogí información sobre los distintos aspectos de la vida (sociabilidad, costumbres, comida, vínculos, etc.), todo lo cual ha aportado información sobre el sentido de pertenencia, la relacionalidad familiar y los lazos transnacionales de la persona, así como sobre las potenciales diferencias que subyacen a los distintos tipos de migración y al grado de influencia de la pareja -y su origen y características- en estos procesos y las prácticas que se le asocian.

Los ajustes antes descritos, empero, no han puesto en riesgo la calidad y relevancia o aporte de la presente investigación de tesis doctoral. De hecho, si bien existe un amplio abanico de estudios que abordan los temas y las metodologías aquí contempladas, son menos abundantes aquellos que, particularmente, articulan las reflexiones sobre cultura material en directa relación con los procesos migratorios. Asimismo, y como ya mencioné y también detallo más adelante, apenas existe información sobre población inmigrada chilena en Cataluña y en España. En varios sentidos, pues, esta tesis representa un aporte al campo de estudio.

1.1.2 Puntos de partida

Migrar, evidentemente supone el desplazamiento físico: un lugar, una vida, una familia y amigos se dejan; y se llega a un nuevo sitio. Esto plantea desafíos y abre oportunidades: la posibilidad de (re) construir una nueva historia, reinventar lo vivido y de reinventarse está *ad portas*. Sin embargo, no se trata tan solo de un cruce de fronteras físicas: el pensamiento también se mueve, atraviesa límites, se disloca y se quiebran experiencias. De este modo, toca la naturaleza misma de la propia identidad (Chambers, 1994; Ahmed, 1999; Vertovec, 2001; Fukuyama, 2007; Brah, 2011).

En el marco de estas experiencias, se pregunta Anthias, ¿cómo comenzamos a repensar la cuestión de nuestras “identidades”, tanto en el sentido individual de “quiénes somos” como en términos de nuestro sentido de “lugar” y “pertenencia”? Ello, involucraría vínculos emocionales y sociales relacionados al lugar de procedencia y también al que actualmente se habita (2008:7-8).

Precisamente en este ejercicio, la cultura material y visual ocuparía un lugar destacado. Y es que no sólo las personas se trasladan, sino que con ellas viajan también objetos e imágenes. En el marco de la vida migrante, asimismo, los usos, prácticas y valores que se les asigna pueden resignificarse. De hecho, se ha reconocido que, en un contexto de desplazamiento internacional, la circulación y uso de objetos (Mand, 2012) e imágenes (Rose, 2010) es dinámico. Estos tendrían, además, un papel activo en la formación y expresión de subjetividades, formas sociales y, eventuales, conciencias transnacionales (Boruchoff, 1999). Sin embargo, y pese a este reconocimiento, pocos estudios vinculan estos ámbitos (Dibbits y Roukens, 2002; Basu y Coleman, 2008). Ello particularmente en el caso de parejas mixtas o binacionales.

Lo anterior resulta especialmente relevante si considera que la aceleración, diversificación y transnacionalización de los flujos migratorios de las últimas décadas (Massey et alía, 2008; Castles y Miller, 2009; OIM, 2010, 2011), ha implicado impactos -demográficos, económicos, políticos y socioculturales- en y para las comunidades de acogida (Vertovec, 2009:25)⁴ y, con ello, debates y retos en torno a la integración y la cohesión social (OIM, 2011: 3). Esto adquiere mayor importancia si se considera que en un contexto migratorio se crean nuevas y complejas estructuras de familias, multi-locales, transculturales y transnacionales (Rodríguez-García, 2014). Además, supone cambios en el mercado matrimonial y en las posibilidades individuales de elegir, aumentando, por ejemplo, las uniones mixtas y/o binacionales (Waldis, 2006; Charsley, 2012); las que, a su vez, pueden implicar vínculos de parentesco transnacional (Rodríguez-García, 2014).

Este tipo de uniones, es un terreno importante de indagaciones. Su riqueza como ámbito de análisis está en su poder de iluminar “conflictos que se dan en el sistema social” (Stolcke, 1992:25). Y es que, dado que la decisión de con quién se forma o no pareja está atravesada por ideologías, actitudes y comportamientos individuales y sociales, que incluyen las identidades de clase, etnia y género; constituyen nudos clave para comprender las dinámicas de “asentamiento e incorporación, mestizaje y segregación de los inmigrantes en los países receptores” (Rodríguez-García, 2004a:15-16; ver también Rodríguez-García, 2015a).

En esta línea, alguna literatura ha evidenciado dificultades vividas por miembros inmigrados de uniones binacionales. Entre ellas, el rechazo o desconfianza del grupo familiar de acogida; y/o el bajo interés del miembro nacional por relacionarse con la parentela de la esposa (Williams, 2012; Roca Girona, Soronellas y Bodoque, 2012). Esto, podría tener raíces en las asimetrías establecidas entre los países: así, la concepción de un país como de menor “desarrollo” incidiría negativamente en el reconocimiento de las tradiciones, prácticas, costumbres familiares y culturales de este (Williams, 2012).

4- Ciertamente, la migración supone también impactos -sociales, culturales y económicos- para los países de salida- En el nuevo mapa de movilidad humana, Asia, África y América Latina, han emergido como principales regiones de origen de emigración (Massey et alía, 2008; Arango, 2003). Además, los cambios de los flujos migratorios han destacado para el caso de América Latina la creciente importancia de la movilidad intraregional (OIM, 2011: 72), lo que sitúa también a algunos como receptores. Un ejemplo es Chile (Ver Nota a pie de página N° 2).

Esto tocaría con mayor fuerza a las cónyuges inmigradas. En razón de los roles asignados según género, ellas tendrían un papel clave en la preservación y trasmisión de la cultura de origen en “el asentamiento migrante” (Anthias, 2006:60). A la par, serían las encargadas de mantener los vínculos familiares a distancia (Williams, 2012:30). Consiguientemente, y en directa relación con estos aspectos, actuarían de modo relevante en el ámbito de la cultura material visual: la decoración y la presencia de ciertos objetos y prácticas que remiten al país de origen y el ámbito mismo de la fotografía (el atesoramiento, producción y la circulación) serían actividades realizadas mayoritariamente por mujeres (Rose, 2010; Chambers, 1994), en directa relación con la división sexual de los roles y los ámbitos público/privado.

Y es precisamente aquí que cabe mencionar que las tendencias migratorias y sus implicancias en los lazos de parentesco, han estado marcadas por el desarrollo y uso de las Tecnologías de Información y Comunicación (TIC); las que jugarían un rol central para conectar y recrear vínculos familiares transnacionales. En esta labor, la producción y circulación de fotografías cumpliría un papel preponderante (Carrillo, 2008, 2009, 2010; Rose, 2010). Desde aquí, sin embargo, se desgranar una serie de preguntas, entre ellas: ¿en qué medida el acceso y uso de tecnologías digitales deviene necesariamente en una mayor producción y/o tránsito de imágenes?, ¿qué otros factores podrían influir en éstas prácticas y usos sociales?, ¿cómo o mediante qué estrategias se operaría en estos casos?, ¿qué narrativas almacenan?, ¿qué sentidos adquieren?, ¿dónde o cómo y con quién se comparten?

Las inquietudes respecto de los contenidos de estas imágenes, así como las (auto)representaciones que vehiculan, resultan medulares en la medida que se reconoce que existiría “un amplio marco de relaciones culturalmente inflexionadas y codificadas en lo visual” (Mc Dougall, 1992, citado en Buxó, 1999:2). Poco a poco se ha instalado la noción de que este discurso tiene una narración propia⁵ : así, las imágenes antes que “describir la realidad”, “la construyen” (De Miguel, 1999) y/o representan “espejismos” de la misma (Grau Rebollo, 2002:39). Son, por tanto, representaciones, interpretaciones fabricadas en el marco de la experiencia social y

5- La disciplina antropológica, y las ciencias sociales en general, ha sido poco entusiasta en la incorporación de recursos audiovisuales como insumos de investigación y de análisis (Crawford y Turton, 1992: 4). En estos espacios, el destino de la imagen ha sido el de quedar “relegada al papel de ilustradora del texto” (Grau Rebollo, 2002:38). Una función heredada de las inclusiones primeras en los trabajos de campo, que las concebían como “registros precisos de la realidad material [...] documentos que se pueden archivar y cotejar” (Collier, 2006: 177-178).

cultural, obedeciendo a normas y gustos de la época, la condición social y los intereses personales de quienes participan del proceso, entre otros aspectos (Buxó, 1999: 11).

Mi investigación busca, precisamente, profundizar en estos nudos de interés a partir de las trayectorias de desplazamiento y de conformación de pareja de chilenos/as inmigrados/as en Barcelona. De cara a las ausencias en la literatura, y en la línea de desafíos propuesta por Mand (2012), indaga en el papel de la cultura material en los sentidos de pertenencia y en la experiencia familiar transnacional. Y, paralelamente, cómo influye en estos procesos la pareja. De este modo, mi trabajo intenta conectar el fenómeno general de la migración con una realidad más íntima y doméstica (Bonhomme, 2013). En este esfuerzo, pretende asumir la tarea de profundizar en las transformaciones sociales que ha implicado en los vínculos familiares y de parentesco (Arango, 2003; Bryceson y Vuorela, 2002; Baldassar, 2007; Grillo, 2008).

1.1.3 Migración y uniones binacionales en España y Cataluña

Con ya he indicado, las últimas décadas del siglo XX se caracterizaron por el incremento, la intensificación y diversificación de las migraciones internacionales (Massey et alia, 2008; Castles y Miller, 2009; OIM, 2010). El nuevo mapa de movilidad humana, evidenció la heterogeneidad de países y culturas de origen (OIM, 2011:4) y de las características de los propios migrantes y sus proyectos; muchos de los cuales están teñidos por la experiencia transnacional (Arango, 2003:10,1; Vertovec, 2009:4-5; Rodríguez-García, 2010:11-12).

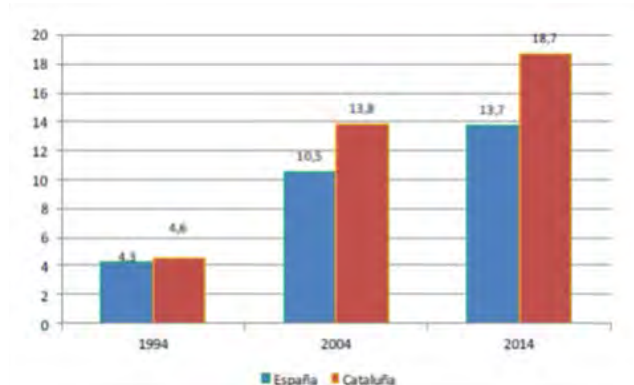
Esta realidad ha alcanzado con distintas intensidades a los continentes y países. En Europa, por ejemplo, se ha destacado especialmente los casos de España, Italia y Portugal, que han pasado de ser históricamente países de emigración a ser receptores de inmigrantes. De hecho, entre los años 2000 y 2008 España experimentó un crecimiento espectacular de la inmigración. Este, fue en paralelo con una “latinoamericanización de los flujos” (Martínez Bujan y Golias Pérez, 2005; Cabré, Cortina y Esteve, 2006); marcada por una mayor presencia Sudamericana. Ello se evidencia, por ejemplo, en el significativo aumento de nacidos en América del Sur: en 1998, representaban el 18, 2% entre la

población total de inmigrantes, mientras que en 2009 constituían el 32,4% (Cerrutti y Maguid, 2011:33)⁶.

La internacionalización de la inmigración en España ha tenido como correlato un incremento de los matrimonios entre españoles/as y extranjeras/os. Estos pasaron de representar el 4,7% del total de uniones celebradas en 1996, al 17,42%, en 2007 (Esteve y Cortina, 2009:5). Particularmente en Cataluña, que concentra la mayor población inmigrada del país, el año 2009 se registró un 24% de matrimonios mixtos (Idescat, 2011; Generalitat de Catalunya, 2011); más aún en municipios de alta aglutinación de población extranjera, como Barcelona: en donde, el año 2010, correspondieron al 31,1% (Ajuntament de Barcelona, 2012:124)⁷.

Por otra parte, se ha destacado que, como consecuencia directa del alza de las uniones mixtas o binacionales, ha aumentado también el nacimiento de hijos de este tipo de uniones: del 4,1% del total de nacimientos en el año 2001, han pasado al 9,1% en 2014 en España (Rodríguez-García, 2016). Ello evidencia una realidad global enmarcada en el contexto de la intensificación de la movilidad internacional y de los procesos de globalización y diversificación sociocultural de las últimas décadas (Heikkilä y Yeoh, 2010; Rodríguez-García 2006, 2015a).

Gráfico 1. Evolución del porcentaje de matrimonios binacionales. España y Cataluña



Fuente: Rodríguez-García (2016)

6- La “tendencia hacia la conformación del nuevo sistema migratorio Sudamérica-España, iniciado a mediados de la década de 1990, continuó acentuándose hasta el 2008, año que marcará [...] otro quiebre”: debido a la situación económica las perspectivas para los inmigrantes han cambiado drásticamente (Reher y Requena, 2009) y podría esperarse, por tanto, una futura atenuación de la llegada de inmigrantes a España (Cerrutti y Maguid, 2011:19).

7- Estos porcentajes, sin embargo, podrían ser mayores si -a nivel estadístico- se considerara el lugar de nacimiento de los y las cónyuges (inmigrante/nativo) y no sólo la nacionalidad; o si incluyeran las uniones consensuadas, pues el registro del Movimiento Natural de Población solo contabiliza matrimonios (Heikkilä y Yeoh, 2010; Rodríguez-García, 2006, 2015a).

1.1.4 Población chilena en España y Cataluña

Como he señalado, la población inmigrada chilena en España ha merecido escasa atención por parte del medio académico. En parte, ello se debe a que, en términos generales, Chile no se caracteriza por ser un país de alta emigración. En el siglo pasado el mayor volumen se desplazó entre 1973 -año del Golpe Militar⁸ - y 1990 -inicio de la Transición Democrática⁹ -. Dicho movimiento estuvo vinculado sustantivamente a dos factores: la Dictadura Militar de Augusto Pinochet y la crisis económica que azotó al país en la década de 1980¹⁰ . Así, de acuerdo con Camacho, quienes emigraron a partir de 1981, lo hicieron mayoritariamente por razones económicas (2006: 44-45).

Esta información se confirma, en lo global, en el Censo de Chilenos en el Exterior¹¹ . Según este, al año 2005 se calculaba que 857.781 personas de nacionalidad chilena -y sus hijos/as- residían en el extranjero. Entre las razones del desplazamiento se contaban: Económicas (40%), Familiares (31%), Políticas (12%) y Estudios (3%) (INE-DICOEX, 2005:1-2, 13).

De acuerdo a la misma fuente, España ocupa el octavo lugar como país de destino de migración y el segundo en Europa, luego

8- El Golpe Militar del 11 de septiembre de 1973, encabezado por Augusto Pinochet, puso fin al gobierno del socialista Salvador Allende y, por extensión, al periodo conocido como Unidad Popular (UP); la coalición electoral de partidos políticos de izquierda de Chile que lo llevó -en elecciones democráticas (de 1970)- a la Presidencia de la República. La Dictadura Militar se extendió desde 1973 a 1990; supuso una fuerte represión y violación de los Derechos Humanos y supuso, asimismo, la instalación del modelo neoliberal de mercado en el país.

9- El 5 de octubre de 1988, en el referéndum conocido en el país como “el Plebiscito del No”, un 55,99% de la ciudadanía dijo “No a Pinochet”. Este triunfo implicó la convocatoria para elecciones democráticas en 1989, dando término a la dictadura e iniciando el año siguiente -1990- el periodo de Transición Democrática.

10- En 1982, Chile comenzó a atravesar una de las crisis económicas más severas de su historia. Entre las razones de esta, se cuenta la “excesiva dependencia” del mercado externo, “fuertemente afectado por la recesión mundial de 1980”. “El Producto Interno Bruto (PIB) disminuyó en un 14,3%, el desempleo alcanzó al 23,7%, mientras que el gobierno decidió devaluar el peso en un 18%, intervenir más de cinco bancos y licitar empresas estatales como Chilectra y la Compañía de Teléfonos. El complejo escenario económico y el malestar de trabajadores, estudiantes y opositores llevó a que, al año siguiente, se instalaran las protestas nacionales y se fortaleciera el movimiento sindical, motivando una violenta represión” (Fuente: <http://www.memoriachilena.cl/602/w3-article-98012.html>).

11- Los resultados de este primer censo fueron publicados en el año 2005. Actualmente, se encuentra en ejecución el procesamiento de datos del segundo, efectuado el año 2016.

de Suecia¹² : con 13.846 nacidos en Chile, y 10.047 de hijos de chilenos, representando el 2,8% del total de los emigrados y el 19, 1% del total residente en Europa (INE-DICOEX, 2005:18).

Las motivaciones del desplazamiento a España, comparativamente con las argüidas por el total de población chilena emigrada, muestran: porcentajes mayores en Estudios (14% frente a 3,2%); bastante menores en razones Políticas (4,3% frente a 12,1%) y Familiares (20% ante 31%); y menores en Económicas (38% frente a 40%) (INE-DICOEX, 2005: 39). Esto se complementa con los datos de los Niveles de Escolaridad de la Población, cuyos porcentajes también son mayores respecto de los registrados por los/as chilenos/as residentes en el resto de países (ver Tabla 1).

Tabla 1. Población registrada de 15 años y más casada o unida de origen chileno residente en el exterior, por Nivel de Escolaridad

País de residencia y sexo	Población en porcentaje						
	Nivel de Escolaridad						
	Sin estudios	Primaria o básica	Media o secundaria	Educación Técnica	Educación universitaria	Maestría o doctorado	No se conoce
Total	2,5	40,1	30,4	8,1	13,9	2,0	3,0
Hombres	2,5	41,1	28,6	9,1	13,5	2,3	2,9
Mujeres	2,5	39,2	32,2	7,0	14,2	1,7	3,1
España	0,5	11,0	30,8	24,0	20,8	8,0	4,8
Hombres	0,5	10,8	30,8	25,4	20,0	7,6	4,9
Mujeres	0,5	11,2	30,8	22,6	21,7	8,5	4,7

Fuente: INE-DICOEX, 2005: 51.

En términos de los patrones de nupcialidad, se señala que un 79,35% se encuentra casado y un 20,7% mantiene una relación de convivencia. Se reconoce, asimismo, que las relaciones endogámicas “son más frecuentes en países donde hay mayor población chilena y en donde la lengua del país no es el español” (INE-DICOEX, 2005: 44). El porcentaje de mujeres casadas en España es sustantivamente menor que para el resto de países. Respecto de estos, además, habría mayores porcentajes de población en relación de convivencia y, en la misma categoría, con pareja chilena (ver Tabla 2).

12- A partir de Golpe Militar, Suecia tuvo una política de “puertas abiertas” para refugiar a población proveniente de Chile. Recibió un total de 29.188 persona. Estos pasaron a conformar la primera mayoría de extranjeros en ese país. Durante la década de 1970, apunta Camacho, la solicitud de asilo aún “eran moderas”, pero llegaron a “quintuplicarse a fines de los ochenta (Camacho, 2006: 44-45).

Datos del año 2009 sobre matrimonios de chilenos/as residentes en España, por su parte, indican 235 uniones con personas no chilenas; el 91% de estas, fue con europeos: en el 73% de los casos se trató de cónyuge español/a (INE-España, 2009).

Tabla 2. Población registrada de 15 años y más casada o unida de origen chileno residente en el exterior

País de residencia y sexo	Población en porcentaje					
	Matrimonio			Convivencia		
	Casados	Pareja Chilena	Pareja de otro país	Total conviviente	Pareja Chilena	Pareja de otro país
Total	82,2	47,3	34,8	17,9	6,5	11,4
Hombres	81,8	48,3	33,5	19,2	6,5	11,8
Mujeres	82,5	46,3	36,2	17,5	6,5	11,0
España	79,3	59,6	19,6	20,7	12,5	8,2
Hombres	79,7	65,3	14,4	20,3	12,6	7,8
Mujeres	52,6	53,6	25,2	21,1	12,5	8,6

Fuente: INE-DICOEX, 2005: 46.

Respecto de la población chilena residente en Cataluña, en el año 2012 se registraba un total de 13.957, representando el 1,18% respecto del total de población extranjera. De acuerdo a los datos de Idescat, más de un 50% está comprendida en los tramos de edad de jóvenes y adultos jóvenes (25 a 49 años)¹³, concentrada fundamentalmente en Barcelona (en un 80,5%)¹⁴ (para mayor detalle ver Anexo 1).

Tal como muestra el gráfico a continuación (Gráfico 2), el número de chilenos aumentó progresivamente hasta el año 2009, cuando comenzó una curvatura de descenso (para mayor detalle ver Anexo 1). Ambos hechos bien pueden guardar relación con la implementación del Programa de Capital Humano Avanzado, impulsado por el Gobierno de Chile a través de la Comisión Nacional de Investigación Científica y Tecnológica (CONICYT), que elevó ostensiblemente el número de becas para la realización de posgrados (máster y doctorados) en el extranjero. En los últimos

13- Considero aquí el año 2012, porque es cuando di inicio al proceso de trabajo de campo.

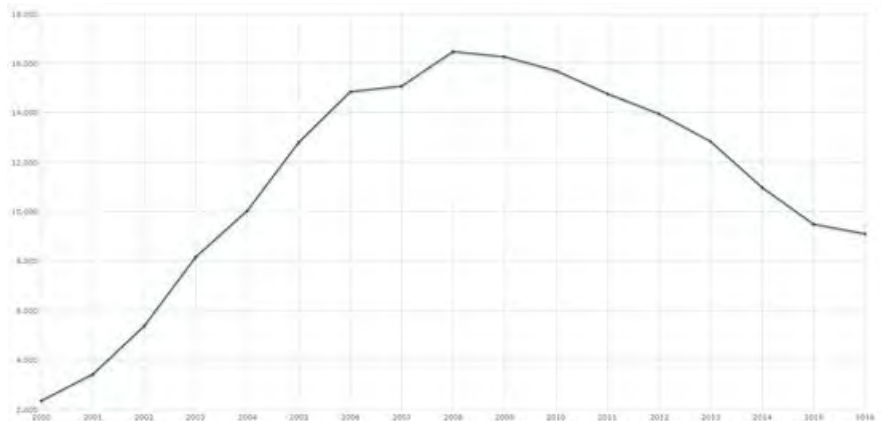
(Fuente: <http://www.idescat.cat/poblacioextranjera/?nac=d344&b=1&t=2012>).

No obstante, dejo consignado que, según datos del Idescat (<http://www.idescat.cat/poblacioextranjera/?nac=d344&b=1&t=2016>), en el año 2015 la población chilena en Cataluña correspondía a 9.102 personas, representando el 0,89 del total de población migrante en dicha comunidad autónoma.

14- Fuente <http://www.idescat.cat/poblacioextranjera/?geo=cat&nac=d344&b=2&t=2012>

años, sin embargo, se ha potenciado la dotación de recursos para postulantes a universidades y países de habla inglesa.

Gráfico 2. Evolución de la población de origen chileno residente en Cataluña, 2000-2016



Fuente, Idescat, Padró Municipal d'habitants.

<http://www.idescat.cat/poblacioestrangera/?b=0&nac=d344>

1.2 Objetivos de la investigación

1.2.1 General

En esta investigación me he propuesto explorar los procesos identitarios y la experiencia familiar transnacional de población chilena inmigrada en unión binacional en Barcelona, España. Mi acento se ha orientado a entender el rol que juega la cultura material, y, especialmente, las fotografías en estas vivencias. Paralelamente, he tratado de comprender cómo influye en estos procesos la pareja.

1.2.2 Específicos

1. Describir las trayectorias de desplazamiento de inmigrantes chilenos/as en Barcelona:

- identificando factores que impulsaron la migración,
- comprendiendo contexto social y biográfico/personal en que se gesta,
- identificando itinerario(s) de movilidad seguidos.

2. Describir las trayectorias de conformación de pareja binacional y vida en familia, identificando y comprendiendo:

- los pasos seguidos por la relación y el nivel de formalidad de la misma,
- los factores del contexto social y familiar que han favorecido y/o dificultado las relaciones,
- cómo se vinculan las identidades de género, condición étnica/ país de origen y clase social/nivel socio-profesional y edad,
- los ámbitos de diferencia y conflicto; y el peso que tienen en esto, factores asociados a los países y culturas de procedencia,
- los procesos de cambios e hibridaciones adaptaciones y/o asimilaciones; y cómo inciden en ello aspectos relativos a los países y culturas de procedencia.

3. Indagar en los sentidos de pertenencia de los/as inmigrados/as chilenos/as:

- entendiendo los significados que adquiere esta y los ámbitos con los que se asocia (familia, cultura, nivel social, etc.),
- identificando los sentidos y prácticas que se le asocian, en relación con el país y la cultura de origen,
- identificando potenciales diferencias, derivadas de las características -como género, edad, nivel socio profesional, tiempo de residencia- y sus perfiles migratorios,
- identificando cómo influye en estos procesos la pareja.

4. Indagar en los vínculos familiares transnacionales: su mantenimiento y/o transformación:

- identificando la forma en operan estos: tipos y medios de contacto, nivel de recurrencia de los mismos,
- entendiendo el significado que se les asigna en el marco de la experiencia de desplazamiento/de asentamiento y de vida de pareja,
- identificando potenciales diferencias, derivadas de las características -género, edad, nivel socio profesional, tiempo de residencia- y sus perfiles migratorios,
- identificando el grado de participación y/o de influencia de la pareja en los mismos.

5. Comprender el rol que juega la cultura material en todos estos procesos:

- identificando los distintos elementos materiales que adquieren relevancia en relación a los sentidos de pertenencia, la vida en pareja, y los lazos familiares transnacionales,
- entendiendo los usos y significaciones que adquieren y situándoles en relación con las prácticas de vida,
- identificando potenciales diferencias, derivadas de las características -como género, edad, nivel socio profesional, tiempo de residencia- y sus perfiles migratorios,
- entendiendo la eventual influencia de la pareja en los sentidos, prácticas y usos que les envuelven.

6. Comprender específicamente el papel jugado por la fotografía en los sentidos de pertenencia, la vida en pareja y los lazos familiares transnacionales, identificando y comprendiendo:

- los significados y sentidos que adquieren en el marco de estas experiencias,
- las prácticas y usos sociales que las envuelven, considerando la producción, circulación y almacenamiento,
- las narrativas que almacenan y/o promueven,
- potenciales diferencias, derivadas de las características -como género, edad, nivel socio profesional, tiempo de residencia- y sus perfiles migratorios,
- la eventual influencia de la pareja en ello.

1.3 Metodología

Mi investigación es cualitativa-etnográfica. Desde esta naturaleza, en el trabajo de campo aposté por recuperar la información desde las propias voces de los y las informantes. En la recolección información, recurrí a la observación participante y las entrevistas en profundidad. En el marco de estas últimas, y en la línea de trabajo de Tolia-Kelly (2004), Christian (2009), Rose (2010) y Bonhomme (2013), entre otros autores, contemplé la realización de recorridos guiados por las distintas dependencias del espacio doméstico (*Hometour*), a fin de identificar la presencia de objetos e imágenes en este; así como el visionado conjunto de documentos visuales -fotografías y videos familiares- producidos

por las personas entrevistadas. En dos casos, además, fruto de la propia dinámica investigativa, las entrevistadas construyeron una narrativa -mediante objetos y/o imágenes- sobre su proceso migratorio y de pareja.

El foco de estas actividades ha estado en una dimensión de la cultura material estrechamente ligada a la biografía personal y social (Hoskins, 1998). Consiguientemente, bajo esta denominación he considerado y atendido a aquellas prácticas y categorías de “cosas”, circuladas y/o atesoradas, que adquieren relevancia a la luz de las dinámicas de desplazamiento/asentamiento y de vida en familia. Las fotografías han constituido un eje medular del trabajo; tanto en su naturaleza de imágenes-representaciones como de objetos físicos en sí mismos que, como tales, existen en el tiempo y espacio y, por lo tanto, en el marco de las experiencias socioculturales (Edwards, 2002; Banks, 2010). Así, adquieren significado por sus propiedades y contenidos, pero también por los formatos mismos de sus presentaciones, los usos en que se les despliega y los sentidos que se les otorga y cómo estos potencialmente se transforman (Woodward, 2013).

Estos elementos han sido concebidos aquí como hitos de memoria y como recursos de elicitación de información. Así, desde su doble dimensión, teórica y metodológica, han complementado las informaciones obtenidas las entrevistas y en las observaciones de campo.

La muestra, como se verá más adelante, ha obedecido fundamentalmente a criterios cualitativos. El trabajo de campo fue realizado entre los años 2012 y 2015 en la Provincia de Barcelona, Comunidad Autónoma de Cataluña.

1.3.1 Delimitación del universo de estudio y la unidad de análisis

Para efectos de este trabajo, definí como unidad de análisis a población chilena, con distintos perfiles migratorios, que residiese en Barcelona en unión mixta heterosexual con –al menos- un año de relación.

Entiendo aquí por “chilenos/as inmigrados/as” aquellas personas que, nacidas y socializadas en Chile hasta su mayoría legal de edad

(18 años), se han desplazado fuera del país y han establecido residencia en Barcelona, España. “Uniones binacionales” es utilizado como equivalente de “mixtas”. Bajo esta denominación considero a parejas integradas por personas que tienen distinto país de nacimiento, en este caso Chile y España.

El concepto de “unión”, por su parte, se aplica a aquellas parejas que conviven, sea en un nivel de relación “formal” -matrimonio- o “informal” -unión de hecho o unión consensual¹⁵ -. En el desarrollo del trabajo, además, distingo entre ‘pareja’ (emparejarse) y ‘cónyuge’ (casarse); tanto porque “se trata de fenómenos distintos con significados sociales diferentes”, como porque ambas esferas -formal e informal- “se complementan y se dan sentido la una a la otra -a veces contradiciéndose” (Rodríguez-García, 2004a: 52; 2015a).

El tiempo mínimo asignado a la relación -un año- es considerado aquí como la estabilidad mínima del vínculo. Estimé que este criterio contribuye, potencialmente, a profundizar en parejas cuyo lazo no está exclusivamente basado en circunstancias como la necesidad de visado y/o regularización de permanencia. Permite, asimismo, tejer una trayectoria de la dinámica de conformación y convivencia, con lo que ella implica.

La condición de heterosexualidad, por su parte, es resabio de la propuesta inicial de la investigación¹⁶ . Pese a los cambios que ha sufrido la misma, y a los que aludí en la sección de Trayectoria de la investigación, opté por mantenerlo como un criterio. Ello, básicamente, por una razón de orden práctico: había dado inicio al proceso de contacto con informantes y a la consiguiente conformación de la muestra. Esta decisión, de “practicidad etnográfica”, sustantivamente se explica en dos aspectos: si bien las uniones homosexuales han aumentado en los últimos años, todavía representarían una minoría en el conjunto de las uniones y más aún en el caso de las uniones binacionales (Cortina, 2016).

15- En la literatura actual sobre el tema se usa el término ‘intermating’ para hablar de ‘emparejamiento mixto’, y el de ‘intermarriage’ para hablar de ‘matrimonio mixto’ (Rodríguez-García; 2004b: 52; 2015a:10-11). La importancia de incluir ambos niveles se argumenta en la evidencia de patrones endo/exogamia diferenciales para estos (Cabré, Cortina y Esteve, 2006).

16- Esta tenía dentro de sus objetivos explorar en los patrones de endogamia y exogamia de población chilena en uniones binacionales en Chile y en España. En este marco, la condición heterosexual de las parejas aparecía como un aspecto necesario para la comparación estadística: pues, en Chile, el Acuerdo de Unión Civil (también llamado Acuerdo de Vida en Pareja o Acuerdo de Unión en Común), que reconoce formalmente a las parejas homosexuales, se promulga recién el 13 de abril de 2015.

Asimismo, incluir todas las cuestiones específicas referentes a este colectivo, hubiera requerido otro planteamiento de los marcos y apoyos teóricos.

Además de lo anterior, en el marco del desarrollo de la investigación decidí contemplar a personas con distintos perfiles migratorios -económicos, voluntarios y políticos-. Con ello, como ya he señalado, no pretendí trabajar con una muestra representativa en términos estadísticos, sino atender al análisis de casos con distintos motores e itinerarios de desplazamiento y sus alcances para mi tema de investigación. En la misma línea de ajustes, y con el propósito de comprender mejor el potencial grado de influencia del origen de la pareja en los distintos niveles en que exploro; juzgué relevante incluir -a modo de contrapunto/control- un caso de pareja mixta binacional Chile-otra nacionalidad distinta de España; y otro de unión no mixta (endogámica). Respetando, en ambos casos, los criterios de heterosexualidad y tiempo mínimo de relación (un año).

1.3.2 El trabajo de campo. Los primeros pasos

Realicé el trabajo de campo entre los años 2012 y 2015 en la Provincia de Barcelona, Comunidad Autónoma de Cataluña. Debido a que, como indiqué en los Antecedentes, es donde se concentra el mayor porcentaje de la población inmigrante de Cataluña y de residentes chilenos/as.

Los contactos

En total, recibí referencias de 17 chilenos/as inmigrados/as residentes en Barcelona (nueve mujeres y siete hombres); 16 de los cuales se encontraban en unión binacional.

Inicialmente, y apuntando a la técnica de Cadena de referencia o “bola de nieve”, había previsto que fueran las primeras personas contactadas -a través de conocidos o amigos- quienes me hicieran los enlaces con otros/as inmigrantes chilenos/as en relaciones de pareja binacional. Sin embargo, y tal como muestra la Figura 1, el mayor número de aludidos (11 de las 17) fueron sugeridos por sujetos provenientes de mi propio entorno social (conocidos y/o amigos). Sólo dos de los entrevistados, tras el primer encuentro, me pusieron en contacto con alguien de su círculo

que compartiera su condición. En general, la mayoría decía no conocer a otras personas chilenas casadas o emparejadas con no chilenas. Esto puede relacionarse tanto con el propio porcentaje de población chilena inmigrada en Barcelona (ya referido en la pág. 16); como con, eventualmente, una baja recurrencia de este tipo de relaciones.

En la misma figura puede verse también que realicé dos comunicaciones vía Internet; a través del foro de la Red de Estudiantes e Investigadores/as Chilenos/as en España (Red Inche), de la que formo parte¹⁷. Y que, finalmente, llegué a un entrevistado en circunstancias que he definido como fruto del “azar”, pues no hubo vínculo -ni previo ni posterior- con la persona que me sirvió de enlace¹⁸.

La aproximación inicial -gestada vía correo electrónico (en 10 casos), personal (en 5 casos) o telefónicamente (en 2 casos)- tuvo por finalidad presentarme a mí y a mi investigación e indagar si estarían dispuestos a tener una primera entrevista cara a cara. En general, a excepción de una persona que no respondió los mensajes de correo electrónico¹⁹, accedieron a este encuentro. No obstante, pese a la respuesta positiva y a las intenciones manifestadas, este se concretó con 10 de los contactos: siete de los cuales eran mujeres (ver Figura 1).

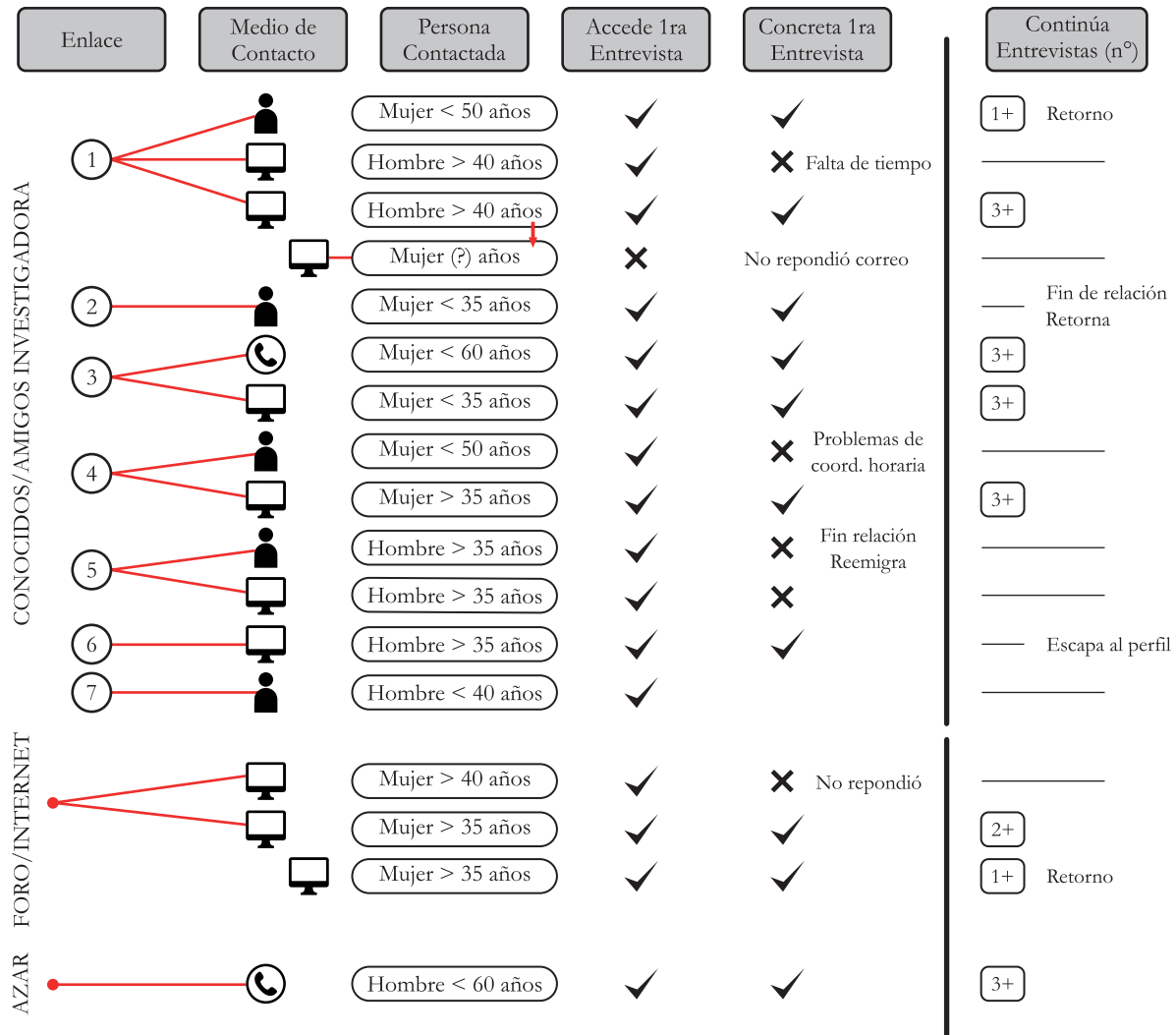
En tres de los 10 casos, esta primera conversación se realizó en un lugar público (un restaurante y dos cafeterías); en los siete restantes fui invitada directamente a la casa.

17- En una oportunidad una mujer escribió a la Red de Investigadores/as Chilenos/as en España, preguntando por los trámites necesarios para casarse. Dos mujeres respondieron a este mensaje. El contenido de sus respuestas, que relevaba su propia experiencia, me instó a escribirles.

18- “Estando en la estación del ferrocarril, una guapa y elegante mujer, de unos cincuenta y algo, me preguntó si el siguiente tren pasaba por Paseo de Gracia. Tras oír mi afirmación, inquirió: “¿eres chilena?”. A mi respuesta positiva, replicó: “mi marido también”. Lo llamó. Él, vestido formalmente, dejó de ver el cartel de horarios para acercarse a nosotras. Entramos en amena charla los tres. Indagaron qué hacía en Barcelona. Al contarle, él me señaló: “¿tienes dónde anotar?”. Prestamente saqué mi libreta y mi bolígrafo. Mientras me apuntaba su dirección de email, dijo: “escribeme un correo. Recuérdame que te dé el contacto de un par de amigos”. Si bien se autoexcluyó automáticamente de ser entrevistado, me sorprendió el gesto de querer tenderme una mano. Me fui contenta. Agradecí el percance fortuito de la avería de su carro, que nos hizo coincidir en aquel lugar. En cuanto llegué a casa le escribí. Me envió lo prometido” (Notas de campo, 30 de octubre de 2014).

19- Se trató de la referencia dada por uno de los contactados quien, según me indicó, previamente a mi correo, le había contado de mi trabajo y le había preguntado si le gustaría ser parte del mismo.

Figura 1. Resumen de personas contactadas y entrevistadas y vía de contacto



Fuente: Elaboración propia

Este primer encuentro presencial tuvo como objetivo conocernos en persona, explicar mi investigación, las implicancias de la participación en ella y, consiguientemente, saber si aceptaban concertar una nueva cita. Dada su naturaleza de acercamiento inicial, determiné no grabar el audio de estas primeras pláticas. Los aspectos medulares de lo que allí se dijo y mis observaciones fueron registradas en el Cuaderno de campo.

Además de la curiosidad mutua, el inicio de estas conversaciones estuvo marcado por un distanciamiento propio de la situación en que nos estábamos relacionando: el de una desconocida que quería investigar en la vida íntima. Este hizo sentir, por ejemplo, en la mirada directa, sostenida y escrutadora y en una cierta

rigidez de los cuerpos. Considerando esto, y antes de entrar en las preguntas hice alusiones al clima (“es un lindo día” o “hace frío”, etc.), a la ciudad y el espacio urbano en que estábamos situados (“es agradable el sector”, por ejemplo); a fin de romper el hielo, entablar el diálogo y abrir espacios para el intercambio.

Como prueba de lo “extraño” de esta interacción intencionadamente buscada y consentida, dos de las entrevistadas -recién habiéndonos encontrado- me hicieron ver que “manejaban información” sobre mi persona. De hecho, una de ellas, que había sido contactada a través de Internet, me lo señaló expresamente:

Como no te conocía, dije: “¿quién será esta Andrea Pequeño? [...] Y te busqué en *Google*, así que ahora sé casi todo sobre ti (risas)... (Notas de campo, 27 de febrero de 2013).

En general, a medida que avanzó la charla el ambiente tendió a relajarse. Ello, y la duración de la misma –entre una hora y hora media–, me permitió recoger antecedentes sobre el país de origen de ambos miembros de la pareja, el tiempo de relación, el proyecto migratorio, las edades de cada uno, la existencia de hijos(as) y las actividades que desarrollaban.

La conformación de la muestra

La primera recogida de datos me permitió constatar que de las 10 personas efectivamente contactadas,

- Ocho cumplían con los criterios de inclusión definidos para el estudio, a saber: haberse criado y socializado en Chile hasta la mayoría legal de edad (18 años) y encontrarse residiendo en Barcelona en unión binacional heterosexual con, al menos, un año de relación²⁰.

En todos los casos, el miembro autóctono (no inmigrado) era de origen español. Según esto,

- Ninguno cumplía con el criterio de unión mixta pensada como contrapunto, esto es: chileno inmigrado que se encontrarse residiendo en Barcelona en unión heterosexual -con, al menos, 1 año de relación- con una persona inmigrante de origen no chileno.
- Uno cumplía con el criterio definido para el caso de

20- Una de las personas no cumplía con los criterios: él y su pareja -franco/americana- residían en Chile y se encontraban por un breve periodo en Barcelona. En razón de ello, no estimé necesario coordinar nuevas entrevistas.

contrapunto de unión endgámica, esto es: haberse criado y socializado en Chile hasta la mayoría de edad, encontrarse residiendo en Barcelona en unión heterosexual con una persona también chilena y tener, al menos un año de relación.

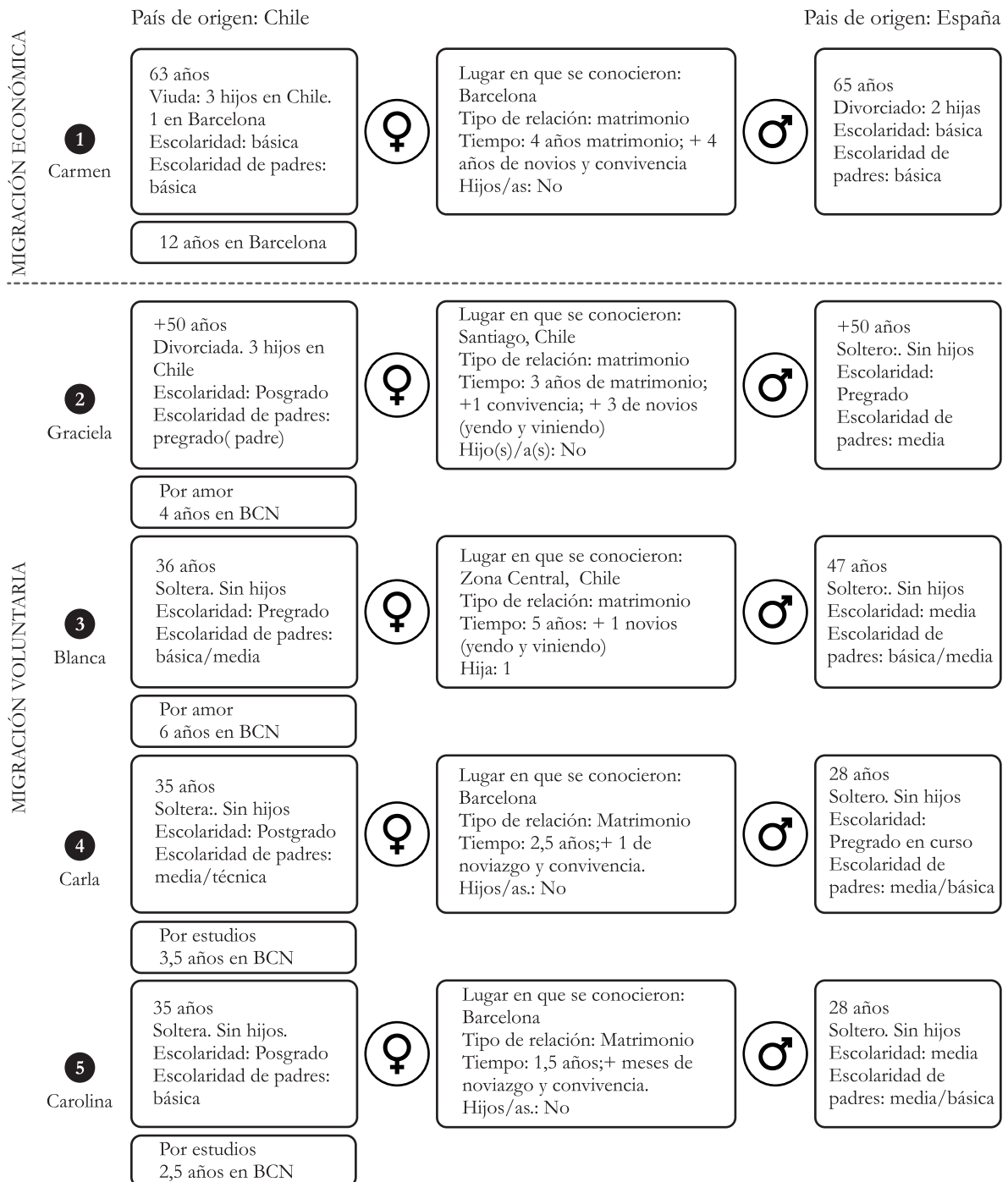
Vencida la barrera inicial, como señalé antes, las personas se mostraron llanas y dispuestas a compartir sus experiencias. En este espíritu, las nueve aceptaron continuar con futuras entrevistas. Sin embargo, en el proceso de concretar el encuentro siguiente, una de las informantes desistió de participar²¹. Consiguientemente, el grupo quedó conformado por ocho: seis mujeres y dos hombres. La sistematización de las anotaciones respecto de estas, me proveyó de una primera imagen de lo que sería la muestra. Esta puede verse resumida en sus aspectos centrales en la Figura 2; en donde he identificado a cada uno de los/as informantes con un nombre ficticio o seudónimo, el que mantengo en el resto del documento.

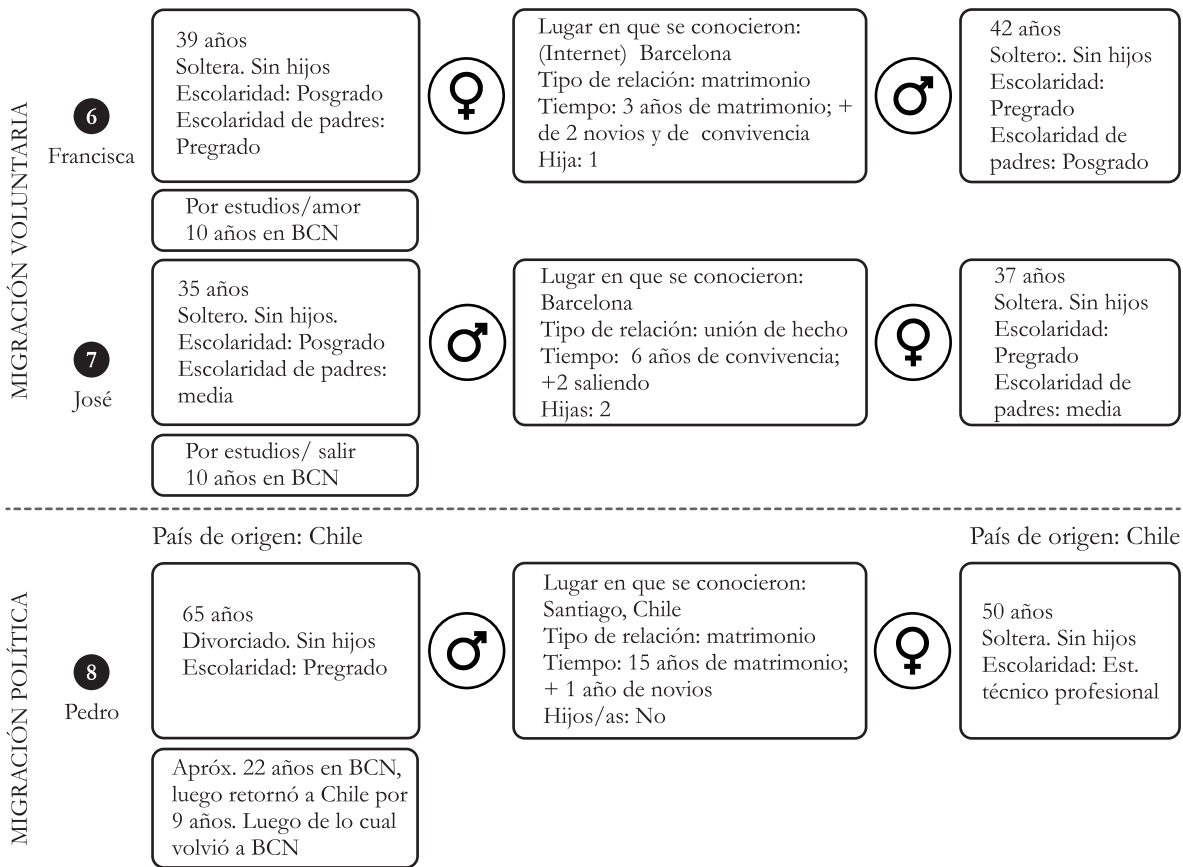
Tal como señalé anteriormente, un interés de mi investigación estaba en la riqueza que podían aportar distintos perfiles migratorios. A ello se sumaba el considerar - en pos de indagar en los procesos identitarios-, a informantes con características diversas (en edad, nivel educativo y lugar específico de procedencia, por ejemplo) y con distintos niveles de formalidad de la unión (matrimonio y unión consensual). Las ocho personas dispuestas a seguir participando me otorgaban un cierto abanico sobre estos aspectos (ver Figura 2).

La categorización y organización sobre el tipo de proyecto migratorio de cada uno/a, me enfrentó al hecho de que, en varios de los casos, concurría más de una motivación para el mismo. Y es que, ciertamente, en la decisión de migrar confluyen y se imbrican diversos factores provenientes, entre otros, del contexto general y/o personal y familiar. Así, en las razones argüidas para el desplazamiento estos parecían solaparse. La necesidad impuesta de identificar un único motivo, por ejemplo, en la tramitación legal y, en la consiguiente contabilización burocrática, por lo general termina oscureciendo la complejidad que yace tras el proceso. O, a veces, deriva en el reconocimiento de una causa cuando, en realidad, el motor principal pareciera constituirlo otra. Pese a lo anterior, y en virtud de los antecedentes obtenidos en las entrevistas, fue posible identificar un aspecto que sobresalía en cada uno/a.

21- La nueva cita tomaría tiempo, debido a que ambos habían viajado a Chile. Luego de tres meses de estadía en ese país, él retornó a Barcelona. Ella, como estaba acordado, le siguió. A poco de haber arribado la relación terminó y ella decidió volver a Chile.

Figura 2. Perfil inicial de características de los/as entrevistados/as, cónyuges o parejas y unión





Fuente: Elaboración propia

Según lo anterior, y tras evaluar los distintos antecedentes, consigné el caso de Carmen (63 años) como “Migración económica” (Caso 1, en la Figura 2). Su trayectoria, así como las características sociodemográficas de ella y su pareja, me estimularon a insistir en las entrevistas. Y, luego, a considerarlo como un caso a tratar en profundidad (en Capítulo 5).

Asimismo, dividí los siete casos registrados bajo el paraguas general de “Migración voluntaria” en dos tipos: el desplazamiento por amor: Graciela y Blanca (Casos 2 y 3, en la Figura 2); y el desplazamiento por estudios: Carla, Carolina, Francisca y José (Casos 4, 5, 6 y 7, en la Figura 2).

Rescaté ambos casos de “Migración por amor”, pues respondían a diferentes edades, procedencias -geográficas y sociales- y estatus maritales previos a la actual relación: Graciela es una mujer de alrededor de 50 años, divorciada y con hijos en Chile, proviene de un sector social medio acomodado de Santiago; Blanca, en

cambio, de 36 años, no tenía matrimonios ni hijos previamente a su actual unión. Ella, además, proviene de la clase media de una ciudad de la zona central del país.

En el segundo grupo de migración voluntaria (“Migración por estudios”), Carla, Carolina, Francisca y José compartían dos rasgos: el estatus de soltería sin hijos/as previo a la actual relación; y el venir a España, e instalarse en Barcelona, para perfeccionarse a nivel profesional. El gusto por esta ciudad y/o el haber encontrado pareja les había instado a quedarse, por lo menos hasta el momento de las primeras entrevistas.

Específicamente, las trayectorias migratorias y de pareja, así como las edades (35 años), de Carla y Carolina se asemejan. No obstante, había particularidades de cada una que me estimulaban a seguir con las entrevistas a ambas: en el caso de Carla, santiaguina, el tema de la preparación de comidas aparecía como un hilo conductor de su relación y cobraba importancia en la circulación de imágenes; Carolina, en cambio, ponía en juego el tema de su pertenencia étnica como un factor que podría, eventualmente, enriquecer mi trabajo.

Sin embargo, y pese a mi interés, en estos dos casos no pudo concretarse todo el proceso de entrevistas: producto de la crisis económica, Carla y su pareja migraron a Chile; Carolina, por las actividades de trabajo y estudios que asumió (catalán, inglés y un doctorado) no dispuso de tiempo. Esto fue en detrimento de ahondar con mayor detención en el tema de los objetos y, particularmente, las fotografías. En razón de ello, no han sido consideradas en la exploración más detenida de los casos. No obstante, he estimado que los antecedentes recopilados sobre -y con- ellas me permiten incluirlas en las reflexiones generales de la muestra (Capítulo 3).

Esto último también, aunque por razones distintas, opera para la tercera integrante del grupo de “Migración por estudios”: Francisca (39 años). Como rasgo diferenciador respecto del resto, conoció a su pareja actual a través de Internet. Tiene, además, una hija en el marco de esta unión. Aunque con ella pude desarrollar todas las actividades previstas para la recogida de datos (entrevista y visionado), opté por no incluirla como un caso específico de análisis. Y es que, en gran medida, la información recolectada sobre los usos y las prácticas relativas a la cultura material y visual tiende a reiterar aspectos tocados por los otros.

José (35 años), el último miembro de este grupo de migración voluntaria por estudios, adquiere relevancia por ser el único hombre del mencionado segmento y el único entrevistado que se encuentra en unión de hecho. Un aspecto interesante, asimismo, es que las entrevistas que sostuvimos tuvieron bastante distancia temporal; lo que implicó cambios en su vida y en muchas de sus percepciones. El punto débil, sin embargo, fue el acceso a las imágenes, entre otras razones, porque su pareja ha resguardado la privacidad de estas. En razón de esto último, también le consideraré exclusivamente en el tratamiento general y no como caso analizado en profundidad.

A diferencia de todos los casos anteriores, Pedro (65 años) no migró por voluntad propia: en el marco de la dictadura militar instaurada por Augusto Pinochet en Chile²², su activo compromiso político devino en exilio. Adquiere relevancia por el hecho mismo de su trayectoria de desplazamiento (“Migración política”) y, más que nada, por ser el único entrevistado en unión con una mujer chilena. Con él tuve demoras en acceder a las fotografías. De algún modo, lo entendí en la revisión que hicimos en el último encuentro, evitaba y/o posponía mostrarme aquello.

Según lo anterior, y resumiendo, el colectivo de informantes está integrado por ocho personas: seis mujeres y dos hombres. Tres han sido tratados en profundidad (Capítulo 5). Junto con los aspectos ya mencionados, he rescatado estos en virtud de las riquezas que aportan a la discusión y análisis del tema de los usos y prácticas relativas a la cultura material, especialmente a la fotografía.

1.3.3 El Trabajo de Campo. Técnicas de recolección de información y descripción del proceso

La recolección de información siguió varios derroteros, los que guardan estrecha relación con los objetivos mismos de la investigación y con mis propios intereses. Así, contemplé la realización de entrevistas en profundidad, la observación participante y la elicitación de información a través de objetos e imágenes. A continuación, describo el proceso investigativo mediante estos recursos.

22- Ver Nota a pie 8

Las entrevistas

Ciertamente, mis indagaciones se mueven en la esfera de lo íntimo. Esto, y mi disposición a recoger el relato desde las propias voces de los/as entrevistados/as, me instó, como primer paso en la recolección de información, a la realización de entrevistas en profundidad. Estas aparecían, así, como la herramienta apropiada para profundizar en las historias particulares, en las percepciones subjetivas y en las sensibilidades respecto de cómo se viven -y también cómo se narran- las experiencias; espantado con ello el “fantasma de la tipificación” que encasilla a los sujetos como “representativos o característicos de un orden sociocultural determinado” (Pujadas, 2010:130).

La pauta de preguntas

La entrevista se concibió como semiestructurada. Para ello confeccioné una pauta de preguntas que sirvió de guía a la misma (ver Anexo 3). En su primera parte, esta se enfocó en la obtención de información biográfica y sociodemográfica del/o la informante y su pareja (edad, grupo étnico/lugar de nacimiento y/o socialización, nivel de estudios, ocupación, número y edades de hijos, de existir); de la trayectoria de la pareja (lugar y fecha en que se conocieron, tiempo de relación, nivel de formalidad de la unión, número y edades de hijos en común, de existir, y régimen de vivienda); y nivel de contacto con la familia de origen de la/el entrevistado/a (visitas al país y desde este, tipo de comunicación mantenida (teléfono, correo, redes sociales, postal) y frecuencia de la misma.

Tras esto, contemplé una batería de interrogantes que apuntaban a los objetivos de la investigación, las que se agruparon en tres ejes temáticos:

- 1.- Trayecto migratorio y de la relación de pareja. Identidades, cambios y negociaciones;
- 2.- Objetos/imágenes. Memoria, pertenencia, lugar: aquí/allá;
- 3.- Práctica y uso social de las imágenes. Relaciones familiares/contacto/circulación de imágenes y comunicación.

Las inquietudes que consigné en cada ítem fueron concebidas como un derrotero previsto para la exploración. En el marco del desarrollo de las entrevistas, no obstante, se incorporaron nuevas cuestiones, surgidas en el propio contexto de la conversación y en relación con la experiencia que relevaba la persona entrevistada.

El proceso de realización de las entrevistas

Considerando los ocho integrantes de la muestra, hice un total de 29 entrevistas: 10 correspondientes a la recogida inicial de datos, en el primer encuentro presencial; y 19 en profundidad (Figura 1).

El proceso de consecución de éstas fue lento. El tiempo disponible, por las múltiples actividades de la vida cotidiana y/o los viajes que algunos de ellos/as hicieron a Chile, en ocasiones dificultó la concreción de los sucesivos encuentros.

Con excepción de las tres citas primeras en lugares públicos ya comentadas, realicé una entrevista en el lugar de trabajo de José (la entrevista final) y el total restante -23- en las casas de los informantes. Este espacio se ajustaba a los requerimientos de la propia investigación planteada.

Previa autorización y como indica el Consentimiento informado (ver Anexo 2) – que entregué a cada uno/a para que leyera, revisara y firmara-, las entrevistas posteriores al primer contacto fueron grabadas en audio. A excepción de una persona, el resto estuvo de acuerdo con este método de registro.

La extensión de las mismas varió según el tiempo que ellos y ellas podían destinar. Así, fueron desde la hora y media a las cinco horas; o incluso a una jornada de casi el día completo.

Desde el primer momento busqué generar un clima agradable y de confianza entre ambas partes. Esto se logró en prácticamente todas las oportunidades. De este modo, las reuniones se transformaron en una suerte de charla respecto de mis inquietudes y de lo que ellos y ellas querían agregar.

Como indiqué antes (pág. 9), inicialmente tuve la intención de entrevistar a las parejas de los y las informantes. Aunque esto finalmente no se concretó como un eje del trabajo, en tres ocasiones el cónyuge se hizo parte -parcial o totalmente; específicamente, en los casos de Carla, Carolina y Carmen. La compañera de José, por su parte, se negó de entrada a ser entrevistada:

Le he contado que venías y de tu investigación. Le dije que a lo mejor querrías hablar con ella...hummm...no está muy convencida. Me dijo, “¿para qué?”, “¿va a pasarme un cuestionario?”, “¿quiere conversar y grabar?, ¿de qué? ...yo no estoy para contarle mi vida íntima... (Entrevista, 13 de mayo de 2013).

Considerando lo anterior, y ante las reticencias –expresas o veladas–, en vez de insistir opté por ir evaluando en el transcurso del desarrollo del trabajo si se abría alguna posibilidad. Ello, a fin de evitar tensiones entre los miembros y que, finalmente, también repercutieran en mi rol de investigadora y en mis visitas.

En el marco de la realización de las entrevistas, si bien siempre tuve mi Cuaderno de campo y un bolígrafo a mano, evité –como una medida consciente– tomar nota *in situ*. Consideré que este recurso podía, eventualmente, contener el peligro de tensionar al/a la interlocutor/a y/o inducirle a pensar que estaba diciendo algo “descabellado”; y, por consiguiente, llevarle a contener, omitir o modificar la expresión de ciertas declaraciones o asuntos.

No obstante, desde la primera ocasión de encuentro, y tras cada cita que se produjo, registré en mi cuaderno aquellos aspectos que habían llamado mi atención o que me iluminaban sobre algunos temas. Ello, con objeto de retomarlos en la entrevista siguiente y/o a para ser considerados, potencialmente, en el análisis y la redacción futura.

Elicitación de información. El espacio habitado. Objetos e imágenes

Que las entrevistas se realizaran en el ámbito doméstico era vital para la naturaleza de la investigación que propuse; como ya he señalado, conjuntamente con recoger el relato oral, a partir de las preguntas que iba formulando; me interesaba la posibilidad de ver y recorrer el espacio habitado y las imágenes en este, así como en los álbumes impresos o en otros modos de almacenamiento (en cajas, o archivos en el ordenador, por ejemplo).

Los objetos e imágenes -dispuestos/as, guardado/as y/o circulados/as- me interesaban de dos modos: en sí mismos/as, en su narrativa interna y la representación que implicaban; y en virtud del contexto propio en que se situaban, es decir, en razón del relato externo que entrañaban: en este caso, respecto del/la informante, su desplazamiento, la vida en pareja y el sentido y vinculación que podían suponer con el país de origen y sus familias.

No obstante, como ya indiqué, se me había prevenido sobre lo difícil que podría resultar que las personas me enseñaran “de buenas a primeras” sus fotografías y, en menor medida, las diferentes dependencias de sus hogares. En razón de esto, estipulé partir primero por las preguntas consignadas en la pauta y adentrarme en este otro terreno cuando la relación estuviera algo más establecida. Como comenté en una de las primeras entrevistas realizadas, sin embargo, esto se dio apenas empezar. A partir de esta experiencia, el mundo de la cultura material cobró mayor potencia. Y es que, tal como señala Hoskins (1998: 2), al hablar de los objetos las personas, finalmente, hablan de sus vidas. Así, estos se convirtieron en una metáfora para obtener -indirectamente- información sobre su experiencia personal. Ello me demostró la riqueza que posibilitaba recoger información mediante estos recursos previstos. El *hometour* -visita guiada por la casa- y el visionado conjunto de imágenes, funcionaban como detonantes de memoria y, por ende, como recursos de elicitación de información. Me permitían reparar en aspectos que quizás habría pasado por alto; y/o me concedían la oportunidad de comprender ciertas cosas que, tal vez, de otro modo me habría resultado más complejo o inaccesible (Harper, 2002; Banks, 2010).

Estas actividades debían ser eje sustantivo de una de las citas, por la calma y la destinación tiempo que necesitaban y que yo esperaba. Con estas características sucedió con cuatro de las ocho personas entrevistadas (Graciela, Carmen, Blanca y Francisca). Como mencioné en la sección anterior, con dos personas no pude realizar plenamente esta tarea (Carla y Carolina); con otro de los entrevistados (José), aunque se esforzó por mostrarme aquellos objetos cargados y guardados, no tuve acceso a las fotografías; y, finalmente, uno (Pedro) me dio paso prácticamente al finalizar nuestra última cita. De este modo, el ritmo del acercamiento y de la revisión varió en los distintos casos. Lo hizo en función de la personalidad del/la entrevistado, las negociaciones familiares y también de la dinámica que se instaló.

En los casos cuatro casos en que logré hacer el visionado en conjunto de las fotografías, ya fueran impresas o en el computador, la dinámica de la entrevista tendió a relajarse, adquiriendo un cariz más familiar. Pareciera que el compartir la atención en una misma imagen, reducía la incomodidad en las personas entrevistadas (Collier y Collier, 1986; Banks, 2010), aliviaba de la fatiga de un tiempo relativamente extenso de entrevista (Collier, 2006; Harper,

2002) y potenciaba un acercamiento mayor para conmigo (Harper, 2002; Banks, 2010). Esto funcionó del mismo modo a la hora de mostrarme y comentarme -con mayor o menor detención- en aquellas cosas “especiales” dispuesta o guardadas.

La elección de lo que quisieron exhibir y comentar fue de los y las informantes. El trabajo de ir pasando revista al espacio de la casa y a las imágenes, en toda la variación de su intensidad y dedicación, se acompañó siempre de relatos acerca de lo que estaba pasando y/o lo que había rodeado las circunstancias en que se tomó la imagen y/o se trajo o circuló determinado objeto o fotografía. Consiguientemente, la atención en los elementos (o el foco en algunos de ellos) funcionaba a modo de “capas de memoria” (Hoskins, 1998:3). A partir de ellos, por ejemplo, se recordaba o pensaba en cosas que parecían olvidadas; se miraba de modo distinto el objeto o la imagen misma, el momento y/o las condiciones contextuales que se le asociaban; o estimulaba una “memoria latente” que habría pasado a las emociones y los afectos (Collier, 2006; Harper, 2002; Banks, 2010).

Esta forma de trabajar en la recolección de información implicó mi activa participación. Me supuso, como investigadora, formular preguntas que orientaran mi comprensión sobre la relevancia que tenían para ellos/as; así como para identificar los usos y las prácticas que se le asociaban. En esta precisa tarea, asimismo, puse especial atención en tratar de iluminar en qué medida y cómo la producción, atesoramiento y/o circulación guardaba relación con los sentidos de pertenencia, las representaciones sobre sí, acerca de la unión y los lazos de parentesco transnacional.

En el marco de estas actividades, solicité, asimismo, reproducir algunas de las fotografías. En general quienes me habían dado acceso a este material, no tuvieron objeción para el copiado. El uso que yo pueda hacer de las mismas -privado o público- está determinado por el detalle que consignaron en el Consentimiento informado (ver Anexo 2).

Además de lo anterior, a cuatro entrevistados/as les pedí me permitieran tomar fotografías del espacio habitado y de algunos objetos en este. Del mismo modo que para el caso de las fotografías, accedieron sin problemas a ello. La forma en que puedo utilizar éstas fue también determinada por cada uno/a en el Consentimiento informado.

Elicitación de información. La historia visual sobre sí mismos/as

Por otra parte, y a fin de conocer los hitos que ellos consideraban relevantes y cómo los o se (re)presentaban, les solicité que construyeran una historia visual considerando elementos que fueran simbólicos de momentos importantes de su historia migratoria y de pareja. Esto se concretó, finalmente, con dos entrevistadas mujeres. Una de ellas (Blanca), articuló su historia en base a 25 fotografías (en Capítulo 5); la otra (Carmen), lo hizo a través de cinco objetos: un juego de álbumes de fotografías y cuatro figuras de cerámica (en Capítulo 5).

En el primer caso, previa autorización, reproduje la totalidad de las imágenes. En el segundo, en cambio, documenté la narrativa material, por su naturaleza, mediante la toma de fotografías que yo misma hice.

En este ejercicio, y quizás de modo más evidente que en el proceso de visionado conjunto que operó con el resto de entrevistados/as, las entrevistadas dieron curso a relatos que ponían en relación expresa la experiencia y la representación. De este modo, como señala Hoskins (1998: 6-7), la construcción de una parte de sus historias de vida se convirtió una organización intencionada del relato de hechos, sentimientos, deseos y pensamientos gestado en el contexto preciso en que estaban enunciando.

La Observación participante y el Cuaderno de campo

En otro eje de las técnicas de recopilación de información del trabajo de campo, había previsto la Observación participante. Esta cobraría vida en la posibilidad de asistir a eventos familiares y otros actos. Además de los almuerzos, comidas y meriendas que hicieron parte de la dinámica de las distintas entrevistas, hacerme presente en otras actividades ocurrió aisladamente con dos entrevistados/as (Graciela y Pedro), quienes me invitaron a cenas de amigos y familiares en su casa. Otras dos mujeres entrevistadas (Blanca y Carmen), fueron más activas y entusiastas en esto, pues me incorporaron a distintas instancias en las que participaba con su núcleo cercano: comidas, salidas al mercadillo, paseos al parque, etc.

Por otra parte, y como hice ver al tratar la recogida de información en las entrevistas, a lo largo de todo el trabajo de campo fui haciendo un registro en el Cuaderno de campo. En este, consigné

las impresiones nacidas en algunos de los espacios de entrevista, visionado de imágenes y de la observación. De este modo, en él tuvieron cabida discursos, actitudes y/o comportamientos que llamaron mi atención; ya sea por reforzar, entrar en disputa, aportar nuevas aristas o suscitarme inquietudes a explorar en la entrevista siguiente. También consigné en este aquellas inquietudes, dudas y relaciones surgidas en momentos posteriores y previos a cada cita.

Dicha información, fruto de diversos momentos de la investigación, ha cumplido un papel importante para contextualizar, completar y perfilar la información obtenida con las demás técnicas.

1.3.4 Técnicas de procesamiento y análisis de información

Procesamiento de las entrevistas

El audio de cada una de las entrevistas fue transcrito íntegramente. En las transcripciones se utilizaron algunos signos para identificar acciones realizadas, y que se describen a continuación como guía al lector:

[...] Indica que se ha intervenido el contenido. En este caso, específicamente, que se ha omitido algo por no considerarse relevante

[nombre de...] Indica que se ha intervenido el contenido para:

a) reemplazar un nombre señalado por el/la informante: “Ese es mi tío. Era de [nombra su pueblo natal]”;

b) completar un término que se omitió en el relato y que resulta necesario para la comprensión gramatical y de contenido del enunciado u oración: [mientras que];

- c) completar una información referencial que resulta necesaria para comprender lo que dice el/la entrevistado/a: “Entonces mi marido [habla del marido fallecido]”, “y después nosotros [ella y sus dos hermanos]”
- Indicar que la persona ha hecho una pausa o silencio en el marco de su discurso. La cantidad de puntos está en relación con la extensión de este. Así, a más puntos, más extenso el silencio.
- “Sooola” La reiteración de una letra indica que en el discurso oral se ha alargado el sonido de la misma más allá de lo habitual. Así a más letra reiterada más prolongado el sonido de la misma.
- (¿?) Indica un contenido -término u oración- que no se comprende a cabalidad, en general, a raíz de problemas modulación o ruido ambiente

Como ya indiqué, en la redacción del cuerpo general de la tesis, el nombre original del o la informante fue reemplazado por un nombre ficticio. También apliqué este procedimiento, en los casos en profundidad, cuando se hacía referencia expresa a miembros de su familia y/o círculos cercanos.

En la selección de los extractos de las entrevistas he puesto sumo cuidado en respetar y ser fiel a lo manifestado por el/la entrevistado/a. Asimismo, he procurado que estos sean directamente atinentes al contenido que se está tratando; y que su extensión no se exceda más allá de lo pertinente y necesario a los fines con que se los utiliza.

Procesamiento de las imágenes

A lo largo de la investigación he manejado dos tipos de imágenes: aquellas aportadas por los/as propios/as entrevistados/as y aquellas que tomé en el contexto de los encuentros, fundamentalmente orientadas a documentar el proceso de la investigación, especialmente de lo referido a la muestra de objetos e imágenes.

La presencia de las primeras está determinada, en primer lugar, y como ya he señalado, por el acceso que tuve a ellas. Quienes me lo permitieron tenían la posibilidad, asimismo, de autorizar o no su reproducción. Esto está consignado en el Consentimiento informado (Anexo 2). En este se ha establecido, además, la presencia -o no- de las imágenes (recibidas o hechas por mí) en el documento de la tesis; y su carácter exclusivo -o no- a este único soporte.

Para las imágenes entregadas, y particularmente en el caso de Blanca (Capítulo 5.3), he mantenido el orden que ella misma les otorgó. He articulado el texto de acuerdo a la secuencia histórica que construida por ella. Manteniendo esta, he agrupado las imágenes en función de los hitos de su trayectoria migratoria.

En lo que atañe a las imágenes recibidas/reproducidas, opté por no alterar el encuadre, la luminosidad y el enfoque de la versión original de las mismas. No obstante, realicé intervenciones destinadas a difuminar y/o desenfocar los rostros, a fin de reguardar -en la medida de lo posible- el anonimato de mis entrevistados/as.

1.3.5 Organización, sistematización y análisis del material

En una primera revisión de contenidos de las transcripciones, destacué los aspectos relativos a los datos demográficos y sociodemográficos y de la trayectoria migratoria y de pareja. Tras esto, concentré la sistematización en identificar aquellos que hacían referencia a las distintas identidades que se ponían en juego y los vínculos familiares, tanto con la familia de la pareja como con la de origen del/la informante. En directa relación con este último ámbito, un tercer punto del trabajo se centró en los vínculos transnacionales. Para cada uno de estos ejes elaboré un cuadro resumen. Estos permitieron poner en diálogo las características y las experiencias y, consiguientemente, establecer comparaciones -por similitud y semejanza, en sus distintos grados-.

Este conjunto de antecedentes, sus contenidos y hallazgos, fueron el punto de partida para la elaboración de los textos correspondiente a la presentación y análisis general de la muestra

o “paneo general”, como lo he llamado en otros momentos de esta sección (capítulos 3 y 4). Estas, asimismo, se han nutrido de los estudios y trabajos previos sobre los temas que convoca.

Una segunda etapa del trabajo se atuvo a los casos que analizo en mayor profundidad (Capítulo 5). Sin desmedro de que estos hagan parte de la información general, me aboqué en ellos a la descripción más detallada de sus experiencias. Estos, además, se complementaron con información respecto del rol que ocupaban los objetos e imágenes en sus experiencias migratorias y en los vínculos transnacionales.

Los acentos de cada uno han dependido de la información entregada por las entrevistadas y de la evaluación hecha por mí. Esta última ha estado mediada por el interés de rescatar algún aspecto “novedoso” o interesante sobre, por ejemplo, los usos, sentidos y prácticas que han adquirido en el específico marco del desplazamiento, de la vida en pareja y de la relacionalidad familiar en sus distintos niveles. La selección o los énfasis concernientes a la naturaleza de estos aspectos, guarda relación con lo señalado -o con las ausencias- por la literatura sobre los temas en cuestión.

Por otra parte, y dado que en la presente investigación objetos e imágenes han sido concebidos como hitos de memoria y recursos de elicitación de información, en la construcción de cada uno de los casos la narración oral se ha puesto en directa relación con ellos. Así, en base a estos elementos, se ha construido un texto más cercano a un relato de vida; en tanto se ha centrado en un momento específico de esta.

En el análisis, he asumido la cultura material, con cierto énfasis en la fotografía, desde su dimensión de práctica social (Rose, 2010) y acto comunicativo; esto es, teniendo en cuenta al emisor, al receptor, el contexto y la situación en su doble articulación de producción y circulación. La imagen misma, por su parte, es vista como un texto de producción-fabricación de (auto) representaciones individuales y familiares, a la luz del contexto y las normas socioculturales en que se insertan las protagonistas. Como tal, constituyen un texto-signo de condensación de significados, que se denotan y connotan: supone una relación entre la presencia de elementos de forma/referenciales -qué se incluye, cómo, dónde- y de contenidos- qué quieren decir, por qué, para qué-.

Así, la estrategia de trabajo ha implicado una primera mirada que las contempla en la materialidad de su narrativa externa (dónde y cómo están dispuestas y/o guardadas, qué significados adquieren, entre otros aspectos). Y, luego, una observación detenida de sus comentarios y un posterior vaciado de datos (color, organización espacial, situación, elementos y personas presentes) y de su doble articulación de producción (quién la tomó, dónde, cuándo, cómo) y circulación (quién envía, a quien, cuándo) (Rose, 2001).

En ambas secciones -general y específica- el análisis se sirve también de trabajos y estudios previos sobre los temas, así como de los apuntes consignados en el Cuaderno de campo.

1.4 Ser mujer chilena e inmigrante. Ser investigadora de la intimidad. Cuestiones éticas y reflexiones derivadas del trabajo de campo

Como señalé anteriormente, en general, las personas entrevistadas mostraron bastante dispuestas a colaborar conmigo. Posiblemente, el que compartiéramos el país de origen se convirtió en un factor ha alimentado esta primera confianza. Superada la extrañeza del primer encuentro, en la mayoría de los casos creo que disfrutaron el entregarse al ser entrevistados. Contar, compartir sus experiencias les permitió recrear su historia –personal y de pareja- para y con alguien. De hecho, en algunos testimonios aprecié que recoger esta información se convirtió en una suerte de reconocimiento a las elecciones que han hecho y, al mismo tiempo, constituía un mecanismo para validar socialmente lo que era su “historia de amor”. Este sentido se deja ver, por ejemplo, en las palabras del cónyuge de Carolina:

Yo le decía a Carolina, que alguien debía escribir esta historia de amor...y llegaste tú... (Entrevista, 15 de marzo de 2013).

Sin perjuicio de lo anterior, debo hacer notar que los hombres fueron un grupo de difícil acceso. Algunas de las personas entrevistadas me ofrecían explicaciones para este comportamiento, particularmente considerando que mi trabajo exploraba en la vida

privada –individual y de pareja-. Estas, básicamente, argüían a una diferencia de género:

es que ellos “son más reservados. No llegan y cuentan su intimidad. En cambio, las mujeres lanzan su historia de una vez [...] aunque recién conozcan a la persona”.

En esta línea, y aunque, como ya dije, mi país de origen jugó a favor de la llegada a las personas, se me señaló que mi identidad de mujer podría actuar como un factor inhibitorio a la hora de abordar los espacios de entrevistas con los varones.

Lo anterior tiene una cierta consonancia con lo acontecido en el marco de mi investigación, pues en su mayoría fueron las entrevistadas mujeres las que se abrieron más a las actividades planteadas: fue con cuatro de ellas con las que pude completar de lleno el acceso, visionado y reproducción de imágenes. Esto, en cambio, no fue tan simple en el caso de los entrevistados varones, ya fuera por motivos personales y/o de negociación de pareja. La intimidad que suponían éstas, fue resguardada por la pareja catalana de uno de ellos. En otro caso, el cónyuge de una de las entrevistadas le preguntó con cierta preocupación si las incluiría en la redacción final del documento. Aunque para ella esto no era un problema, se sintió en la necesidad de hacérmelo saber. A este acto acotó una explicación, con algo de risa burlona:

es que ellos [¿los hombres?, ¿los catalanes?, ¿los europeos?] son más reservados y se complican más con mostrar cosas más íntimas y personales.

A partir de estos hechos y de las explicaciones esbozadas por mis informantes, indagué en el eventual peso que podía tener la identidad de género en la dupla investigadora-investigada, investigadora-investigado; y en los potenciales impactos en el acceso a la información. Esto, de hecho, había sido ámbito de preocupación de estudios y reflexiones desarrolladas desde una perspectiva feminista. Desde aquí, por ejemplo, se sostenía que el compartir esta identidad, por lo general redundaba en la posibilidad de alcanzar grados de confianza más elevados; y, por consiguiente, permitía un acceso más vivido a la experiencia de la informante (Broom, Hand y Tovey, 2009).

Pero, ¿qué otros factores podrían concurrir en esto? En primera instancia, eventualmente podría explicarse en la línea de reflexiones que indica que, usualmente, las mujeres actúan

como las guardianas o depositarias de tradiciones y prácticas y del traspaso de la memoria. En este campo, asumirían la organización y el cuidado de las fotografías (Rose, 2010; Pink, 2004, entre otros) y, consiguientemente, se harían cargo de transferir las mismas y el relato asociado (Bourdieu, 2003).

El ser mujer, chilena e inmigrada en Barcelona, ciertamente abría el abanico de pertenencias compartidas. A ello se sumaban elementos de sus circunstancias personales como, en algunos casos, la falta de círculos de amistades y el sentimiento de soledad que experimentaban y/o el tiempo disponible debido a que no tenían trabajo remunerado. Pero también rasgos de mi propia personalidad y de lo que significa para mí hacer investigación en antropología social y cultural: planteé, entonces, una relación afable y alejada de cualquier jerarquía.

Lo anterior generó un clima distendido. Este, y el cariz de mi investigación sobre ámbitos íntimos, convirtió -en ocasiones- las entrevistas en instancias catárticas de sus historias y vivencias. Les alentó, asimismo, a inquirir sobre la mía: “ya sabes todo sobre mí, ¿y tú? ¡Cuéntame!” me dijo una de las entrevistadas. En esta ocasión, como en otras, esboqué un breve resumen de mi vida y de las razones que me habían llevado a Barcelona.

Pero el trabajo de campo no sólo supuso estas legítimas demandas de saber sobre mí persona y las razones más profundas de mi tema de estudio. Expongo dos ejemplos: una de las informantes, tras la primera entrevista, comenzó a llamarme reiteradamente por teléfono, a veces incluso sólo para saber cómo estaba. Luego del segundo encuentro, en su casa, con su pareja, insistieron en ir a dejarme en su carro. Aunque en un principio me negué y argumenté como excusa que no iría a casa, pues mi pareja me esperaba para cenar fuera, me dijeron: “¡perfecto! A una calle de tu piso hay un buen restaurante chino. Podemos comer ahí”. No pude, no supe o, quizás, no quise negarme. Otra de mis entrevistadas, en una ocasión me llamó bastante tarde, en la noche. Ante mi pregunta de “¿en qué te puedo ayudar?”, me dijo: “sólo escúchame. Necesito que me escuches”. La escuché largamente contarme sus angustias y penas, debatirse entre la ansiedad por irse y el miedo de volver “derrotada” a Chile y enfrentar a su familia. Al finalizar esta conversación, me pidió encarecidamente que le ayudara a desarmar su casa, a envolver sus cosas. Le dije que sí, y así lo hice.

Sin bien la investigación de campo me resultaba maravillosa, también me estaba planteando desafíos metodológicos importantes. El cariz de las conversaciones, las llamadas telefónicas, las caminatas y cafés compartidos ampliaban la naturaleza de lo que yo suponía -en un primer momento- sería nuestra relación. Pero, ¿qué implicaba esto para mi rol y mi trabajo?, ¿mi papel de investigadora-escucha se estaba confundiendo con el de una amiga?, ¿dónde estaban los límites? ¿Recuerdan ellas lo que soy?, ¿lo recuerdo yo? Me llené de desasosiego e inquietudes sobre la información que podía, efectivamente, consignar.

Estos cuestionamientos me instaron a un acto de reflexividad respecto de mi quehacer antropológico, la ética y lo que sucede en el marco del trabajo de campo. En este recorrido, el acto de conciencia, la pausa para pensar y la comprensión de varios asuntos me otorgaron la tranquilidad: el hacer y el quehacer de mi estudio no estaba amenazado.

Ciertamente, ellas no habían pedido “ser observadas”. No obstante, consintieron en hacer parte de mi trabajo. Se trata, entonces, de un encuentro, una relación. En el marco de ésta, reconocí, mi identidad jugó un rol no menor en la generación de espacios de confianza. Me acerqué a sus vidas, para leerlas, desde motores marcados por mis intereses y mi subjetividad. He pedido y me han dado, pero ¿qué se espera a cambio?, ¿qué se obtiene?

Yo, “la Otra/investigadora”, cumplo un papel de bisagra con la “vida vieja”; a la par, ofrezco la posibilidad de lazo y “encuentro” en la “vida nueva”. Me suponen, quizás certeramente, haciendo parte de la misma dislocación y soledad que ha entrañado para algunas de ellas la experiencia de desplazamiento. Desde aquí, y aun a sabiendas de mi agenda de acercamiento, comienzo a ser integrada a la comunidad que cada una va conformando; y cuyo hilo conductor responde al sentimiento de “extrañamiento”, a la identidad compartida -quizás míticamente- de un lugar de partida que es distinto del que hoy se habita. Mi presencia, primero ajena, se hace más cercana. Con ello, “algo se provoca”. Eventualmente, como señala Davignaud (1968, 1973), también puedo convertirme “en un espejo en el que pueden reflejarse... buscan con él y en él, redescubrir su propia imagen (citado en Caratini, 2013: 80). Ellas, al mismo tiempo, también me reflejan.

En la demanda ya mencionada -“ya sabes todo sobre mí, ¿y tú? ¡Cuéntame!”-, está implícito que el ser entrevistada supone, genera una expectativa de reciprocidad. En este caso, el intercambio de

conocimientos sobre la persona con la que se interlocuta. En otros, y dada la dinámica que generamos en el juego de preguntas y respuestas, la retribución supone prestar apoyo y asistencia (Oakley, 1981): en los casos de la insistencia en encuentros y en las llamadas, hacer compañía, oír sin más.

Especialmente sensible a los límites, atendí y me mantuve atenta a los potenciales atisbos de confusiones a fin de, implícitamente y no sin dificultades, remarcarlos. Antes que estas, no obstante, encontré evidencias expresas de que ellas -las entrevistadas- no olvidaban en qué estábamos, por qué, quién era yo y qué hacía. Rescato como ejemplos: “¿crees que Andrea no está haciendo registro mental de todo lo que está pasando aquí? Noooo, ella toma notas en su cabeza. Todo lo está guardando y analizando”, le dijo una de ellas a su pareja mientras cenábamos. “Pongo esto para que no digan que no hay nada de aquí [de Barcelona]”, señaló otra mientras elegía algunas imágenes. Así, me hizo saber que estaba consciente que reconstruía su historia personal para “alguien” externo a la misma, que la comentaría y analizaría. Y es que, como indica Hoskins, las personas también tienen sus propias agendas. Al contar sus vidas, no sólo estas proveyendo información sobre sí mismos sino también (re)creando una identidad; construyendo y/o representando un “sí mismo” para una consumición pública (1998: 1).

En otra ocasión, una tercera entrevistada recién había terminado su relato. Yo me quedé detenida y en silencio mirando los álbumes de fotografías. Este momento rico en detalles para mí, era “tiempo muerto” para ella. Su mirada, en son de espera, me indicó que era mi turno. Tras mi breve intervención, me dijo: “es curioso cómo uno llega a los temas de investigación”. A partir de esta declaración me relató un trabajo investigativo que había llevado a cabo muchos años antes. “Un tiempo después”, agregó, “entendí que, en el fondo, yo estaba en eso por el vínculo que tenía con mi padre”. Rescaté no sólo su intuición, sino también su habilidad desplegada en el ejercicio de interpretarme. En el acto, reafirmó tanto su agencia activa como sujeto, antes que una pura naturaleza de objeto de estudio, como un acto de conocimiento y conciencia de la labor en que yo y ella nos encontrábamos: una investigación.

La posibilidad de neutralidad es nula, reza Caratini, Pero, ¿cómo estar fuera y dentro al mismo tiempo? El secreto para el límite reside, argumenta, en una especie de activación constante de la conciencia del estar y de ser en ese sitio. Ello, acota, supone un diálogo permanentemente consigo mismo. Desde la participación,

activa y sincera, se transforma en una “especie de rol que se asume”: “jugar, como pensar es desdoblarse y, por el desdoblamiento, se ocupa una posición de distancia” (Caratini, 2013: 18, 104-106).

1.5 Limitaciones de la investigación

Como he reflexionado en el apartado anterior, a lo largo del proceso de recolección y análisis de los datos, he debido hacer conciencia de los sesgos que puede suponer mi propia mi subjetividad como investigadora. Ello, sobre todo, y fruto de la propia naturaleza de mi persona y de mi tema, por la cercanía que he establecido con varias de las personas involucradas en el estudio. Esta, eventualmente, podía constituir una amenaza para profundizar y/o tratar ciertos aspectos en las observaciones de campo, las entrevistas y el análisis hecho de las mismas, así como en el abordaje a los textos visuales. En cualquier caso, he intentado permanentemente cuidar y tener presente esto; a fin de salvaguardar una producción que obedezca en la mayor medida posible a los criterios de investigación cualitativa en Ciencias sociales.

Otro riesgo se ha encontrado en la propia estrategia utilizada para acceder a las personas entrevistadas. La mayor presencia de cercanos u amigos como grupo referenciador podría haber implicado vínculos de cercanía en un doble juego: conmigo y entre los entrevistados y sus condiciones. Por una parte, ello podía, tal como lo señale en el punto anterior, sesgar mi mirada; y, por otra, devenir en un universo compartido que no diera cuenta de otras experiencias diferentes.

No obstante, y aunque existe una preeminencia de un perfil migratorio por estudios, el detalle de las condiciones de cada uno/a evidencia ciertas diversidades que constituyen aportes al propio abordaje del grupo y del colectivo en su conjunto. Debo argumentar aquí, además, que esta mayor presencia de un segmento de alta especialización profesional está en directa relación -como he explicitado en los Antecedentes- con el perfil general de la población chilena inmigrada en España.

Por otra parte, y en este mismo esfuerzo de intentar conseguir el máximo de variabilidad dentro de la no representatividad o significación estadística de la muestra; he ampliado la trayectoria

migratoria al incluir informantes que responden a otras razones de desplazamiento: económica y política.

En el terreno de las características de las uniones mixtas, creo que la selección logra dar cuenta de una variedad intersectada por las distintas condiciones de sus miembros y de las trayectorias en común. Algunos de los casos, por su parte, cumplen con ilustrar los distintos niveles de relacionalidad con las familias de ambos miembros; y cómo en este ámbito se producen encuentros, desencuentros y se despliegan estrategias. Sin embargo, si bien la inclusión de un caso de endogamia (Pedro) ilustra la influencia de la cónyuge chilena en la presencia de imágenes y en los vínculos familiares, no logra cumplir a cabalidad con el fin de problematizar la posible incidencia de la pareja no chilena para el conjunto de la muestra. Y es que el entrevistado, a raíz de su trayectoria migratoria -forzada/política- ha tenido un fuerte impacto en este ámbito. Esto sería una limitación del presente trabajo y, como tal, se asume como un campo en el que se debe seguir explorando.

Conjuntamente con lo anterior, debo mencionar que el proceso investigativo también fue influido por distintas circunstancias que tocaron a mi propia vida. De hecho, en el lapso de los cuatro años que duró mi estancia en Barcelona, hubo periodos tremendamente convulsionados, en distintos niveles.

En mi calidad de Doctoranta inmigrante, me enfrenté a trámites legales extremadamente lentos y agotadores. Esto ocurrió particularmente el año 2013. En esa ocasión, la renovación anual del documento de permanencia -NIE- tardó tres meses. La demora tuvo una serie de repercusiones: entre ellas, la postergación y posterior anulación del viaje programado a Chile para la realización del trabajo de campo previsto, en lo que ese momento era la propuesta vigente de investigación. Había conseguido financiamiento, mediante la participación en un proyecto vinculado al tema de inmigración en mi país. Dada mi dilación, y en virtud del corto periodo asignado al mismo, se desestimó mi presencia como parte del equipo. Seguidamente, y en virtud de las restricciones económicas y del tiempo, el trabajo de campo en Chile quedó excluido. Ello, como he manifestado en los Antecedentes, me obligó a hacer ajustes a la investigación. Esto no fue en desmedro de la calidad e importancia de la presente investigación doctoral. Hay pocos trabajos que aborden el tema de cultura material en relación con el proceso migratorio (Basu y Coleman, 2008); asimismo, no se cuenta con mucha

información sobre población inmigrada chilena en Cataluña ni en España. En este sentido, la producción de esta tesis constituye una contribución.

Por otra parte, también surgieron problemas serios de salud (tanto míos como de un familiar muy próximo) que, durante un período, afectaron el ritmo previsto de mis actividades de investigación. Cursar un doctorado, de algún modo, se tradujo en enfrentar los propios fantasmas. Lo arduo y solitario del proceso implicó, en variados momentos, la emergencia de inseguridades, agobio y estados de angustia. Personalmente, no escapé a la tendencia recurrente -en este tipo de proceso formativo- de alteraciones a la salud²³. A ello, asimismo, contribuyó mi propia condición de inmigrante. Vivir la enfermedad de familiares cercanos a gran distancia y con limitaciones de recursos económicos, se convirtió en una dolorosa experiencia. Afortunadamente estas situaciones subsanaron. Y si bien ellas contribuyeron a hacer -en un momento- más lento el trabajo, no representaron un obstáculo para la finalización del mismo.

1.6 Estructura de la Tesis

El documento está estructurado en seis capítulos. El primero responde a la presente Introducción. El Capítulo 2, por su parte, está dedicado a la exposición de la discusión teórica; enfocada en los temas de parentesco, identidad, transnacionalidad y cultura material y visual. Dada la amplia bibliografía sobre estos, recojo lo que he considerado como de mayor pertinencia para la presente tesis. Así, en su primera parte, abordo las uniones binacionales y los vínculos transnacionales que, en muchos casos, suponen; considero sucintamente la discusión clásica sobre las normas endogámicas y exogámicas que regulan las alianzas; y la condición de género y de país de procedencia en relación con las construcciones socioculturales que rodean las uniones binacionales o mixtas; y los lazos familiares a distancia. La segunda parte del capítulo está destinada a la cultura material. En ella, luego de relacionar desplazamiento, lugar y sentidos de pertenencia, me refiero a los objetos e imágenes en contextos de movilidad humana; profundizo en las prácticas desplegadas

23- Sobre el tema, ver <https://www.bicsociety.org/single-post/2017/04/06/Estudiantes-de-Doctorado-enfrentan-desaf%C3%ADos-significativos-de-salud-mental>

en torno a la fotografía; y atiendo al contexto de las tecnologías digitales y sus eventuales implicancias en la producción y circulación de imágenes. Como tercera sección y final de capítulo, resumo brevemente los alcances a la identidad de género referidos en los apartados anteriores del mismo.

En el Capítulo 3, recojo información obtenida en el desarrollo del trabajo de campo. Doy cuenta de las trayectorias de desplazamiento y los procesos de conformación de pareja y familia binacional en Barcelona. Rescato aquí lo que ha significado ser y hacer familia atendiendo a las características sociodemográficas de los miembros de la pareja, así como a los factores socio contextuales, familiares y culturales, que han favorecido o dificultado la vida en común. Incluyo, asimismo, los vínculos que se mantienen con la familia de origen, aludiendo, entre ellos, a la comunicación a distancia y los viajes. El capítulo se cierra con un apartado de conclusiones sumarias respecto de los contenidos abordados.

Con el Capítulo 4, podría decirse que entro de lleno en el corazón de la tesis, vale decir: los procesos identitarios y la experiencia familiar transnacional. En el marco de lo destacado por los/as entrevistadas, rescato ámbitos y prácticas relacionadas con los sentidos de pertenencia al país de origen: la comida y la lengua. Desde ahí, el texto se inmiscuye en el espacio doméstico y se adentra en los objetos e imágenes identificando: las dinámicas en torno a estos, así como los significados que adquieren y el modo en que se vinculan con el parentesco y la potencial consciencia transnacional. Incluyo aquí el caso de unión no mixta, en un esfuerzo, como ya he indicado, por explorar el grado de incidencia del origen de la pareja en estos procesos. Concluyo con un apartado de reflexiones preliminares, en el que pongo en relación los diferentes testimonios y sus implicancias, considerando las condiciones sociodemográficas de los/as entrevistados/as, el perfil migratorio y el tipo de unión en que se encuentran.

El Capítulo 5 está destinado al análisis de los casos tratados en profundidad. Se trata tres cónyuges chilenas, con características sociodemográficas distintas (edad, nivel socio profesional); dos de ellas migrantes por amor (Graciela y Blanca) y una de migración económica (Carmen). Poseen, además, estatus civiles previos variados: divorciada, viuda y soltera sin hijos, respectivamente. Estos aspectos otorgan un abanico de riquezas, a las que se suman particularidades en torno a los usos, sentidos y prácticas que adquiere la cultura material en sus contextos específicos

de trayectorias migratorias y de conformación de pareja y vida familiar. Dos de ellas, asimismo, construyeron su propia narrativa acerca de estos procesos mediante el uso de objetos y fotografías.

La tesis finaliza con el capítulo destinado a Conclusiones (Capítulo 6). En este ofrezco una sistematización de los temas analizados en el desarrollo de la presente investigación. Mi intención es poner en diálogo las experiencias y narrativas surgidas de las distintas condiciones de las personas entrevistadas a la luz de lo señalado en el debate teórico.

Capítulo 2. Discusión teórica

Situada en la arena de la antropología social y cultural, mi investigación propone una mirada atravesada por distintos dominios analíticos, a saber: parentesco, migración y transnacionalidad, identidades y cultura material visual. Aunque la producción de estudios y bibliografía sobre estos ámbitos es bastante amplia y exhaustiva, en el recorrido sumario que ofrezco a continuación recojo y señalo aquellas referencias consideradas de mayor pertinencia para el ámbito específico de mi tesis doctoral.

En la primera parte, abordo las uniones binacionales en el marco de los procesos migratorios internacionales y los vínculos transnacionales que, en muchos casos, suponen estos. Parto revisando la discusión clásica sobre las normas endogámicas y exogámicas que reglan las alianzas, como un contexto específico que permite entender las implicancias de estas en las regulaciones y adscripciones sociales. Desde ahí, relevo la importancia del género y el país de procedencia como ejes clave para comprender estas uniones en el marco de las construcciones socio culturales. Tras esto, doy cuenta de estudios producidos sobre lazos transnacionales, especialmente en el caso de parejas mixtas o binacionales.

En la segunda sección, por su parte, atiendo a la discusión sobre la cultura material, con especial atención a la fotografía. Esta, como ya he señalado, tiene una doble dimensión: teórica y metodológica. Reflexiono sobre la vinculación entre el desplazamiento y los sentidos de pertenencia y, desde ahí, rescato la relevancia biográfica de objetos e imágenes. Tras revisar el debate teórico sobre el tema, profundizo en el universo de la fotografía considerándola en relación con los procesos migratorios. La sección se cierra con alcances al nuevo contexto instalado por las tecnologías digitales y sus impactos en la producción y circulación de imágenes.

Finalmente, sistematizo muy brevemente las referencias hechas en el desarrollo del capítulo a las implicancias de la identidad de género en los procesos de conformación de pareja binacional y en las prácticas asociadas a la cultura material y visual.

2.1 El parentesco en el contexto de las migraciones internacionales. Las uniones binacionales

Como ya señalé en los antecedentes, en un contexto migratorio se crean nuevas y complejas estructuras de familias, multi-locales, transculturales y transnacionales (Byod, 1989; Bryceson y Vuorela, 2002; Rodríguez-García, 2014). Este tipo de escenarios supone, además, cambios en el mercado matrimonial y en las posibilidades individuales de elegir, aumentando, por ejemplo, las uniones mixtas y/o binacionales (Waldis, 2006:8; Charsley, 2012:5); las que, a su vez, pueden implicar vínculos de parentesco transnacional (Rodríguez-García, 2014).

A las mayores posibilidades de viaje se agrega el desarrollo y el extendido uso de las Tecnologías de la Información y Comunicación (TICs) como factor que ha abierto mayores perspectivas de contraer matrimonios con personas de fuera de los propios lugares o países (King, 2002; Constable, 2003; Roca Girona, 2007, 2011; Roca Girona et al, 2008; Mai y King, 2009; Bodoque y Soronellas, 2010; Charlesy, 2012; Williams, 2012; Roca Girona, Soronellas y Bodoque, 2012). Así, para algunos autores, la relación entre matrimonio y migración aparece como un tema central en el marco de la globalización (Waldis, 2006:1). De hecho, sostiene Beck, estos serían una metáfora y un indicador de la globalización de las vidas personales (Beck, 2000:73 citado en Charsley, 2012: 5).

En este marco se ha destacado, por ejemplo, que un proyecto migratorio temporal, ya sea por trabajo y/o estudios, puede hacerse permanente si se encuentra una pareja y se forma familia; en casos en que el asentamiento tiene un carácter más definitivo, como en situaciones derivadas de exilio o refugio, unirse se convierte en un aspecto que coadyuva a la integración; y que la selección de pareja de otro país puede motivar y/o dar origen al desplazamiento (Waldis, 2006:8).

La percepción y/o el grado de aceptación de este tipo de uniones va a depender del contexto específico -social, cultural, histórico, político- en que se desenvuelven (Williams, 2012:26-27). De hecho, algunos autores (Benson, 1981; Waldis, 2006; Charsley, 2012, entre otros) han evidenciado que estas suelen ser objeto de “sospechas”. En parte, ello se explicaría porque suponen algún grado de transgresión a las normas de sobrevivencia y cohesión

del grupo (Waldis, 2006:2). Estas, inicialmente, estarían fijadas en las directrices que regulan -de modo expreso o tácito- las alianzas y la procreación. En razón de ello, estas relaciones no sólo constituirían un fenómeno social en sí mismo, sino que además estarían sujetas a procesos de adscripciones y de categorizaciones (Waldis, 2006:2). A partir de aquí, por tanto, tendrían el poder potencial de iluminar “conflictos que se dan en el sistema social” (Stolcke, 1992:25).

2.1.1 Las alianzas. Las normas endogámicas/ exogámicas

De acuerdo con Fox, las preguntas sobre el parentesco y la procreación resultan medulares en la reflexión de las ciencias sociales; y en los estudios del parentesco, en particular (1972: 25-26). A decir de Grau Rebollo (2006), estos compondrían un “núcleo duro” de la disciplina antropológica, la que ha tenido un eje relevante de producción en las teorías de la filiación y de alianza. Una centralidad afianzada, desde el S. XIX, en el reconocimiento de que estos lazos básicos inciden “en la configuración social de los grupos” y en la “identidad de los individuos” que los integran. Así, desde un “dominio analítico multidimensional”, estos estudios han buscado dar cuenta de distintas formas de pensar las relaciones sociales a diferentes niveles”: desde un ámbito limitado –como la pareja, la familia nuclear-, hasta “la sociedad en un sentido amplio” (Grau Rebollo, 2006: 13,19, 37-38).

En las distintas culturas, la “reproducción biológica” y/o “la reposición de los miembros” responde a “mecanismos de organización sociocultural”, entre ellos la familia y el matrimonio (González Echevarría, 2010:340). Ambos conceptos han sido objeto de controversias en la discusión antropológica, en parte por la pretensión de universalidad que ha existido sobre ellos (Rodríguez-García, 2002:35). Sin embargo, en un esfuerzo de superar el etnocentrismo, González Echevarría propone considerar la familia como el “núcleo procreativo básico en el que se generan las relaciones básicas de parentesco”; y el matrimonio como “el dispositivo más general para organizar la reproducción biológica” (1993a: 322, 325). Este último supone una “unión legítima relativamente estable de dos o más personas”. No implica de modo exclusivo monogamia ni coresidencia, sino más bien un ajuste a las normas que imperan en cada contexto (González Echevarría, 1993a:325; González Echevarría y San Román, 1983:

10-12). Operaría, asimismo, en virtud de la regla exogámica; esto es, prohibiendo o limitando las uniones dentro de un grupo específico, ya sea de parentesco, descendencia o localidad y, consiguientemente, estimulando a elegir en uno distinto del propio (Lévi-Strauss, 1969; Mair, 1974)²⁴. Pero, “¿hasta qué punto la elección matrimonial se aleja de lo causal y en qué dirección?”, pregunta Fox (1980: 219).

La exogamia tiene su contrapunto en la endogamia, que delimita los grupos o categorías entre los que sí es posible la elección de cónyuge. Ambas normas coexisten. De hecho, como apunta González Echevarría:

Las sociedades ordenan el matrimonio de manera que sus miembros no se casen ni con gentes “demasiado” próximas ni con gentes “demasiado” lejanas”; el asunto es cómo estas sitúan los límites. En este terreno, agrega, las exploraciones de antropólogos, sociólogos y demógrafos han evidenciado que la elección de cónyuge y la alianza matrimonial posee una estructura compleja; en la que actuarían prescripciones y/o prohibiciones explícitas e implícitas, relacionadas con grupos de parentesco, territorialidad, castas, etnia, núcleos religiosos o clases sociales; y en la que se constata una clara tendencia al matrimonio “entre iguales” ... (1993:226).

Precisamente, desde la antropología, Fox revela como factores de influencia la extensión territorial y la movilidad de clases. Argumenta, por ejemplo, que en una “población estable”, sin grandes movimientos migratorios y en donde “la movilidad es limitada”, se elegirá “dentro de una zona restringida”. Allí, el campo de los “potenciales” cónyuges estaría determinado —en cierto grado— “por las elecciones previas de sus consanguíneos antepasados”. Sostiene, además, que no habría “libre intercambio” entre los estratos, y que de existir sería en el marco de una situación “desigual”. Manifiesta, no obstante, que el aumento de la educación y las transformaciones socio-económicas estarían activando en el matrimonio una faceta vinculada a la movilidad social (Fox, 1980: 219-221).

La profundización de este entronque entre las alianzas y dinámicas sociales más amplias, como la clase y la etnia, ha venido

24- De acuerdo con la Teoría de la Alianza Matrimonial de los estructuralistas franceses, y más comúnmente asociada a Lévi-Strauss, la exogamia deviene del tabú del incesto, es decir, de la prohibición de mantener relaciones sexuales entre parientes primarios. Según esto, tendría como misión regular “el sistema de intercambio marital” y, con ello, “las relaciones entre los grupos de filiación” (Fox, 1980: 52, 162-163).

de la mano con los estudios sociológicos²⁵. En esta línea, por ejemplo, Goode (1966) plantea que las normas homogámicas y endogámicas “sostienen la estructura de clases existente”; y que la familia sería el mecanismo mediante el que se organiza y se mantiene el sistema de estratificación. Las presiones familiares y sociales -expresas e implícitas- encauzarían la elección del cónyuge, convirtiendo al matrimonio en la concreción de la igualdad de clases: en el “mercado del cortejo”, explica, se busca alguien del “propio nivel”; considerando “el número de candidatos elegibles” se llevan a cabo balances y negociaciones en los que es posible rastrear un patrón de influencia de clase, niveles de escolaridad, edad cercana y proximidad geográfica. En este marco, afirma, en los países occidentales una mayor posición de clase tiene correlato con el aumento de la edad de los hombres al contraer nupcias, e incide en la posibilidad de estos -dado que pueden solventar los viajes- de encontrar pareja en un lugar más distante. Se vincula, asimismo, con una menor libertad en los jóvenes para la elección y con un aumento del tiempo de noviazgo. Conjuntamente con lo anterior, destaca que “el sistema no valora todos los rasgos por igual y no igualmente a los dos sexos”. Habría, por ejemplo, patrones diferenciales de género: las mujeres podrían intercambiar “belleza” y “encanto”, lo esperadamente femenino, por la “riqueza” y “profesión” del hombre. Desde aquí, según Goode, de existir un matrimonio interclase lo más probable es que este implique un ascenso social para la mujer (1966: 68-91, 176-182).

Este entretreído de valoraciones diferenciales de los rasgos y condiciones se aprecia también en las indagaciones sobre matrimonios y condición étnica de Merton (1941) y de Davis (1941). Si bien ambos autores confirman el predominio de la endogamia étnica, propusieron -en base a la literatura sobre el sistema hindú de castas de la India- la teoría del “intercambio de estatus” para explicar por qué en Estados Unidos los hombres negros eran más propensos a casarse con mujeres blancas que al revés. Desde aquí sugirieron que este tipo de uniones interétnicas podrían ser vistas como un intercambio del mayor estatus socioeconómico de este (por lo general su educación, ingresos u ocupación) por el mayor estatus étnico de ella.

Sin embargo, tal como manifiesta Benson, estas uniones mixtas – interétnicas– no pueden ser vistas puramente como una desviación de la norma estadística y cultural, sino que constituyen un reflejo del orden social del que forman parte. Por tanto, argumenta, una

25- Para un análisis multidisciplinar exhaustivo sobre factores, patrones y procesos de endogamia y exogamia, véase Rodríguez-García (2002; 2004a; 2015a).

aproximación al fenómeno debería considerar las desigualdades, entre ellas las de clase, que subyacen a estas dinámicas (1981: 22). No obstante, este posicionamiento no es nuevo. De hecho, como hace ver Rodríguez-García (2007), tradicionalmente el análisis de los patrones de endogamia y exogamia étnica ha servido como “*test*” de la organización social, identificando las divisiones y las desigualdades estructurales. En este sentido, agrega, las teorías de estratificación social indican que donde existe “jerarquía de prestigio de grupos sociales, los patrones matrimoniales siguen la “línea de color” estratificada” (Porter 1965; Leach 1967; Blau 1977; Blum 1985; Rytina et al. 1988, en Rodríguez-García, 2007:10.). Según esto, la hipótesis del intercambio de estatus aporta que -en este tipo de contextos- los individuos de grupos con menor prestigio social, pero que cuentan con mayores recursos socio-económicos, tienen mayor tendencia a emparejarse con miembros del sector dominante. Llevando esto a las uniones binacionales, tendríamos que las predominantes serían “aquellas formadas por inmigrantes cuyos niveles económicos y/o educativos son más altos que sus parejas no inmigrantes” (Davis, 1941; Merton, 1941, en Rodríguez-García, 2007: 6).

Aunque la producción de estudios sobre estos temas es relativamente reciente en España, es posible rastrear diversos trabajos, entre ellos los generados desde el ámbito de la demografía atendiendo, por ejemplo, a los patrones diferenciales de endogamia y exogamia de la población inmigrada; y desde la antropología considerando las dinámicas de mestizaje y segregación.

En el primer campo, Cabré, Cortina y Esteve (2006) y Esteve y Cortina (2009), entre otros, evidencian que entre los colectivos de población inmigrada existirían comportamientos diferenciados de endogamia y exogamia. Estos se relacionarían con el grado de formalidad de la relación, el nivel de instrucción, el país de origen y el sexo. Así, concluyen que

- la endogamia se daría fundamentalmente en uniones consensuales y de hecho;
- a medida que se incrementa la escolarización formal, disminuye la propensión a la endogamia;
- habría colectivos con mayor tendencia endógama, por ejemplo, la población con origen en Ecuador;
- y que los hombres serían más endógamos que las mujeres, lo que se explica por las tasas de masculinidad y feminidad de los colectivos.

En la línea de la mayoría de los estudios sociodemográficos en el tema, señalan además que, dado que los grupos son más limitados y, por ende, se reduce el margen de elección, las relaciones de pareja con su propio grupo se asocian a patrones heterógamos (diferencias en niveles de instrucción y edad). En los casos de exogamia, asimismo, la mayoría de las uniones mixtas -de hombres y mujeres- ocurre con cónyuges españoles/as.

Por su parte, desde el terreno de la antropología, Rodríguez-García, a partir de su trabajo sobre población africana en Cataluña, señala que la clase social juega un papel clave en las uniones mixtas -generalmente homogámicas-; y enfatiza en que “las actitudes y comportamientos en torno a la endogamia y exogamia están construidas sobre aspectos de clase social -aunque se justifiquen en otros términos” (2004a: 184).

2.1.2 El peso del género y del país de origen

Conjuntamente con lo anterior, diversos autores (Collier, 1987; Collier y Yanagisako, 1987; Stolcke, 2010, entre otros) han indicado que una aproximación al tema debería considerar las desigualdades de género subyacentes. En este campo, los aportes críticos de la perspectiva feminista han enfatizado que el género es un “una dimensión transversal de la vida en sociedad” (Stolcke, 2010a:331). Mujeres y hombres desempeñan roles, inscritos en relaciones culturales específicas y cambiantes, estrechamente vinculados con el sistema de parentesco y de procreación que impera en cada circunstancia histórica. En razón de ello, argumenta Stolcke, habría que considerar al menos tres momentos interrelacionados:

- 1) La constitución histórico-cultural de las relaciones de género; 2) la interacción, mediada por la forma de organizar la procreación, que se da entre la construcción del género en tanto que proceso cultural y la configuración sociocultural del parentesco; y 3) la contextualización histórico-estructural de estas interseccionalidades... (2010a: 327, 331).

En esta línea de reflexiones, Collier (1987:2) remarca que quienes se unen, así como las uniones mismas, son producto de las sociedades particulares en que se desenvuelven. Por tanto, habría que comprender el sistema social como un modelo de diferentes desigualdades que estructura las intenciones y las expectativas de las personas. En este sentido, no sería posible mirar el matrimonio sin considerar que constituye también una transacción de otras

propiedades, identidades y categorías construidas -religión, etnicidad, clase, concepto de persona, entre otras- en tiempos y lugares específicos, y en donde el género es un eje transversal (Collier y Yanagisako, 1987:7). Consiguientemente, la importancia radicaría en ver el modo en que estas divisiones y categorizaciones sociales se entrecruzan e intersectan (Anthias, 2006; Stolcke, 2010a).

En este esfuerzo, diversos trabajos han buscado comprender la elección y conformación de parejas binacionales como parte de un complejo entramado de circunstancias socio-históricas, culturales y personales; y, en cuyo marco, se ponen en juego diversas identidades y significaciones.

Como ya he hecho ver, las uniones binacionales han sido vistas usualmente con suspicacia. De hecho, los cuestionamientos se recrudecen y la imagen adquiere más fuerza cuando la unión de un nacional tiene lugar con una mujer proveniente de un país “en vías de desarrollo”. Esto ha sido leído como un acto que, para ella, deviene directo en movilidad social (hipergamia) (Waldis, 2006:8; Charsley, 2012:5).

Desde aquí, se les ha estereotipado como una estrategia instrumental -por parte de la persona inmigrada- para la obtención de los papeles de residencia; o para “escapar-salir” de las condiciones materiales del país de origen y, consiguientemente, mejorarlas en el país receptor y con la unión, entre otras cosas. Pero, ¿qué construcciones esconde este imaginario? Ciertamente, esta desconfianza responde a nociones socialmente construidas que valoran y ubican -más cerca o más lejos y/o en una relación de jerarquía- las distintas identidades que las personas encarnan y que entran en juego.

Por una parte, pone en el tapete de discusión que, al igual que otras formas de migración, la alianza binacional es conformada, además, por la historia migratoria de los países receptores y emisores, esto es: las actitudes del estado ante la migración y los migrantes, las nociones de ciudadanía, los significados de pertenecer al país; y el cómo los matrimonios con migrantes y los/as propios/as migrantes son percibidos/as. En este marco, enfatiza Williams, el estatus de ciudadanía del miembro inmigrado es crucial: incide en la experiencia del propio sujeto y en la del matrimonio mismo, por ejemplo, para relacionarse con el estado, incluso cuando estas diferencias puedan ser enmarcadas por otros atributos como clase, raza, manejo de la lengua, etc. (Williams, 2012:24-25).

Y es aquí que hay que tener presente que se ha concebido la migración, los/as migrantes y, por extensión, las uniones binacionales, como “antídoto contra fundamentalismo identitarios” (Stolcke, 2010:21); o como una “carga” que altera el “orden social nacional” (Williams, 2012:27). Benson ejemplifica que, en el caso de Gran Bretaña, la gran profusión de los estudios inicialmente respondió a la inquietud respecto del futuro de la población inmigrante y, consiguientemente, por el propio destino de la “sociedad nacional” (1981:9). Y es que, completa Rodríguez-García, la perspectiva asimilacionista, instalada en la década de 1950, veía en los matrimonios mixtos un indicador directo de la integración; obviando la potencial existencia de prejuicios que pueden existir al interior -y entre los miembros- de las sociedades de acogida (2004a; 2008).

Ambos posicionamientos, siguiendo las reflexiones de Stolcke (2010:21), presumen “la existencia de identidades culturales originarias puras”, con lo cual no hacen sino reconstituir “las diferencias activamente”. En este sentido llama a tener presente que estas “diferencias culturales” son también construcciones “histórico-ideológicas”. La “cercanía” y “proximidad” que se les supone, consiguientemente, ha sido urdida en un trayecto histórico-social. En base a este se ha destinado lugares y posiciones para los distintos grupos, en este caso según el país de procedencia (Pessar y Mahler, 2003: 816). Así, bajo las identificaciones -no siempre de manera expresa- se esconde un campo de jerarquías: el mayor o menor capital simbólico del país de origen se transfiere a las personas y a los miembros de la pareja binacional. Ello, como las otras valoraciones de las distintas identidades, operaría también en los países, las sociedades y las familias del/la migrante.

Por otra parte, estos imaginarios sitúan a las uniones mixtas o binacionales como lejanas al “amor romántico” que, en cambio, sí inspiraría la unión entre nacionales (Waldis, 2006:5-6). Veladamente, entonces, se las concibe como un proyecto de vida puramente individual, antes que el de una “relación íntima” (Williams, 2012:27-30).

Ciertamente, como plantea Rodríguez-García (2004a:244), siguiendo a Gines y Liu (1997), sería reduccionista concebir este tipo de uniones como un puro modelo de “intercambio de recursos tangibles, incluida los aspectos de atracción física”; pero también sería ingenuo pensar que estos intercambios no existen en absoluto, sean conscientes o no; es decir, producto de la estructura social desigual. Y, en efecto, en el plano de las finalidades se ha

identificado que, en algunas ocasiones, la alianza puede orientarse a mantener o a mejorar el capital material o simbólico; puede haber sido pensada como un recurso que minimiza riesgos en el proceso de migración y/o como un buen punto de inicio para actividades de adaptación en el país de acogida. No obstante, estas estrategias no siempre responden a una planeación *ex profeso* y/o a nivel consciente y tampoco excluirían *-per se-* “el amor” (Waldis, 2006:4-7).

De acuerdo a Charsley, muchos de los estudios sobre uniones binacionales se han centrado en la migrante/esposa. Esta literatura evidencia que los imaginarios en torno a ellas giran en dos ejes: mujeres movidas por la motivación económica o como víctimas del patriarcado y la estructura global (financiera también) del poder (2012: 6). Constable confirma esto último, indicando que ellas parecieran quedar subsumidas en la idea generalizada de mujeres especialmente oprimidas, “traficadas” y, por tanto, “víctimas” que “necesitan ser rescatadas” (2003:4).

En estas representaciones, fuertemente estereotipadas (Williams, 2012:26), se obvia el hecho de que mantener una “relación emocional estrecha” con otra persona es -en las sociedades occidentales contemporáneas- un fenómeno y una consecuencia de la modernidad y el poder de decisión individual (Giddens, 1995: 61-62; Waldis, 2006:7). Ello aun cuando se reconoce que en la migración con el fin de formar una relación -privada e íntima- pueden intervenir actores que sirven de enlace entre ambos miembros y/o estimulan el vínculo: por ejemplo, amigos, familia, comunidad y/o agencias de servicios de Internet (Williams, 2012; Constable, 2003).

Precisamente, la consideración de un nuevo campo de relaciones de género y de concepción del amor como marco contextual en la migración de mujeres, ha sido abordada -para el caso español- por Roca Girona (2007, 2011), Roca Girona et al. (2008, 2012), Bodoque y Soronellas (2010). Bajo la designación de “migrantes por amor”, han profundizado en historias de mujeres eslavas y latinoamericanas que, habiendo conocido a su pareja en Internet o en su propio lugar de origen, decidieron emigrar para formar familia.

En estos trabajos se sostiene que estos desplazamientos no pueden ser reducidos de modo exclusivo y fundamental a factores económicos: son proyectos individuales, fruto de la acción y

decisión y que, por lo común, no consideran el retorno. La unión, por su parte, es “legitimada” por los miembros de la pareja bajo el “ideal de amor romántico”. No obstante, para ellas el primer tiempo puede significar enfrentarse a la negación y desconfianza de los círculos familiares y de amigos del cónyuge. En términos generales indican que tener una pareja nacional, si bien ha sido un factor que ha facilitado la llegada, puede también devenir en una relación de dependencia: en tanto proyecto individualizado de migración, los círculos cercanos tienden a ligarse a los del cónyuge y, por tanto, quedan en condiciones de aislamiento y falta de redes si la relación no va bien y/o finaliza.

Dichos estudios reconocen la agencia activa de las mujeres “migrantes por amor”. Y lo hacen tanto al rescatar la decisión personal de desplazarse, como en las motivaciones argumentadas para hacerlo y para entrar en la unión. Señalan que, en muchos de los casos, la resolución de establecer un vínculo con un hombre español es para ellas una apuesta -en un ideal- por un modelo de hombre “menos machista” que el de sus sociedades de origen. Lo que buscarían los hombres, en cambio, es lo que de ellas -en virtud de su procedencia- imaginan: algo distinto de las mujeres “feministas” o con “conciencia feminista”, en este caso de España.

Esto último encuentra un correlato con lo señalado por Charsley respecto de las representaciones de género en la búsqueda de pareja a/en la distancia: la “cartografía del deseo”, dice, se mueve en pos de una “otra” con características “deseables” y que no se encuentra en el “mercado local”. Pero no se trata sólo, enfatiza, de tipos sexuales. Los hombres dicen buscar, en un discurso claramente contradictorio, mujeres feministas, madres de la nueva generación; pero, finalmente, piden “mujeres castas, modelos menos modernos e igualitarios de esposas” (Charsley, 2012: 5).

2.1.3 Vínculos transnacionales. Los lazos familiares a la distancia

La concepción de transnacionalidad, y su instalación en el debate académico en la década de 1990, llegó de la mano con investigaciones que mostraban que las experiencias migratorias y de vida de quienes se desplazaban estaban, en algunos casos, fuertemente marcadas por la movilidad; y/o por la participación -política y social- simultánea más allá de un estado-nación. En

virtud de esto, el enfoque apunta a considerar la interconexión -con diferentes intensidades y énfasis- de la experiencia social de aquellos migrantes que forjan relaciones y lazos -familiares, económicos, sociales, organizativos, religiosos y/o políticos-multisituados. En estas prácticas que, en definitiva, ligan la sociedad de origen con la de acogida (y, eventualmente, otros países), se despliegan acciones, se toman decisiones y se desarrollan subjetividades e identidades. Así estas, no estarían asociadas de modo exclusivo al lugar de procedencia, sino teñidas por las relaciones que se mantiene en y con los diversos contextos (Basch et al., 1994: 1-8).

En este campo amplio de vínculos transnacionales, y dado el interés de la presente investigación, conviene rescatar las reflexiones que atañen al ámbito de parentesco. Aquí, como punto de partida, se ha señalado que la experiencia migratoria, en sí misma, generaría variaciones en las prácticas y en los sentidos de familia y de “hogar” (King et al., 2006:60 en Grillo, 2008:18). Sujeta a cambios por su propia naturaleza de institución social, en un contexto migratorio se ajustaría a una doble dinámica -interna/externa-: en virtud del ciclo vital de los propios miembros y también en relación a la comunidad de acogida (Grillo, 2008).

Lo anterior supondría para los y las migrantes transnacionales, la participación, construcción y “revisión continua” de su propio rol a lo interno de la familia. Implicaría, por ende, “trabajar” su sentido de pertenencia al interior del grupo, manteniendo permanente contacto con el núcleo cercano y con otros miembros de este (Bryceson y Vuorela, 2002:6,15; Grillo, 2008:18).

A partir de su estudio con mujeres libanesas musulmanas en Montreal, Le Gall (2010) señala que si bien las entrevistadas reconocen querer mantener contacto con una amplia mayoría de los miembros de su familia residentes en su país de origen -u en otro distinto al que ellas se encuentran-, esto generalmente no se logra, puesto que representa una gran inversión de tiempo y de recursos económicos de los que no siempre se dispone. En razón de ello, priorizan alimentar la comunicación con su parentela más cercana (usualmente, padres, hermanos/as y tíos/as). No obstante, la relación con el resto de la familia ampliada no se quiebra: desde estos la información circula al resto. Señala que, en estos esfuerzos de comunicación, los viajes constituirían “el medio privilegiado para mantener los vínculos transnacionales” (Le Gall, 2010: 38).

En general, entre los miembros de las familias se establecen una serie de intercambios de cooperación y formas de sostén: financiero, asociativo, emotivo e informativo, entre otros. La proximidad física aparecía como uno de los factores más importantes para la cohesión y para el despliegue de estas prácticas de apoyo. En razón de ello, con frecuencia era vista como un indicador para evaluar la solidaridad familiar (Attias Donfut, 1997; Rossi y Rossi, 1990 en Le Gall, 2010: 29). Sin embargo, estudios sobre las familias transnacionales (Bryceson y Vuorela, 2002; Baldassar, 2007; Le Gall, 2010, entre otros) han evidenciado que la distancia geográfica no es un determinante para la supervivencia de los lazos ni para la intensidad y profundidad de actividades de respaldo. Tampoco pondría fin “a las expectativas y a las obligaciones” (Le Gall, 2010: 29-31; véase también Rodríguez-García, 2014); ni estarían necesariamente exentos de tensión (Sorensen y Vammen, 2014:90).

Así, desde la experiencia migratoria transnacional, ser parte de la familia y mantener los nexos con la misma; involucra hacerse presente en la resolución de problemas o dificultades y/o en la toma de decisiones en una gama amplia de aspectos. Ello deviene, en muchas ocasiones, en estados de ansiedad y nerviosismo. Estos se acompañan, además, por sentimientos de culpa y/o vergüenza, ya sea por la distancia física que impide estar *in situ* o bien por no poder prestar todo el apoyo que la situación amerita. Esto, por ejemplo, se incrementaría en el caso de mujeres que ejercen la “maternidad a distancia” (Chamberlain y Leydesdorf, 2004 en Grillo, 2008:18; véase también Rodríguez-García, 2014).

En los intercambios de servicios prestados, se rescata, por una parte, la influencia de una serie de factores: los recursos económicos y el tiempo de que se dispone, el acceso a las TIC y transportes, así como las posibilidades legales de moverse y atravesar fronteras, entre otros (Bryceson y Vuorela, 2002; Le Gall, 2010). Y, por otra, el que se trata de apoyos mutuos y, por tanto, en ambas direcciones (Le Gall, 2010: 33). Como ya se ha hecho ver, estos están en directa relación “con el ciclo de vida familiar” (Bryceson y Vuorela, 2002; Grillo, 2008; Le Gall, 2010). Consiguientemente, se mueven en función de las necesidades y, especialmente, en “momentos difíciles”, como cuando se presentan problemas de salud, divorcio, duelo, nacimiento de un/a hijo/a y/o cuando se requiere apoyo para el cuidado de niños/as. Respecto de esto último, y dado que muchas veces se carece de redes de apoyo en el país de acogida, no es extraño que las abuelas se desplacen para contribuir en estas tareas. La falta de redes o núcleos de cercanos

es un aspecto que también genera sentimientos de profunda soledad e asilamiento (Le Gall, 2010:33, 42).

En general en las familias transnacionales, señala Williams, la tarea de mantener los vínculos con el núcleo en el país de origen y/o con los parientes eventualmente dispersos en otros lugares del mundo, recae en las mujeres. De este modo, concluye, se convierten en las “encargadas de construir comunidades transnacionales” (Williams, 2012:30). Por lo común, este “deber ser” también les alcanza en lo que atañe a la conservación de la cultura de origen. En estas prácticas se expresan los sentidos de pertenencia, dice Anthias (2006:57). Por tanto, constituyen nudos claves para los procesos de autodefinición, cambios y ajustes de las identidades sobre sí y respecto de la cultura en que se han desenvuelto. Sobre esto último, la misma autora señala que las mujeres cumplen una agencia crucial en la preservación y reproducción de la cultura “de casa” en “el asentamiento migrante”. Hay presiones familiares, agrega, “para que ellas transmitan valores e ideologías culturales a hijos e hijas” (Anthias, 2006:60). En ambos aspectos, como se verá más adelante, la circulación de objetos y de fotografías cumple un papel clave.

En el caso de las uniones mixtas se recalca, como contrapunto, que no siempre los hombres autóctonos -del país de residencia de la pareja- tienen interés en sostener conexión con la familia de origen de la esposa (Williams, 2012; Roca Girona et al., 2012). De acuerdo con Williams, en parte esto se explica por las asimetrías establecidas entre los países: así, la concepción de un país como menos “desarrollado” influye en la no valorización de las tradiciones, prácticas y costumbres familiares y culturales del mismo. En razón de esto, argumenta, no toda unión binacional puede ser considerada como transnacional. De hecho, agrega que algunos trabajos evidencian que el proyecto transnacional de matrimonios no siempre tiene la aspiración de enlazar la comunidad de nacimiento y matrimonio (Williams, 2012:30-33).

En esta línea de exploraciones, se ha señalado también que, en muchas ocasiones, los vínculos transnacionales de las “migrantes por amor” se van debilitando o “incluso negando”; sea por el tiempo transcurrido o porque no hay un proyecto de retorno en el horizonte. Tenderían, además, a distanciarse de los colectivos de su país de residencia: bien como una forma de afirmar la diferencia -una suerte de negación de su propia condición de emigrantes-, o bien porque a sus parejas no les parece o se sienten incómodas con este tipo de relación. Así, estos procesos de negación terminarían

por generar “una actitud de rechazo hacia su propia cultura de origen” (Roca Girona et al., 2012: 702-703).

2.2 Migración y cultura material-visual. Algunas aproximaciones

2.2.1 Lugar y sentido de pertenencia

En el marco de los procesos de movilidad humana, intensificada con los flujos migratorios de las últimas décadas, el “lugar” ha adquirido profunda relevancia como campo de análisis (Taylor, 2010; Collyer y King, 2012). Pero, ¿de qué hablamos cuando hablamos de lugar? (Cresswell, 2004), ¿qué relación guarda este con la identidad? (Taylor, 2010).

Para Anthias, el traslado migratorio implica, en algunos casos, sentirse “fuera de lugar”. Ello, se relacionaría con la lejanía física del país y los lazos de origen, así como con las dificultades para insertarse en la sociedad de acogida. Desde esta óptica, dice, el hogar estaría “en dos lugares al mismo tiempo y, por lo tanto, en ninguno” (Anthias, 2006:49, 54). Sin embargo, como hacer ver Ahmed (1999), “lugar/ “hogar” y “movilidad” no son necesaria y directamente opuestos.

Esto último cobra sentido si se asume como punto de partida varios aspectos que se interrelacionan: primero, que la identidad y los sentidos de pertenencia son socialmente construidos y en permanente elaboración (Hall, 1991, 2003, 2010). Así, antes que comulgar con la idea de una identidad integral, originaria y unificada, se asume que ésta estaría afectada por las condiciones y las posiciones que se experimentan en distintos momentos y contextos (Hall, 2003: 17-18). Guardaría, por tanto, relación con los ambientes en que los sujetos se desenvuelven (Taylor, 2010:3). Segundo, que la sensación misma de desplazamiento se convierte en una “cuestión de la memoria”. De este modo, la necesidad de un lugar en el mundo del presente incita a una “reconexión con el pasado” (Seaman, 1996 cita en Ahmed, 1999).

No obstante, pensar este hoy/aquí - lugar/hogar, no significa mirarlo de modo exclusivo desde la carencia; ni entenderlo atrapado en uno de los universos en que el sujeto se mueve y/o se ha movido. El llamado que me interesa es, más bien, el de atender

a la articulación de las diferencias como sitio en que emergen nuevos espacios de significación y se despliegan estrategias de identidad (Marcus, 2001; Hall, 2003; Bhabha, 2002; Wade, 2013).

De hecho, desde esta postura, diversos autores incitan a pensar el desplazamiento y el asentamiento en un lugar diferente al de origen como un “estar entre” (“*in-between*”), un “intersticio”: desde aquí, y “en el doble movimiento” que supone -de diferencia e identidad, pasado y presente, en el lugar y fuera de él, de inclusión y exclusión- en que el sujeto se encuentra y se reconstruye (Bhabha, 1994:2-5).

En esta misma línea reflexiones, indica Clifford, la pregunta ya no sería “¿de dónde es usted?”, sino “¿entre dónde y dónde está?”. En esta “zona de contacto”, agrega, los sistemas socioculturales pasarían a integrar nuevas relaciones. No obstante, la clase, el género, la sexualidad, la historia, entre otros, actuarían como ejes transversales, “lugares de viaje [...], encuentros difíciles y ocasiones para el diálogo” (1999:18, 25).

Desde esta posición, consiguientemente, se asume que las prácticas de movilidad serían en sí mismas “constitutivas de significados culturales” y abrirían paso, por tanto, a la heterogeneidad, a la yuxtaposición (Clifford, 1999:12). Ello, daría lugar a una identidad multilocal, caracterizada por nuevos escenarios de producción cultural; en la circulación de significados, objetos e identidades (Appadurai, 1986; Marcus, 2001).

De este modo, desplazarse y asentarse en un lugar distinto supondría una relocalización del sujeto. Esto, como ya se señaló, implica tanto la reconfiguración subjetiva sobre sí mismo como del espacio que se habita, el lugar en el mundo, entendido este tanto como el ámbito doméstico privado -el hogar- como el social (Chambers, 1994; Ahmed, 1999).

Y es aquí que, precisamente, emerge un tercer punto de interés para la presente investigación de tesis: un determinado espacio físico, primero ajeno, llega a ser percibido como “propio” mediante el despliegue de intervenciones que le han hecho significativo (Cresswell, 2004:8.). Así, el “lugar” con sentido, del que uno se siente parte, sería tal mediante gestos y modos de hacer. Tiene, por tanto, una dimensión relacional: la del sujeto que, con su historia y con sus costumbres y signos, lo apropia. Se trataría entonces, de un espacio físico-material que es concebido,

transformado y, en suma, “representado” en un esfuerzo de sentir que se está “en casa” (Harvey, 2005: 99-104).

Justamente, en este ejercicio la cultura material ocuparía un lugar destacado. Y es que, como ya indiqué, no sólo las personas migran. Junto con ellas también va un “equipaje cultural” (Chambers, 1994; García Curiel, 2014), conformado por la circulación de prácticas, “cosas” y fotografías. Trasladas en maletas, señala Marín, “por su relevancia o su simbolismo [...] servirán para la reconstrucción de las nuevas vidas, en los nuevos lugares” (2010:2). Pero, ¿qué objetos?, ¿qué rol juegan estos en el marco de la experiencia transnacional?

Si bien, existe una amplia producción de estudios e investigaciones sobre migración y sobre cultura material, hasta hace poco eran escasos los trabajos que vincularan ambos ámbitos (Dibbits y Roukens, 2002; Basu y Coleman, 2008). Precisamente, reconociendo que el significado y el uso de los objetos (Mand, 2012) e imágenes (Rose, 2010) es dinámico, el desafío radica en descubrir los valores que adquieren y la manera en que se relacionan con las prácticas de vida (Mand, 2012:179).

2.2.2 Hacer hogar: objetos e imágenes en el espacio doméstico

En directa relación con lo discutido anteriormente, para la gran mayoría de personas asentarse en un nuevo sitio implica la tarea de habilitar un espacio doméstico. Siguiendo a Ahmed (1999), uno podría preguntarse: ¿qué estrategias se desarrollan en torno el?, ¿qué implicaciones tienen? Es concretamente en este campo en el que adquiere profunda relevancia la cultura material. Y es que, en general, las prácticas de organización del ámbito doméstico suponen la eventual presencia y disposición de objetos e imágenes.

Diversos autores, y desde distintas perspectivas, han abordado los objetos como campo de reflexión (Moles, 1969; Beaudrillard, 1969; Morin, 1969; Simmel, 1978; Cskszentmihalyi y Rochberg-Halton, 1981; Kopytoff, 1991; Hoskins, 1998; Tolia-Kelly, 2004; Christian, 2009, Woodward, 2007, entre otros). El aspecto común pareciera ser la consideración de que la historia de estos no está separada de la historia de las personas. Desde aquí, se ha señalado que antes que responder únicamente al rótulo de instrumentos

para la sobrevivencia y/o para mejorar las condiciones de confort; suponen el establecimiento de una “relación”, de un “interacción compleja”. En esa medida, los lazos que las personas crean con ellos hablarían de los propios sujetos (Cskszentmihalyi y Rochberg-Halton, 1981: 2; Hoskins, 1998:2). Así, por ejemplo, aquellos que han sido seleccionados para estar en la esfera íntima, en la casa, constituirían -en mayor medida- una gama amplia de indicios respecto del propietario (Cskszentmihalyi y Rochberg-Halton, 1981: 18). Portarían y comunicarían, en consecuencia, un mensaje que va más allá de su misma materialidad (Moles, 1969:2).

El tipo de cosas “apreciadas” y las razones de ello van en varios frentes. (Cskszentmihalyi y Rochberg-Halton, 1981; Christian, 2009). Por un lado, se les ha reconocido como demarcadores o símbolos destinados a representar *status* social, así como en relación a prácticas -por ejemplo, de adquisición, uso y tenencia- asociadas a las clases sociales (Moles, 1969; Baudrillard, 1969; Cskszentmihalyi y Rochberg-Halton, 1981). Por otro, se les ha destacado en tanto “pertenencias” más bien individualizadas y que, como tales, se ligan a experiencias íntimas; representando o guardando memoria de determinados momentos de la vida (Cskszentmihalyi y Rochberg-Halton, 1981: 3; Morin, 1969: 132; Hoskins, 1998:2; Christian, 2009). De este modo, sean “utilitarios” o “decorativos”, son juzgados como “insustituibles” en virtud de lo que representan y/o evocan: un viaje, un recuerdo de familia, por ejemplo (Morin, 1969:132-134). Su valor, entonces, no está en los objetos mismos -como una cualidad inherente-, sino en el juicio que hacen de ellos los sujetos (Simmel, 1978 en Appadurai, 1991:17) o, como diría Morin, en el modo en que se los mira (1969:132).

En un contexto migratorio, apunta Alonso (2012:33), lo transportado da “cuenta de emociones, sensaciones, vínculos e historias personales y familiares que [se] intentan conservar a la hora de migrar”. Pero, tal como hacer ver la misma autora, adquieren “nuevas dimensiones” en el lugar de destino. De este modo, en virtud de los contextos específicos, estos objetos -y lo que evocan- son recontextualizados (Rose, 2010) y resignificados por quienes los transportan, guardan y/o utilizan en sus diversas formas (Kopytoff, 1986; Tolia-Kelly, 2004; Christian, 2009; Woodward, 2013). Así, mediante la presencia en el espacio habitado este se transforma en “depósito de la historia vivida” (Alonso, 2012:33), museos de las experiencias y también de los afectos (Christian, 2009). Ello, al tiempo que funcionan como

vehículos para sentirse parte de una identidad colectiva (Hoskins, 1998; Tolia-Kelly, 2004).

Son precisamente estos objetos “especiales”, dispuestos en el espacio habitado los que tendrían un poder transformador: en virtud de ellos, este mudaría en “hogar”, en tanto lo dotarían de “resonancias emocionales” y, consecuentemente, -al verlos- generarían sentimientos de pertenencia. De este modo, a través de ellos -y en los usos que se le asocian- se daría cuenta de relaciones sociales y se activarían posiciones e identidades (Rose, 2010:45, 22, 18; Woodward, 2007). Se trataría, por tanto, de un hacer que involucra no sólo la experiencia sino también la emotividad (pink, 2004; Anthias, 2006:57).

Este tipo de miradas no desconoce que el espacio doméstico es complejo y ambiguo (Blunt, 2005; Blunt y Dowling, 2006, en Rose, 2010:46). En consideración con esto, y antes que rescatarlo como un “refugio” respecto de la esfera pública, se lo postula como un ámbito en que los individuos constituyen y despliegan sus identidades, en el que se proyecta e interioriza el mundo que los rodea y su relación con este (Sanders y Williams, 1998; Olwing, 1998; Petridou, 2001 en Bonhomme, 2013:16). En palabras de Bhabha, se trataría de una forma de “habitar el espacio social” (1994:31). Desde aquí, y extendiendo lo que señala este autor, puede ser visto como un campo que, teñido por la experiencia migrante, adquiere forma un eventual relato híbrido que vincula el hogar -de origen y el que se habita hoy- y el mundo o los mundos de los que se hace parte.

En este sentido, y en directa relación con contextos específicos de movilidad humana, se ha destacado el potencial que tienen estos elementos -transportados, atesorados, dispuestos- para vehiculizar la “constitución de formas sociales y conciencias transnacionales”. Ello, en tanto ofrecen una posibilidad permanente de auto-creación, de conectar el hoy con el ayer, de tender puentes entre lugares; a la par de permitir la “formación y expresión de subjetividades” (Boruchoff, 1999:3).

Exploraciones en este campo han sostenido, por ejemplo, que en hogares conformados por inmigrantes se continuaría favoreciendo elementos de la cultura material de origen. Así, las prácticas y usos de la “cocina propia” y la decoración doméstica, reflejarían las procedencias culturales y geográficas; convirtiéndose en expresiones simbólicas de identidad (Roth,

1999 cita en Dibbits y Roukens, 2002:2; Tolia-Kelly, 2004; Bonhomme, 2013). Sin embargo, también se ha hecho notar que el asentamiento en un país distinto al de origen, supondría la incorporación de elementos -artefactos materiales y prácticas- del lugar de residencia. Se trataría, entonces, de la articulación de acciones de preservación, cambios y/o adaptaciones. En estos procesos, elementos de la cultura material cumplirían roles de “pertenencia” y “distinción” identitaria, tanto para integrantes del propio colectivo étnico como para la sociedad receptora. En el marco de estas dinámicas, el uso y significado de objetos se transformaría. Los esfuerzos por la pervivencia del origen darían paso, por ejemplo, a potenciales “reinvenciones de la tradición”. A la par, la “decoración doméstica”, actuaría como demarcador de la “nueva situación”, en lo adquirido, para miembros del mismo país de origen; y/o como rasgo diferenciador, en lo conservado, para miembros de la sociedad de acogida, entre otros (Dibbits y Roukens, 2002:2).

En este sentido, el espacio habitado y los objetos que lo conforman, parecieran funcionar -a decir de Bonhomme (2013)- como un “catalizador” de la vivencia de desplazamiento y de la vida en el nuevo lugar. Desde esta óptica, su estudio sobre población inmigrante peruana en Chile evidencia cómo a través de la cultura material “se negocia cotidianamente la pertenencia”. En este escenario, argumenta, los hogares adquieren carácter transnacional y están marcados por el “sincretismo cultural” entre los “mundos que cohabitan”: Perú se reflejaría “en la fotografía y la comida, que permite reactualizar su pertenencia e identidad originaria”; Chile, en los “objetos tecnológicos, que materializan su trabajo [...], y les permite sentirse parte de la sociedad de destino” (Bonhomme, 2013: 63).

En esta misma línea de indagaciones sobre cultura material visual en contextos migratorios, la investigación de Tolia-Kelly (2004) aporta una rica y detallada gama de significaciones. A partir de su trabajo con mujeres del Sudeste Asiático y del Este Africano residentes en Inglaterra, señala que el espacio doméstico se ha convertido en una suerte de *collage*: tapices, cuadros, fotografías y objetos varios, remiten tanto al país de origen como a otros sitios donde antes se ha residido. Indica, en concordancia con los contenidos discutidos páginas atrás, que al migrar estas mujeres han transportado aquellas cosas que eran importantes para ellas. Una vez instaladas, las situaron en el espacio. Mediante este gesto, agrega, se lo “apropiaron” (Tolia-Kelly, 2004:6). Con ello,

reafirma la capacidad que tienen los objetos de poner en escena la dimensión relacional del lugar habitado, construido y representado en vínculo a las experiencias, gustos y saberes previos (Creswell, 2004; Harvey, 2005).

De acuerdo con Tolia-Kelly, los elementos de la cultura material visual darían cuenta del complejo entramado de negociaciones, desarraigos y reasentamientos. Ello se deja ver, por ejemplo, en la presencia importante de cuadros y pinturas que remiten a los territorios de nacimiento: “la gente se ha movido con su paisaje”, indica. En un contexto de asentamiento, explica, signado por la exclusión y el racismo, estas imágenes ofrecen la posibilidad de tener presente una memoria de otros sitios -con valor y sentido- distintos del que habitan actualmente. De esta manera, argumenta, los objetos e imágenes que les rodean funcionan como “artefactos” y responden a un régimen de identificación: proporcionan “restos” y “evidencia” de la historia social de sus pasados y, por consiguiente, se convierten en una fuente de información de sí mismas y de su identidad cultural. Conjuntamente con ello, reflejarían sentimientos y emociones de su vida en otro paisaje, otorgándoles una sensación de “hogar” y de “seguridad” (Tolia-Kelly, 2004:6-10, 15-16).

2.2.3 Fotografía y migración. Prácticas y sentidos

Fotografías dispuestas en el espacio doméstico

Pese a que Bonhomme (2013) no profundiza de manera específica en los sentidos y usos de las imágenes, constata su profusa presencia en los hogares de inmigrantes: distribuidas en paredes, adosadas al refrigerador y/o dispuestas cerca de televisores, equipos de música y/o microondas, entre otros. Ello no resulta extraño si se considera que, de acuerdo a lo manifestado por Gregson (2007:24 citado en Rose, 2010:45), la fotografía es uno de los objetos que posee el “poder transformador” ya comentado páginas atrás. Y, como señala Rose, a partir de sus entrevistadas, uno de los primeros elementos empacados al mudarse de casa y, luego, en ser dispuestos al inicio de la organización de la misma (2010: 45).

De hecho, este es uno de los usos privados recurrentes de las

imágenes familiares. El tipo y los lugares en que se las ubica va a depender de una serie de factores. Bourdieu, por ejemplo, señala diferencias sociales y geográficas que determinan dónde y cómo se las guarda y exhibe. Así, la condición influiría no sólo en las posibilidades de acceso, sino también en las formas de relacionarse con las mismas. En este sentido refiere que, por lo general, en las casas campesinas las fotografías están guardadas en una caja. La foto de bodas y algún que otro retrato de ceremonia son la excepción a esto. Dado que estas imágenes corresponden a instantes solemnes, explica, no se exponen en los lugares en que transcurre la vida cotidiana -como la cocina- sino que se les reserva el sitio que se considera más formal e importante -el salón, por ejemplo-. En cambio, manifiesta, en las casas de “los pequeños burgueses del pueblo” existe una mayor abundancia de retratos; los que están dispuestos en las “paredes de la sala junto a los recuerdos de viaje”; o, conformando una especie de “altar familiar”, sobre la chimenea (Bourdieu, 2003:62-63).

Por otra parte, agrega, las fotos más personales, entre ellas las de parientes fallecidos, se encuentran en el dormitorio, cerca de las imágenes religiosas (Bourdieu, 2003:62). Esto es reforzado por Hoppál, quien indica que en diversas familias se construyen estas especies de altares a modo de “memorial cotidiano de los ausentes para el grupo” (Hoppál, 1989: 94 citado en Ortiz García, 2005:13).

Este modo de uso adquiriría especial relevancia en contextos migratorios: la distancia geográfica deviene en menores posibilidades de verse físicamente y, en razón de ello, las fotografías se vuelven más importantes (Rose, 2010: 46; Carrillo, 2008: 299). En parte, esto se explicaría por la función social-familiar que cumplen, a decir de Bourdieu: “solemnizar y eternizar los grandes momentos de la vida de familia, y reforzar, en suma, la integración del grupo reafirmando el sentimiento que tiene de sí mismo y de su unidad” (Bourdieu, 2003:57). En virtud de lo cual, se han convertido en un recurso para restablecer simbólicamente la unidad y los lazos amenazados por la dispersión de los parientes (Sontag, 1981:19). Ello, queda evidenciado en las alusiones de Torricella (2010), quien señala que entre la población migrante existiría una tendencia a poseer y exhibir fotografías de los parientes, comúnmente retratados en sus lugares de origen; en

un esfuerzo por “contrarrestar los efectos emocionales” de la distancia y la ausencia física²⁶ (Torricela, 2010: 357).

Esta importancia de las imágenes impresas es corroborada por Carrillo (2008, 2009) a partir del caso de una mujer migrante que ejerce la maternidad a distancia. De acuerdo con la autora, la presencia física de las fotografías del hijo, cargadas al migrar, se habrían convertido en un “fetiche”; en un elemento crucial para mitigar la ausencia. Ello se deriva de los usos que hace de las mismas, los que van al menos, tres caminos:

Lleva consigo todo el tiempo las fotos [...] y también las tiene colocadas en su habitación. Debido a que es devota de la Virgen del Cisne, ahora que en la iglesia de Lavapiés se encuentra una imagen de esta Virgen, [...] ha depositado un retrato [del niño] en una pequeña urna de madera colocada allí, en donde se lee “Colocar sólo fotos y peticiones”. Asimismo, este año al celebrarse la misa en honor a la Virgen, en el momento de la bendición, ella sacó su cartera con las fotos de Boris para que recibieran el agua bendita por parte del Obispo... (Carrillo, 2009: 86).

Los distintos modos de uso comentados hasta ahora, así como la disposición y exhibición de las imágenes al interior de los hogares permiten que la fotografía viva en una relación de continuidad; pues, como explica Berger: “si uno tiene colgada en la pared una foto de Pedro, no es muy probable que olvide lo que éste significa para él” (2001:61).

En esta relación se activaría un juego de presencias y ausencias. Y es que, siguiendo a Christian, una cosa es el objeto físico -en este caso la imagen tomada- y otra es lo que la gente evoca -la experiencia, el sentimiento- a través del mismo (Christian, 2009:234).

En esa medida, como se señaló anteriormente, la necesidad de fotografías de familiares y amigos se da en directa relación con la ausencia espacial. Así, la presencia de imágenes de quienes que están lejos les invoca. Mediante ellas se tornan presentes: constituirían “trazos de la persona” (Rose, 2010: 47).

26- Pero ésta también se hace sentir para los miembros de la familia que no han emigrado. Sobre el tema Berger y Mohr señala que la partida equivale “en cierto modo a la muerte” (2002: 195). Quizás por eso en muchos hogares en los que algún miembro ha emigrado, sus fotos entran a ser parte del mismo tipo de altares que conmemoran a los parientes que han fallecido (Hoppál, 1989:94 cita en Ortiz García, 2005:13).

Dicha consideración no supone que la imagen sea percibida, en virtud del “automatismo de su génesis técnica”, como un espejo o una prueba de testimonio indudable de lo que da a ver (Dubois, 1986:19-20). Más bien, releva la naturaleza indicial de las mismas. Según esto, serían “huellas” en tanto mantienen con su referente una relación de conexión física que le provee de “singularidad”, capacidad de “atestiguamiento” y de “designación” (Dubois, 1986:57). Desde esta relación también se derivaría el sentido, la esencia de la imagen fotográfica. Esto es explícito en Barthes cuando señala:

Pareciera que la fotografía lleva siempre su referente consigo [...] Sea lo que fuere que ofrezca a la vista y sea cual fuere la manera empleada, una foto es siempre invisible: no es aquella a quien vemos... (Barthes, 2009:28).

Para Rose, los dos aspectos anteriores amplían la función social de la fotografía doméstica-familiar: ellas, dice, representan los vínculos no en la pura integración y cohesión del grupo, como refiere Bourdieu. También -siguiendo a Das et al. (2008)- articularían ausencia, empatía y pérdida (Rose, 2010: 46).

Tolia-Kelly (2004), por su parte, rescata otros aspectos de las imágenes en el contexto social y cultural de la casa migrante: éstas se convertirían en elementos simbólicos de relaciones sociales en lugares específicos. Así, manifiesta, recuerdan momentos, eventos, destilan “memoria de una geografía particular” y de las historias y los vínculos acontecidos en esos lugares. De este modo, se transforman en fragmentos de la biografía, una especie de “historia oficial del pasado” que, a veces, se tiñe de puntos de nostalgia. En razón de ello adquieren, en ocasiones, un estatus de reliquia, atesorada y venerada. Desde esta mirada, argumenta, estas imágenes no sólo tendrían una naturaleza indicial, aludida párrafos atrás, sino también una dimensión metafórica. Mostrarlas y comentarlas, señala, da lugar a una experiencia multisensorial (Tolia-Kelly,2004:16-17).

Imágenes circuladas

Claramente, como indica Rose, el intercambio de fotografías entre familiares situados en diferentes lugares es nueva (2010: 4). No obstante, a lo largo de los años los trabajos que incorporen los ejes de migración, familia e imágenes han merecido escasa atención en la producción de investigaciones. Pese a ello, es posible encontrar alusiones al envío de imágenes en distintos autores. El mismo

Bourdieu, de hecho, destaca que la circulación de estas juega un rol importante en la tarea de mantener los lazos entre parientes que viven lejos. Sobre este punto específica, por ejemplo, que las mujeres asumen la misión de fotografiar a los niños con el objeto de enviar estas imágenes a la parentela que vive en otros sitios. Con este acto, y de modo mayor que con el envío de una pura carta, se presenta “al recién llegado” al conjunto del grupo; se informa respecto del crecimiento del mismo; y, por consiguiente, se contribuye al conocimiento mutuo (Bourdieu, 2003: 60).

Por otra parte, y deteniéndose en las imágenes producidas y enviadas por los migrantes, Bourdieu (2003) y Ortiz García (2005) ofrecen otros ejemplos. El primero, a partir del caso de una muchacha migrante campo-ciudad que envía a sus padres la foto de su marido: en ésta, él aparece impecablemente ataviado, con su traje de funcionario público, posando en una calle de París. Con este acto, señala el autor, en realidad ella no está haciéndoles llegar verdaderamente la fotografía de él, sino una imagen que representa el éxito social que ella había conseguido (Bourdieu, 2003: 61). Ortiz García, por su parte, cita como ejemplo las fotografías que emigrantes asturianos en América remitían a su parentela en España. En estos retratos -de estudio, la pose, la vestimenta -el tipo de traje y zapatos- y los accesorios -el reloj, por ejemplo- hablaban de lo estable y provechosa de su situación; ello, aun cuando muchas de sus experiencias estaban atravesadas por la precariedad y el infortunio (2005: 15).

Haciendo referencia a un contexto más reciente que los anteriores, los trabajos de Carrillo (2008, 2009, 2010) sobre la circulación actual de imágenes y videos familiares de inmigrantes ecuatorianos en Europa, enfatizan en la importancia que tiene esta en tanto mecanismo útil para reafirmar la cohesión familiar (Bourdieu, 2003), especialmente en un contexto de lazos de parentesco transnacional. Al mismo tiempo, ilustra cómo en este fotografiarse busca exponerse ante los otros el éxito de la vida en el extranjero y, por ende, del proyecto migratorio: por ejemplo, mediante “objetos marcadores de estatus”, como “el avance en la construcción de las casas”, “las fotografías de vacaciones o de las edificaciones representativas del “otro” país” (Carrillo, 2010: 14).

De algún modo, los sentidos comentados sobre este tipo de imágenes circuladas están condensados en las palabras de Barthes respecto del acto de retratarse:

Ante el objetivo soy a la vez: aquel que creo ser, aquel que quisiera que crean, aquel que el fotógrafo cree que soy y aquel de quien ser sirve para exhibir su arte... (2009:34).

De hecho, las descripciones de los párrafos anteriores ponen en el tapete varios temas respecto de las imágenes y los contenidos que en ellas se busca transmitir. Evidencian, por una parte, cómo “las imágenes ayudan a producir posiciones sociales” (Rose, 2010:6) y lo hacen “mediante la activación de las apariencias” (Buxó, 1999:6); en estos espacios, “el cuerpo se modela”, se construye “una imagen física y social de sí mismo”, para que sea vista por los demás (Goffman, 1959 citado en Buxó, 1999:18). Por otra, y de manera relacionada con el punto anterior, activan la idea de que las fotografías producidas, circuladas y atesoradas por los miembros de la familia, así como las narrativas que se tejen en torno a estas tienen una “dimensión mítica” y contienen “una historia implícita” (Ortiz García, 2005:15).

Conjuntamente con lo anterior, cabe rescatar que las fotografías producidas y circuladas en contextos actuales de movilidad humana son imágenes capturadas en el presente para ser vistas en el presente. Al remitirlas a parientes y amigos que se encuentran a la distancia se buscaría comunicar y mostrar cómo es la vida en el “aquí y ahora” de la experiencia migrante (Sarvas y Frohlich, 2011: 7).

Es precisamente la condición de sujeto migrante y de miembro de una familia transnacional la que, de acuerdo con Carrillo (2008, 2009), define las prácticas en torno a la fotografía y el uso de las mismas. Las imágenes, señala siguiendo a Spencer y Holland (1991), ponen en acción códigos en común, comprendidos por quienes las capturan, envían y reciben; y, con ello, los renueva en la distancia (Carrillo, 2008: 286). Habría entonces, en este acto, la idea de una comunidad imaginada con quienes se quiere mantener y reactualizar el vínculo de modo de continuar siendo parte de la misma. Pero, además, intervendrían “posiciones subjetivas”, esto es: cómo se siente cada migrante “frente a su situación en particular y las reflexiones que hace respecto de sí mismo” (Carrillo, 2008: 286).

Desde esta matriz de factores, Carrillo (2008, 2009) aborda distintos casos de familias transnacionales ecuatorianas. A partir de estos, y siguiendo las reflexiones de Bourdieu (2003), señala que la frecuencia en el contacto telefónico y en el envío de fotografías informa del estado de la relación entre miembros separados por

la distancia física: así, la menor interacción supondría mayores niveles de deterioro de la relación. Esto se apreciaría también en las fotos circuladas, en lo que muestran, en lo que no resulta visible y en lo que se subentiende. Por ejemplo, las dificultades para concretar la reagrupación familiar y un impacto negativo en la relación de pareja se dejarían ver en el progresivo espaciamiento de la comunicación. En esta situación, las cónyuges que permanecen en el país de origen han adoptado diversos caminos en las fotografías que envían a sus esposos migrantes: algunas, han dejado de incluirse en estas y las han centrado cada vez más en los/as hijos/as como una estrategia de presión para conseguir la reunificación familiar. Otras, han enfatizado la presencia de los/as niños/as junto a la casa construida con las remesas; en un intento de continuar formando parte de la vida de él. Ellas, asimismo, interpretan la distancia emocional de sus parejas a partir del escaso -o nulo- número de fotografías remitidas por ellos, así como en los contenidos cifrados que les suponen a aquellas imágenes que llegan. Desde aquí, por ejemplo, los retratos en distintas locaciones, posando “siempre solo” y “taciturno” son leídos como un mensaje intencionado: una prueba de lo difícil de la vida migrante y de que “no es infiel”. No obstante, se duda sobre la veracidad de este contenido (Carrillo, 2008: 286-290).

Estas dimensiones de la fotografía como una prueba, un suministro de evidencia que incrimina (Sontag, 1981:15-16) y, en otras, como creación o recreación (Calvo y Marià, 2006:209) está presente también en otro caso referido por Carrillo: una mujer migrante, cuyo esposo e hijos residen en Ecuador, prefiere comunicarse vía teléfono o correo electrónico con este, “ya que las fotos harían más difícil el ocultar que se siente bien viviendo sin él”. Además, al enviar imágenes a sus hijos, pone atención en que los retratos no incluyan la presencia de amigos varones a fin de evitar -si él las encuentra- episodios de celos y conflictos con su pareja (Carrillo, 2008: 292; 2009: 84-85). Aquí, si bien la autora no lo señala de este modo, la concepción respecto del poder que entrañan las imágenes define y modela la práctica del envío: así, por una parte, la asunción de que son “reflejo de lo real” (Dubois, 1986:19-20) inhibe la circulación: la selección de los contenidos de las que difunde, por otra, activa la naturaleza de la imagen como un texto “eminente codificado” (Dubois, 1986: 33).

La historia familiar. El álbum fotográfico

Muchas de estas imágenes dispuestas en casa o circuladas provienen y/o terminan haciendo parte del álbum familiar. Y, en

efecto, esta ha sido la manera por excelencia -hasta antes de la era digital- de registrar y presentar la historia del grupo (Ortiz García, 2005; Bachten, 2008). Sobre él, se ha señalado que “expresa la verdad del recuerdo social” (Bourdieu, 2003:69); y que constituye el “memorial histórico” de una familia: “una especie de plasmación de su genealogía y herencia” (Ortiz García, 2005:9). No se trataría así, simplemente de un archivo o colección de imágenes, sino de una práctica social (Rose, 2010:1; Edwards, 2002:71); que implica dedicación y entraña un sentido profundo. Así, también lo hace notar Dubois:

Más allá de las poses fijas, de los estereotipos, los *clichés*, los códigos caducos, más allá de los rituales del ordenamiento cronológico y la inevitable escansión de los acontecimientos familiares (nacimiento, bautismo, comunión, casamiento, vacaciones, etc.), el álbum de es siempre un objeto de veneración, cuidado, trabajado, mantenido... (1986:75).

En estos, la organización de las imágenes supone “un proceso de negociación sobre cómo se quiere ver el propio pasado” (Hoppál, 1989: 94 cita en Ortiz García, 2005:9). Implica la tarea de armar una historia familiar “coherente” que se quiere “llevar a generaciones futuras (Böck, 2004:288). Allí, dice Bourdieu, las fotografías se van desplegando cronológicamente, y transmiten y evocan recuerdos de aquellos momentos memorables de unidad (2003: 69). Constituyen así, la imagen de una red familiar y de eventos sociales ligados a la misma; en un esfuerzo que pretende la representación visual de “una vida idealizada” (Bachten, 2008: 135).

No obstante, se reconoce que estos álbumes son hechos de modos diversos, dependiendo de los intereses y de la audiencia que se tiene en mente en el momento de conformarlos. En razón de ello, la organización y presentación de las fotografías responde a lógicas diferentes. En este sentido, Ortiz García (2005:17-19) señala que estos han sido clasificados por distintos autores (Garriguez, 1996; Walker y Moulton, 1989), en relación a, por ejemplo, sus contenidos y niveles de formalización. En lo sustantivo, estas categorizaciones los agrupan en dos tipos: en el primero -el álbum de familia propiamente dicho-, se contempla la presencia multigeneracional de miembros de la familia, parientes y amigos cercanos en acontecimientos y temas clásicos (como bautizos, bodas, etc.), e incluso llega a incluir fotografías de posesiones familiares (como mascotas, autos, casa, etc.); en el segundo tipo, por su parte, las imágenes se organizan en torno

a ejes temáticos, como viajes, reuniones con amigos, relaciones amorosas más o menos extensas, estancias en otros sitios, *bobby*.

Se reconoce que, en general, suele imperar en las tomas familiares un clima de alegría y armonía (Böck, 2004:288; Bachten, 2008: 128; Sarvas y Frohlich, 2011: 6). Las imágenes suelen ser conservadoras, reiterativas y predecibles, pues están -como ya se ha dicho- en directa relación con eventos del ciclo familiar. Conjuntamente con ello, se sostiene, el álbum silencia los problemas y/o raramente capta momentos traumáticos, de tensión o infelicidad; como si tratara de alejarlos de la construcción de la memoria del grupo (Ortiz García, 200; Bachten, 2008: 135; Rose, 2010; Sarvas y Frohlich, 2011).

Pero no sólo lo hace mediante la ausencia de imágenes o episodios que han envuelto a la familia y sus individuos, sino también a través de la censura expresa. En este campo, por ejemplo, se cuentan el mecanismo de intervención creativa, como el recorte de fotografías en las que aparecen personas “indeseables” (Ortiz García, 2005:17-14); o la práctica de eliminación de aquellas en que aparecen personas con las que se ha entrado en conflicto (Sarvas y Frohlich, 2011: 6).

Conjuntamente con este descarte *ex profeso* de imágenes de la narrativa familiar, existen personas que progresivamente dejan de aparecer y/o que se encuentran ausentes de ciertos eventos relevantes (Espin, 2008; Böck, 2004:289). Precisamente, como señala Bourdieu, las ausencias advertidas al revisar las fotografías familiares son “indicios de desavenencias” (2003: 61). Ciertamente, estos “modos de borrar” hacen patente un juego de presencias en las ausencias. La información sobre éstas últimas, se completa y se sirve de las historias oídas y de los rumores que circulan “bajo cuerda” entre los miembros del grupo. Forman parte, por tanto, de “la historia no oficial” de la familia.

Por otra parte, cabe destacarse que, a diferencia de las imágenes exhibidas al interior del hogar, los álbumes “son de carácter más privado, requieren de una audiencia [...] y pueden ser vistos por pocas personas a la vez”. Usualmente quien se encarga de armarlos, es quien los muestra y para que esto ocurra, “tiene que existir cercanía o intimidad” (Ortiz García, 2005:20). En ese sentido se destaca que una parte importante de la audiencia prevista estaría conformada por el círculo de cercanos -amigos y familiares- que aparecen retratados en las propias fotos (Bachten, 2008: 135); otra, por aquellos (niños/as, novios/as y/o parejas)

que recién se integran al grupo familiar. En este último caso, la mirada y revisión de las fotografías funcionaría como un acto de inducción a la genealogía y la historia del grupo (Bourdieu, 2003). De este modo, mostrar y narrar las imágenes contendidas supone un acto social: la naturaleza misma del álbum y el tipo de imágenes que cobija determinaría, en alguna medida, las relaciones sociales de visualización y el formato de la lectura (Edwards, 2002:71).

Este acto de apertura, en que se los “abre con emoción”, adquiere, en palabras de Dubois (1986), un carácter de “ceremonial vagamente religioso, como si se tratará de convocar a los espíritus”. A su juicio lo que le confiere semejante valor es su carácter de huella; la marca referencial de personas “que han estado ahí y que tienen relaciones particulares con quienes miran las fotos” (Dubois, 1986: 75). Así, la muestra, requiere y suscita necesariamente de diálogo.

En este sentido, diversos autores coinciden en señalar que el relato que acompaña a las imágenes es tan importante como las imágenes mismas (Chalfen, 2002; Bourdieu, 2003; Ortiz García, 2005; Dornier-Agbodjan, 2004; Tolia-Kelly, 2004; Bachten, 2008; Rose, 2010). Además, en este proceso se establece una relación indisoluble entre fotografía y memoria (Bate, 2010). A decir de Dornier-Agbodjan, el vínculo entre las imágenes y la memoria del grupo es tan fuerte que “basta que se pierda una [...], para que se pierda el recuerdo” (2004: 129).

Pero además de eso, mediante las narraciones que acompañan a las imágenes visuales del álbum, éstas dejan de estar aisladas las unas de las otras. Se las inserta en un relato, una *diégesis*, que le asigna a cada una un sitio en relación con las que le anteceden y suceden; así como con otros materiales guardados en el álbum -como, por ejemplo, trozos de cabello- y con los que se yuxtaponen (Buse, 2010: 190). Asimismo, por medio de las palabras se las sitúa en los contextos en que se tomaron esas instantáneas, dotándolas así de sentido respecto del momento que captaron (Chalfen, 2002: 404; Dornier-Agbodjan, 2004: 124-129; Bachten, 2008:135); y de un carácter de historia vivida, “veraz y objetiva” (Sarvas y Frohlich, 2011: 7).

Las fotografías y sus comentarios, pueden expandir la evocación a un periodo o a una época del año y remitir a lo que la familia estaba experimentando en ese momento histórico. Así, argumenta Dornier-Agbodjan, estas fotos se transforman en puntos de referencia del tiempo familiar y “sirven de verdadero rito de

memoria” (2004: 124-129). Al comentarlas se activa y se describe lo que está en la imagen, pero también los acontecimientos -la anécdota- con que se relaciona y que está “fuera del borde” (Chalfen, 2002: 404; Dornier-Agbodjan, 2004: 124-129; Tolia-Kelly, 2004: 16-17; Bachten, 2008: 135).

En directa relación con esto último, Joly (2003) manifiesta que la narración que acompaña las imágenes, dado que las sitúa en un contexto, puede incluso llegar a completar aquella foto que falta; porque falló la toma o porque la imagen salió “malograda”. Así, mediante el relato ficcional e imaginario sobre ese momento y sobre la imagen ausente, ésta es restituida. Aquí, y de modo contrapuesto a lo señalado por Dornier-Agbodjan (2014), precisamente la ausencia de la foto “permitirá contar la historia” de ella (Joly, 2003: 91,94).

Las imágenes en el contexto de desarrollo de las TIC

Como he mencionado en otras oportunidades, el contexto de las tendencias migratorias de las últimas décadas y sus implicancias en los lazos de parentesco, ha estado marcado por el desarrollo y el extendido uso de las Tecnologías de la Información y Comunicación (TIC) (Roca Girona, 2007, 2011; Roca Girona et al, 2008, 2012; Charlesy, 2012; Williams, 2012). Se ha asumido que éstas jugarían un rol central para conectar y recrear vínculos familiares transnacionales. En esta tarea, la producción y circulación de fotografías cumpliría un papel preponderante (Carrillo, 2008, 2009, 2010; Rose, 2010; García Curiel, 2014).

Y es que individuos y familias se han incorporado velozmente a la tecnología digital (como *Smartphone*, *Skype*, *Facebook*, *Instagram*, etc.). De hecho, se reconoce que ésta ha implicado “transformaciones profundas en el circuito de producción, distribución y consumo” de las imágenes (Gómez Cruz, 2012:23). En este sentido, por ejemplo, se ha destacado que hoy no sólo se pueden reproducir *ad infinitum* sin afectar la calidad de la copia, sino que también tienen un campo de circulación -en Internet- mayor que nunca (Gómez Cruz, 2012:23). Como señala Lister: hoy “las fotografías [...] saturan el mundo virtual de una forma que se puede comparar con la ubicuidad que adquirieron en el mundo moderno en los siglos XIX y XX” (2011: 29).

En este escenario, la cámara digital aparece como un dispositivo de uso cotidiano, especialmente porque está integrada en la gran mayoría de los teléfonos móviles. Para Gómez Cruz, este hecho

provocaría transformaciones en el hacer fotográfico mismo y, con ello, en el campo de “lo fotografiable” -los lugares y momentos- y en su “función social”: “la fotografía ha pasado a ser un objeto casi ritual, relacionado con fechas y eventos específicos, a ser parte de la práctica cotidiana [...] en la vida de muchas personas” (Gómez Cruz, 2012:23). Sobre el tema, Bachten señala: hoy, “tomar y tomar fotos, parece más una neurosis que un placer: ¿qué vamos a hacer con todas esas imágenes?” (2008:128).

Precisamente este contexto abre interrogantes respecto del modo en que influye en la producción, en el campo de lo retratado y en los usos de las imágenes en el ámbito de las familias. En esta línea, algunos autores sugieren en el marco de estas nuevas prácticas que las fotografías han pasado a tener un rol clave en la comunicación y en la generación de representaciones, en detrimento de su histórica función asociada al recuerdo (Garry y Gerrie, 2005; Harrison, 2002; Schiano et al., 2002 en Van Dijk, 2008:59; Van House, 2011: 125). No obstante, de acuerdo con Van Dijk, estos papeles no serían nuevos, pues desde antes ya servía como un medio de “intercambio de experiencias” (2008: 58). Este nuevo modo, tampoco implicaría la desaparición de su valor asociado a la memoria (Van Dijk, 2008:58-59, 68; Van House, 2011: 130).

Conjuntamente con lo anterior, y en virtud de su accesibilidad, se reconoce que la producción de imágenes estaría centrada -antes que en la representación familiar- en la generación de auto-representaciones. Así éstas ocuparían un lugar destacado en la formación de las identidades, contribuyendo sustancialmente a la “afirmación de la personalidad” y a los vínculos y relaciones del sujeto (Harrison, 2002: 107 en Van Dijk, 2008:60; Van House, 2011: 125). Y es que, en su uso masivo, la toma de instancias ceremoniales y/o rituales cedería paso a la “mediación de las experiencias cotidianas”, adquiriendo, por tanto, “valor como momentos” (Van Dijk, 2008:60-62); como muestra de la “micro cultura de la vida cotidiana” (Burnett, 2004: 62); y, eventualmente, como “transitorias” (Van House, 2011:125).

Esta serie de aspectos son visibles, por ejemplo, en uno de los casos de maternidad transnacional referidos por Carrillo (2008, 2009). De acuerdo con esta autora, la necesidad de estar presente en la vida cotidiana de sus hijos, mediada por el dolor y la culpa de tenerlos lejos, se traduce en una ansiedad por la captura de fotografías. Dicha práctica se acompaña de la inmediatez -propiciada por el acceso y uso de TICs- en el envío, la recepción y lectura de las mismas. Así, les hace llegar imágenes de “todo

lo que puede”: “de sus amigas, de los fines de semana, de su casa”, entre otras (Carrillo, 2008; 291-293). La profusión, y la naturaleza, de las imágenes que remite funcionaría también como un mecanismo para “fortalecer ante sí misma su imagen como madre” (Carrillo, 2009: 85).

Por otra parte, se reconoce que el gran aumento de imágenes ha ido acompañado por el incremento en la exhibición y, consiguientemente, en el visionado de las mismas. Hoy, se muestran “comúnmente” en páginas *Webs*, *blogs* y *fotoblogs*. De hecho, *Facebook* se ha convertido en el “mayor sitio para compartir fotos”: se añaden 3 millones de fotografías cada mes (Garvey 2010 en Van House, 2011:128). Algo parecido sucede con Instagram que cuenta con más de 500 millones de usuarios, 300 millones de los cuales lo utilizan diariamente²⁷. Este campo más amplio de difusión incluye también la presencia de fotografías en espacios laborales (sobre mesas de escritorio y en las pantallas de los ordenadores, por ejemplo), así como en los teléfonos móviles a modo de fondo de pantalla (Sarvas y Frohlich, 2011:7) y/o de álbumes portátiles. Así, tanto las imágenes como las actividades de los sujetos en ellas se hacen cada vez “más visibles, más públicos” (Van House, 2011:128).

Conjuntamente con lo anterior, se ha hecho notar que pareciera que, en este nuevo contexto, el objeto/artefacto del álbum tradicional comienza a ceder terreno ante nuevas formas de guardar la historia visual familiar. La gran cantidad de fotos, ya sean impresas o digitales, supone un trabajo importante de organización y etiquetamiento. Quizás por ello, como hace ver Van House a partir de su investigación, en los hogares con fotografías impresas, las cajas y álbumes adquiridos estaban vacíos y se escuchaban promesas de que “algún día” se completaría la tarea de la organización (Van House, 2011:128).

Otros trabajos en torno a este tema han hecho referencia a que actualmente en los hogares se conservan los retratos de fotografías antiguas y los álbumes, propios o heredados. No obstante, las más recientes y abundantes fotografías producidas mediante el uso de cámaras digitales, y las narrativas que en y con ellas se producen están encontrando cobijo en la *web*: por ejemplo, en Picasa o en *My Heritage* (Gómez Cruz, 2012:20). Ciertamente, este tipo de recursos cambia las reglas de intimidad de las que se rodea

27- En base a estos antecedentes la página reza: “Usted ha hecho de Instagram un lugar donde la vida cotidiana y la épica siempre están a su alcance”. Información extraída del sitio *Web* de Instagram: <http://blog.instagram.com/post/146255204757/160621-news>

la visualización de los antiguos álbumes de fotografías. Plantea interrogantes, por tanto, respecto de qué modo se tejen, se ven y se transmiten estas memorias hoy. Además, paralelamente a esta supremacía de la imagen en la pantalla del computador y en el *Cyber* espacio, desde la experiencia cotidiana se constata un esfuerzo de *marketing* comercial -mediante promociones, por ejemplo- por alentar la impresión de las fotografías. Estos se enfocan más bien en estimular compilaciones de imágenes en ejes temáticos. Este hecho, marca también una diferencia respecto de la modalidad de álbumes familiares en que coexistían instantáneas de distintos eventos, momentos históricos y distintas generaciones. Ello, especialmente si se considera que, en la vieja modalidad, las fotografías desplegadas cronológicamente permitían construir un relato: la mirada y el relato se servían, de las imágenes que pautaban -en una suerte de tiempo y de hechos que se iban hilando- la historia de la familia.

2.3 De la pertinencia de un énfasis en las mujeres

A lo largo de las páginas anteriores se constata que una y otra vez las mujeres aparecen como ejes de trabajos y reflexiones: cuestionadas, en mayor medida, en el marco de las uniones binacionales; como sujetas encargadas de mantener los vínculos familiares transnacionales; y como transmisoras de prácticas culturales.

En directa relación con esto último, se ha destacado que ellas tienen un rol preponderante en lo relativo al ámbito de la cultura material visual discutida en este capítulo.

De acuerdo con Rose (2010) y Pink (2004), las prácticas que atañen a la organización del espacio doméstico, así como aquellas que tocan a los usos sociales ligados al almacenamiento, disposición-organización y circulación de las fotografías familiares serían actividades mayormente realizadas por mujeres.

De hecho, vimos páginas atrás que Bourdieu (2003) afirmaba que ellas usualmente asumen la función de enviar las fotografías de sus hijos a la parentela que vive lejos. En este sentido, el trabajo de Rose (2010), indica que preocuparse de hacer el registro visual del crecimiento de los mismos constituye, entre sus entrevistadas,

parte del papel de “ser buenas madres”. No obstante, ello les supone también una agencia que tiene que ver con el despliegue de su “subjetividad” y con la “negociación de su posicionamiento maternal” (Rose, 2010:58). En este escenario se ha destacado, asimismo, que ellas cobran un papel de relevancia en qué historia familiar se quiere contar; pues son las que comúnmente asumen la labor de confeccionar y mantener el álbum (Rose, 2010; Bate, 2010). Paralelamente, ejercerían con mayor fuerza el rol de ser las portadoras, activadoras y transmisoras de la historia de las fotografías y, por extensión de la familia que en ellas se representa. Así, por ejemplo, desplegarían explicaciones sobre las fotos que constituyen verdaderas lecciones sobre las relaciones sociales y los niveles de parentesco de los representados, enfatizando una lectura más sociológica que estética de las mismas (Bourdieu, 2003: 61).

Pero, ¿por qué ellas? Una razón práctica puede encontrarse en la división sexual y generizada (“*gendered*”) del trabajo y la vida social fijada en su día por Talcott Parsons desde la sociología norteamericana. Desde aquí, y en la asignación de roles y ámbitos de acción que ello supone, serían las mujeres quienes asumirían mayormente la tarea de decorar el espacio doméstico. Las fotografías, como apunté, harían parte de la organización del mismo. Así, mediante este el espacio físico se transforma la casa en “hogar” y se “hace familia” (Rose, 2010: 58). Junto a esto, se agrega la explicación de que ellas, como parte de sus responsabilidades en este ámbito de la vida privada (Munso and Madigan, 1994:114; Jamison, 1998 en Rose, 2010:58), organizan y mantienen los núcleos familiares y los lazos transnacionales (Anthias, 2009; Williams, 2012).

Como indiqué, estos roles inscritos social, cultural e históricamente en cada sociedad están estrechamente vinculados con el sistema de parentesco y de procreación (Stolcke, 2010a: 327). Así, el hacer impuesto y/o asumido guardaría relación directa con el lugar que se le ha asignado en el marco de las sociedades y de los estados nación. En virtud de su naturaleza reproductiva, o en tanto cuerpo biológico socialmente forjado -como diría Bourdieu (1998)-; han sido vistas como las reproductoras biológicas de ciudadanos nacionales; “marcadoras” biológicas de fronteras entre grupos nacionales; significantes y símbolos de diferencias nacionales; y, consiguientemente, como las transmisoras de los valores y culturas (Radcliff y Westwood, 1999:215)

Capítulo 3. Trayectorias migratorias, conformación de pareja y vínculos familiares en inmigrados/as chilenos/as en Barcelona

A la luz de la discusión teórica recogida en la sección anterior, en este capítulo exploro las trayectorias de desplazamiento, de conformación de pareja y relacionalidad familiar de siete inmigrados/as chilenos/as (seis mujeres y un hombre) que se encuentran en unión binacional en Barcelona, España. Con este propósito, presento brevemente sus historias, procurando dar cuenta de: sus proyectos migratorios y de los pasos que se han dado en estas relaciones binacionales; rescatando, por ejemplo, los lugares y modos en que se conocieron y los distintos niveles de formalidad de la unión. Tras esto, propongo una reflexión sobre estas dinámicas y sus implicaciones, considerando aspectos relativos a las edades y la pertenencia social.

En una segunda parte del texto, profundizo en lo que ha sido la experiencia de ser y hacer familia binacional. En directa relación con lo manifestado por las personas entrevistadas, destaco el significado de ser miembro inmigrado, el idioma, la inserción laboral y aquellas prácticas de la experiencia de lo cotidiano; especialmente, al tener un/a hijo/a.

Dedico una tercera sección del capítulo a los lazos familiares transnacionales. En directa relación con lo mencionado por la literatura, atiendo aquí a la comunicación a distancia y a los viajes como mecanismos de recreación de los vínculos.

Finalmente, ofrezco un apartado en que se recapitulan, sumariamente, los contenidos desarrollados.

Como señalo en el transcurso de las páginas que siguen, tres de los siete casos referidos son tratados en profundidad en el Capítulo 5. Sin embargo, he decidido incluirlos aquí a fin de ofrecer una mirada global del conjunto de la muestra en lo que respecta a los itinerarios migratorios y de la relación, así como a los lazos familiares a distancia.

3.1 Proyectos migratorios y conformación de la pareja binacional

3.1.1 Las historias

Migrar por estudios y cambiar de planes

Como ya he señalado, en mis entrevistados/as la decisión de migrar a Barcelona estuvo atravesada por distintos motivos, provenientes de las circunstancias personales y socio-contextuales. No en todos los casos, de hecho, el desplazamiento fue pensado como una posibilidad de estancia permanente o prolongada en el tiempo. Precisamente esto ocurrió en las historias de Carla, Carolina, José y Francisca. Los cuatro comparten el haberse venido a estudiar y, consiguientemente, por lo que se suponía un periodo acotado de tiempo.

Carla. Cita “a ciegas”

Carla migró a Barcelona el año 2010. Estudiar un máster, con una beca, “era una posibilidad” para concretar sus deseos de “conocer”. Intimar con su actual pareja (a fines de octubre de 2010) y afianzar una relación con él cambió su plan de estancia temporal: un año.

Pareja de Carla: Nos hicieron quedar amigas. Nos pasaron los teléfonos y todo. [...]. [El día del encuentro] [...]. Fuimos, después de tomar algo, a cenar. [...] Ahí corté un pedacito de creps y se lo di en la boca con el tenedor [risas].

Carla: Lo encontré así como tan tierno, tan dulce y yo me dije: “con este cabro cero posibilidad, porque tiene 27 años. ¡Demasiado joven! (Yo tenía 33). Aparte [...], me voy en septiembre de 2011 a Chile” [...]. [Pero], [...], como que fluyó no más eso de tocarse, de hacerse cariñito... (Entrevista, 15 de marzo de 2013).

Carla, recuerda su pareja, tenía que volver luego a casa, así que “buscó las llaves”, le cogió las manos, dijo “chao” y se fue:

Pareja de Carla: Y yo pensé: “nooo, un rato más por favor” [riendo]... (Entrevista, 15 de marzo de 2013).

Ese mismo día él llamó para concertar un nuevo encuentro, para el sábado siguiente:

Pareja de Carla: Te esperé en la puerta [le dice a Carla] y saliste con tu vestido y dije: “¡wala, qué guapa!”.

Carla: Pasamos todo el día juntos y la noche. [...] Y en diciembre de ese mismo año [2010] nos mudamos a vivir juntos. [Luego de] siete u ocho meses...un día me dice: “hagamos el trámite del matrimonio para que tú puedas seguir aquí”. A mí me sentó “como patada en la guata”²⁸. ¡Con todos los prejuicios que hay contra los extranjeros, que supuestamente conocíamos españoles para poder permanecer acá! Y yo le dije: “me voy en septiembre [...]”. Y me dice: “pero, [...] con eso puedes obtener la residencia”. Y yo dije: “pero, ¡qué te crees! [...] . Me estás ofreciendo...así como “¡ya!”” [estira la mano simulando un gesto de limosna].

Pareja de Carla: No, para nada era eso. [...] Ella no pensaba en casarse, pero realmente no estaba ateniéndose a la realidad [...]. Y, al final, así lo hicimos.

Carla: Lo decidimos en septiembre [2011]. [...] Nos casamos en julio [2012], pero empezamos los trámites en enero... (Entrevista, 15 de marzo de 2013).

Carolina. Conocerlo en un bar

Carolina migró a Barcelona en septiembre de 2009, para cursar un máster. Nueve meses más tarde –en junio de 2010- conoció a su actual pareja en un bar chileno, al que fue para ver un partido de fútbol de la selección. Para su sorpresa, señala, había “puros catalanes y españoles”.

Pareja de Carolina: Ese día, yo me acuerdo, antes de llegar al local un comentario de un chico “vamos a este local -yo ya había ido una vez – porque aquí siempre se liga”. Y yo: “¡vamos a ligar!”, yo que sé, porque yo llevaba un año y medio sin pareja y no estaba bien para nada [ríe].

Carolina: Mira, contentillo [le dice a él, riendo].

Yo creo que el enganche, [...], aparte ya de ir ahí [ríe], yo creo que fue el tema de la comida, que empezamos a hablar, qué se yo. Y entonces él me decía: “¿tú cocinas?”. Y él estaba súper asombrado de que yo cocinara [...] Y entonces le digo yo, así “en talla” [en broma]: “bueno, te invito a mi casa. Ven un día y yo te cocino algo”. Y él, pero, así como si lo hubieran invitado, no sé, a una súper fiesta.

28- Expresión lingüística, recurrentemente en el lenguaje coloquial, quiere decir que algo “le cayó o sentó muy mal”.

Pareja de Carolina: [...] ¡Que cocine para ti alguien, en la primera cita! Yo estaba como: “¡hala! Esto debo probarlo” [ríen ambos]... (Entrevista, 05 de julio de 2013).

En medio de la conversación intercambiaron números de teléfono. Al día siguiente él envió un mensaje para tomarle la palabra. Carolina cumplió su oferta: preparó para él una carne al vino que le hizo –en palabras de ella– “alucinar” (Entrevista, 05 de julio de 2013).

Pareja de Carolina: “¡Cómo no iba a estar emocionado! Digo: [...] “¿por qué no me había pasado esto antes?” [ríe con ganas]. [...] Yo siempre le digo que a mí me empezó a enamorar por la tripa [ríe]... (Entrevista, 5 de julio de 2013).

Al cabo de unos pocos meses empezaron a convivir y al año decidieron casarse. Básicamente, dice ella, por el tema de la visa (Entrevista, 05 de julio de 2013).

Francisca. Encontrar un amor en Internet

El año 2000 Francisca viajó a España para hacer un curso de especialización. Finalizado este, paseó por Europa y retornó a Chile. Se quedó con la inquietud de cursar un máster y, luego, un doctorado. La decisión se concretó el año 2004:

Un novio, que yo tenía en Chile, había decidido venirse [...] Habíamos roto la relación, pero seguíamos en contacto. [...]. Habíamos acordado vernos aquí [en Barcelona]. [...]. Al principio, hice mi vida aquí como si no tuviera a nadie. [...] Después empezamos a salir [...], pero la relación terminó muy mal. Y yo seguí con el plan que tenía del doctorado [...] ... (Entrevista, 22 de junio de 2014)

El enero de 2009, a cuatro años y medio de haber arribado a Barcelona, conoció a su actual pareja, con quien tiene una hija de cuatro años:

Soy poco de ir a bares o fiestas. Era muy difícil conocer a gente de mi edad [35 años] que fuera o bien soltero o quisiera salir... Entonces, me apunté en estas páginas de Internet [...]. Y un día me llegó mensaje. [...] No era como el clásico que decía: “hola, me llamo tanto. Vi tu perfil”, sino que este me mandaba un cuestionario [risas]. [...] Se lo conteste irónicamente. ¡Y nada!, contacto conmigo [...]. Hablamos un día por *Skype*, [...] como hasta las seis de la mañana... Y después hablamos por teléfono. A los cuatro días, quedamos de tomar un café. [...] Y, bueno, ya al mes y medio estábamos viviendo juntos [risas]... (Entrevista, 22 de junio de 2014)

Como explica Francisca, la decisión de irse a “vivir juntos” fue “rápida”. Ella tenía programado quedarse hasta diciembre (de 2009), pero lo conoció, comenta risueña, “y cambiaron los planes”:

Nos enamoramos un poco viviendo juntos... (Entrevista, 22 de junio de 2014).

La decisión de casarse también vino de la mano con resolver el tema de estancia legal en el país. Su beca de estudios estaba finalizando y, explica, se hacía más difícil renovar su visa:

Nos casamos en abril del 2011 [...]. Fue un poco porque yo empecé a ver qué, cómo hacer para quedarme aquí. [...]. Fui a ver a una amiga abogada [porque] mi suegra me decía que ella me podía hacer un contrato ficticio para [...] cambiar a residencia por contrato de trabajo. Cuando volví a la casa, [Nombre de la pareja] me dijo: “¿y no le preguntaste lo otro?”. “¿Qué es lo otro” [respondí] ... “¿y si nos casamos?” [replicó él]. Esa fue la petición de matrimonio [risas]. [...] En el fondo, fue la opción para que yo siguiera quedándome aquí sin problemas... estando juntos, porque si no, claro, yo volvía a Chile. Para él irse a Chile era algo... [...] que, en ese momento, no veíamos para nada. No se hablaba... (Entrevista, 22 de junio de 2014).

José. Enamorado en unión de hecho

El año 2005, José y su novia chilena viajaron, autofinanciados, para estudiar un máster. La relación terminó luego de tres meses. Es que, señala, algo en él cambió al pisar esta ciudad: desde el primer día que caminó solo por ella, explica, quiso quedarse a vivir (Entrevista, 03 de junio de 2014). Concluyó su máster y consiguió trabajo. Tras un año, de lo que él define como “vida loca”, tuvo “la suerte” de conocer a su actual pareja:

Un amigo en común [chileno], [...] hizo un encuentro mixto entre sus amigos y los amigos de, por aquel entonces, su novia y ahí nos conocimos, en la playa, en la Barceloneta [...]. Nos sentamos, por mera coincidencia, juntos. [...] Nos presentaron y ella sonrió y yo me quedé absolutamente prendado... (Entrevista, 27 de mayo de 2013).

Eso, recuerda, fue en junio de 2006. En septiembre, agrega, ella organizó una fiesta de inauguración de su piso, “con la clara intención” de invitarlo. Él, reconoce, fue “entusiasmado”:

Y esa noche en la fiesta yaaaa, bueno, nos conocimos y nos pusimos a *pololear* [de novios], por decirlo así... (Entrevista, 27 de mayo de 2013).

Conocerla, dice, ratificó sus ganas de quedarse a vivir en Barcelona (Entrevista, 03 de junio de 2014). Casi luego de dos años de noviazgo, comenzaron a vivir juntos. Actualmente tienen dos hijas (de 3 y de 1 año) y viven en unión de hecho.

Graciela y Blanca. Migrar por amor

Entre los proyectos de migración voluntaria, además aquellos ligados a la formación profesional, se encuentran los de quienes cruzaron océanos por amor. Como vimos, la historia migratoria de Francisca tiene algo de esto: su decisión de partir a estudiar fue alentada por la posibilidad de rearmar una relación amorosa que venía desde Chile. No obstante, como se vio, aquello no prosperó y encontró -a través de Internet- una nueva pareja en el lugar de destino.

Las historias de Graciela y de Blanca, tratadas en profundidad más adelante (Capítulo 5) coinciden en dos aspectos: haber conocido a sus actuales parejas en Chile y, luego, migrar para hacer vida junto a ellos. En la historia de Graciela, sin embargo, el deseo de hacer un doctorado también fue el motor que la impulsó —el año 2009— a desplazarse: a él lo había conocido tres años antes. Luego de este tiempo de noviazgo, marcado por idas y venidas de ambos, él la instó a venirse con el plan de que se casaran y ella aprovechara para cursar su anhelado posgrado. Tras llegar se matriculó en un doctorado e iniciaron los trámites para casarse. Luego de un año de gestiones administrativas se unieron en matrimonio (Notas de campo, 14 de febrero de 2014).

Blanca, en cambio, aduce como única razón de su viaje el deseo de “casarse” con quien era su novio. Lo conoció el año 2006, cuando él viajó a Chile para visitar a un amigo que se había emparejado con una chilena -amiga de Blanca- y radicado en ese país. Estos amigos en común los presentaron. Se gustaron y comenzaron a salir. El año 2007, él volvió a Chile para verla y conocer a su familia. El 2008 ella viajó a Barcelona con los mismos objetivos. Un año después (el 2009), y habiendo hecho los trámites, migró para formalizar la relación en matrimonio. Hoy tienen una hija de tres años.

Carmen. Migrar por trabajo

El proyecto migratorio de Carmen, como se verá en el Capítulo 5, responde a otros objetivos: vino el año 2003 a Barcelona, a sus 48 años, a trabajar y para escapar del duelo: su marido, con quien llevaba 32 años de matrimonio, había muerto un año antes. Su cuñada, que trabaja en Suecia, le organizó el viaje. Ella, dice, jamás había pensado algo así (Entrevista, 29 de octubre de 2014). Dejó a sus cuatro hijos, todos mayores de edad, empacó y emprendió rumbo a Barcelona, España.

El año 2006, a través de una amiga emparejada con un catalán, conoció a su actual esposo. Tras salir por cuatro meses, comenzaron una relación amorosa. En mayo de 2007, recuerda, se hicieron pareja de hecho (Entrevista, 29 de octubre de 2014). El matrimonio llegó tres años después (en 2010), en un viaje que hicieron a Chile. En palabras del marido de Carmen, formalizar la unión era para él el modo de asegurarle una estabilidad por si a él le sucedía algo (Entrevista, 29 de octubre de 2014).

3.1.2 Conformación de la pareja

Como indiqué en la discusión con la literatura, emparejarse y formar familia con alguien local ha jugado un rol clave para hacer un cambio de planes, en casos de migración temporal; incitar al desplazamiento; o contribuir al asentamiento y la inserción entre quienes se encuentran residiendo en un país que no es el propio (Waldís, 2006). De algún modo, esto se aprecia en los casos antes reseñados.

De hecho, y como ya señalé, el proyecto de migración temporal por estudios de Carla, Carolina, Francisca y José se modifica a raíz de lo acontecido en su estadía en Barcelona. Para las tres primeras, muda en razón de su historia de conformación de pareja. A la par, el grado de formalidad de la misma sufre cambios importantes por las circunstancias que instala el plazo de su estancia. El deseo de encontrar a alguien, hallarlo y la posibilidad real de tener que separarse y, por ende, no seguir en la unión; confluyen vertiginosamente. El contexto de perentoriedad, instalado por el horizonte del retorno, pareciera intensificar los pasos: frecuentarse, gustarse, convivir y casarse se da en lapsos relativamente estrechos. Así, en las trayectorias de estas relaciones,

la formalización en matrimonio va unida a la urgencia de resolver el tema de la residencia legal y aparece, por tanto, como una herramienta en pos de lograr este objetivo.

En los casos de Graciela y Blanca, en cambio, la migración se gesta por el deseo mismo de hacer vida junto a sus parejas: habiéndolos conocido en Chile, y tras años de noviazgos a distancia, deciden trasladarse a Barcelona para casarse. Migrar y asentarse en un lugar distinto al de origen es algo, medianamente, previsto y programado en el itinerario de la relación. Sin embargo, y pese a que estas historias se desarrollan más extendidamente en el tiempo, el matrimonio también llega como la vía obvia para asegurar la estancia en el país y, consiguientemente, la continuidad del vínculo.

Como se desprende de los extractos presentados en la sección anterior, las entrevistadas tienen clara conciencia de esto. Saben también, en concordancia por lo señalado en la literatura, que la decisión de casarse se produce en un escenario marcado por ciertos prejuicios respecto de su país y continente de origen: pena sobre ellas la “sospecha” del mero interés por regularizar su estancia legal (Waldis, 2006; Charsley, 2012). A esta imagen se asociaría el estereotipo de que -en tanto “latinas”- son “fáciles” y, en virtud de su estatus de “inmigradas” no comunitarias, lo “único que querrían” es “ceder” rápidamente ante un español (Carla, Entrevista, 15 de marzo de 2013). Y quizás hay un poco esto en el testimonio -ya indicado y que retomo- del marido de Carolina cuando él y sus amigos definieron ir a aquel bar chileno donde la conoció: “porque ahí siempre se liga” (Entrevista, 05 de julio de 2013).

Si bien este es un telón de fondo, en general, las entrevistadas no lo acusan como un elemento que ha incidido fuertemente en las relaciones socio-familiares con el grupo de acogida. Ello, más allá de saber que, al comienzo, hubo ciertas prevenciones propias del mencionado contexto. Francisca ejemplifica una de ellas:

La mamá [...], cuando supo que [nombre de la pareja] tenía una pareja latinoamericana le dijo: “¡uff! ¡No vaya a ser que tiene toda una familia en Chile y después te veas con cinco hijos aquí!”. [...] Ahora me estima mucho, pero esa fue su primera percepción [...]... Y que fuera chilena o fuera ecuatoriana... eran todos cortados de la misma tijera... (Entrevista, 22 de julio de 2014).

No obstante, en este escenario de desconfianzas y considerando el específico contexto en que se gesta la boda, las entrevistadas parecieran tener la necesidad de remarcar que se han casado no para residir en el país sino para “seguir juntos”. De este modo, se esfuerzan por justificar la naturaleza “verdadera” de su amor y de la relación y, con ello, desmarcarse de las preconcepciones que las sumiría -de modo generalizado- bajo la imagen de un matrimonio “por conveniencia” (sobre el tema ver Anzil, Roca Girona y Ysusqui, 2016).

Pero, más allá de los rumores y prejuicios que magnificarían la práctica de “matrimonios falsos” (véase Rodríguez-García, 2015b), la celeridad -en algunos casos- y los fines con que estas relaciones se han “formalizado” no sería un hecho aislado. Así, por ejemplo, lo hace ver José:

La mayoría de mis amigos extranjeros que están con catalanas se han casado por los papeles [...]. ¡Claro!, al casarte se te agiliza todo... (Entrevista, 03 de junio de 2014).

Como discutí en el capítulo de Discusión teórica (Capítulo 2), el matrimonio como respuesta estratégica a las circunstancias de condición migratoria; no excluye, por cierto, el afecto ni tampoco los vínculos, automáticamente, bajo la categoría de unión “fraudulenta”. Como hacer ver Rodríguez-García (2015b), y se confirma en mi trabajo, este comportamiento obedece a una decisión de orden práctico: institucionalizar legalmente la alianza ofrece “ventajas”. A partir de estas, y aunque operan para cualquier unión formal, indica el autor, la “oficialización” sería justificada “por muchos miembros inmigrados [...]”; “como forma de acelerar las posibilidades de inserción en la sociedad” (Rodríguez García, 2015b). En el desarrollo de mis entrevistas, estos razonamientos -de connotación explicativa- también fueron esgrimidos por los propios miembros locales de las parejas.

De modo distinto, para José la transformación del proyecto migratorio por estudios nació del deseo íntimo de querer quedarse a vivir en Barcelona. Una intención, dice, que se ratificó al entrar en la relación de pareja. A esto que marca una diferencia con las otras entrevistadas, se suma otra: vive en unión de hecho:

Hemos hablado del matrimonio alguna vez, pero, mira, siempre ha surgido como una cosa más bien práctica [...] Por el tema de los papeles ella me lo planteó un par de veces, pero yo prefiero sacar mis papeles por mi cuenta... (Entrevista, 03 de junio de 2014).

Aunque sabe que al casarse “se agiliza todo”, desestima la oferta de su pareja. La razón puede deberse a que, como ya indiqué, residir en esta ciudad era un objetivo personal previo. Asimismo, puede ser visto como un mecanismo de respuesta a la imagen generalizada -discutida párrafos atrás- de una suerte de instrumentalización interesada de parte de los miembros inmigrados de las uniones binacionales. En su caso, empero, las explicaciones no se agotarían en estos hechos: el que la propuesta surja desde una pura dimensión “práctica” pareciera que, antes que ofrecerle una “salida”, representa un eventual aspecto que le conflictúa.

Esto último se comprende al considerar otros elementos: José se autodefine como un hombre “súper creyente”, formado en una familia de “cultura católica” y, en donde, “los compromisos tienen otra connotación”. Como contrapunto, indica:

Mi suegro viene de una familia anarquista [...] y la [Nombre de la pareja], en parte, tiene esa historia... [...]. Entonces, para ella el tema del matrimonio... no significa nada. [...] Para mí, sí que podía haber sido, en un minuto, una cosa que me hubiese gustado, [...], pero humm... fui entendiendo también... su filosofía, que tiene que ver con los compromisos, [...] de no estar atada. Y, bueno, me pareció que está bien y se lo respeto... (Entrevista, 03 de junio de 2014).

Así, querer resolver por él mismo su estancia legal respondería a la intención expresa de ganarse el derecho de vivir en el lugar que quiere vivir. Pero, además, y sin excluir lo anterior, aparece como una potencial reacción -quizás algo herida- a que el tema no haya surgido del modo que le habría gustado. Ello, en razón de las diferentes concepciones de la institución y del rito del matrimonio que tienen ambos.

El caso de Carmen es diametralmente distinto a los ya comentados. Su proyecto migratorio -económico-laboral- no se plantea como temporal. En razón de éste, al momento de conocer a su pareja actual tenía regularizados sus papeles. Le conoce, además, tres años después de haber arribado a Barcelona. Tras ella, asimismo, había migrado su única hija mujer y su yerno. Contaba, por tanto, no sólo con trabajo sino también una red social en su entorno. En este caso, el matrimonio vino luego de tres años de convivencia. Si bien, no había urgencia por resolver el tema de su estancia legal, las “ventajas” de la “oficialización” aparecen nuevamente, ahora desde otro cariz: la intención de su pareja de asegurarle legalmente la herencia. Esto, que aparece en él como una preocupación, guarda relación con las edades y los estados de

salud de ambos. Y, plausiblemente, con la historia de vida de ella; especialmente, la dolorosa experiencia de viudez que fue también un impulsor para su migración.

Edades

En directa relación con lo último señalado, la edad de quienes han formado estas uniones binacionales es un factor que tiene un peso en las mismas. Como deja ver una de las entrevistadas, habría una práctica socio cultural -implícita y asumida- del país de origen que tiende a regular este ámbito:

Tú sabes, una es chilena, que le dicen que el hombre tiene que ser mayor... (Entrevista, 15 de marzo de 2013).

Pese a esto, y como se aprecia en la Figura 2, en cuatro de las siete uniones esta norma es transgredida. En tres, se trata de cónyuges mujeres: Carolina, Carla y Graciela.

Para ellas, aparentemente, el asunto tendría mayor peso que para José. De hecho, en nuestros primeros encuentros Carolina y Carla instalaron expresamente el tema de la diferencia etaria. Graciela, por su parte, eludió -pienso, de modo intencionado- referirse a la cuestión. Incluso, como indico al tratar su caso en profundidad (Capítulo 5), ocultó el dato de su edad exacta.

En este sentido, por ejemplo, Carla y Carolina reconocen que el que sus parejas sean siete años menores, al comienzo les supuso un problema. Al punto de llevarlas a pensar en no continuar la relación. Si bien esto no terminó siendo un factor inhibitor de la misma, fue -de entrada- ponderado y evaluado como un rasgo que hacía inviable una historia de pareja. Retomo, en este sentido, las ilustradoras palabras de Carla:

Me dije: “con este cabro cero posibilidad, porque tiene 27 años. ¡Demasiado joven!” ... (Entrevista, 15 de marzo de 2013)

Incluso hoy, cuando indican que ya no les conflictúa tanto y/o que lo tienen “más asumido”, sienten la necesidad de detenerse en el tema y hacer declaraciones al respecto.

Por otra parte, el que sus esposos hayan entrado bastante jóvenes a un nivel de unión formal (matrimonio), ambos con menos de 30 años, en cierta medida (y teniendo en cuenta que se trata aquí de pocos casos), contraviene lo señalado por la literatura al explorar las alianzas de hombres españoles con mujeres extranjeras. Para

estos casos, y comparativamente a si se hubiesen unido con mujeres de su misma nacionalidad, la tendencia sería a hacerlo “más tardíamente” y a tener mayor edad que las cónyuges inmigradas (Cortina y Esteve, 2012: 43).

El comportamiento aquí, bien puede encontrar explicación, sin excluir los afectos, en el ya comentado plazo perentorio que existía para –en un inicio– vivir la experiencia de estar juntos. Puede contribuir, asimismo, la propia edad de las mujeres inmigradas: ambas han pasado los 30 años. Este dato, también compartido por Francisca y Blanca, resulta significativo en el ámbito de la nupcialidad chilena: en 2002, la edad media al contraer el primer matrimonio era de 24,6 años para las mujeres (27,7 años para los hombres) y en 2010, de 29,9 años (31,3 años para los hombres) (INE, 2012:24).

Aunque José, por su parte, no señaló explícitamente que el que su pareja sea levemente mayor como un asunto relevante; al indicarme la edad de ella bajo el rostro y el volumen de la voz. Luego relató que al contarle a su suegro que se irían a vivir juntos este, haciendo referencia a que la hija hubiese encontrado pareja y formara familia, dijo:

“¡Ufff! Un aspecto bueno de la migración” ... (Notas de campo, 20 de mayo de 2013).

Si vivir juntos aparecía, para Carla, Carolina y Francisca, como algo que fluyó a partir de las circunstancias; para José, encuentra razón de ser por la edad en que se encontraban:

Ya éramos personas más o menos grandecitas, ya no estábamos para *pololeos* [noviazgos] muy adolescentes, ¿no?... (Entrevista, 27 de mayo de 2013).

Este mismo argumento es esgrimido por el esposo de Carmen a la hora de explicar el irse a vivir juntos:

No éramos tan jóvenes para andar de *pololos* [novios] mucho tiempo. Noooo... (Entrevista, 29 de octubre de 2014).

Pertenencia social. Nivel socio-educativo

La literatura sobre el tema señala que, por lo general, una mayor formación profesional entre la población inmigrante aumentaría las posibilidades de unirse con alguien que no pertenezca a su propio país (Cabré, Cortina y Esteve, 2006; Esteve y Cortina,

2009; Cortina y Esteve, 2011, entre otros). Por otra parte, se ha sostenido que en el contexto Latinoamericano, y especialmente en Chile, personas en los extremos de la escala de escolarización formal, esto es, básica y universitaria, tenderían a unirse -homogámicamente- con personas de una condición equivalente (López Ruiz, 2010).

En directa relación con esto, un aspecto que se constata en algunas de las uniones binacionales consideradas en mi trabajo es la mayor formación educativo-profesional de las personas inmigradas (ver Figura 2). Esto sucede, por ejemplo, en los casos de Carolina, Carla y Blanca.

Carolina tiene un posgrado, mientras que su esposo -al momento de las entrevistas- aún se encontraba terminando su pregrado. Esto se explicaría por la diferencia etaria entre ambos (él es siete años menor): y también porque, indica él, durante toda la carrera universitaria ha debido combinar los estudios con jornadas de trabajo remunerado (Entrevista, 05 de julio de 2013).

Distinta es la situación de Carla y de Blanca: ambas profesionales universitarias (una con doctorado en curso y la otra con pregrado finalizado) con parejas de escolarización formal media (ver figuras 1 y 2).

Ninguna de ellas planteó esta disparidad como un elemento que haya, en primera instancia, representando un potencial obstáculo para entrar en la relación. Dudaron, sin embargo, ante la inquietud de si en Chile habrían actuado del mismo modo. Tal como ellas lo explicitan, esto ha sido fruto de las especiales circunstancias en que se han enamorado.

Lo anterior, en principio, puede apuntar a la teoría de intercambio de estatus mencionada en la literatura, y de la que he hablado en el capítulo de Discusión teórica. Siguiendo esta idea, podría pensarse que hay aquí un juego de compensaciones: el bajo estatus del país de procedencia se supliría por un alto nivel de formación profesional. Sin embargo, y más allá de esto, la consideración de las familias de origen de ambos cónyuges -en lo referido a niveles de instrucción- indica que los miembros de estas tres parejas parecerían compartir el mismo segmento socioeducativo de origen (ver Figura 2): las cónyuges inmigradas serían la primera generación de sus familias con estudios superiores universitarios. Los padres de ambos miembros de la pareja tienen un grado de escolaridad que se mueve entre los niveles básico y medio.

Por su parte, Graciela y José, explicitaron el tema de la pertenencia social a poco andar las conversaciones. En ambos casos, y aunque se evidencian diferencias, esta aparece ligada a los niveles y las trayectorias socioeducativas personales y familiares.

La primera, comparte con su pareja el mismo nivel educativo: ambos profesionales universitarios. En el relato de su experiencia, no obstante, Graciela hizo varias alusiones a una potencial diferencia de clases entre las familias de ambos. Estas surgen fundamentalmente, cómo se verá en el Capítulo 5, de sus estados de molestia: a su juicio, ser inmigrante latina la ha sometido a una serie de recelos parte del núcleo de acogida. Como reacción, en su discurso, remarca una cierta superioridad, la que argumenta en las trayectorias educativas de ambos grupos: los padres de su pareja, de escolaridad media, se formaron en oficios con la práctica. De modo que él sería la primera generación -y el único de sus pares- con estudios universitarios; ella, de abuelo y padre profesionales universitarios, sería la tercera camada (Notas de campo, 07 de febrero de 2013).

José, por su parte, señaló expresamente que con su pareja pertenecen al mismo grupo social: clase media. Ambos, explicó, son hijos de padres que, sin pertenecer a familias acomodadas y sin tener estudios superiores, han tenido éxito en su trabajo. En virtud de esto, ambos se han relacionado con diferentes estratos socio-económicos (Entrevista, 03 de junio de 2014).

Así, considerando este tipo de antecedentes aparentemente, y con excepción del caso de Graciela, las parejas entrevistadas tenderían a la homogamia (ver Figura 2).

No obstante, y pese al hecho objetivo de las características relativas al nivel de instrucción, habría otros factores que incidirían en cómo se vive y articula el tema de las pertenencias sociales en estas parejas binacionales. Esto guardaría relación con los países de procedencia de los miembros y el propio contexto en que se desarrollan las trayectorias de relacionalidad. En este sentido, por ejemplo, José enfatiza que los lugares de origen de él y su compañera -Santiago de Chile y Barcelona, respectivamente- suponen experiencias distintas en la importancia del grupo social de procedencia. A su juicio, el espacio social y urbano de Santiago

es altamente segmentado según criterios socio-económicos²⁹. En Barcelona, en cambio, sería más fácil que se entremezclen y convivan personas de distintos grupos sociales y, por tanto, sería “menos brusco el tránsito entre clases”³⁰ (Entrevista, 03 de junio de 2014).

Pero no se trata aquí de señalar la ausencia de prácticas destinadas a identificar y/o asignar una pertenencia al/la otro/a. Como discutí en el capítulo teórico, los procesos de identidad se dan en una relación de alteridad (Hall, 1991, 2003; Lamas, 1997). En el contexto de la investigación, esto vendría por otras vías. Y es aquí que el país de origen se convierte en un elemento con un peso relativo en el marco de las relaciones familiares en estas uniones; tema que discutiré en la sección siguiente.

3.2 Ser y hacer pareja binacional

3.2.1 Ser cónyuge inmigrado/a

La convivencia cotidiana ha implicado ciertos ajustes en las prácticas de vida de estas parejas. En general, y de acuerdo a lo expresado por las y los entrevistados, esto no se ha vivido con dramatismo en el marco de la relación. En este proceso de adaptación y de acomodos mutuos, la identidad de inmigrado de uno de los miembros ha jugado un papel clave en varios frentes.

Y es que como indica José, el modo en que ha experimentado la vida en Barcelona y sus relaciones con el mundo catalán, el tema de clase pareciera perder relevancia: a su juicio, “el rollo aquí es más racial”:

Me ven a mí, y no puedo pasar por catalán [...], asumen que soy latino, por los rasgos que tengo. La familia [de su pareja], en general, tiende a ser cuidadosa con los comentarios. Yo creo que se reprimen en lo que dicen de los inmigrantes, porque estoy yo... (Notas de campo, 20 de mayo de 2013).

29- En razón de ello, explica, al conocer a alguien la primera pregunta que aflora es: “¿dónde vives? Mediante ésta, finalmente, se pretende “ubicar” al otro en la escala social. Las interrogantes “¿qué estudias?” y “¿qué eres?” (en relación con tu formación profesional), dice, irían en el mismo sentido (Notas de campo, 20 de mayo de 2013)

30- La pregunta acá, indica, suele ser: “¿qué haces?” (Notas de campo, 20 de mayo de 2013). Desde su óptica, este modo de inquirir supone que lo que la persona hace es sólo eso y no un rasgo definidor de sí y de su adscripción social.

Según lo anterior, los rasgos fenotípicos serían un elemento en base a los que, desde el grupo de acogida y la sociedad en su conjunto, se atribuiría o impondría una identidad y, consiguientemente, un lugar social asociado a la misma.

En ocasiones, sin embargo, esta asignación basada en la fisonomía no coincide con la propia autodefinición (Rodríguez-García, 2016; Rodríguez-García et al., 2016). Y, en efecto, los testimonios vertidos en las entrevistas evidencian que la atribución de una “identidad” de origen en base a aspectos físicos operaría -al menos- en dos vías.

Francisca, por ejemplo, hace notar que la familia de su pareja, pasada la primera impresión de saber que estaba con una mujer de origen latino, les ha costado aceptar que ella no es catalana:

Me muevo como la gente de aquí, me veo como la gente de aquí, [...] pero no soy de aquí...Cómo que eso no lo han asumido... (Entrevista, 22 de junio de 2014).

Esta disociación, no la deja indiferente. Para ella implicaría una falta de reconocimiento de la diversidad de su origen; el que demanda expresamente a su familia política, generando roces a lo interno de la misma (Entrevista, 22 de junio de 2014). Entiende y acepta que, de algún modo, estar, vivir y hacer familia aquí le supone aprender los códigos lingüísticos y culturales catalanes; sin embargo, dice no obtener reciprocidad.

Como vivo aquí, ¡está bien!,...me tengo que incluir en la sociedad catalana y en cómo es la sociedad catalana. Pero no se dan cuenta que yo también quiero mantener mis raíces [...]: que... si en algún momento hago pastel de choclo no me digan “esta rico, pero es raro” [risas]...”No es como aquí”. ¡Obvio que no es como aquí! [...]. Yo digo: “sí, porque no es de aquí, porque aquí no se come maíz de este modo” [risas]. Una vez hice ceviche y también lo mismo: “¡uy!, ¿y esto qué es?”... [...] Se lo comieron todo, pero... [risas] dijeron: “si me hubieras puesto unos canelones o una carne en olla o una *escudella*, ¡también!”. Eso es lo otro, a pesar de que la familia de [nombre de la pareja] no es catalana al cien por ciento sí tienen esa tendencia catalana a mirarse el ombligo y pensar que es mejor que el resto... (Entrevista, 22 de junio de 2014).

De acuerdo a lo anterior, y tal como ella lo presenta, la invisibilización de su identidad de procedencia (en la dotación de una otra según su apariencia); se vería reforzada por lo que califica de “desinterés” por saber, conocer y apreciar el país y la cultura de

la que ella proviene. El que recurra a la comida para ejemplificar lo que tilda como una “falta de respeto”, no resulta extraño. Como discutiré más adelante (en el Capítulo 4), ésta adquiere un especial sentido de vehículo de comunicación de identidad entre los/as entrevistados/as.

En el caso de Blanca, en cambio, en el proceso de atribución de identidad por parte de algunos miembros de la familia de su cónyuge confluían los rasgos fenotípicos y su condición de inmigrante latina y, por ende, no comunitaria:

Es que ellos...bueno, mi suegra todavía no entiende. Como que ve a todos [los inmigrantes] como que son de allá. Me dice: “esa es de tu tierra”. A ver, le digo yo, que Chile es uno, Bolivia es otro [tira a reír], Ecuador es otro...A ustedes no les gusta, le digo yo, que les diga que ustedes son lo mismo con los españoles, los franceses, los italianos...A ver, ¡que somos del mismo continente pero no somos todos iguales!... (Entrevista, 26 de mayo de 2013).

Así, la fisonomía y cierta noción de su lugar de procedencia da pie a que se le atribuya una pertenencia: se trata de un lugar común para todos los inmigrantes latinoamericanos con los que, eventualmente, se le encuentra alguna semejanza. En esta mirada, América Latina resulta un denso, compacto y homogéneo universo. Por cierto, Blanca lucha contra esto, al punto de llegar a constituir un pequeño nudo de tensión también con su propia pareja (Notas de campo, 30 de noviembre de 2014).

En las explicaciones que buscan Francisca y Blanca para estos comportamientos, arguyen un cierto grado de ignorancia y también, como ya señalé, una falta de interés por conocer y comprender. Considerando las familias políticas de ambas, esto sería transversal a distintos niveles de instrucción. Este aludido desconocimiento y/o motivación puede, en alguna medida, guardar relación con los procesos históricos y las consecuentes construcciones que han establecido jerarquías y prejuicios entre los distintos países y culturas (Todorov, 1988).

Esto último nos lleva nuevamente a la relevancia del país de origen como un aspecto en el que se hace hincapié a la hora de “clasificar”. Desde aquí, entonces, y pensando en el caso de Graciela comentado en la sección anterior, se iluminan las reacciones del entorno familiar a su presencia: el mayor nivel educativo de ella y su familia de origen, en suma, resultaría menos relevante que su país de procedencia. Sería este último el que define su lugar a lo interno de -y para- su familia política.

3.2.2 Vida en pareja. Los ajustes, las negociaciones

El idioma

Para José, en lo particular, la experiencia de convivencia ha significado entrar en un proceso de adaptación en el marco de los hábitos de lo cotidiano y también en las respectivas formas de ser. Aquí, dice, ha tenido un peso importante el lenguaje:

Al cabo, más o menos, de seis meses, [...] ella me empezó a hablar en catalán. [...] [Pero] tú tienes que hacer un primer cambio de *chip*, el de “aquí las cosas tienen otro nombre” [...] Después viene la segunda adaptación: [...] tienes que hablar en catalán. Entonces, te preguntan: “¿cómo se dice un albaricoque en catalán?” Tú dices: “¡mierda!, ¿qué es un albaricoque? Yo me como un durazno, no un albaricoque” ... (Entrevista, 27 de mayo de 2013).

Pero, tal como este entrevistado destaca, en este proceso de ajustes no sólo influyeron las diferencias idiomáticas sino también las implicancias de ciertas formas de ser que se dejan ver en el lenguaje y que él resume del siguiente modo: los españoles y los catalanes serían más “directos”, “secos” y/o precisos mientras que los Latinoamericanos y chilenos expresarían una mayor “ambigüedad”:

Yo me empecé a relajar y a sacar mi cosa chilena. [...] Ella empezó a aflorar así, en plan [...]: “o quedamos a las 2 o no quedamos, pero eso de que “quedemos más o menos a las 2”, ¡no, ya no!”. [...] Le empezó a incomodar y a mí también su forma... [...]. Son cosas que sí que cuestan al principio... (Entrevista, 27 de mayo de 2013).

José reconoce haber experimentado un “*shock* cultural” en este tipo de aspectos. Sin embargo, declara haber estado “dispuesto” o “más abierto” a “aguantarlo”; pues, como indiqué, quería vivir en esta ciudad. Este motor personal le hizo darle la vuelta al asunto y, en sus palabras, entender que con eso ella le “estaba abriendo las puertas a la cultura y un poco a la inserción” (Entrevista, 27 de mayo de 2013).

En directa relación con esto último, la literatura señala que, efectivamente, en el proceso de integración de la población inmigrada jugaría un rol relevante el aprendizaje y uso social de la

lengua. Estas tareas, asimismo, se verían estimuladas y facilitadas por un mayor tiempo de permanencia en el territorio y el tener una pareja nacida en el mismo, entre otros factores (véase Solana et. al., 2012).

En consideración a lo anterior, y si bien el tema idiomático planteado por José salió entre las otras entrevistadas, no en todos los casos adquiere la misma preponderancia a lo interno de la vida familiar. Esto no se relaciona exclusivamente con el tiempo de residencia, sino con varios aspectos atinentes al proyecto migratorio y de estancia: entre ellos y como han señalado Solana et al. (2012), la disposición de los miembros inmigrados de aprender catalán; y, en directo vínculo, el nivel de uso e importancia que tiene este para los miembros locales y sus familias.

Según esto, por ejemplo, para Carolina y Carmen no aparece como aspecto sustantivo. Y es que sus parejas, pese a que dominan el catalán, son hijos de inmigrantes -gallegos y andaluces³¹ respectivamente- y, por ende, no es usado como vehículo de comunicación en la vida familiar. En el caso de Francisca, en cambio, el tema tiene sus matices. De hecho, reconoce haberse dedicado a estudiar el idioma:

La primera motivación fue: sí me voy a quedar a trabajar aquí y mi intención es acceder a un puesto, [...] necesito el Catalá Nivel C sí o sí [...]. [Por otra parte], la mamá de [nombre de la pareja] es catalana parlante, de esas que le cuesta a veces hablar castellano [...]. Y una vez que llevábamos uno o dos meses con [nombre de la pareja], como que dijo: “*si viu en Catalunya, que parle català*”. Me quedó grabado: “mejor que haga el esfuerzo”, dije... (Entrevista, 22 de junio de 2014).

Carla, por su parte, y al igual que Francisca, se ha dedicado a aprender el idioma tanto por el tema de inserción laboral como en señal de respeto por la cultura a la que su esposo y la familia de este pertenecen. Al comienzo de la relación, dice, en las reuniones familiares ella se quedaba un poco al margen de las conversaciones, pues no entendía. Su suegra, agrega, se dio cuenta de esto y le dijo amablemente:

31- En las décadas de 1960-1970, Cataluña recibió un importante contingente de población proveniente de otras zonas de España, especialmente de Andalucía, Extremadura y Galicia. El contexto social y político, marcado “por la represión cultural y la prohibición en el uso público y en la enseñanza de la lengua catalana”, así como los lugares de asentamiento (en “barrios de autoconstrucción” y/o “grandes polígonos de viviendas”) devino en un escaso contacto con personas de habla catalana y una falta de acceso para el aprendizaje del idioma (Solana et. al., 2012:106).

No te preocupes ni te sientas mal, es sólo que siempre hablamos en catalán y nos cuesta hacer el cambio al castellano... (Entrevista, 15 de marzo de 2013).

Hoy ella, igual que Francisca y José pueden seguir y manejar una conversación. Aunque José acota que, en su caso, no al punto de tratar temas profundos y serios. De hecho, cuenta que si bien al comienzo, en reuniones sociales de familiares y amigos de su pareja, se atrevía a hablar en castellano “a destajo”; hoy siente más pudor y, en ocasiones, termina autoexcluyéndose de participar en discusiones de temas (Entrevista, 27 de mayo de 2013). En alguna medida, esto último confirma lo ya señalado por la literatura, esto es: que, en el marco de un proyecto de residencia permanente, el manejo del idioma deviene en facilitador de la inserción social (Solana et al., 2012).

La familia del esposo de Blanca, por su parte, también es catalana parlante. Él, sin embargo, habla con ella en castellano. Como él mismo explica, no le resulta complicado pues se crio en un barrio de Barcelona donde había muchos hijos de inmigrantes de otras regiones de España; así que desde niño se ha movido fluidamente en los dos idiomas (Notas de campo, 30 de noviembre de 2014). Quizás por eso, a diferencia de Carla y de Francisca, Blanca no ha persistido en el aprendizaje del idioma. Él tampoco ha representado un gran estímulo para ello. De hecho, dejó de asistir luego del segundo curso de nivel básico:

[Nombre de pareja] me dijo: “qué vas a ir si tienes que tomar un metro”. ¡Y claro!, era en la noche y era en invierno: iba a andar como a las 11 de la noche...[Estudiarlo] era para tener más niveles para los trabajos también... (Entrevista, 26 de mayo de 2013).

En las conversaciones acerca del uso del catalán y el potencial dominio lingüístico del mismo, surgieron dos temas que inciden y/o han incidido en la vida de estas parejas: por una parte, la inserción laboral y, por otro, la crianza de los hijos, en los casos en que los haya.

Insertarse. El mundo laboral

Una preocupación latente entre algunas de las entrevistadas es encontrar o tener trabajo. Esto resulta un tema complejo, especialmente para quienes tienen estudios superiores. Francisca, por ejemplo, ha ido resolviendo medianamente la situación:

Estuve trabajando para una historiadora del arte, pero en “negro” [...]; porque se me iba la mitad del sueldo en pagar autónomo. Y ahora último he hecho cosas, pero las he hecho a nombre de [nombre de la pareja]: él factura y el dinero lo recibimos los dos... (Entrevista, 22 de julio de 2014).

Desempeñarse en su área de formación con un cierto grado de estabilidad es un asunto que ve como “difícil”:

Estar ligado a la universidad aquí es muy difícil. Y entrar a hacer carrera académica, más difícil aún. [...] Mis amigos que están doctorados y que están haciendo clases en la universidad, no son contratados: [...] hacen clases por hora, pero muy mal pagados. [...] No se puede sostener una familia así... (Entrevista, 22 de julio de 2014).

Esto, por ejemplo, la lleva a hacer comparaciones sobre lo que sería su desarrollo profesional en Chile y, consiguientemente, a pensar en la posibilidad de retornar. Estos elementos se van concatenando y terminan por constituir puntos de “choque” con su pareja:

Si yo tuviera un trabajo fijo, que tuviera que ver con lo mío, aunque sea muy básico, [...], todos mis problemas, de decir “mira, yo no estoy en Chile”, disminuirían bastante. [...] Sé que el día que tenga el doctorado bajo el brazo mi situación laboral no va a cambiar... Eso es lo que más me cuesta. [...] Es ahí, donde más chocamos... (Entrevista, 22 de julio de 2014).

Carolina y Carla, también han entrado al mundo laboral en condiciones precarias y tomando “lo que va saliendo”: por ejemplo, se han desempeñado como canguros y/o como vendedoras. Tal como Francisca, para ellas tener un empleo y una renta deviene en urgencia: representa una entrada al ingreso familiar que, complementado con el ingreso de sus maridos, les permite sobrellevar los gastos de sobrevivencia; al tiempo que les otorga autonomía.

Conjuntamente con lo anterior, Carolina y su esposo relevan que la crisis económica ha repercutido en la vida de pareja:

Pareja de Carolina: En mi trabajo [...], hace una semana y media o dos, echaron a 93 personas [...]. Estuvimos viendo si me echaban a mí. [...]. Desde hace un tiempo ya no hacemos planes más allá de un mes o dos, porque es pillarnos los dedos. [...] Y, claro, los trabajos que tiene Carolina, pues lo mismo: si la madre dice que

“no”, que quiere prescindir de la canguro, pues nos jodemos...
(Entrevista, 05 de julio de 2013).

Pese a que ella está consciente de que este contexto general dificulta el tema del empleo, le frustra la escasa o nula posibilidad que ha tenido de ejercer su profesión. A su juicio, en ello incide el ser de un país Latinoamericano (Entrevista, 05 de julio de 2013).

Carla, en cambio, no parece vivir con dramatismo el tema. De cierto modo, ha asumido que esto hace parte del cambio de planes que hizo y que es un “estado transitorio”. En su mirada, puede influir el que esté iniciando su proceso doctoral; que, además de mantenerla en contacto con su área de quehacer, le ha ido abriendo poco a poco pequeños espacios laborales.

José, por su parte, y gracias a contactos con el mundo eclesiásticos que traía desde Chile, ha conseguido mantenerse con trabajo y solucionar el tema de su estancia legal. Dado su deseo personal de vivir en Barcelona, y pese a haberse formado en una prestigiosa y cara universidad chilena, pareciera no apoplemarle en extremo el no desempeñarse de acuerdo a su formación profesional:

Los primeros cuatro años estuve con un contrato de auxiliar administrativo [...]. Recién hace dos años pude hacer cambiar [...]. No fue fácil. [...] La primera vez, pedí [la Visa de Trabajo] como profesional cualificado y después como agente de oficio: ¡y tampoco! [la dieron]. Al final, fue como no cualificado. Y era: “¡mira!, contrátenme de lo que sea, o sea, como limpiador de baño, lo que a mí me importa un huevo, o sea, contrátenme” ...
(Entrevista, 03 de junio de 2014).

Blanca y Graciela, migrantes por amor, aunque con matices, comparten el sentimiento de un mercado laboral que se cierra ante ellas, en gran medida -dicen- debido a la crisis económica. Graciela, en efecto, y contraviniendo sus planes iniciales, no logró desempeñarse laboralmente en su área profesional. No quiso tampoco transar en el campo de ocupación. Blanca, en cambio, estaba más dispuesta a flexibilizar en esto:

Quieres trabajar, tener tus cosas, no sé. Aunque [...] te lo den, pero es distinto cuando uno ya está acostumbrada a trabajar...
[...] Cuando no encontraba trabajo, [...] me venía toda la angustia, me ponía a llorar. [...]. “Es que justo llegó la crisis”, me decía [Nombre de la pareja]. [...] Me daba la rabia y me decía yo: “dejé el trabajo y ahora más encima tengo que estar aquí a ver

qué encuentro”. ¡Porque [...] encuentras en cualquier cosa, no en lo tuyo! [...] Entonces, decía “[...], ¿habré hecho bien?” ... (Entrevista, 03 de junio de 2013).

Ser mucama de un hotel fue “lo que encontré” (Entrevista, 03 de junio de 2013). Aunque reconoce que esta labor está muy por debajo de su calificación profesional, la mantuvo hasta que quedó embarazada. Manifiesta, asimismo, el deseo de retomarla en cuanto la pequeña entré a la guardería. En su decisión, la posibilidad de tener autonomía económica es un factor clave.

Tener un/a hijo/a

La experiencia de tener un/a hijo/a en el marco de la relación de pareja binacional ha sido vivida por Francisca, Blanca y José de modo distinto. En ello juegan factores relativos a las circunstancias en que se desenvuelven, los arreglos en torno al cuidado y, ciertamente, las identidades de género.

José, más que ninguno, ha enfatizado los encuentros y desencuentros que ha instalado el nacimiento de sus hijas. De hecho, reconoce que esto ha sido “una de las cosas, a nivel de costumbres, más difíciles” y, el periodo “más complicado” que han atravesado como pareja (Entrevista, 27 de mayo de 2013). En su caso particular, la tensión se explicaría, en parte, debido al estrés que ha supuesto organizar la nueva logística de vida y de cuidados:

Nos la hemos montado sin guardería, porque [...] postulamos y no quedamos. Y la guardería privada... ¡Es carísima! [...] Nos salía más a cuenta, incluso económicamente, hacer un reacomodo laboral de la jornada y cuidarla entre nosotros... (Entrevista, 27 de mayo de 2013).

El nacimiento de su segunda hija y la entrada de la primera al sistema educativo han instalado nuevas facetas: por un lado, han debido contar con el apoyo de la suegra dos días de la semana; y, por otro, han despertado campos de negociaciones y disputas en torno a la crianza. Estos guardan relación con las distintas experiencias de vida y concepciones que tienen ambos, por ejemplo, respecto de la imposición de disciplina y el sentido de respeto, entre otros. Desde aquí, declara echar en falta, algunas formas en las que él fue criado. A riesgo de “meter la pata”, dice:

Aquí cuando se habla de educación respetuosa, [...] es un poco permisiva. [...] Creo que, en algunos aspectos [...], se permite demasiado... (Entrevista, 26 de febrero de 2015).

En este campo de las formas de educar, también le ha impactado las diferencias culturales existentes entre él y su pareja en la noción de “compartir” que inculcan a sus pequeñas:

Si el niño, por ejemplo, le coge un juguete a la [nombre de la hija], tiene que devolverlo porque es de ella. En Chile, [en cambio], desde pequeño te están diciendo “tienes que compartir”, “pásale el juguete” ... Ahí hay un tema que es cultural, ¿cachai?. [...] Cuando vamos al parque yo le digo a la [nombre de la hija] si deja, por ejemplo, la moto: “la moto la coge cualquier niño porque tienes que aprender a compartir”. ¡Uf! Eso es un conflicto. Puede ser una materia de pelea con la [nombre de la pareja]... (Entrevista, 26 de febrero de 2015).

Desde el contraste de esta experiencia de crianza, Chile ha vuelto a estar presente una y otra vez en la comparación; dando lugar a las fricciones:

Estoy todos los días diciéndole “es que en Chile”, “es que en mi casa”, “es que en la casa de mi papá” ... [...] porque las formas de allá son diferentes. O sea: “oye, mi hermana no dejaría que eh... que la [nombre de hija] se comiera un *bistec* con la mano”. [...] Entonces ella [la pareja] me dice: “pero a mí, ¡qué me importa tu hermana!” ... (Entrevista, 26 de febrero de 2015).

Así, más agotado y sensible, explica, reacciona con vehemencia a lo que entiende como críticas a formas de ser y hacer de su familia chilena; y que antes, probablemente, habría pasado por alto. A fin de ilustrar esto, cuenta que al nacer su segunda hija sus padres enviaron una serie de regalos desde Chile; fundamentalmente ropa de color rosa o lila:

Y la [nombre de la pareja] me dice: “¡qué color! ¿Y no le pueden mandar más colores?”. [...] Los que le mandan son mis papás, [...] que son grandes, ¿cachai? [...] Y aunque encuentro mal...es su forma de ser y no lo voy a cambiar [...] ...Y eso se hace patente en mi relación con la [nombre de la pareja] ... (Entrevista, 26 de febrero de 2015).

Ciertamente, como indica José, el tipo de cosas que él plantea como temas de disputa se derivan de lo que fue su vivencia como hijo, en Santiago de Chile, y que hoy confronta con la de ser padre en el marco de una unión binacional, en Barcelona. Tienen que

ver, igualmente, con que ha estado participando activamente en la crianza y “a cargo de la casa”. Desde aquí subraya también que asumir este tipo de tareas domésticas y de cuidado ha sido una sorpresa para su familia de origen, especialmente para los hombres de su grupo. Ello, a su juicio, se debe a que es una práctica diferenciada en los dos contextos y, en mayor medida, respecto de la generación de sus padres (Entrevista, 27 de mayo de 2013). En un esfuerzo de no generalizar su historia personal a otras parejas chileno-catalanas, señala: “puede ser que otra gente no viva eso” (Entrevista, 26 de febrero de 2015).

Y, efectivamente, Francisca y Blanca no destacaron ninguno de estos aspectos como claves de su experiencia de ser madres. Habría aquí, eventualmente, una dimensión de la dinámica de la pareja y de los roles de género que ha incidido en ello: no han debido organizar complejos engranajes para las labores de cuidado, puesto que han sido ellas las que han estado, básicamente, encargadas del cuidado y la crianza de sus pequeñas.

Para Francisca esto ha sido posible en virtud de su actividad laboral ya descrita; y para Blanca, porque -alentada por su esposo- tomó un permiso maternal sin goce de sueldo por dos años. No obstante, el ejercicio de la maternidad ha implicado para la última quedar anclada a la casa y con dedicación exclusiva a la niña. Ha supuesto, además, “no tener la independencia [económica] de antes” (Entrevista, 26 de mayo de 2013). Por eso, señala, querer volver al empleo en cuanto su hija vaya a la guardería. Su pareja, en cambio, no está en el mismo plan: argumenta que no hace falta el “poco ingreso” que ella obtendría y el querer tener un segundo hijo (Entrevista, 03 de junio de 2013). Este es un campo aún negociación para los miembros de este matrimonio.

Tanto Francisca como Blanca reconocen las escasas redes de apoyo para el cuidado. A diferencia de José, las abuelas locales no se han hecho parte. Así lo explica Francisca:

Yo no tengo a nadie más que a los amigos que tengo aquí, que sí me han ayudado muchas veces [...]. Y de la parte de la familia de [nombre de pareja], siempre están tan ocupados que este papel de “abuela que te cuida la nieta” no lo tienen... (Entrevista, 22 de julio de 2014)

En su ausencia, no obstante, y tal como indica la literatura (Le Gall, 2010), las madres de ambas se desplazaron desde Chile para acompañarlas durante el periodo pre y post parto.

A propósito de lo anterior, Francisca, específicamente, hace notar que el tiempo del embarazo fue algo tensionado a nivel de las relaciones con su familia política:

Mi cuñada siempre había querido una sobrina. [...] Cuando quedé embarazada, [...] parecía que ella...iba a tener el bebé. Eso a mí me resultó asfixiante. [...] En decisiones que, para mí, tenía que tomar yo o, por último, yo con el [Nombre de la pareja], ellos se metieron y a mí provocó un gran malestar. [nombre de la pareja], por esta cosa de no generar conflicto, no les decía que “no”, ni nada. Eso generó problemas...que han afectado, muchas veces, mi vida de pareja y también la relación entre él y su familia... (Entrevista, 22 de julio de 2014).

Parte de esta serie de aspectos, indica Francisca, son las expectativas que guardaba su suegra respecto del uso del catalán con su nieta. En este tema, ella también tuvo que dejar -con su carácter- las cosas claras:

Me dijo: “bueno, supongo que le vas a hablar en catalá”. Entonces, yo le dije: “[...] yo no soy catalana parlante. Yo hablo el catalán contigo, [...] pero yo a mi hija le voy hablar en castellano, porque me sale de adentro”. “Pero, ¿para qué? si lo va a aprender cuando esté el colegio” [replicó la suegra]. Le digo “sí, pero ten presente que la [nombre de la hija] antes de ir al colegio tiene una madre que es castellano parlante, tiene unos abuelos que son castellano parlantes, va a ir a Chile donde todo el mundo le va a hablar en castellano. Ella necesita tener los dos idiomas desde el principio. [...]... Ella sola va aprender a separar que tiene clases en castellano y espacios en catalá, como hacen muchos niños aquí”. [...] Ahora, está más expectante [...]: quiere ver cómo es ese proceso de que la niña está siendo criada en dos idiomas al mismo tiempo. ... (Entrevista, 22 de julio de 2014).

Lo narrado por Francisca encuentra un correlato en la experiencia de Blanca:

Mi suegra, sobre todo, que ella habla en catalán, “que hablen más en catalán”. Y yo [respondo]: “cuando vaya al colegio ya aprenderá más el catalán”. Y ahí como que, de repente, se enfadan. Pero, ¿cómo le voy a hablar catalán si yo soy...si yo hablo castellano?... (Entrevista, 26 de mayo de 2013).

La preocupación de las abuelas por el uso del catalán con las nietas y el propio énfasis de las madres en el castellano, demostrada en ambos casos, instala nuevamente en el tapete de debate el tema del reconocimiento del país y de la cultura de origen de las inmigradas. Al mismo tiempo, y sin contrariar lo anterior, bien

puede ligarse con la idea de que las mujeres resultan ser, como se mencionó en la discusión con la literatura, las “guardianas y transmisoras de la cultura”.

Esto último, adquiere más sentido si, por ejemplo, se considera que en el caso de José no se le planteó el tema desde su pareja ni desde la familia de la misma. De hecho, afirma que ella, en un intento de preservar el correcto uso de su idioma,

fue bastante en contra de que yo le hablara en catalán. [...] Prefería que la [nombre de la hija] escuchara un chileno como el mío que un catalán mal hablado... (Entrevista, 26 de febrero de 2015).

Por otra parte, el “no decir” señalado por Francisca, así como lo que ella vivió como un entrometimiento en su proceso de gestación y de crianza, difiere de las percepciones que tiene José. Como indiqué, él habla de un lenguaje más claro, directo y frontal de su pareja, de los catalanes y de los españoles en su conjunto; y declara, además, que entre ellos hay un marcado “respeto”. Este, a su juicio, “tiene que ver con el no interferir”, “no querer crear un conflicto” (Entrevista, 26 de febrero de 2015). Desde aquí, por ejemplo, se explica algunas conductas: como el que la familia de su pareja sólo visita su casa y a las niñas cuando son expresamente invitados, así como algunas formas de hacer de su suegra:

Si yo a mi suegra no le he dicho que no le de helado, ella va ir y se lo va a comprar [...]. El tema es que si tú le dices que no le compre más, no le va a comprar más helado... En cambio, mi mamá me habría echado la bronca en plan: “¡oye!, soy su abuela. ¡Déjame”, y se lo habría comprado igual... (Entrevista, 26 de febrero de 2015)!

Mediante este contrapunto entre las formas -diferenciadas- de actuar de las dos abuelas, José intenta ilustrar una suerte de normas generales de “cómo somos” unos y otros. Estas, involucrarían sentidos de privacidad distintos y, consiguientemente, demarcaciones de campos en los que resultaría -culturalmente apropiado- intervenir o no.

3.2.3 Vínculos transnacionales

Comunicación a distancia

Como se ha dejado ver en algunos de los testimonios, y como se confirma en el cuadro resumen (ver Anexo 4), los y las entrevistadas mantienen un contacto bastante frecuente con los familiares en Chile.

En coincidencia con lo indicado por la literatura (Carrillo, 2008, 2009, 2010; Roca Girona, 2007, 2011; Roca Girona et al, 2008, 2012; Charsley, 2012; Williams, 2012; García Curiel, 2014), en la comunicación a distancia ha tenido un lugar relevante el desarrollo y extendido uso de las Tecnologías de la Información y Comunicación (TICs). Así tenemos que, además de las llamadas telefónicas tradicionales, se utiliza las redes sociales, como el *Facebook*, y plataformas como *Skype*. Más recientemente se ha incorporado de forma importante el *WhatsApp* que, desde los teléfonos móviles, permite un contacto permanente e instantáneo.

El acceso y uso de estas tecnologías se da independientemente de la edad: lo vemos, por ejemplo, en el caso de Carmen (61 años) como en las entrevistadas más jóvenes del grupo (35 años). En las familias de origen (chilenas), en cambio, existen ciertos factores contextuales que inciden en un mayor o menor uso de estas. Esto sucede, por ejemplo, en los casos de Blanca y Carla, cuyas madres viven fuera de la capital chilena, en regiones. Sobre el tema, la primera comenta:

Cuando llegué [...] tenía que ir a un locutorio para poder verlos, entonces no los podía ver muy seguido. Ahora tengo Internet y tampoco los veo, porque ellos no tienen Internet [ríe]. Entonces, al final, peleo con mi mamá porque se compró un ordenador [...] y tampoco nos podemos ver seguido, porque ella no sabe entrar a Internet y tiene que haber alguien y a veces los fines de semana no están... porque así la [nombre de la hija] también la va viendo y cuando la ve sabe que existe... (Entrevista, 23 de febrero de 2015).

Pese a las dificultades tecnológicas y las diferencias horarias, Blanca ha persistido en mantener una estrecha comunicación con su madre y hermanos:

Trato de una vez a la semana, por lo menos, hablar por *Facebook* o por *Skype*. Bueno, cuando podemos porque con el cambio de horario igual se hace complicado. [...] Por teléfono trato de

llamar todos los días a mi mamá [...], o día por medio. [...] Y como ahora está el *WhatsApp*, que es gratis, también les escribo a mis hermanos... (Entrevista, 26 de mayo de 2013).

Como señalé en apartados anteriores, Blanca está dedicada al cuidado de su hija y tiene la posibilidad de invertir tiempo asiduamente en el mantenimiento de estos lazos. Esto aparece como vital para ella: tanto para que su hija pueda reconocer a su familia chilena, como para estar enterada de todo que pasa allá:

A veces no me quieren ni contar y yo digo: “¿y si están enfermos?” ...todas esas cosas que a veces no te cuentan... (Entrevista, 26 de mayo de 2013).

Así, desde la distancia, y como abordaré en el desarrollo de su caso en profundidad (Capítulo 5), busca estar atenta y presente en los distintos momentos que atraviesa su familia.

La madre de Carla comparte más o menos la situación que la madre de Blanca: no tiene Internet en casa y también tiene dificultades para el uso del ordenador. Como solución, realizan muchos de los contactos vía telefónica. Carla ha contratado un plan para ello y, además, le ha enviado un móvil al que pueda ponerle Internet y así facilitar la comunicación entre ambas. Estar permanentemente conectada resulta vital: su madre ha estado con problemas de salud y ella, desde Barcelona, se ha mantenido supervisando el tratamiento médico. Asimismo, le envía las medicinas debido a que resultan ostensiblemente más económicas que en Chile.

En algunos de los trabajos sobre esposas inmigrantes, se ha mencionado que a medida que transcurre el tiempo los lazos familiares tienden a debilitarse debido al periodo transcurrido y/o a que no existe un proyecto de retorno (Roca Girona et al., 2012). Ello, sin embargo, no opera entre las mujeres entrevistadas en mi investigación. De hecho, Francisca, por ejemplo, reconoce haber intensificado el contacto:

Ahora [...] quizás tenga una relación más estrecha. No creo que tenga que ver con que vivo fuera, sino con que han pasado 10 años y yo he madurado [...]. Por otro lado, [...]...sobre todo desde que armé familia aquí y tuve una hija, les cuesta más el hecho de que yo esté lejos... (Entrevista, 30 de julio de 2014).

En base a estas dos razones Francisca utiliza intensivamente las herramientas tecnológicas: correos electrónicos, *Skype* y *Facebook*:

Antes me comunicaba dos veces a la semana, algo así. Y ahora, por la [nombre de la hija], todos los días me conecto a un ratito para que la vean ... (Entrevista, 22 de junio de 2014).

Las conversaciones de Francisca con la madre abren espacio al diálogo de las tres generaciones y también se transforman en oportunidades para compartir labores que está realizando:

Por *Skype*, me dice: “ay, mira lo que estoy haciendo”. Y, entonces, va y me muestra mientras estamos hablando. [...]. Antes de ayer, me mostró un vestidito rojo que le había terminado a la [Nombre de la hija], súper bonito... (Entrevista, 30 de julio de 2014).

Tal como en el caso de Blanca, la periodicidad del contacto guarda estrecha relación con la presencia de la niña y, claramente, con la mayor disponibilidad de tiempo que puede dedicar a la comunicación. En Blanca, como discutiré en el Capítulo 5, confluye además su sentimiento de soledad.

Por otra parte, ambas entrevistadas reconocen que, por lo general, son ellas y sus hijas las que participan más activamente de las conversaciones:

Francisca: [nombre de la pareja] siempre pasa y saluda [...]. No se mete tanto ... [...] A veces con mi mamá conversa de fútbol. Mi mamá es la futbolera [risas]...Pero, en general, conversa un ratito y se va... (Entrevista, 22 de junio de 2014).

Blanca: Yo soy la que hablo más, [pero] a veces yo voy a hacer algo y él se queda ahí hablando con ellos, porque...se llevan bien... (Entrevista, 26 de mayo de 2013).

Tal como he indicado, la profusión de las llamadas va en relación con el tiempo disponible y con el nacimiento de las hijas. José comparte este último hecho, sin embargo, debido a la propia dinámica de vida que lleva, no mantiene la misma asiduidad que las entrevistadas anteriores: en su caso, intenta conectarse una o dos veces al mes. Parte de su intención es, sobre todo, que nietas y abuelos interactúen (Entrevista, 26 de febrero de 2015).

Las experiencias de Carmen y Graciela, por su parte, revelan una comunicación constante debido a que ambas tienen hijos en Chile. Comunicarse, como ha indicado Carrillo (2008, 2009), haría para ellas parte del ejercicio de la maternidad a distancia. Sin embargo, dado que las edades y situaciones de los/as hijos/as de ambas entrevistadas son bastante distintos, cambia la finalidad con que les contactan. Graciela, habla -vía *Skype* o teléfono- al

menos una vez a la semana con la intención expresa de querer saber cómo les va en los estudios y en la vida cotidiana. Busca así, pese a la distancia física, no estar lejos ni separada de sus días a día. Los hijos de Carmen, en cambio, son adultos. Mientras ella vivió allá, reconoce, estuvo muy apegada a sus nietos. Como indica, sistemáticamente llama o se conecta (vía *Skype* o *Facebook*) para saber cómo están y para acompañarlos en determinados momentos; por ejemplo, en la experiencia de divorcio que ha vivido uno de ellos. La comunicación a distancia, en muchas ocasiones le genera preocupaciones y angustias. En otras, frustraciones y malestar debido a que no puede prestar la ayuda requerida: esto sucedió, por ejemplo, con una de sus nietas que le pidió dinero para financiar la matrícula de la universidad. Con pesar, reconoce Carmen, no pudo socorrerla, pues en ese momento no tenía dinero disponible. Esto, agrega, generó problemas. Como ella explica, a su familia

le cuesta entender que no me sobra el dinero. Vivimos con la jubilación de [nombre de pareja]. [...]. No tenemos más. De pronto creen que, porque estoy acá, la plata me sobra... (Notas de campo, poner fecha)

Los testimonios anteriores evidencian que, como lo ha señalado la literatura sobre parentesco transnacional, hacer parte de la familia desde la lejanía física involucra el contacto permanente y también formar parte de las redes de cooperación. En este marco de relaciones, la distancia física no excluye per se las “obligaciones” y “expectativas” (Bryceson y Vuorela, 2002; Baldassar, 2007; Le Gall, 2010; Rodríguez-García, 2014) y tampoco está exenta de tensiones (Sorensen y Vammen, 2014). En el caso de Carmen esto se hace evidente: se le solicita apoyo en su calidad de abuela y también en virtud de que se presume que, viviendo en España y estando casada con un local, dispone de mayores recursos económicos. Esta imagen pone en el tapete una representación -la del europeo/español del mundo “desarrollado” y, por ende, “adinerado”- que también se ha reiterado en comentarios de otras parejas. La reflexión ha ido en tonos distintos: Carla y su esposo lo evidencian con malestar, pues cuando viajaron juntos a Chile, familiares y vecinos de la madre la interrogaban, dando por hecho que él tenía auto, casa y dinero en España (Entrevista, 15 de marzo de 2013); la pareja de Blanca, en cambio, ha seguido el juego a este imaginario. En este sentido, por ejemplo, comenta de forma divertida que, dado que el cambio de moneda (a pesos chilenos) le convenía, él iba “tirando el dinero” (Nota de campo, 30 de noviembre de 2014).

Retomando el tema de los apoyos, no se trata exclusivamente de que las entrevistadas los presten a diversos integrantes de sus núcleos cercanos (emocional, logístico y a través del envío de ciertos productos requeridos). También los reciben desde Chile. Entre estos, y como he mencionado páginas atrás, cuenta que las madres de Francisca y Blanca se hayan desplazado en pos de socorrer a sus hijas en el periodo de pre y post parto. Esto hecho, como indica Le Gall (2010), recurrente; en parte se explica debido a las ausencias de redes en la sociedad de acogida. Y es precisamente de este modo como lo han hecho ver ambas mujeres entrevistadas.

Los viajes

Conjuntamente con las herramientas provenientes de las TICs, se contemplan los viajes como mecanismos de recreación de los vínculos familiares. Se ha reconocido que estos hoy por hoy resultan más accesibles (Roca Girona, 2007, 2011; Roca Girona et al, 2008, 2012; Charlesy, 2012; Williams, 2012). Desde aquí, por ejemplo, se ha sostenido que constituyen un recurso destacado para el mantenimiento de los lazos transnacionales (Le Gall, 2010).

En general, los y las entrevistadas admiten la importancia -y los deseos- de visitar su país y su familia de origen. La posibilidad de hacerlo, obviamente, está sujeta a los recursos económicos de los que se dispone. Estos inciden no sólo en la frecuencia o espaciado de los mismos, sino también en la viabilidad de que lo hagan ambos miembros de la pareja (ver Anexo 4). Así, vemos que hay quienes viajan en promedio una vez al año (Blanca y Francisca, por ejemplo) y quienes logran hacerlo cada tres años (como Carmen). Por su parte, si bien Carolina y Graciela han viajado con cierta regularidad desde que emigraron, no siempre han tenido la opción de hacerlo acompañadas de sus respectivos esposos; básicamente, a causa de las restricciones económicas.

Ir a Chile constituye un espacio especial para reencontrarse con familiares y amigos. Francisca y Blanca reconocen que la agenda resulta apretada y que no siempre les es posible ver a todas las personas que quisieran. En general, tienden a priorizar a los círculos más inmediatos y cercanos.

El primer viaje en pareja, para quienes han tenido la posibilidad

de hacerlo, por lo general se ha acompañado de paseos y visitas a distintos lugares de Chile. De este modo, el cónyuge conoce a la familia y también recibe una dosis del paisaje y la geografía nacional. Esto ha sucedido en los casos de Carmen, Francisca y Blanca.

Tal como hace constar la pareja de esta última, los viajes siguientes -y especialmente desde que nació la hija- han estado enfocados de lleno en los espacios y reuniones familiares: “ni tiempo ha quedado para ir a otros sitios”, agrega. Insinúa que le resulta algo repetitivo ir al mismo sitio siempre y que, en virtud de los esfuerzos de ahorro que hacen para financiar el traslado anual, está evaluando incorporarse a la travesía año por medio (Notas de campo, 30 de noviembre de 2014).

La cantidad de visitas familiares desde Chile es ostensiblemente menor que las idas efectuadas a Chile desde Barcelona (ver Anexo 4). Esto se vincula con la capacidad de financiar el viaje, los tiempos disponibles y, eventualmente, con la disposición a hacerlo en virtud de otros aspectos: entre ellos, el haber viajado antes y/o sentir inseguridad de hacerlo. Los padres de Francisca son quienes más han venido a verla (seis veces), pues como ella dice: “tienen los recursos para hacerlo”. Así, han asistido a fechas y eventos importantes, como la boda y el nacimiento, y también para vacacionar (Entrevista, 05 de agosto de 2014). En el caso de Blanca, la madre se ha desplazado dos veces: para el matrimonio y cuando dio a luz. Ambos viajes fueron financiados en parte por la pareja (Entrevista, 03 de junio de 2013). Por su parte, José ha contado con reiteradas visitas de su hermana; quien por trabajo ha debido, por cortos periodos de tiempo, viajar a algún país de Europa. En aquellas ocasiones, aprovecha de visitar a sus sobrinas. Los padres han venido dos veces, tras los nacimientos de sus nietas (Entrevistas, 27 de mayo de 2015 y 26 de febrero de 2015).

3.3 Recapitulación

A partir de los siete casos de población chilena inmigrada que se encuentra en unión binacional, en Barcelona, pretendí ofrecer una imagen panorámica de lo que han sido las trayectorias migratorias, de conformación de pareja y los vínculos familiares en sus distintos niveles.

En consonancia con lo mencionado en la literatura sobre el tema de migración y matrimonio, y como ya he explicitado, las historias aquí consignadas evidencian que enamorarse y tomar la decisión de hacer familia ha sido un aspecto clave para, en cuatro de los siete casos, modificar proyectos migratorios temporales de estudio; y, en otros dos, para desplazarse a vivir en un lugar distinto al de origen.

La dinámica de conformación de parejas de las tres mujeres que migraron por estudios, sigue un compás intenso. La posibilidad fechada del retorno actúa como un amenazante fantasma que parece marcar e incidir en el ritmo de la relación: conocerse, gustarse y convivir se da en periodos de tiempo relativamente acotados. En estos casos, formalizar la unión en matrimonio ha sido la estrategia para vencer el plazo perentorio de la partida.

Aunque en las dos entrevistadas que migraron expresamente por amor el casamiento se da tras algunos años de noviazgo a distancia, cumple el mismo fin: asegurar la estancia legal y, con ello, la continuidad del vínculo. Este objetivo, en cambio, no opera en el caso de migración económica: resuelto, de modo previo, el asunto de la residencia legal, el matrimonio llega bajo el interés de asegurar la estabilidad económica (herencia) para la cónyuge inmigrada.

Consiguientemente, y aun considerando los matices, en estas seis parejas la unión civil adquiere una dimensión práctica. Ello, apunté, en razón de las ventajas que ofrece. Precisamente este carácter instrumental habría actuado, en el otro caso aquí contemplado, como factor inhibitorio: el único entrevistado en unión consensual, rechaza la oferta de matrimonio hecha por su pareja. Si bien su proyecto de asentamiento en Barcelona es personal y previo a la relación, pareciera ser que en la decisión habría influido, sobre todo, la naturaleza misma con que surge la propuesta: agilizar el trámite legal para su estancia. Este cariz, eminentemente pragmático, le resulta complicado: a diferencia de su pareja, es creyente (católico). Como tal, la institución del matrimonio tiene importancia, en tanto rito y los compromisos que implica.

Reconociendo que considero pocos casos, señalé que las características de algunos de los miembros que integran estas parejas contravienen algunos de los aspectos señalados por la literatura; tanto a nivel de edad como de formación profesional. A diferencia de las tendencias descritas en otros trabajos sobre

uniones binacionales en España, en el primer ámbito se destaca el caso de dos hombres catalanes que son menores (siete años) que sus parejas inmigradas y que entran bastante jóvenes al matrimonio (ambos con menos de 30 años). Sin descartar el plano afectivo, ello puede explicarse en virtud del propio contexto -ya comentado- en que se desarrolla la relación. En el segundo ámbito, por su parte, se constata dos casos en que las cónyuges inmigradas presentan mayores niveles de escolarización formal que sus esposos: doctorado en curso versus nivel educativo medio; y pregrado versus nivel educativo medio, respectivamente.

En principio, estas uniones -hipogámicas para ellas- podrían leerse como parte de un juego de compensaciones, en el marco de una lectura en la lógica del intercambio de estatus: el bajo estatus del país de origen por el alto nivel de instrucción. No obstante, la consideración de los antecedentes familiares -el nivel de instrucción de padres, por ejemplo- indicarían que en su mayoría (en seis de los siete casos) comparten un sector socio-educativo de procedencia equivalente (ver Figura 2).

Las entrevistadas mujeres tienen conciencia que sus relaciones se dan en un preciso contexto social: ser extranjera, no comunitaria, latina las sitúa bajo la sospecha de haberse unido “por conveniencia”. El lugar de origen tiene un peso complejo y no siempre positivo; el que se hace sentir en distintos ámbitos. Aunque, en términos generales, indican que han logrado pasar de eso sin que les afecte mayormente en sus relaciones familiares, se evidencian experiencias variadas.

De hecho, en el marco de las relaciones y las dinámicas de convivencia con la familia política, la “clase social” parecería perder terreno: el origen geográfico y los rasgos fenotípicos actuarían como demarcadores. Desde aquí, se clasificaría y asignaría un lugar a lo interno del grupo familiar y de la sociedad.

No obstante, mostré en el desarrollo del capítulo, esta asignación de pertenencia sigue distintas vías y, por tanto, tiene implicancias y respuestas también diversas. En uno de los casos, por ejemplo, ante lo que se percibe como la adscripción de un lugar social “menor”, sustentado exclusivamente en la (sub)valoración del país y el continente de procedencia; una de las entrevistadas destaca (ante la familia política) el mayor estatus educativo profesional y social que tiene ella y su familia de origen. En otros dos, la asignación de pertenencia derivaría en nuevos derroteros

de procesos de disociación identitaria: en razón de la apariencia física, en uno, pareciera invisibilizarse la procedencia cultural y geográfica de origen; en otro, en cambio, se la subsumiría bajo el paraguas general de inmigrante latina, sin más.

En razón de lo anterior, las entrevistadas plantean la demanda expresa de reconocimiento a su país y cultura de procedencia. Haber nacido y haberse socializado en el marco de un territorio llamado Chile supone un abanico de prácticas culturales particulares y- en juego especular- diferentes a las que se dan en la sociedad y en el núcleo de acogida.

Conjuntamente con lo anterior, entre quienes tienen estudios superiores existiría coincidencia en que su naturaleza de inmigrada latina habría incidido en las posibilidades frustradas de ejercicio profesional. Esto genera roces a lo interno de la pareja y, en ocasiones, les hace pensar en retornar a Chile.

Manejar el idioma catalán hace parte de los requerimientos para entrar al mundo laboral. Se evidencia que la disposición a aprenderlo, en ocasiones, está mediada por el propio proyecto migratorio y de estancia, así como por la importancia que éste tiene para la pareja y su familia. Así, para las dos entrevistadas que se han unido con hijos de inmigrantes de otras regiones de España resulta como no sustantivo. En aquellos casos en que es el vehículo de comunicación de la familia política, resulta, en cambio, en una demanda impuesta y/o autoimpuesta. Esto sucede especialmente en el caso de las dos entrevistadas que han tenido hijas en el marco de la unión. Desde aquí, por ejemplo, se les ha instado a hablarles en catalán. Ellas, empero, han reivindicado -en tanto castellano parlantes- el hablarles en su propia lengua. De este modo, se da entre suegras y nueras una demanda por la socialización en un idioma determinado y, consiguientemente con ello, de formas de ver el mundo. Sugerí que esto, eventualmente, se relacionaría con el no reconocimiento del país de origen de la inmigrada y/o con una práctica de jerarquización entre los dos países y culturas aquí en juego; e, igualmente, con el rol asumido por las mujeres (en este caso, madres y abuelas) como protectoras de sus culturas. Este último argumento adquiere peso si se considera que el requerimiento al chileno que fue padre no fue el mismo: su pareja le instó a usar el castellano, en un esfuerzo de proteger a la niña de oír un “mal catalán”.

El campo de la crianza es un terreno en el que afloran tensiones y negociaciones. En parte, estas se vinculan con la dinámica de la

pareja para organizar la logística del cuidado y, en directa relación con ello, con la identidad de género y país de origen de quien ejerce principalmente este trabajo. En el caso de las dos mujeres chilenas con hijas, son ellas las que sustantivamente han asumido esta tarea. Aquí, la problematización de potenciales diferencias socioculturales que ha entrañado la misma, y de repercusiones o roces a nivel de pareja, no pareciera ser mayor. El hombre chileno, contrariamente, ha debido incorporarse de igual a igual al ámbito doméstico-reproductivo. Con ello, ha asumido un modelo de padre y de pareja diferente al familiar y cultural que tuvo en origen. Asimismo, ser partícipe al cien por cien le ha implicado discrepar respecto de las formas en que se cría y educa. Desde aquí, problematiza diferencias entre ambos miembros de la pareja y sus culturas de origen: por ejemplo, respecto al sentido de la disciplina y el respeto (versus lo que califica de “permisividad”) y nociones distintas del compartir. El contexto de agotamiento que experimentan los miembros de esta pareja ha abierto también espacios a otras diferencias culturales entre ellos, sus familias y países de origen: ser directo versus ser ambiguo, ser invasivo frente al respeto, la mesura y un sentido de lo privado y de lo íntimo que no coinciden, entre otros, lo que repercuten y problematizan la convivencia diaria.

En muchos de los testimonios se recurre a un constante contrapunto entre ambos países. Este modo de enlazar percepciones y eventuales formase de ser y hacer pone en escena el tema de la identidad y los sentidos de pertenencia.

Así, con distintos énfasis, los sujetos articulan posiciones en torno a su carácter de inmigrante latino, no comunitario; y, a la vez, cómo miembro de una unión binacional con residencia Barcelona. Ambos ejes se imbrican mutuamente. Además de ello, como discutí anteriormente, es posible ver cómo en estos posicionamientos se despliegan otras pertenencias (socio-educativas, por ejemplo) desde las que también se arguye.

Los testimonios evidencian, en general, que los potenciales campos de pugnas y negociaciones guardan relación con las situaciones contextuales y personales en que los miembros de la unión binacional se encuentran inmersos. Pese a ello, uno de los entrevistados acentúa áreas de diferencias y discrepancias a las que, en tanto unión binacional, él y su pareja se enfrentan en el día a día. Aunque se relativiza si estas encuentran raíz en las trayectorias personales y/o familiares o si son fruto de las particulares circunstancias en que se desenvuelven, tiende a

llevar las explicaciones a los países y culturas de origen. Según esto, ambos se encontrarían con prácticas y modos de ser y hacer diferenciados que requieren ser ajustados y/o negociados. Este proceso supone desencuentros y disputas. En parte estos, y en un símil de lo comentado en el párrafo anterior, implican reconocer y asumir lo que viene asociado a las procedencias respectivas.

De este modo, y partiendo del hecho de ser miembro inmigrado de la pareja, la relacionalidad familiar -en sus distintos niveles- se convierte en un campo que suscita la reflexividad: provee de espacios y momentos, diría Bhabha, en que se articulan y negocian las diferencias culturales (1994:18). Siguiendo a este autor, para estos actores no se trataría de activar esencias originarias inmutables: ellos están haciendo carne en el aquí y ahora. Es desde este espacio en el que interpelan y abogan por la coexistencia y/o copresencia. De este modo, el llamado al reconocimiento y al respeto no es sino una intercesión por un modo “híbrido” en el que ellos y sus relaciones de pareja y conformación de familia se encuentran.

Conjuntamente con estos aspectos, indiqué que de parte de los/as cónyuges inmigrados/as existe un marcado interés por mantener los vínculos familiares transnacionales. Para ello se recurre a la comunicación vía teléfono (llamadas, *WhatsApp*) y/o recursos provenientes de Internet (*Skype*, *Facebook*), así como a los esfuerzos por realizar viajes -más o menos frecuentes según las circunstancias- al país de origen. En general, la disponibilidad de tiempo y de recursos se erige como un factor crucial en la recreación de estos lazos. Se constata, asimismo, que el nacimiento de niños/as en estas uniones, sería un momento puntual para movilizar el apoyo y la presencia de familiares desde Chile (por ejemplo, en el viaje de las madres de dos de las entrevistadas, como soporte en el periodo de pre y post parto). Asimismo, el nacimiento y el primer tiempo de crianza, supone la intensificación de las ocasiones y la frecuencia del contacto con la parentela en Chile. Ello, en el esfuerzo de estimular el (re)conocimiento mutuo y el vínculo; especialmente entre abuelos/as y nietos/as. Esto ocurre de modo especial en el caso de las entrevistadas mujeres.

Capítulo 4. Procesos identitarios y lazos familiares a través de la cultura material y visual

Con este capítulo entro de lleno al epicentro de la investigación, esto es: los procesos identitarios y en el rol de la cultura material visual en estos y en los vínculos familiares.

En una primera parte, a partir de las experiencias de inmigrados/as chilenos/as que se encuentra en unión binacional, me detengo en aquellos aspectos que las propias personas entrevistadas destacan como medulares en cuanto a sus sentidos de pertenencia: la comida y la lengua. En este cometido, abordo las prácticas desplegadas y los sentidos que adquieren las mismas en ambos ámbitos.

Tras esto, me inmiscuyo en el espacio doméstico habitado. En el marco general de las entrevistas, éste se evidenció como un terreno de profundo interés. En directa relación con ello, mi mirada da cuenta sumaria de cómo la presencia de ciertos objetos demarcadores del origen binacional ha estado sujeto –o no- a la negociación. Las fotografías, en una de sus aristas, harían parte de este escenario de elementos circulados y dispuestos. Posteriormente, indago en el papel que tiene la cultura material y visual de los miembros inmigrados. ¿Qué prácticas y usos se le asocian?, ¿qué objetos e imágenes circulan, se trasladan y/o atesoran?, ¿por qué y para qué?, ¿qué significados adquieren?, ¿cómo se relacionan estos con los vínculos familiares y la eventual conciencia transnacional?, son las inquietudes que guían la sección.

He considerado como un tercer punto de este capítulo, la introducción del caso del inmigrado chileno que no se encuentra en unión binacional. Tras presentar una síntesis de su trayectoria migratoria, atiendo a los mismos aspectos destacados para los otros casos: comida y lengua como vehículos de identidad. Si bien su desplazamiento es marcadamente diferente (una primera salida de Chile como exiliado político), el acento de su inclusión está su condición de unión no binacional. Ello, como ya señalé, en un intento de ofrecer un contrapunto respecto del potencial

grado de incidencia de la nacionalidad de la pareja en lo relativo a los vínculos familiares y la circulación y presencia de objetos e imágenes.

Finalmente, ofrezco una sección de reflexiones preliminares. Destaco aspectos generales de lo desarrollado y pongo en relación los diferentes testimonios y sus implicancias.

4.1 Vehículos de identidad

Como dejé ver en el capítulo anterior, en el especial contexto instalado por el desplazamiento del lugar de origen y por el asentamiento en otro distinto, el pensarse a sí y los sentidos de pertenencia se produce en una relación de alteridad (Hall, 1991, 2003, 2010; Lamas, 1997). Esta iría -al menos- en dos niveles, los que se solapan: respecto de la sociedad receptora y en el marco de la vida en pareja y familiar.

Situada en este escenario general, me interesa aquí rescatar aquellos aspectos que los entrevistados y las entrevistadas relevan como rasgos medulares de su identidad de país de procedencia. En este marco, y con distintos acentos en los testimonios, emergen temas como el idioma y la comida. Ambos constituirían, consiguientemente, vehículos de comunicación de sentidos de pertenencia (Dibbits y Roukeus, 2002; Bonhomme, 2013). De hecho, estos tienen una fuerte presencia en las vidas de algunos/as de ellos/as.



Fot. 1. Reunión familiar en Barcelona

Fuente: Imagen del archivo personal de Carmen. Subida a Facebook el 29 de junio de 2015. Retocada intencionalmente.

4.1.1 La comida: prácticas y sentidos

En torno a la comida se despliegan una serie de prácticas. Francisca, por ejemplo, reconoce que, aunque “ha aprendido a hacer platos” locales, su forma de preparar los alimentos continúa siendo la de su “madre” y su “abuela”. A su pareja, agrega,

le gusta como cocino. Si yo le hago comida chilena se la come igual... (Entrevista, 30 de julio de 2014).

Pero más allá de la vida cotidiana, como mostré en el capítulo anterior, ha preparado platos típicos de Chile –el pastel de choclo– o de la región –ceviche peruano– como un modo de atención

especial hacia su familia política. En este acto exhibe para ellos una faceta del mundo del que ella proviene; en un intento de agasajarlos y también de darles a conocer una parte de su cultura de origen. Discutí también que, en su caso, no siempre el acto es comprendido en la dimensión que le otorga: su horizonte de expectativas se quiebra en las expresiones de “rareza” que suscita el mismo. En su razonamiento, la receta preparada condensa su cultura. Pero, hay un fallo en el acto comunicativo: su mensaje no se entiende. Pareciera que la recepción sólo hubiese estado centrada en la apariencia y en el sabor de la suma y mezcla de ingredientes. Así, la incomprensión respecto del acto profundo que se escondía en él, se convierte para Francisca en la invisibilización de la “diversidad” de origen.

José, por su parte, también reconoce que la comida “es parte” de lo que él es. En ese sentido, dice, se esfuerza por preparar “una vez a la semana un plato chileno”. Conjuntamente con esta inclusión en el recetario familiar habitual, ha desarrollado otras estrategias con su grupo de amigos avecindados en Barcelona:

Nos juntamos con otros chilenos y hacemos talleres: yo les enseño a ellos a hacer pastel de choclo, ellos me enseñan a hacer empanadas o [...] humitas. [...] Un poco así funciona [...]. En general, son amigos chilenos que ya están aquí hace tiempo... (Entrevista, 27 de mayo de 2013).

En su experiencia, la reunión de estos otros inmigrantes chilenos en torno a la preparación de alimentos da pie a un espacio de encuentro para “hablar de Chile”. Así, comida y conversación se unen, dice, como “una forma de recordarnos de dónde venimos”. Pero no se trata del país de hoy, de la contingencia política, la posibilidad de voto en el extranjero u otros temas: el hilo que los une es el Chile que “dejaron”:

Tengo amigas que llevan, qué se yo, siete, ocho años aquí, ó 10, incluso tengo una que tiene 20 años aquí...y te encuentras [...]. [Pero] ya no conocemos Chile. O sea, ¡qué opinas de Chile ahora, si yo no tengo ni puta idea!, ¿me entiendes? [...] Yo leo el Emol³² tres veces a la semana, pero leerse el diario no es estar ahí, ¿me entiendes? [...] Hablamos del Chile de antes: de la época en que jugábamos Atari, que íbamos a elevar volantines y, qué se yo, que si uno tenía una casa cerca de otro, o que tenía -a lo mejor- algún amigo en común. Y siempre es...como refrescarnos ese Chile que dejamos. ¡Eso es lo que hacemos! Y a [nombre de la pareja] le hace

32- Emol, como lo indica su *slogan*, “es un sitio de noticias online de Chile”; una versión digital del diario nacional El Mercurio. Ver en: <http://www.emol.com/>

mucha gracia, porque me dice que yo tengo mi tropa de viejos nostálgicos, ¿me entiendes? Y es así... (Entrevista, 27 de mayo de 2013).

Tal como él expresa, la actividad tiene un aire nostálgico. Esta dimensión, que entraña la “pena de verse ausente de la patria”³³, también aparece asociada a la comida en el caso de Carmen. Como ella dice, cuando “bajan las ganas de un poquito de Chile” llama a su amiga chilena para cocinar un plato especial “de allá” (Notas de campo, 13 de noviembre de 2014). De este modo, representa un punto de encuentro y adquiere una dimensión afectiva: funciona como un “cariñito” que compensa la sensación de falta.

De un modo distinto que los anteriores, el mundo gastronómico culinario tiene también gran importancia en la vida de pareja de Carla. Como indiqué (pág. 91), este fue el “enganche” para que ambos sintonizaran al conocerse y, tras la primera cita, él comenzó a enamorarse “por la tripa”. Y es que ambos se encuentran en el goce de comer y cocinar. En razón de ello, él dice haber encontrado a la “persona perfecta”; que gusta de comer “comida de verdad”. Consiguientemente, sostiene

¡Hombre!, pues lo que es la fusión en la cocina, yo estoy encantado [ríe], encantadísimo [ríe]. No sé quién es el que ha ganado más de los dos, pero yo sí que he ganado... (Entrevista, 05 de julio de 2013).

El recetario familiar se nutre de la mano cocinera de Carla, con las recetas que hacía su “mami” en Chile, y de la su pareja. Agregan, además, la que han “ido probando, conociendo” cuando viajan: “las tratamos de repetir”. La preparación de los distintos platos guarda, para Carla, una estrecha relación con el afecto: no sólo es el hilo conductor de la relación sino también una ofrenda de cariño para los amigos que les visitan. Como ella señala:

Lo que hacemos siempre...que aparte de ser económico es bonito, porque es una entrega con amor, hacemos una cena... (Entrevista, 05 de julio de 2013).

Dada la importancia que tiene este ámbito, lo destacan como uno de los universos de lo fotografiable. Así, asociado a estas prácticas de preparación y degustación, convive otra que relaciona la producción y circulación de fotografías:

33- Definición de “nostalgia”, según el Diccionario de la Lengua Española. Edición Tricentenario. Real Academia de la Lengua Española (RAE). Consultado en: <http://dle.rae.es/?id=QdfICDo>

Lo otro que hacemos siempre, que es una tontería, sacamos la foto y la subimos al *Facebook*.: Ceviche, Machas a la parmesana...son las que más subimos, esas fotos. Y explicamos los ingredientes, qué sé yo... (Entrevista, 05 de julio de 2013).

Además de la anterior, y bajo la idea del “enganche” de la comida que tiene con su esposo, Carla le envía imágenes de lo que está cocinado por *WhatsApp*:

Carla: le digo “aquí está tu plato” y le saqué una foto...para que... se pusiera ansioso...

Pareja de Carla: Igual para otra persona no, pero a mí...yo que esté en el trabajo y me envíe una foto de lo que me está cocinando a mí me hace mucha gracia que me vean la expresión [ríe]... (Entrevista, 05 de julio de 2013).

4.1.2 Hablar en chileno

En el mismo nivel de importancia que el ámbito gastronómico, los y las entrevistadas sitúan el uso del idioma. No dejar de hablar en chileno constituye un aspecto clave especialmente para quienes están residiendo desde hace muchos años y/o no tienen planeado un proyecto de retorno.

Como discutí, José planteó el uso del idioma local como un primer punto del proceso de instalación y vida de pareja. Luego, a raíz de la comunicación de su hija mayor con sus abuelos volvió a exponer el tema, pero ahora desde una dimensión emotiva:

La [nombre de la hija] es bilingüe porque si tú le hablas en castellano entiende, pero cuando le hablas con palabras chilenas hay cosas que no entiende. Entonces cuando mi papá le decía, qué se yo: “¿y pa dónde fueron? [...]”. ¡Nada! Me miraba con una cara de: “¿qué me está diciendo el abuelito?” Y entonces, claro, yo veía que a mis papás también les daba pena... (Entrevista, 26 de febrero de 2015).

José debió interceder en la conversación como traductor. La pena por la incompreensión, generada en el uso de distintos registros del español, no sólo provocó desazón en sus padres sino también en él. Esto, básicamente, dice, porque es un signo del poco uso “del chileno” que -a estas alturas- él está haciendo (Entrevista, 26 de febrero de 2015). Su círculo de connacionales se ha visto

mermado debido al retorno de tres de sus grandes amigos y, por tanto, han disminuido los espacios de interacción: encontrarse con coterráneos, dice, le hace “cambiar el *chip*” a hablar chileno. Él quería que su hija tuviera eso (Entrevista, 26 de febrero de 2015).

La postura de José, recién expresada, se entiende a la luz de otras de sus declaraciones que dan cuenta de la importancia que tiene para él la jerga de su país de origen:

Yo echaría mucho de menos que no se me saliera un “gueón” o un “altiro”, porque para mí es parte de lo que soy también... [...] Es que yo no tengo ningún drama con decir “vale” en vez de “ok”, o en vez de “bakan” decir “guai” [...]. El tema es no dejar de decir lo otro... [...] Entonces, es la lucha...el no perder tu acento... (Entrevista, 27 de mayo de 2013).

En cada una de nuestras entrevistas, efectivamente, hacía gala de una batería de modismos nacionales y, especialmente, santiaguinos, de donde es originario. Esto, ocurrió con más fuerza en nuestras dos últimas entrevistas. Dado el contexto que estaba atravesando, aprovechó al máximo a la auditora chilena. Así, las frases se plagaron más que nunca de “gueón”, “cachai”, “poh”, en un esfuerzo de resistir la potencial pérdida de un signo que él define como parte sustantiva de su identidad.

Algo similar ocurría con Graciela. Para ella hablar en chileno se convertía en una suerte de refugio para capear la situación conflictiva que estaba atravesando (ver Capítulo 5). El modo de desafiar a la misma pasaba, eventualmente, por una exacerbación del castellano-chileno: rapidez, expresiones y dichos, modismos tomaban velozmente la palabra.

4.2 El espacio habitado. La presencia de la cultura material visual

Como señalé en la descripción de la metodología, gran parte de las entrevistas se realizaron en las casas. El acceso a estos espacios, en los que transcurre la vida íntima de la pareja, me permitió ver que entre las y los entrevistados existían distintos modos de “construir” -decorar u organizar- el espacio doméstico. Esto, como mencioné en la introducción, en directa relación con la presencia de objetos que hicieran referencia -o no- a Chile y/o

a los países de procedencia de ambos cónyuges.



Fot. 2. En la sala de Carla: usos horarios de los miembros de la pareja binacional.
Fuente: Fotografía tomada en Entrevista, Entrevista 15 de marzo de 2013.

En algunas ocasiones, el mayor volumen de cosas traídas desde Chile guarda directa relación con el proyecto migratorio de hacer vida de pareja y de familia en Barcelona. Este, por ejemplo, es el caso de Graciela que, como he anunciado anteriormente, se aborda en profundidad en el Capítulo 5. Su casa es una suerte de “oda” a Latinoamérica y, en especial, a Chile. Aquí, el cónyuge nacional dejó plena libertad para que su pareja dispusiera del espacio. En otro caso, como el de Carla (Fotografía 2), se había acordado un equilibrio: en la sala, emblemáticamente, había dos relojes de pared, uno con la hora de Chile y el otro con la hora local. Y, finalmente, en un tercero, la casa de José (Fotografía 3), fruto de la negociación de ambos miembros adquirió un carácter “neutro”, vale decir, sin elementos explícitos de referencia a uno u otro sitio.

4.2.1 Los objetos y las imágenes

La casa de José. Un lugar sin banderas

A primera vista la casa de José no tiene grandes objetos que hagan alusión expresa a ninguno de los países. Como indiqué, esto ha sido fruto de un acuerdo *ex profeso* entre él y su pareja:

El esfuerzo es crear aquí un estado sin banderas... (Entrevista, 27 de mayo de 2013).



Fot. 3. La casa de José. Un lugar sin banderas.
Fuente: Fotografía tomada en entrevista, 23 de febrero de 2015.

Eventualmente, la decisión de construir un lugar “no abanderado” pudo gestarse a raíz de la práctica que él tenía antes de iniciar la convivencia con su pareja y que, por consiguiente, reconoce haber cambiado:

Cuando uno llega, al cabo de poco te vuelves súper chovinista. [...] En mi primer piso tenía una bandera chilena, a la entrada, que era inmensa: una mega bandera chilena. Y claro, son cosas que después cuando va pasando el tiempo y especialmente, como te digo, cuando te vas metiendo un poco en el rollo de aquí, cuesta mantenerlo... (Entrevista, 27 de mayo de 2013).

Así, en una primera mirada nada allí hablaba de su país de origen ni tampoco del de ella. Sin embargo, hacia la finalización de nuestras entrevistas hubo cambios. Como expuse en la Metodología

(Capítulo 1), su pareja -más que él- se mostró bastante recelosa de que yo accediera al universo íntimo de las fotografías domésticas. Él, no obstante, también actuó en este marco de preservación de la intimidad definido: en nuestros tres primeros, largos y conversados, encuentros no me había permitido el acceso a aquellos objetos circulados y/o atesorados que le conectaban con su país de origen. De esta manera, estos parecían ausentes de y en su vida. En su discurso ni siquiera “existían”. Sin embargo, algo se transformó en nuestra penúltima entrevista. Probablemente, ello guarda relación con el momento en que se encontraba, fuertemente sensibilizado -dije- por el retorno a Chile de tres de sus amigos queridos y, por tanto, parte de su círculo cercano:

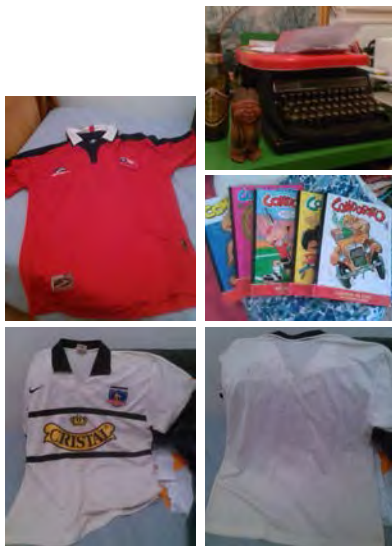
Creo que ellos me generaban un vínculo con Chile, una cosa de permanencia, ¿no?. Y, en cambio, ahora siento más necesidades que antes de ir a Chile o de estar con chilenos. Esta navidad, [...] de diciembre de 2014, es la primera navidad en nueve años que sentí la necesidad de irme a Chile a pasar las fiestas. No me había pasado nunca. Pasé unas fiestas súper tristes, pese a que tenía mi segunda hija, [...] Necesitaba estar allá, sentirme parte del núcleo familiar chileno, ¿no?, a la chilena... (Entrevista, 23 de febrero de 2015).

Así en una suerte de sed de “chilenidad”, José reveló ante mí sus pertenencias queridas: acarreadas desde Chile, algunas al migrar y, otras, en los viajes que ha hecho luego. Recorrimos su casa y fui descubriendo un sinnúmero de cosas que tenían presencia y relevancia para él. En el pasillo de la entrada, su colección de libros, de la época de cuando estudió la primaria y la secundaria, en Chile; en la sala, una colección de *CDs* de música chilena (Los Jaivas, Los Tres, Buddy Richard -Grandes éxitos-, Inti Illimani) y una colección de revistas Condorito³⁴. Todo esto hoy hace parte también de la vida de su hija:

Mi jugada es más personal, más individualista o dile como quieras, pero está aquí: que la [nombre de primera hija] tenga una cultura chilena estando fuera de Chile. Entonces, escuchamos música

34- Revista de historietas chilena. El primer número apareció en 1955, sin embargo, es posible rastrear la publicación de las viñetas ya en 1949. En un contexto en que “la migración rural chocaba con la nueva realidad urbana”, Condorito – “mezcla de cóndor y huaso chileno”-, se convirtió en la representación “del campesino pícaro y bromista” que intenta vivir – “a punta de ingenio”- en la urbe. A lo largo de su trayectoria, se ha difundido en 13 países (Para más detalles ver: <http://www.memoriachilena.cl/602/w3-article-3343.html>).

[...]. Tengo una colección de Condoritos: nos hemos pasado tardes mirando Condoritos, yo le cuento cosas... (Entrevista, 23 de febrero de 2015).



Fot. 4. Collage: los objetos trasladados desde Chile por José
Fuente: Fotografías tomadas en entrevista, 23 de febrero de 2015.

Rebuscó, además, en los cajones del armario y de la cómoda, de una de las habitaciones, para rescatar algunas otras que estaban guardadas y/o escondidas (Fotografía 4). Allí, apareció “el Indio pícaro”³⁵ que también se transformó [reímos ambos] en un juguete de la primera hija; “en un juguete que hay que guardar” (Entrevista, 23 de febrero de 2015). De entre las ropas, rescató las camisetas de la Selección Nacional de Fútbol y del equipo Colo Colo, del cual es hincha. Esta última constituye un especial e histórico tesoro para su yo futbolista: está firmada por uno de los grandes jugadores del equipo, de Chile y de Europa, Iván (Bam-Bam) Zamorano³⁶. Tras esto, las desplegó sobre la cama para que yo las fotografiara.

De algún modo, al compartir conmigo todo esto amplió la delimitación de “lo mostrable”. De hecho, también me ofreció seleccionar algunas fotografías para nuestra última entrevista. Me sorprendí. En el contexto ya descrito, de agotamiento por el nacimiento de su segunda hija y de una serie de tensiones con su pareja, pensé: “se rebeló”. Sin embargo, en la cita final me manifestó que no pudo cumplir con lo prometido. Se sentó, dice, ante una caja llena de fotografías, y también ante varias carpetas de computador, “en un esfuerzo de ordenarlas”. No fue posible en razón de su “escasez de tiempo”. En la línea de promesas, señalada por Van House (2011), agregó: “ya lo haré cuando sea viejo” (Notas de campo, 07 de octubre de 2015). Pero, más allá del cansancio y/o de las conversaciones con su pareja, quizás él mismo se inhibió de descubrir estos trazos de memoria visual para mí.

Antes, haciendo referencia a circulación y producción de imágenes, había reconocido que “no eran mucho de tomar fotografías”. No obstante, y en concordancia por lo señalado por la literatura

35- Figura, en talla de madera con cierta inspiración apache, también llamada *Pichulonko*, fue creada en 1980. Desde esa fecha se ha difundido y comercializado a lo largo del país. Haría parte de un humor pícaro, que pretende sorprender de golpe: al encontrarse –en el gesto de levantarle la cabeza– con la genitalidad masculina. Una breve historia puede encontrarse en: <http://urbatorium.blogspot.com.es/2012/10/el-indio-picaro-un-heroe-viril-de-la.html>

36- Nombre deportivo del jugador de Fútbol Iván Zamorano (n. 1967), considerado uno de los mejores futbolistas de la historia del país. Jugó profesionalmente en Chile, Suiza, España, Italia y México, vistiendo las camisetas de Cobrandino, Cobresal, FC St. Gallen, Sevilla F.C., Real Madrid (donde ganó el Trofeo Pichichi 1994-1995), Inter de Milán, Club América y Colo-Colo.

(Bourdieu, 2003; Sotang, 1981; Mraz, 1999), indicó que con la llegada de la primera hija había aumentado la toma de las mismas.

Francisca : Esta era la casa de él.

Tal como dice Francisca, ella pasó de una habitación, en un piso compartido, al departamento que ya tenía su pareja:

Yo tenía muy poquitas cosas, lo que me cabía en una habitación, y [nombre de la pareja] tenía una casa armada. Entonces, la casa sigue siendo -básicamente- la casa de [nombre de la pareja] con cosas que yo le he ido metiendo... (Entrevista, 30 de julio de 2014).

Así, sumó pequeños elementos que ya tenía en Barcelona y otros que ha ido agregando luego, traídos en los viajes a Chile:

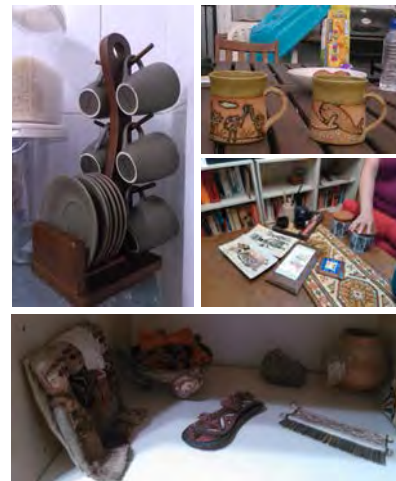
He traído lo más significativo: [...] cosas de cocina que tenía en Chile y que me gustaban; algunos adornos... [...]; los CD; libros. [...] Es verdad que aquí hay muchas menos cositas mías, pero [...] no te puedes traer todo. ¡23 kilos no es nada!... [...]. Cuando voy, a veces me compro alguna cosa que sea más como de Chile y la traigo, pero tampoco es algo extremadamente importante... (Entrevista, 30 de julio de 2014).

Además de los libros, dado su gusto por la cerámica lo que más ha incorporado son piezas que tenía guardadas en Chile y que “le gustan”. A ello se han sumado también algunos recuerdos de viajes y algunas artesanías hechas por su madre y por su abuela (Fotografía 5).

Como vimos en el capítulo anterior, Francisca mantiene un estrecho contacto con sus padres; a través de la comunicación diaria vía *Skype* y en las múltiples visitas que ellos han hecho a Barcelona. En muchos de estos viajes, han traído regalos especiales para ella: fundamentalmente cosas que eran parte de su infancia. Esta práctica comenzó cuando iba a nacer su hija.

Ahora tengo un montón de cubiertos que eran míos de cuando chica. Me los trajeron mis papás para la [nombre de la hija]... [...]... también juguetes, peluches que eran míos, que yo los cuidaba y estaban guardados en la casa de mis papás. [...]... algunas muñecas que eran de mi abuela y que después pasaron a mí... (Entrevista, 30 de julio de 2014).

En la actualidad, las muñecas hacen parte de la habitación de la hija de Francisca (Fotografía 6). De este modo, el traslado de estas pertenencias ha sido un mecanismo mediante el que sus padres le han hecho llegar parte de su memoria -afectiva- de niñez:



Fot. 5. Las piezas especiales para Francisca

Fuente: Fotografías tomadas en entrevista, 05 de agosto de 2014.



Fot. 6. Las muñecas de infancia enviadas a Francisca por su madre

Fuente: Fotografías tomadas en entrevista, 05 de agosto .

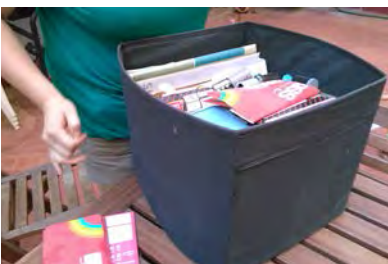
una conexión con su historia vivida, su pasado y que también constituye una herencia para la recién llegada a la familia.

Este mismo sentido, por ejemplo, se aprecia en el envío de fotografías de cuando Francisca era pequeña. Su madre se dio el trabajo de escanear las de esa época y de enviárselas a través de correo electrónico. Una intención eventual de este acto puede encontrarse en lo señalado en la literatura de fotografía de familia: la posibilidad de reconocer rasgos, encontrar parecidos y semejanzas entre miembros de distintas generaciones. Y, de hecho, al ir revisando las imágenes en el computador, se detiene en la comparación y en la tarea de descubrir, constatar y mostrarme qué tiene la niña de cada uno de sus padres (Notas de campo, 05 de agosto de 2015).

Pero, además, su madre le había enviado antes, vía correo postal, fotografías de cuando era niña y joven; un poco, dice Francisca,

Entendiendo, antes que yo, que ya haría mi vida aquí... (Entrevista, 05 de agosto de 2014).

Las recibió clasificadas según el orden de los álbumes originales: la madre las sacó de estos y las puso en sobres separados. Cada uno con la indicación que Francisca había anotado en el mismo al componerlo: evento, lugar, año.



Fot. 7. La caja en el anaquel: el lugar de las imágenes impresas de Francisca.

Fuente: Fotografía tomada en Entrevista, 05 de agosto de 2014.

Estas imágenes impresas conviven junto a otras que ella ha traído en algunos de sus viajes, en una caja guardada en el nivel superior de un anaquel (Fotografía 7). Con esta ubicación buscó situarlas, estratégica e intencionadamente, lejos de las manos juguetonas de su pequeña hija. El cometido de preservación deriva, empero, en un efecto no previsto: apartadas de la vista y del acceso fácil, parecieran quedar también relegadas de la memoria. Tienen su lugar, se conoce de su existencia, se sabe que están ahí, pero raramente se las visita. En cambio, las fotografías más recientes, tomadas con cámara digital, están organizadas en carpetas en los ordenadores de ambos. Indicándome el computador, me explica:

Aquí está toda nuestra vida ordenada [ríe]. [...] Las que dicen esto [nombres y no fechas] son mías, o que me han mandado mis papás...Las que están por fecha son las carpetas que ordena el [nombre de la pareja]... (Entrevista, 05 de agosto de 2014)

La práctica de tener fotos dispuestas en el espacio de la casa no era algo que su pareja solía hacer, de modo que ella se ajustó a lo que fue observando:

De estas fotos que había traído, había seleccionado algunas de mis papás y las tenía en los marquitos cuando vivía sola. Cuando me vine a vivir acá [la casa de su pareja], como al principio tenía mi escritorio en una pieza aparte, ahí tenía mis marquitos. Cuando me vine acá [al cuarto en que comparten escritorio], como sabía que a [nombre la pareja] no le gustaba esto de las fotos, guardé mis fotos y dejé los marquitos así solos. Ahora los tengo en la pieza de la [nombre de la hija], con la idea de ponerles fotos en su pieza, de los abuelos... [...], pero no lo he hecho... (Entrevista, 30 de julio de 2014).

No obstante, reconoce que en él la práctica de imprimir algunas ha cambiado:

Aquí en la entrada, si te fijas, hay una cosa que sirve para poner fotos [...]...En todos los lugares donde voy y encuentro fotos antiguas, en blanco y negro o en sepia, convertidas en postales, compro...Me traje una colección de Chile [...] y las fui poniendo ahí. Y un día [nombre de la pareja] llegó y me dijo--él no es de poner fotos en marcos ni nada de eso: “ay, esto me gusta”. Puso una foto de él, encima de una postal, de cuando era chico. Después puso una foto de la gata que tenía. Me decía: “¿puedo tapar las postales?”. “Sí”, le decía yo. Y después cuando nació la [nombre de hija], ya decidimos poner fotos de ella con los abuelos, en Chile, con amigos [...]. [nombre de la pareja] tiene una carpeta que dice “para imprimir”. Ahora en estos días, decidimos que íbamos a ir a imprimir más y poner más... (Entrevista, 30 de julio de 2014).

La tecnología digital, señala, Francisca, ha supuesto una acumulación “increíble” de fotografías. La revisión de las distintas imágenes en el ordenador le hace constatar, además, que desde que nació la niña monopoliza las tomas:

Básicamente, es la vida de [nombre de la hija], porque todas son fotos de ella [ríe]... (Entrevista, 05 de agosto de 2014).

Conjuntamente con esto, que tocan el ámbito de lo retratado y/o representado, también se ha transformado el modo en que remite a sus padres fotos de su vida en Barcelona. Ello, dice, “tiene que ver con el tiempo disponible”:

Al principio, [...] mandaba una presentación con el lugar, con el nombre, con una selección, así todo muy armadito, cosa que mis papás apretaran un botón y lo vieran. Después, empecé a hacer los álbumes de *Facebook*, para que los vieran, también con el nombre, el lugar y todo. Ahora, las mismas carpetas que guardo [en el ordenador] yo se las subo al *Dropbox* y mi mamá baja y elige lo que quiere. O sea, [risas], básicamente porque... [...] ahora, son fotos más familiares. Ya no tanto de paisajes, de lugares... (Entrevista, 30 de julio de 2014).

4.3 La historia de Pedro como contrapunto

Pedro es un hombre chileno de 65 años, casado desde hace 25 años -en segundas nupcias- con Alejandra, también chilena (55 años) y sin matrimonios previos. Se conocieron en Chile en 1990 y en 1997 migraron a Barcelona. Actualmente, habitan un departamento en el barrio de Sarriá.

4.3.1 Trayectoria migratoria

Como señalé en la descripción de la Metodología, las razones y las trayectorias migratorias de Pedro son bastante distintas a las de quienes se encuentran en unión binacional: en octubre de 1974, 11 meses después del Golpe de Estado en Chile, encabezado por Augusto Pinochet, salió al exilio a Argentina. Desde ahí, todo fue movimiento: en septiembre de 1976, tras el Golpe de Estado en Argentina³⁷, escapó a Suecia donde recibió asilo político. En 1979, sin querer perder su estatus de refugiado en ese país, dice, viajó de forma ilegal a España; huyendo de los inviernos suecos (“que ya no soportaba”) y para “buscarse la vida”:

Con 30 años, me vengo [a España]. Aquí había muerto Franco y estaba todo el fervor [...] de los movimientos libertarios [...]. Llego como a un oasis. [...] Vuelvo a hablar en mi idioma materno, [...]. Y eso hace de que yo viva a concho: del 79 hasta el 80 me solté las trenzas, me desmelené y “¡viva la vida!” ... (Entrevista, 12 de febrero de 2015).

En sociedad con otros amigos chilenos, habían comprado pequeño bar en Madrid; el que perdieron por el modo mismo en que estaban viviendo ese contexto personal y social de efervescencia. Tras esto volvió a Suecia. Allí se hizo cargo de un restaurante que habría en época de verano: así, dice, descubrió en el exilio “su pasión” y talento por la cocina. De este modo, pasó de ser un hombre que venía del mundo profesional de la contabilidad y la administración a ser “un cocinero” (Entrevista, 12 de febrero de 2015). Paralelamente a esta actividad, inauguró otros rumbos que le acercaron nuevamente a España: comenzó a importar salmón ahumado de Suecia. Eso, agrega, le permitía pasar todo el invierno en el país y, especialmente, en Barcelona:

37- Perpetrado el 24 de marzo de 1976. Tras este se instaló una dictadura, la que se extendió hasta 1983.

Y así me fui quedando, hasta que pude hacer negocio... (Entrevista, 12 de febrero de 2015)

Sumó luego la importación de otros productos, como escaleras de aluminio, tendedores de ropa del mismo material y cuchillería de acero inoxidable (Entrevista, 12 de febrero de 2015). Con estos, además, hizo “una gira a Latinoamérica” estimulado por la idea de acercarse un poco a Chile:

Me fui a Argentina, a Uruguay, a Brasil [...], tres meses viajando [...] Y me di cuenta que [...] el término del exilio significaba el regreso a tu país: no significaba estar cerca, ¿no? Me decidí a que, directamente, mi vida pasaba por quedarme aquí en España hasta el año del NO ... (Entrevista, 12 de febrero de 2015).

En 1989, desde Barcelona, donde pasaba los inviernos, hizo “la vuelta, el retorno a Chile”: ese año, tras lo que se conoce como el Triunfo del No, el 5 de octubre de 1988³⁸, se llamó en el país a elecciones democráticas:

El 18 de enero del año 89 regreso a Chile. [...] Siento que tengo una responsabilidad política de volver. [...] He sido parte de un desastre de los años 70, ¿no?, y quiero participar. Además, tengo ganas: ¡es mi país! [...]. Me quedo febrero, marzo [...]. En semana santa, [...] me hago un viaje a España de cinco días. Llego a Barcelona [y] hago una gran fiesta en mi casa, [...] para comunicar a todos mis amigos que se acabó el exilio y yo me vuelvo..... (Entrevista, 12 de febrero de 2015).

En esa fiesta, agrega, repartió todas sus cosas entre sus amigos y luego emprendió el viaje a su país natal como “el exiliado que retorna”:

Tenía plata de la venta del salmón, [...] es lo que llevé para Chile. Y llegué allá y me compré el restaurant [...] Comencé [a apoyar] la campaña de Aylwin³⁹ [...]. Viví una vida en esa época, que todo el mundo -creo- la vivió, con una emoción tremenda. O sea, realmente la sensación de que algo estaba cambiando: “la alegría ya viene”⁴⁰, ¡gueón! [...]. ¡Qué felicidad! Y encontrarme con ex

38- Ver Nota a pie 9

39- Abogado y político demócrata cristiano. Candidato a Presidente de la República de la Concertación de Partidos por la Democracia en las elecciones de 1989. Tras su triunfo, asumió como Presidente del país encabezando el primer gobierno del periodo de la Transición Democrática.

40- Con esta frase, Pedro refiere al slogan que se usó en la Campaña del No, en el marco del Plebiscito de 1988. La letra de la canción, “Chile, la alegría ya viene” que hizo parte de la campaña publicitaria, caló hondo entre la población del país.

compañeros, con sobrevivientes, gente del exilio, gente que se había quedado todo el tiempo allá, eh...volver a hacer cosas juntos, recordar tantas historias y luego ver todo ese proceso, qué se yo, de la manifestación en las calles... (Entrevista, 12 de febrero de 2015).

Es precisamente en esta época de ilusión, esperanza y optimismo de la campaña presidencial y del Primer Gobierno de Transición Democrática que conoció (en 1990) a su actual pareja, Alejandra. A casi siete años de hacer vida juntos en Santiago de Chile deciden migrar a Barcelona. Y es que luego de la efervescencia de la llegada, dice, vino “la vida normal”:

Toda esta locura, toda esta parafernalia tremenda que se armaba, pasa. Y tú ya tienes que vivir tu vida normal [decae el tono]. [...] Ya no me reencuentro. No es el país donde yo quiero estar. No es mi proyecto político. Soy el derrotado de toda esta pelea o uno de los tantos. Y, además, tengo un problema de comunicación con la gente, ¿no?, porque después de 17 años de exilio⁴¹, tú has cambiado y ha cambiado el país [...] Y la verdad es que no me siento cómodo. [...] Me crea angustia... (Entrevista, 12 de febrero de 2015).

En este contexto de desajustes y desazón, agrega Pedro, fue Alejandra quien le ayudó a tomar la decisión de reemigrar:

Me vio con las alas caídas y me dijo: “para vivir aquí con un gueón que es infeliz, ¡vámonos! ¿Quieres vivir en España? ¡Nos vamos!”. Y renunció a su pega y a su contacto familiar y a todo, ¿no? Una actitud más valiente que la cresta. Y llegamos acá y [...] empezamos a armarnos la vida... (Entrevista, 12 de febrero de 2015).

4.3.2 Marcadores de identidad

Pedro dice que cuando se fue a Chile era “el retornado del exilio”, luego el que salió rumbo a Barcelona es “un migrante”. Ambas identidades, sin embargo, se mezclan a la hora de hablar de aquellos aspectos que para él están estrechamente relacionados con su sentido de pertenencia a ese país –“mi país” -- y a esa sociedad: “de la que sigo haciendo parte”, agrega (Entrevista, 12 de febrero de 2015).

41- En realidad, son 16 años de exilio y 17 de dictadura.

Lo que no cambia. La cocina chilena

Como indica Pedro, muchas cosas de él y de Chile cambiaron en los largos años de vida fuera. No obstante, mantuvo una durante todo el transcurso del tiempo: la cocina chilena. Los olores y sabores de especias funcionan como uno de los grandes conectores con el país. Como señala: “tienen que ver con mi identidad. Aquí estoy yo [en esos olores]”:

Yo he mantenido un lazo con Chile a través de la gastronomía. En nuestra casa, y tú lo has comprobado⁴², el 80% de lo que se come [...] receta chilena, porque a mí me gusta la cocina, me apasiona, y porque me gusta la comida chilena. Entonces, aquí sigue habiendo cazuelas, porotos granados, empanadas de horno, ceviche, qué se yo, [...] y el pisco *sour*, poh. Ese vínculo nunca se rompió... [...] Huelo cilantro... [...] son los olores de mi infancia. Huelo el comino y me acuerdo de las cazuelas; o sea, quiero decir que eh, toda esta cuestión sensorial del alimento es lo que me ha mantenido muy vinculado... (Entrevista, 12 de febrero de 2015).

Por ello, se desvive en atender a sus amigos, muchos que salieron al exilio y que hasta ahora viven en distintos países de Europa (Suecia, Noruega, Francia, Inglaterra) y viajan -dice- para verlo. Con ellos, la comida funciona como un punto de encuentro. Así, en torno a la mesa, se unen en la experiencia vivida del destierro y también en la historia de un mismo territorio de raíz. Al hablar con ellos, agrega,

no hace falta dar tantas explicaciones. Hemos vivido prácticamente lo mismo y hemos hecho una gran familia... (Entrevista, 12 de octubre de 2015).

Sin embargo, esto no sólo sucede en los espacios presenciales: aunque, agrega, no le agrada el envío de mensajes por *WhatsApp*, cuando prepara “algo rico” le toma una foto y se las envía con un breve texto: “mira, gueón, lo que estoy comiendo...” (Entrevista, 12 de octubre de 2015). Este acto de comunicación a la distancia, reactiva una vez más, a través de la comida, la “comunidad imaginada”.

42- Pedro nos invitó, a mi pareja y a mí, a una cena de fin de año en su casa. Junto con su esposa, estaba un primo de esta, un par de amigos que residen en Barcelona y un amigo con el que compartió el exilio en Suecia. Fue una maravillosa velada, tanto por la compañía como por el festín gastronómico. Pedro había elaborado cuidadosamente todo: fue al mercado y compró lo necesario para hacer él mismo las prietas [algo equivalente a las morcillas], preparó un asado, ensalada a la chilena. Como aperitivo, empanadas con pebre y pisco sour. De postre, había logrado traer desde Chile helado de lúcuma (Notas de campo, 1 de enero de 2015).

Para Pedro, su especial gusto por el recetario chileno tiene que ver con la edad a la que él debió dejar el país: “salí criado de ahí”,

El año 74 yo tenía 25 años, por lo tanto, mis gustos en términos gastronómicos ya estaban hechos. [...] Y eso lo mantuve a rajatabla y muchos otros [exiliados], ¿eh?, [...] Yo he insistido en eso. Y ese es mi ancla [...]. Mi cuerda a tierra con Chile...es la gastronomía... (Entrevista, 12 de febrero de 2015).

Pero conjuntamente con la explicación que él ofrece, es plausible que esto también se relacione con su propia historia de vida y desplazamiento. La exclusión forzada del propio terruño y de los suyos bien pueden haber exacerbado la predilección por los platos nacionales: eran, en ese presente de expatriado, su nexo único con lo que había sido. Quizás por eso en su reflexión, la práctica de la cocina adquiere esta dimensión de la nostalgia, llevada a ahora al tiempo y la vida que fue: con los sabores y aromas emerge el recuerdo de infancia y, potencialmente, el de un “dicha perdida”, fracturada en la obligación de partir.

Las recuperaciones. La lengua y los lazos familiares

Conjuntamente con el recetario chileno, hay otros aspectos que Pedro releva como parte de su conformación identitaria y, en definitiva, de lo que él es. Estos, sin embargo, antes que mantenerse en el transcurso de los 16 años de exilio, han implicado un esfuerzo de recuperación. Entre ellos se encuentran el uso del castellano-chileno y los lazos familiares. Fotografías y objetos ocupan un sitio importante en estos últimos. Para él, el trabajo en pos de recuperar ambas líneas ha tenido caminos diferentes.

“Rechilenizar” la lengua

Hablar “bien chileno” ha sido para Pedro una decisión. Esta, vino de la mano con su retorno a Chile. La vuelta, luego de 16 años, lo confrontó con una realidad: las personas con las que interactuaba no podían identificar su acento:

Todo el mundo me preguntaba de dónde era. Y entonces decía: “¡putas!, me tragué 17 años⁴³ de exilio siendo extranjero, vuelvo a Chile ¡y todo el mundo me pregunta de dónde soy!”. Uno me decía que parecía centro americano, que tenía mezcla entre mexicano y argentino. Otro me decía, ¡gueón!, que se parecía a las voces doblajes de la tele. Entonces, me esforcé mucho por tratar de

43- En realidad, son 16 años de exilio. La Dictadura de Pinochet duró 17 años.

retomar de nuevo y ser, pasar inadvertido; o sea, ser uno más...
(Entrevista, 16 de diciembre de 2014).

Este hecho, dice, de ser “una mezcla de ratón con mono” (Entrevista, 12 de febrero de 2015), tuvo una profunda significancia: él volvía para encontrarse con su país y ahí no era reconocido, pues había perdido un rasgo “propio” e identificador de esa pertenencia. Cuando dice, sin embargo, que se “esforzó” por retomararlo para ser “uno más”; el sentido estricto de “pasar desapercibido” adquiere la dimensión de volver a parte de aquel país, de integrarse.

En sus reflexiones, la lengua está al mismo nivel que la comida en tanto registros de una pertenencia específica a un territorio y una sociedad. Así, cuando decide salir del país, esta vez como “migrante”, asume de modo expreso no dejar de hablar como se habla en Chile:

Cuando tomo ahora la decisión con Alejandra de emigrar, de ser emigrantes, yo me traigo el idioma también: [...] la protección de mi acento. O sea, yo tengo mis alimentos, mi comida, y tengo mi acento. [...] Y yo sigo echando chuchas y sigo hablando como chileno y quiero que se me note. Y cuando hablo con mis clientes, lógicamente que las palabras que uso son las de uso corriente acá, porque, o si no, no me entendería nadie; pero yo me encuentro con chilenos y cambio el *chip* y sale el gueveo de Chile y de todas mis historias... (Entrevista, 12 de febrero de 2015).

Como fruto de esta estrategia expresa, reconoce “hablar más chileno” que, al regresar a Chile, en 1989 (Entrevista, 16 de diciembre de 2014). Además, y del mismo modo que sucedía con José, Pedro dice cambiar el *chip* apenas se encuentra con alguien de su país de origen. De esta manera, la lengua se constituye en un vehículo de mundo en común; un punto de encuentro; exhibe y encarna el lugar del que se proviene.

Vínculos familiares a distancia

La experiencia del exilio marcó profundamente a Pedro en sus relaciones familiares. Los afectos, el extrañamiento, las alegrías y penas de los distintos momentos del ciclo personal y familiar se vivían a distancia, “en soledad” (Entrevista, 12 de octubre de 2015). El contexto de aquella época hacía difícil la comunicación continua. Las condiciones mismas en que él debió dejar el país no ayudaban: la posibilidad de mantener un contacto permanente tenían encima el fantasma del miedo, la amenaza del peligro

potencial, del riesgo a la represión para él y/o sus familiares. Por otra parte, están las condiciones tecnológicas propias de la época:

El año 82, [...] cuando mi padre muere yo estoy aquí en España y en esa época no hay *WhatsApp* [...]. Hay *Télex*, pero yo me había cambiado de casa, entonces el *télex* llega a una casa donde yo ya no vivo [...]. Yo me entero, [...], porque llamé para dar el saludo de navidad [...]: llamo a mi casa y no contesta nadie. Y llamo a un vecino y me dice: “no, gueón, si tu madre vendió la casa, si tu papá murió hace más de tres meses”... (Entrevista, 12 de febrero de 2015).

Enterarse tardíamente de la muerte de su padre, dice, fue “muy impactante” e intensificó la distancia con su familia de origen. Este quiebre en su historia biográfica personal, asimismo, profundizó el “evadir” las fechas festivas que le evocaban su vida en Chile y su familia:

Ahí se produce otro efecto, pero ya un poco de antes, ¿no?, y que es: cuando no tienes la posibilidad de estar físicamente con tu entorno, [...] con las personas que tú quieres, que tú amas, tu familia, tus padres, vienen fiestas que son muy dolorosas, que son todas las fiestas que reúnen la familia; el cumpleaños de los padres, la navidad, año nuevo, 18 de septiembre⁴⁴. Entonces yo, primero, fui cortando la comunicación con los familiares... [...], fui distanciando. Y, por otro lado, eliminé de mis celebraciones todas aquellas fiestas que pudieran traerme algún recuerdo. Nunca celebré un Año nuevo, [...] una Pascua [Navidad]... [...] Siempre me estaba ofertando para trabajar [...]: el resto [de la gente] celebraba y yo estaba trabajando y después llegaba agotado a mi casa, a dormir... (Entrevista, 12 de febrero de 2015).

De este modo, los intercambios se volvieron cada vez “más esporádicos”. A él mantener un “estrecho contacto”, “lejos de hacerle bien”, le “hacía daño”. Así, cuenta, dejó de comunicarse como una estrategia para “sobrevivir fuera” (Entrevista, 12 de febrero de 2015).

Sin embargo, reconoce que las cosas cambiaron con el retorno: volver a Chile fue importante “por la Democracia” y también por “el encuentro” con los suyos” (Entrevista, 12 de octubre de 2015). Más que nada, indica, se transformaron al conocer y hacerse pareja con Alejandra. Ella trajo de nuevo a su vida las reuniones familiares, las celebraciones y el contacto periódico.

44- Fiestas nacionales, en que se conmemora la Primera Junta de Gobierno de 1810 que marcaría el camino a la Independencia de España.

Un día me hizo una fiesta de cumpleaños sorpresa... [...], en esa época todavía éramos novios, [...] la mandé a la chucha. Me fui a la casa y me acosté. Tuvieron que llegar unos amigos a la casa: “oye, Pedro, pucha, ¿cómo haces esto?, por lo menos levántate, anda y tómate un trago”. Luego hablé con ella: “¡nunca más me hagas una fiesta! Lógicamente esto es parte de mis traumas, de mis cosas emocionales... (Entrevista, 12 de febrero de 2015).

Tal como muestra la anécdota anterior, al principio no fue fácil. Y, reconoce, que aún hoy le cuesta y que “sigue haciendo el esfuerzo”. Participa de y en ellas por su pareja, pues

ella no vivió ninguna experiencia desarraigo, de salir huyendo, por lo tanto, conserva todo su espíritu de fiesta... [...]. Para ella es importante y se llama con sus hermanos y con otros parientes, primos, y se desean “Feliz año nuevo” ...Eso yo lo había erradicado de mi vida durante 13, 14 años. Ella me ha vuelto un poco a la normalidad y eso para mí ha sido súper positivo... (Entrevista, 12 de octubre de 2015).

4.3.3 Objetos e imágenes

“Yo viví con mi maleta hecha hasta la vuelta a Chile” (Entrevista, 12 de octubre de 2015), dice Pedro. La pregunta es: ¿qué contenía y/o contiene ésta?

La salida de Chile fue “precipitada”. No hubo tiempo de pensar en nada. Sólo puso en su bolso lo indispensable: un par de camisas, un pantalón, un par de suéteres y ropa interior. Nunca pensó, cuenta, que aquello terminaría tras 16 años (Entrevista, 12 de octubre de 2015). Luego, más a allá de lo práctico, comenzaron las necesidades afectivas de la familia y las amistades,

...de tener fotografías, de tener algo, ¿no? Yo no me llevé absolutamente nada...no tenía ni una foto... (Entrevista, 12 de octubre de 2015).

A partir de esto surgió su interés por ir rescatando algunas cosas. Las primeras de ellas llegaron de manos de su madre: trasladadas en un viaje que hicieron sus padres a Argentina, para verlo. Había pasado casi un año desde “la huida”; unas segundas, enviadas más tarde, cuando ya estaba en Barcelona:

Mi madre se encargó de cosas, [...]...de los álbumes familiares y de pequeños detalles...Esa foto [apuntando a una imagen en



Fot. 8. Herencias y recuperaciones.
Mesa lateral en la sala de Pedro
Fuente: Fotografía tomada en entrevista, 12 de octubre de 2015.

su sala] [...] son mis padres el día que se casaron...y estas cosas que tengo aquí [en una mesa lateral (Fotografía 8)], por ejemplo, son dos servilleteros del matrimonio de mis padres...[...] y esto, una guevía muy loca, es [una tarjeta] de cuando eligen a mi madre “Reina de la Primavera”...me lo llevó a Argentina...a ver que dice aquí: [lee] “Ofrenda de la comparsa Pierrot a su Majestad Matilde Primera, en prueba de adhesión a su reinado. Reina de la Primavera...año 1927... (o sea, tenía 20 años)”.

[...] Y luego, como teníamos un pasado húngaro [sus abuelos], me mandó fotografías de los parientes con los cuales se cortó todo vínculo en la II Guerra Mundial. [...] Pensó que era mejor que las tuviera yo... (Entrevista, 12 de octubre de 2015).

A estas herencias de memoria familiar traspasadas por su madre, quizás en un esfuerzo de darle una historia que le acompañara en el destierro, se sumaron luego nuevas donaciones y sus propios esfuerzos por recuperar ciertas cosas:

Al volver a Chile [en 1989], mi mamá estaba viva y me dio pequeños recuerdos, detalles. [...] Y yo empecé a rescatar cuestiones que siempre estuvieron en mi casa y que formaban parte del diario vivir: cuando tú pasabas, las mirabas [...]. Recuperé un cenicero que usaba mi padre en su mesa de diario, entonces yo cada vez que veo esto [indica el cenicero en la mesa lateral (Fotografía 8)] veo a mi padre sentado junto a la radio, en un sofá, donde se tomaba una copa de vino y se fumaba un cigarrillo...Eso estaba ahí y lo he conservado... (Entrevista, 12 de octubre de 2015).

Haber recibido estos objetos y/o el haber logrado por sí mismo convertirse en el cuidador de los mismos tiene una importancia vital para Pedro:

Fue, era bueno para mí, porque son tu gente, ¿no?, que tú tienes en tu casa. O sea, no es una casa armada acá, que solamente contiene cosas de aquí... [...] O sea, es una casa IKEA que, además, tiene ciertos detalles, ciertas cosas que tienen que ver con mi infancia, con el diario vivir tuyo...Y estos eran objetos...y ahora son objetos, pero tienen un valor afectivo...y que siempre te recuerdan un poco de dónde vienes... (Entrevista, 12 de octubre de 2015).

En su discurso, en el que aumentan las pausas, establece una relación directa entre estos elementos y su núcleo familiar. Con lucidez, destaca desde aquí una serie de aspectos: su calidad de artefactos que condensan la historia vivida de niño y –figuradamente– la presencia cercana de sus padres ausentes. Tienen, así una memoria afectiva y, a la par, un carácter de historia viva que se encarna en el hoy. Tienen el poder de personalizar el

lugar que habita. Le ofrecen la oportunidad de recordarle de dónde viene, de qué vida y trayectoria, de qué lugar (personal, familiar, social, geográfico, entre otros). Finalmente, releva el papel de los padres en este conjunto de aspectos: las cosas provenientes de su casa y venidas de ellos son lo que le permiten este cordón de tiempo y de existencia.

De este modo, estas pertenencias adquieren para Pedro un valor emotivo. Así, han pasado de su naturaleza de “puro objeto” a ser especiales, “individualizados”. Ha cambiado el “juicio” (Simmel, 1978 en Appadurai, 1991:17) o la forma en que los mira (Morin, 1969): hoy se ligan a su experiencia íntima pues, como sugiere, guardan memoria, simbolizan y/o representan una parte de su existencia (Cskszentmihalyi y Rochberg-Halton, 1981; Morin, 1969; Hoskins, 1998).

Por tanto, en el acto de circulación (de entrega, de recuperación y atesoramiento), estos han sido “resignificados” (Kopytoff, 1986; Christian, 2009). En virtud de ellos, señala, “la casa IKEA” ha pasado también a tener “detalles” que le sitúan en la historia vivida y que la dotan de connotaciones afectivo-emocionales (Christian, 2009). El ejemplo emblemático en este sentido es el cenicero de su padre (en la Fotografía 8), que mudó de utensilio práctico, común y habitual en su vida de infancia, a artefacto de evocación profunda, denso de sentidos: al mirarlo trae a la memoria un ambiente y a su padre en el mismo. Así, provee la presencia en la ausencia (Christian, 2009).

Pero conjuntamente con estas cosas, la maleta, la casa y la vida de Pedro han ido poblándose de otras. Las razones y el lugar de importancia de estas, sin embargo, son diferentes. Tras haber emigrado a Barcelona, ha “ido incorporando” algunas, por pura “solidaridad”; como los cuadros que están en la sala:

Los tres cuadros que están ahí [Fotografía 9], que no tengo puta idea de qué se tratan, eran de una chiquilla que estaba haciendo un doctorado en artes y que se tenía que volver a Chile [...] y no sabía qué iba a hacer con ellos. Entonces le digo: “bueno, ¿cuánto valen tus cuadros?... [...] Y ahí están.

Después otro chico, que vino también a hacer un doctorado en artes, me cuenta que su padre era pintor y que estaba pasando un muy mal momento económico...Entonces, le dije: “bueno, ¿qué hace tu padre? “Acuarelas” [dijo]. “Bueno, dile a tu padre que me haga mil euros en acuarelas”, porque yo no sabía cuánto valía uno de sus cuadros... [...] En uno de sus viajes me los trajo y esos son



Fot. 9. La casa de Pedro: un lugar donde los detalles hacen la diferencia. Fuente: Fotografía tomada en entrevista, 12 de octubre de 2015.

los cuadros...que tienen motivos chilenos... (Entrevista, 12 de octubre de 2015).

Asimismo, ha sumado algunas, encontradas por pura casualidad, por “descubrimientos”, por el mero hecho de que hacen referencia a Chile: “porque no tengo la negación de país...muy por el contrario”. Estas, por tanto, funcionan como un conducto hacia su lugar de origen y, en el acto, le ayudan a sentirse parte de una identidad colectiva (Hoskins, 1998; Tolia Kelly, 2004). En este campo están, por ejemplo, unas cartas de navegación marítima adquiridas hace unos 10 años atrás, cuando tenía un restaurante en Barcelona:

Un cliente [...] me había seleccionado veintitantas cartas marinas de barcos que habían pasado por Chile, que estaban con todas las correcciones nuevas de los puertos...tengo cartas de finales de 1800 que no sé qué voy a hacer con ellas, simplemente las compré porque eran de Chile. Y las tengo guardadas

Ese tipo de cosas...si me las encuentro, las capturo [...]...son parte del baúl de los recuerdos... [...] Si ya has perdido un poco el sentido de pertenencia, estas cosas te ayudan un poco a recordarte de dónde vienes... (Entrevista, 12 de octubre de 2015).

A modo de conclusión, manifiesta:

como ves, me rodeo de muchas cosas...sobre todo fotos de familia, de amistades. Eso son lo que más atesoro... (Entrevista, 12 de octubre de 2015).

En este campo de las imágenes ha jugado un papel esencial su esposa: ha distribuido en la sala y en el pasillo, que conduce al dormitorio principal, una serie de retratos familiares: de ellos (cuando niños, cuando jóvenes y de su vida de pareja), de sus padres, hermanos y tíos. Ha construido, además, un sinnúmero de collages con fotografías de miembros de las familias de ambos y también de amigos queridos. Estos han encontrado cobijo en el dormitorio principal. Allí se distribuyen, en todas las paredes, muchos retratos y composiciones de fotografías enmarcadas, de distinto tamaño. Mirando la habitación, Pedro me dice con una sonrisa:

Ahora, lo tengo a todos cerca: me levanto y me acuesto con todos ellos... (Notas de campo, 12 de octubre de 2015).

4.4 Recapitulación

El desarrollo del presente capítulo se ha nutrido mayormente de los testimonios provenientes de Francisca y José, dos miembros inmigrados de parejas binacionales. A estos se ha agregado, además, el caso de Pedro. Este se diferencia de aquellos por su edad (alrededor de 20 años mayor que los otros dos entrevistados), por encontrarse casado con una mujer chilena y también por su itinerario de desplazamiento: una primera salida de Chile como exiliado político y otra, luego, en sus palabras, como “migrante”. Así, su inclusión ha respondido tanto a la primera condición -unión no binacional- como a su trayectoria migratoria. La primera, como he señalado en otras ocasiones, me ofrecía la oportunidad de explorar el eventual grado de influencia de la pareja -chilena versus no chilena- en lo relativo a los vínculos familiares y la circulación de objetos e imágenes. La segunda, por su parte, ha representado un aporte a la riqueza analítica que entraña el abordar casos de distintas características (etarias, personales y de perfil migratorio).

Entre las personas entrevistadas en mi investigación de tesis, no es raro que quienes haya provisto mayores reflexiones acerca de cómo se piensa y/o vive la identidad de país de origen sean aquellas que no tienen un proyecto de retorno a Chile y que, además, llevan mayor tiempo de residencia en Barcelona (comparativamente con Carla y Carolina, por ejemplo).

Como mostré en el desarrollo, aunque Pedro, en virtud de su historia de desplazamiento, aporta matices, tiende a relevar los mismos temas que los otros entrevistados en lo referido a sentidos de pertenencia: la comida y la lengua. No obstante, las particulares condiciones de vida en el extranjero y su edad, marcan una diferencia importante respecto de la cultura material y visual. Su mujer tiene un papel clave en este último ámbito, así como en la recreación de los lazos familiares.

En términos de la realización del trabajo de campo, creo importante recordar que el acceso al mundo de los objetos e imágenes fue más lento con Pedro y José que con las entrevistadas mujeres -en este caso, Francisca, pero se aplica al conjunto de la muestra-. Ellos estaban dispuestos al relato oral, pero rehuían, de algún modo, abordar lo otro. En el caso de José, como comenté, esto llegó en el penúltimo encuentro; y con Pedro, en el final (atizado por mi regreso inminente a Santiago de Chile). Eventualmente,

esto puede encontrar una explicación en el ámbito mismo que convoca y que guarda relación con la memoria afectiva; otra, o quizás conjunta, podría entenderse en razón de la identidad de género y en la imagen asociada a las mujeres como las grandes hacedoras/gestoras de dichas prácticas (Pink, 2004; Rose, 2010).

En directa relación con esto último, precisamente las experiencias relatadas relevan que las mujeres de la familia, en su rol de madres, abuelas y/o esposas, cumplen un papel sustantivo en el ejercicio de traspaso y/o acercamiento de la cultura material y sus implicancias para la trasmisión de la memoria del grupo. Ello no excluye, empero, el caso de José y su marcado interés por transmitir a su hija aspectos de la cultura en que él se formó.

Tal como he evidenciado en el desarrollo del capítulo, existe coincidencia entre los y las entrevistadas a la hora de identificar aquellos aspectos culturales que, en mayor medida, les hace sentir como parte de su país y sociedad de origen. En este sentido, destacan de modo específico como “vehículos de identidad” la cocina chilena y la lengua. Estos juegan un rol preponderante como demarcadores identitarios. En las prácticas que se le asocian se ponen en escena y se despliegan pertenencias vinculadas, en este caso, con el lugar y la cultura de procedencia.

En el ámbito gastronómico, la preparación de los alimentos -ya sea de platos “típicos” o de aquellos que se come con mayor frecuencia- sigue las formas “chilenas” heredadas, en su gran mayoría, de madres y abuelas. Aparece así, para quienes cocinan y disfrutan de hacerlo, como algo casi naturalmente dado. El punto diferenciador, sin embargo, es el deseo -manifiesto en los testimonios- de querer persistir en este modo de preparar y de comer. Hacerlo, entonces, guardaría relación no únicamente con el hecho de seguir una pauta habitual de comportamiento y/o reproducir un hábito; sino con una búsqueda intencionada (Dibbits y Roukens, 2002; Bonhomme, 2013). Pensado de este modo, la comida se transforma en un camino a Chile y a todo lo que ello implica: como si un bocado, y todo el proceso de preparación del mismo, permitiera adentrarse en la historia vivida del lugar, la familia, las raíces. Por eso, en varias ocasiones, la dinámica adquiere un matiz de nostalgia (García Curiel, 2014): sacia un poco la sed, el hambre de la ausencia. Compartir esta comida con otros connacionales constituye un espacio de encuentro. El alimento convoca e invoca. Mediante él, y asociado a la charla, emerge una “comunidad imaginada” que se encuentra

en la experiencia de ser inmigrado/a y, a la par, de tener un pedazo de historia y de territorio compartido.

El saber que existe un grupo -o una persona- con el que se comparte el gusto por la comida, además, da pie a la producción y circulación de fotografías: el plato es retratado y distribuido a través de *Whats.App* o colgado en *Facebook*. La imagen comunica identidad y apela a la complicidad (en el código de lo compartido) (Carrillo, 2008, 2009, 2010). A diferencia del pasado, el mensaje se distribuye y recibe en la inmediatez. La comunicación fluye veloz, al ritmo de la vida de hoy. La reacción que despierta, por tanto, se deja sentir rápidamente. Así, el vínculo se mantiene.

Pero también los olores de especias y hierbas despiertan la nostalgia en la evocación del recuerdo de infancia: el calor de la cocina, la laboriosa madre en la tarea, el plato humeante, el sabor del mismo. Adquiere un aire de tiempo pasado, que fue: una suerte de paraíso perdido que ya no está pero que vuelve a la memoria en y con el aroma. Esto se da de modo preciso en el caso de Pedro. Ello, como manifesté en el desarrollo del texto, bien puede guardar relación con el modo mismo en que salió de Chile -el de una huida, impensada, abrupta-, pero también con su edad y el hecho de que sus padres hayan muerto.

En el marco de estas prácticas aparece, asimismo, la de cocinar para otros que no pertenecen al mismo país: la cena o el plato especial es un gesto de atención, de cariño y, a la par, “una probada” de una parte de lo que “uno es”. En esa medida, constituye una estrategia para presentar, comunicar y compartir la propia identidad. La experiencia de Francisca muestra, sin embargo, que el mensaje no siempre es entendido en la dimensión que se le intentó dar.

El uso del castellano-chileno también fluye en esta lógica de tener un sentido profundo de arraigo, de marca distintiva e identificatoria del país de origen. En el marco de la vida migrante acecha, para algunos de los entrevistados, el peligro de perder el acento, de atenuar el uso de términos, modismos y muletillas. En esa medida, se hace un esfuerzo más que intencionado por mantenerlo. Hablarlo entre coterráneos, indican los entrevistados, supone un inmediato “cambio de *chip*”: contenido en el intento de comunicarse y de ser entendido por los no chilenos con los que se interactúa, se desliza libre cuando se está entre los pares. Así, mediante el uso y despliegue de la jerga chilena se exhibe y se remarca el lugar de origen. El intercambio con otros en este

modo específico de hablar, y aquí vuelvo a la misma idea señalada anteriormente, activa la “comunidad imaginada”: permite reconocerse -a sí y a los otros- como parte de un colectivo. Por eso, ante la pérdida -real o figurada- o la posibilidad de esta, se actúa rápido para encauzar el rumbo: el verbo se recupera y/o se “rechileniza” de modo consciente. En algunos casos, además, sirve como una estrategia para demarcar el territorio, las fronteras: un modo de respuesta, de resistencia a una situación que resulta poco grata.

En un segundo momento, me detuve en el espacio doméstico como un especial ámbito en que transcurre la vida y se despliegan las identidades. En una pincelada, y a partir de observaciones del trabajo de campo, mencioné que había distintos modos de decorar el hogar. Considerando la presencia de objetos o imágenes que hicieran referencia expresa a los países de procedencia, la casa podía adquirir distintos modos: neutra; de coexistencia equilibrada de elementos; o la supremacía de uno de ellos. Señalé, asimismo, que el volumen de cosas traídas desde Chile depende, en parte, del proyecto migratorio y de las posibilidades de transportar las mismas. Sin embargo, no para todas las personas tiene el mismo nivel de importancia.

Pese a esto, los testimonios evidencian el traslado de objetos que consideran significativos. El tipo de cosas y las razones de las prácticas de circulación y/o atesoramiento, empero, guardan diferencias: el gusto de algo particular, por ejemplo, en las piezas de loza de Francisca; porque refieren a la etapa de juventud y a una pasión o *hobby*, como los libros y las camisetas de equipos de fútbol de José; y porque remiten a una experiencia íntima y afectivo familiar, como el cenicero del padre que posee Pedro.

En este sentido, la edad de Pedro (65 años) y las condiciones en que se ha desarrollado su vida, establecen una diferencia importante: el exilio le separó de su tierra y también de los suyos. Su padre murió y él se enteró tardíamente. Tras esto, la casa familiar se desarmó. Este conjunto de hechos le instó a “recuperar” pequeñas cosas que hacían parte de su historia familiar. Hoy, tienen para él una dimensión sentimental y evocan personas ausentes y momentos del pasado. Le dotan de una historia y le posibilitan una individualización al lugar que habita. Sus testimonios revelan, más que ningún otro, cómo él les ha resignificado. Así, estos han perdido su carácter primigenio de artefactos utilitarios (como el cenicero o los porta servilletas) y han pasado a ser tremendamente especiales y plenos de significaciones.

Conjuntamente con lo ya señalado, también existen objetos que han sido trasladados y conservados porque tienen el poder de conectar con Chile: este es el caso, por ejemplo, de las revistas Condorito de José y de las Cartas Marítimas de Pedro. Los modos en ambos casos son distintos: para el primero, la colección remite a una práctica que hizo parte de su vida y, en esa medida, las rescata con el anhelo de compartirlas a sus hijas; Pedro, en cambio, adquiere y conserva las veintitantas cartas únicas solo porque refieren a su país de origen.

Los padres, y especialmente las madres, aparecen como agentes claves en el traspaso de herencias de la cultura material y visual. En el acto preocupado de preparar y de hacer estas entregas, transmiten memoria a sus hijos/as, sea de la historia personal -de crecimiento (como en el caso de Francisca)- o familiar (como en el de Pedro). Así, en el traslado y/o el envío de objetos y fotografías, dotan a sus descendientes migrantes de un hilo que da cuenta de dónde vienen; una especie de cuerda que delinea el trazo ya recorrido y que permite, quizás, seguir la ruta sabiendo que hay algo atrás y que, además, no se está solo. Aportan, por tanto, un sentido de continuidad. Se transforman, entonces, en un mecanismo que les inserta en un relato colectivo (familiar), les dota una historia y, por tanto, de un tiempo y un lugar.

En este universo y en estas prácticas de traspaso, la fotografía juega un papel preponderante: Francisca y Pedro han recibido de manos de sus madres una parte de las historias visuales personales y/o familiares. Las fotografías han sido también un aspecto medular de las recuperaciones de Pedro. Aquí, nuevamente juega su historia de exilio como factor decidor: ellas eran una necesidad afectiva, la posibilidad tener a la gente querida “cerca”. Una vez más, ahora, a través de las imágenes, se hace presente la ausencia. Estas, además, se relacionan con los vínculos familiares: rotos en su expatriamiento y remendados, en parte, con el retorno a Chile. Por una parte, hacerse de estas imágenes es un modo de recomponer los lazos. Poder verlas, palparlas y tenerlas cerca contribuye a la reintegración, a saberse parte de un grupo. Su esposa ha sido clave en este proceso: tanto porque le ha arrastrado nuevamente al mundo de las reuniones familiares, del contacto periódico, como porque se ha dado a la tarea de preparar *collages* de imágenes y de distribuirlos -junto a retratos- por toda la casa. Esto, como se desprende de las palabras de Pedro, le posibilitado una relación de cercanía con amigos y miembros de la parentela

que están en las tomas. Se activa aquí, una vez más y de modo preminente, el carácter “indicial” de las imágenes (Dubois, 1986) y la posibilidad de “continuidad” que representan (Berger, 2009). Su presencia invoca, constituyendo “trazos” de quienes están representados (Rose, 2010).

Este sentimiento no es tan patente en Francisca y en José. Tampoco lo es la práctica de distribución de las imágenes en el espacio doméstico. En este último aspecto, Francisca modificó su hacer en razón del no hacer -por costumbre y gusto- de su pareja. No obstante, su testimonio evidencia que, a raíz del nacimiento de su pequeña, él se está abriendo de modo propio a ello.

Finalmente, la edad es un factor que incide en la importancia de la fotografía impresa, es decir, como objeto material. Para Pedro, la fotografía como imagen para ser vista en el computador casi no tiene cabida.

En concordancia por lo señalado en la literatura (Bachten, 2008; Lister, 2011, entre otros), la fotografía digital ha supuesto para los más jóvenes, Francisca y José, una abundancia de tomas que resulta difícil de organizar; las que se han incrementado al nacer sus respectivas hijas. En la labor de clasificación de lo que sería una superpoblación de imágenes, incide el tiempo disponible. De este modo, entre las personas entrevistadas pareciera persistir como tarea pendiente (Van House, 2011). La disponibilidad de tiempo afecta, igualmente, a la circulación de imágenes hacia las familias de origen. En este sentido, para Francisca, los avances tecnológicos han facilitado -y cambiado- las formas en que esto se hacía: de las fotos impresas pasó al envío organizado (tema, fecha, lugar, selección de fotos) por correo electrónico y, ahora, a subir la misma carpeta descargada de la cámara al *Dropbox*. En esta lógica, su madre es la encargada de revisar y seleccionar aquellas que, del sinnúmero, “le gusten”. Estas, a diferencia de la época de soltería de Francisca, privilegian los retratos familiares; en un esfuerzo potencial de reactualizar el conocimiento entre los miembros de la familia y, consiguientemente, recrear los lazos.

Capítulo 5. Análisis de Casos

Como ya señalé en la introducción, en este capítulo abordo los casos en profundidad de tres cónyuges chilenas, con características sociodemográficas distintas: dos de ellas son migrantes por amor y una migrante económica; y tienen estatus civiles variados (divorciada, viuda y soltera sin hijos, respectivamente). A estas diferencias se suman particularidades en torno a los usos, sentidos y prácticas que adquiere la cultura material (objetos y fotografías) en sus contextos específicos de migración y vida familiar.

5.1 Graciela. Cuando las imágenes constituyen evidencia

Un amigo de mi pareja se tomó muy en serio su promesa de ayudarme a contactar a chilenos o chilenas que estuvieran en relación binacional. Además de escribir a sus conocidos y amigos, nos invitó a una fiesta en su casa. El convite tenía un mensaje expreso para mí: “dile que tiene que ir, porque estará mi amiga Graciela, que está casada con un catalán”. Claramente, entonces, yo no podía dejar de asistir.

Expectante y desafiando el frío, que hacía aquella noche del 18 de enero de 2013, nos enfilamos al departamento. En mi agenda constaba la intención de conocerla y de conseguir una entrevista con ella. Al llegar, salude ansiosa a los comensales, con la idea de que, en cualquier momento, estaría cruzándome con Graciela. Pero ella no estaba.

Copa de vino en mano, y mientras conversaba, me mantenía atenta al sonido del timbre. A cada “ring”, mis ojos se dirigían a la puerta. Cuando ésta se abría, aguzaba el oído: ¿la nombraban? Estuve así alrededor de una hora, hasta que Graciela y su marido arribaron. Entró: baja de estatura, complexión media, ágil, desenvuelta, alegre y de hablar rápido y fuerte. Imposible no reparar en ella, pensé.

Como en ocasiones me sucede, sobreactuada en mis reflexiones y pudorosa, no sabía cuándo acercarme a charlar. La observaba de lejos, esperando el momento propicio. Para mi fortuna, el anfitrión estaba atento a la jugada. Se acercó a ella y me llamó: “Graciela, esta es la Andrea. Está haciendo su tesis en antropología. Te hablé de ella”. “Ah”, respondió. Expresiva y cariñosa, me hizo espacio a su lado, en el sillón, y me dijo: “siéntate aquí, para que conversemos”. De ahí en adelante, las palabras y los temas se fueron deslizado en seguidilla torrentosa. Tuvimos sintonía, a lo que contribuyó el que cada cierto rato los tres –ella, su esposo y yo– nos escapáramos a la terraza para fumarnos un cigarrillo.

En medio de las conversaciones, la noche avanzaba. Ya era hora de partir. Antes de hacerlo, se me adelantó en la solicitud de que intercambiáramos nuestros datos de contacto: sacó una abultada agenda de su cartera negra, y anotó en ella mi nombre, mi número de teléfono y mi dirección de correo electrónico. Yo, repetí el gesto. Tras esto, ¡finalmente!, le pregunté si podíamos reunirnos para una entrevista. “¡Claro! Llámame para que nos pongamos de acuerdo. Vas a mi casa”, dijo. Nos abrazamos de despedida. Me puse mi abrigo y salí con la sensación grata de la misión cumplida.

Luego de unas semanas, efectivamente, nos reunimos en su casa, ubicada en las afueras de Barcelona. Pasamos todo el día juntas. Me esperó ese jueves 14 de febrero de 2013, a las 10:30 de la mañana, a la salida de la estación de trenes. La jornada partió con un café rápido en la misma estación, luego siguió con una caminata por los lugares en que ella habitualmente paseaba. Nos detuvimos en el bar que suelen frecuentar con su marido. Allí, charló risueña con el garzón, y tomamos otro café. Tras esto, marchamos a su casa.

Nuestra conversación transcurrió sentadas a la mesa del comedor. Esta, entendí después, se ha convertido en un sitio estratégico para Graciela: la luz natural que llega desde el ventanal que da a la terraza, la cercanía de la cocina, para ir por su café y vaciar el cenicero de colillas de cigarrillos; y la estufa ubicada en un extremo, la han transformado en su lugar de trabajo. Así, la amplia cubierta ha sido ocupada en su mitad por el ordenador portátil, pequeñas pilas de libros, documentos fotocopiados y lápices, muchos lápices.

Lo que viene a continuación es su historia, desplegada para mí aquel día.

5.1.1 Migrar. El álbum como testimonio

Graciela, por coquetería, me impide decir su edad exacta, pero es una mujer de unos cincuenta y pocos años, educadora, divorciada en Chile y con tres hijos que residen allá. El menor de ellos está en mitad de su carrera universitaria. Los dos mayores, finalizando las mismas.

A poco de empezar la entrevista, le pregunté sobre las razones de su venida. Se levantó y trajo su álbum de matrimonio, una moderna encuadernación de fotografías digitales unidas en un eje temático: la ceremonia del registro civil (Fotografía 10). Lo depositó sobre la mesa. Este aparecía, así, como una muestra material de la motivación de su viaje y, a la vez, de la autenticidad de su vínculo, “la prueba incontrovertible de que [...] sucedió” (Sontag, 1981:16).

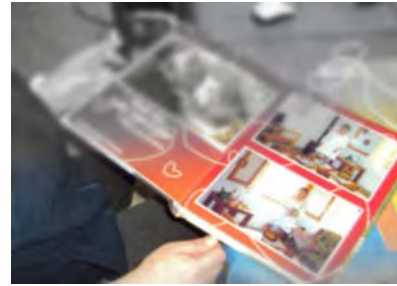
Antes de decidirse a abrirlo y comenzar a repasar las imágenes, me cuenta que conoció a su actual marido -Joan, de 50 años, soltero, sin hijos y de profesión ingeniero- en un viaje que éste hizo a Chile por trabajo. Mantuvieron una relación de idas y venidas por un periodo de tres años. Luego, el año 2009, él la instó a venir a vivir a Barcelona:

Yo no lo había pensado jamás. ¡Ni loca! Pero él sabía que yo quería estudiar, entonces me dice: “¡Ventel! Nos casamos. Haces el doctorado. Yo te mantengo. Luego conseguirás un trabajo”. Yo no había pensado venirme ni tampoco en casarme. El doctorado fue el gancho con el que me trajo... (Notas de campo, 14 de febrero de 2013).

Al llegar, efectivamente se inscribió en el doctorado. El trámite para casarse fue algo más engorroso: duró un año y estuvo marcado por la solicitud de documentos y entrevistas. El haber entrado como turista, piensa, puede haber influido en un proceso que la tenía “harta”.

Mientras da vueltas las páginas de su álbum de boda, mira con cierta ternura las fotografías. Aun cuando han pasado pocos años de aquel día, pareciera que buscara dentro de sí aquel recuerdo, como si se tratara de un tiempo ya lejano. Entiendo luego, que este gesto se vincula con los sentimientos de malestar y frustración que actualmente experimenta.

Como señala Dornier-Agbodjan (2004), la muestra de las imágenes, suscita la narración, el diálogo, abre espacio a la intimidad y da curso a un acto de memoria. En este marco (Fotografía 10), trata de describirme la soledad en la que estaba en ese momento. Recuerda haber ido, además, rápidamente a comprarse “aquel vestido blanco” y “esas sandalias”. Identifica en las imágenes a quienes asistieron a la ceremonia: la madre, la hermana y la sobrina de Joan, y una conocida chilena que vive en otra ciudad de España y que ella “convenció” para que la acompañara. Comenta respecto de los rostros serios que su suegra y su cuñada tienen en la fotografía de grupo. La relación con ellas, afirma, se ha ido tensando a medida que ha transcurrido el tiempo.



Fot. 10. El álbum de matrimonio de Graciela

Fuente: Fotografía tomada en entrevista, 14 de febrero de 2013. Imagen intervenida intencionadamente.

5.1.2 La casa. El sentido de las cosas

La casa que habitan es de propiedad de la madre de Joan. Se las cedió para que hicieran su vida de casados ahí. Los primeros meses, los días de fin de semana, su suegra llegaba temprano y sin aviso. Entraba y abría las persianas. Esto le molestaba enormemente a Graciela. Imaginaba que cuando “llegaran sus cosas y las pusiera en la casa, [esto] cambiaría”. Ella, “le pondría límites”.

Estas cosas que venían en camino y que, como dice, “son suyas y las quiere”, entrañaban para ella el poder de transformar aquel lugar prestado en “su casa”. En su narración, habitar el espacio doméstico y tomar posesión del lugar pasa claramente por disponer sus pertenencias en este. De algún modo, el sentido de propiedad, material y afectiva, sobre estos objetos diversos se extendería al conjunto del espacio físico. De así, estos cumplirían el papel de construir un nuevo lugar en el mundo para ella y, simbólicamente, comunicarle a la madre de Joan que ahora este ya no era su territorio.

Dado su proyecto migratorio, de matrimonio y de residencia permanente en Barcelona, se trajo “todo” lo que tenía en Chile: el juego de comedor de pino Oregón, los muebles de la sala, la frazada de lana comprada en un viaje a la isla de Chiloé, la cortina de baño hecha por su tía, la vajilla, la cuchillería, los cuadros y adornos y un sinnúmero de recuerdos más íntimos y personales.

No recuerdo si le pregunté o si nació de ella la idea de recorrer la geografía del espacio que habita, pero así lo hicimos. Nos levantamos de la mesa y caminé unos pasos hacia la sala. Miré



Fot. 11. Los novios: de la torta a la repisa de la sala
 Fuente: Fotografía tomada en entrevista, 14 de febrero de 2013.

detenidamente el sinnúmero de objetos allí dispuestos: en la mesa de centro, en la repisa que ella y Joan pusieron en uno de los muros laterales. Casi todo aquí es de ella, de lo que trajo de Chile. La excepción, la figura de dos niños-novios en cerámica (Fotografía 11). Me ve detenida en este detalle, cuando comienzo a levantar mi mano para apuntárselos y preguntarle, se me adelanta: “son los monitos que estaban en la torta de bodas. Los viste en la foto del álbum”, me recuerda. “¡De verás!”, respondo.

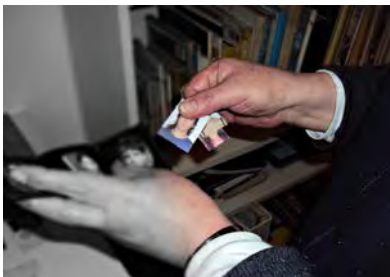
De algún modo, me enternecen aquellas figuras y el que estén ahí dispuestas. Sin la centralidad que tuvieron en el pasado -en el pastel-, han pasado a ser parte de la galería de sus “recuerdos”. Así, el detalle de su presencia, constituye una indicación del hito de la boda y, por extensión, remite a lo que hoy sería un territorio compartido.



Fot. 12.. El anaquel del escritorio
 Fuente: Fotografía tomada en entrevista, 14 de febrero de 2013. Imagen intervenida intencionadamente.

Desde la sala, nos devolvemos hacia el pasillo y nos encaminamos al cuarto de “escritorio”. Pese a este nombre y a que está equipado como tal, no es utilizado para estos fines. Se ha transformado en el reino de los libros, objetos y fotografías. Convertido en una suerte de museo de los afectos y de las experiencias (Christian, 2009); cobija huellas de su historia vivida; memorias afectivas materializadas en imágenes y en objetos-artefactos.

La mayoría de estos elementos remiten a su familia en Chile: las fotografías de su padre, sus tíos queridos y sus hijos, los tres en conjunto y cada uno por separado (Fotografía 12). Junto a estas, conviven pequeños objetos que ellos hicieron cuando niños: cuencos y vasijas de materiales diversos -barro, madera, cartón- que crearon como lapiceros u joyeros.



Fot. 13.. “Mis niños”. El tesoro escondido del tríptico
 Fuente: Fotografía tomada en entrevista, 14 de febrero de 2013. Imagen intervenida intencionadamente.

Mientras me muestra todo esto y me cuenta la historia de cada uno, toma del anaquel un pequeño cuadrado de plástico café que tiene el tamaño de las fotografías de documentos de identificación. Lo abre. ¡Sorpresa! Es un tríptico que en cada uno de los recuadros contiene la imagen de uno de sus hijos (Fotografía 13). La que se ve a primera vista es la más actual, pero atrás se van desgranando otras de sus distintas edades. En este diminuto soporte ha tejido una historia visual del crecimiento de “sus niños”.

Me asombra que pueda recordar con bastante claridad qué edad tenían en cada imagen, así como en qué grado escolar hicieron esos regalos para ella. En parte, esto puede deberse a su propia profesión de educadora, pero también al hecho de que -en la línea de Hoppál (1989) y Christian (2010, 2009, 2011)- ha convertido

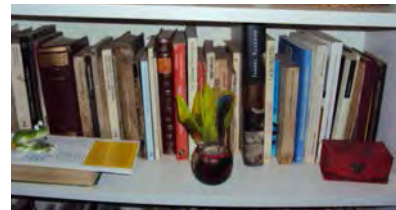
este sitio en un espacio especial para pensar los ausentes y, en tanto tal, recrea una historia para cada uno. En este cuarto guarda también objetos que la conectan con su historia de juventud, como las plumas de un perico amado (Fotografía 14) que tuvo hace muchos años y una caja que acumula sus numerosos diarios de vida.

Pero las fotografías, así como estos objetos más cercanos y sentidos, no son de libre acceso para cualquiera que visite la casa. No están, por ejemplo, en la sala o en el cuarto de invitados. Se distribuyen en sitios específicos, espacios reservados a la intimidad: fundamentalmente en el cuarto de escritorio y en el dormitorio de la pareja, donde entramos luego.

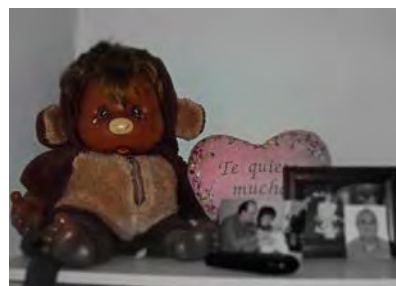
En este, en una repisa sobre la mesita de noche (Fotografía 15), atesora el último peluche que recibió siendo niña. Junto a él, un corazón de tela rosa, ribeteado con un bordado de flores en el tono y con un “Te quiero mucho” inscrito en el centro, sirve de telón de fondo a dos fotografías tomadas en Chile. En la primera, un retrato de medio cuerpo y sin marco, Graciela sostiene un bebe arropado de blanco. El brazo izquierdo de Joan la rodea, mientras que su mano derecha se encuentra y roza la de ella sobre el pequeño cuerpo. De pie, posan como hechizados en la contemplación del niño, un ahijado me explica Graciela. En la otra imagen, de cuerpo entero y enmarcada en madera café, ambos están sentados. El nuevamente la rodea con el brazo. Sonríen y miran directamente a la cámara. Es una tarde de verano en Chile, en los tiempos en que eran novios, me cuenta. Sobre uno de los extremos de esta fotografía se apoya una tercera: un retrato -tipo pasaporte- de Joan, tomado hace poco. Así, pareciera ocupar esa ubicación por las circunstancias, para no extraviarse.

Estas imágenes precisamente aquí situadas, con ese corazón al que se arriman y que late un permanente mensaje de afecto, otorga una relación de continuidad al vínculo entre ambos. Este “objeto único” de “ese momento dado” (Dubois, 1986: 66-67), atestigua “lo que ha sido”, constatando el tiempo (Barthes, 2009: 102); en este caso, el tiempo primario en que esta historia de amor comenzó. En este sentido, y probablemente, verlas cada día hará recordar las razones de una unión que se ha mantenido hasta ese momento.

Estas imágenes son la única referencia expresa a Joan. En general, en la casa todo habla de ella. Son sus recuerdos de vida en Chile,



Fot. 14. *Collage*. Vestigios de un perico amado
Fuente: Fotografías tomadas en entrevista, 14 de febrero de 2013.



Fot.15. En el anaquel del dormitorio
Fuente: Fotografía tomada en entrevista, 14 de febrero de 2013. Imagen intervenida intencionalmente.

de viajes y de la familia. Él nunca se ha pronunciado respecto de estas cosas, dice. No ha sido un tema de conversación o negociación entre ambos.

5.1.3 Decir, mostrar, callar

Con la autorización de Graciela, tomé fotos de los distintos lugares de su casa. Descargamos las imágenes en mi computador. A medida que las fuimos revisando, creo, la miró con ojos de más entusiasmo:

Yo nunca había tomado fotos. Se ve bonita la casa y mis cosas. ¿Me las puedes dejar? Me gustaría mandárselas a mis hijos para que vean dónde vivo... (Notas de campo, 14 de febrero de 2013).

Cumpliendo sus deseos las traspasé a su computador. Joan, me explica ella, es quien se encarga de bajar las fotografías de la cámara digital y de ponerlas en su equipo.

No resulta extraño que no tenga fotos de su casa. Y es que, en general, pese a que el espacio doméstico/privado tiene una importante valoración como ámbito de la vida familiar, suele quedar relegado del universo de “lo fotografiable” (Torricella, 2010:358). Este hecho natural cambia, sin embargo, al pensar en el contexto migratorio y en lo que yo misma –como mujer latina inmigrante en Barcelona– hago: mostrar el lugar que habito para que mi familia lo conozca.

En la narración de Graciela habría varias razones explicarían esto. La primera se relaciona de modo directo con la positiva sorpresa de ver las imágenes captadas de su casa. La expresión “se ve bonita la casa y mis cosas”, de algún modo, hace pensar que quizás ella no consideraba este espacio como digno de mostrar; y no sólo porque -como ya se dijo- este no pertenece al campo de lo que tradicionalmente se fotografía.

Ella proviene de un sector medio-acomodado de Santiago. Deja ver que al instalarse aquí ha visto mermada su situación económica y su estatus social. La casa que hoy ocupa, le parece “demasiado fría”, “gris”, y muy “aislada” del ritmo de la ciudad. Para ilustrarme cómo ha cambiado su vida en este aspecto, me hace ver una revista chilena de vivienda y decoración –que le envió su

tío— en que aparece el tipo de casa que ella habitaba en Santiago. Se trata de un conjunto habitacional con cierta mezcla de estilo y diseño alternativo y costoso. En Chile, agrega, tenía personal que se encargaba de las labores de aseo y cocina, aquí debe asumir ellas esas tareas. En un tono risueño, pero que tiene también una dimensión de crítica a la situación que enfrenta, indica:

¡Mírame, ahora!, la señorita en Europa, pero lavando calzoncillos..... (Notas de campo, 14 de febrero de 2013).

La crisis económica que atraviesa el país y Cataluña, han impactado fuertemente en la pareja. Ella obtiene ingresos del alquiler de su casa en Chile, así como de pequeños trabajos *on line*, puntuales y espaciados, para entidades en las que trabajó allá. No ha logrado desempeñarse profesionalmente en Barcelona. Tampoco, desprendo de su relato, ha tenido la intención de transar en la búsqueda de un tipo de trabajo distinto a lo que es su formación; y, menos, aún, realizar alguna actividad de menor cualificación. Aparentemente, y en razón de su historia y edad, esto último le resulta algo verdaderamente impensable. A Joan, por su parte, le han recortado el salario y le han aumentado la jornada de trabajo. Por eso, agrega, no han podido cumplir con lo planeado: ir ambos a Chile una vez al año y traer a sus hijos de vacaciones. No obstante, en este escenario de menor holgura económica que atraviesan, han hecho esfuerzos para que ella viaje a Chile una vez al año, como mínimo, para ver y reencontrarse con sus hijos.

Conjuntamente con lo anterior, Graciela se ha negado expresamente a quedarse recluida en el ámbito y en las labores domésticas. Me cuenta que, al comienzo, Joan tenía la expectativa de llegar cada día a casa y encontrar la cena lista. Dado que ella no estaba trabajando fuera, dice, él asumía esto como algo lógico y natural. A ello, explica, se suma la práctica que él tenía antes de que hicieran vida de pareja en Barcelona: Joan vivía con su madre y como, además, es el único hijo varón, estaba acostumbrado a ser consentido y a no hacer nada en casa (Notas de campo, 14 de febrero de 2013).

En un inicio, declara, asumió sin problemas esta dinámica. Luego, sin embargo, se reveló contra lo que aparecía como una “obligación”. Su foco, señala, son sus “estudios de doctorado”. Además, agrega, en una narración que entremezcla el tono serio y angustioso con risas divertidas:

Me estaba volviendo loca todo el día encerrada aquí, sola, sin hablar ni ver a nadie. Andaba mal, distraída. Me ponía a cocinar, dejaba algo puesto al fuego y luego se me olvidaba. ¡Quemé no sé cuántas ollas!... [sonríe] (Notas de campo, 14 de febrero de 2013).

Como consecuencia de todo ello, manifiesta,

le dije a Joan: algunos días tienes que ayudarme a cocinar y, al menos, una vez a la semana tenemos que salir a tomarnos un café o picar alguna cosita fuera.... (Notas de campo, 14 de febrero de 2013).

Y así lo hacen. Si bien reconoce que “andan justos de dinero”, cumplir con este rito semanal –demandado, negociado y acordado– tiene que ver para ella no con un “capricho”; sino con una cuestión de “sobrevivencia”.

La anécdota de las ollas quemadas, y el accionar posterior, no dejan de resonar en mi cabeza. El hilo de mis pensamientos me transporta a lo reseñado por Weismantel (2001). Así, el hecho y la reflexión teórica se encuentran: el espacio de la cocina y el hacer en esta, es también un territorio de agencia, de resistencia y/o de silenciosa rebelión para algunas mujeres. Desde aquí, me digo, quizás “la distracción” de Graciela obedeció -de modo inconsciente- a un acto de desafío, una acción estratégica para encaminar el rumbo, la dirección que estaban tomando las cosas en su vida.

Pero, además de lo anterior, y del contexto de crisis económica, es notorio que ella se siente poco valorada al interior del grupo familiar y muy aislada de la sociedad catalana. Sugiere que la familia desconfía de ella, lo que se dejar ver –según dice– en que la cuñada le haya, por ejemplo, preguntado al conocerla:

“Y tú, ¿cómo hiciste para conquistar a mi hermano?”... (Notas de campo, 14 de febrero de 2013).

Con enfado ante el recuerdo, manifiesta:

¡Qué se cree!, ¡que soy qué!, ¡qué me encontró en un basurero!
Ella es una mujer casi sin instrucción... (Notas de campo, 14 de febrero de 2013).

Este sentimiento de suspicacia que Graciela identifica no está aislado del imaginario social sobre este tipo de uniones; las que son vistas, comúnmente, como mediadas por el mero interés -de

la persona emigrada- para permanecer en el país de manera legal (Waldis, 2006; Charsley, 2012). Sin embargo, como se aprecia en la cita, antes que desafiar o cuestionar en términos generales la imagen de inmigrante latina “busca marido”, a Graciela le molesta y le duele aparecer ella encasillada bajo este rótulo. En razón de ello, tiene la imperiosa necesidad de remarcar su mayor nivel educativo-profesional, así como el estatus social que tiene en su país de origen. Quizás por eso, pienso, cada vez que invita a la familia de Joan a su casa, se esfuerza en la preparación de la comida y en la disposición de la mesa: saca la cristalería y la cuchillería que mantiene en reserva para ocasiones especiales y viste la mesa con el fino mantel blanco. Con este gesto, me parece, exhibe y remarca estratégicamente el despliegue de su pertenencia social y busca hacerles ver que ella “no es cualquiera”.

Conjuntamente con la merma socio-económica que dice experimentar, convive la intención expresa de no aumentar el “sentimiento de abandono que tienen sus hijos”. Aunque se escribe y habla habitualmente con ellos por *Skype*, no les envía fotografías de su vida acá o de los viajes que han hecho. No quiere que ellos piensen que “los dejó botados” y que “lo está pasando chanco [maravillosamente]”. La comunicación más que nada está centrada en un intercambio dialógico, fuertemente marcado por las cosas que les suceden a ellos en su vida cotidiana. Ello, en un intento de no desaparecer de sus vidas y de hacerles ver que está ahí, presente y preocupada del día a día.

Asimismo, en este enjambre de vivencias, tampoco quiere hablar públicamente de sus problemas y/o precariedades. Eso sería exponerse, mostrar “la derrota” o el fracaso del proyecto emprendido. En este marco, por ejemplo, y aunque ha pensado en el retorno a Chile, siente vergüenza y miedo ante los comentarios y críticas que enfrentaría al llegar, como ella dice, “con la cola entre las piernas”. Con esta frase del lenguaje coloquial gráfica la actitud de vencida y de arrepentimiento que marcaría su vuelta.

Al finalizar nuestra entrevista, y ya en la cocina, ella comienza la preparación de la comida. Descuelga un delantal con la bandera chilena y se lo pone. Va a uno de los cajones y saca una tabla de madera y un cuchillo de cocina y se dedica a cortar las verduras para la ensalada. Todos estos utensilios los trajo de Chile. Entre risas, y con absoluta lucidez de esta puesta en escena me dice:

¿Ahora te queda claro por qué me resulta tan difícil vivir aquí?
Nunca he logrado desvincularme de Chile, dejar de estar allá...
(Notas de campo, 14 de febrero de 2013).



Fot. 16.. La puesta en escena: una cocinera chilena

Fuente: Fotografía tomada en entrevista, 14 de febrero de 2013. Intervenida intencionalmente.

A partir de esta declaración, casi como un ars poética de su vida en Barcelona, me pregunto en qué medida Graciela ha logrado construir verdaderamente este “*between*” del que habla Bhabha (1994). Quizás, al mover sus pertenencias ha trasladado a Chile y se ha quedado atrapada en una especie de microcosmos sin, realmente, hacer copresencia en el nuevo escenario; o tal vez, este sea el modo mismo en que ella ha construido este intersticio. Y es que como señala este autor, este espacio “entre medio” contingente supone una renovación, una reconfiguración del pasado que, como señala Bhabha, (1994:24). interrumpe la *performance* del presente: el “pasado-presente” se vuelve parte de la necesidad, no de la nostalgia, de vivir.

5.1.4 Recapitulación

En el caso de Graciela, hacer vida de pareja y realizar estudios de doctorado son argumentos que se entremezclan a la hora de explicar su desplazamiento a Barcelona. Sin embargo, en su relato, ella plantea una suerte de jerarquía entre estos factores: la posibilidad de concretar los estudios fue, en definitiva, una especie de anzuelo para aceptar la propuesta de casamiento y, consiguientemente, migrar.

No obstante, la experiencia de asentamiento no ha sido del todo satisfactoria. La crisis económica que afecta al país y a Cataluña, ha devenido en una situación económica más restringida de lo que se había previsto. Esta, de hecho, ha limitado los planes iniciales: viajar anualmente a Chile, junto a su pareja, y que sus hijos le visiten en Barcelona. A ello se suma el habitar una casa que es de propiedad de su suegra y que, quizás por eso, le resulta poco comfortable.

De este modo, en un relato que recurre permanente a un contrapunto con la realidad que tenía en Chile, plantea no sólo una merma en sus condiciones materiales sino también en su estatus social. Su familia política pareciera centrarse exclusivamente, y desde la desconfianza, en su identidad de inmigrante latina. En el acto, argumenta Graciela, desconoce su mayor nivel educativo y su procedencia social (sector medio acomodado). Reacciona desplegando estrategias para hacerles notar esta dimensión de su origen: entre ellas, por ejemplo, una cuidada y elegante disposición de la mesa en las ocasiones de cena. Con este tipo de guiños, Graciela intenta ser reubicada en la escala de valoración social.

Pero, ¿en qué medida esto leído en los fines que ella le otorga? La cuestión queda, en este caso, abierta. No obstante, de acuerdo a lo que ella manifiesta, pareciera no haber tenido repercusiones en el imaginario del grupo de acogida.

El que sus hijos estén lejos y el sentirse en una posición social desmejorada, son aspectos claves en el sentir cotidiano de Graciela. Y, como mostré, inciden de modo importante en la práctica de circulación de fotografías. Es precisamente en este ámbito, donde su caso se torna aún más denso en significaciones, a la par que discute varios aspectos señalados por la literatura; ya sea confirmándolos o entrando en disputa con ellos.

Como mostré, objetos e imágenes tienen un papel fundamental para ella y su experiencia de desplazamiento. En un principio, como se desprende de su relato, estas pertenencias diversas -desde los enseres prácticos hasta sus cosas más íntimas y personales- tenían el poder potencial de permitirle armar una vida y un hogar en Barcelona. No obstante, y pese a que ellos han sido dispuestos y organizados sin que implicara conflicto o negociaciones con su pareja, no han logrado otorgarle completamente la sensación de estar en “su lugar”. Ello, aun cuando la “Casa tomada” -jugando con el nombre del cuento de Cortázar (2014)- le ha posibilitado definir o delimitar territorialmente un espacio físico de soberanía frente a la familia de su pareja.

Aquí, efectivamente y quizás más que nada, estos se han convertido en artefactos de memoria, vehículos para pensar la ausencia de las personas y la vida que se dejó. Son conectores, puentes entre ambos lugares, tiempos y momentos de su trayectoria de vida. Su hoy, sin embargo, no puede entenderse sino en una referencia constante al ayer. Adquiere, por tanto, una dimensión de coexistencia de ambos tiempos y momentos: un presente-aquí, que en varios sentidos le resulta adverso, y un ayer-allá, marcado por el reconocimiento social y familiar, los afectos y una mayor comodidad material. De este modo, la actualidad pareciera vivirse desde y en este universo de la ausencia, de lo que está lejos. Pero, como se vio, no se trataría de una dualidad escindida o de un sentimiento de nostalgia permanente que la recorre; sino más bien, de la necesidad de revisión del tiempo pasado como un aspecto medular del estar aquí-hoy.

La culpa materna por haber dejado a sus hijos y una situación socioeconómica distinta a la que había previsto, son los ejes que le harían “difícil vivir”; construir y reconstruirse haciendo presencia.

Quizás, lo primero es lo que tiene un peso más relevante. Plausiblemente es aquello lo que la lleva a restarse, a recrear una historia de la actualidad en la que no está del todo bien. Con ello, eventualmente se (re)afirma en el dolor del supuesto abandono y mitiga -al menos en algo- una culpa que, si bien no verbaliza de modo explícito, se destila en muchas de sus palabras. Ello la lleva a moverse en una línea delgada, entre lo que decide contar, exhibir y callar.

En este juego, no envía imágenes de su vida actual. Discutí que mostrar su casa era un terreno complejo para ella. Pero, junto con fotografías de un espacio doméstico que no le resulta del todo grato, tampoco circula aquellas de momentos agradables: locaciones de la propia Barcelona o de algunos de los paseos por España o Cataluña que ha hecho junto a Joan. No lo hace, dije, por no provocar reacciones adversas en sus hijos. De este modo, en ambas ocasiones se asume, implícitamente, que las imágenes tienen un carácter de prueba y/o de evidencia que, en este caso, parecieran incriminarla en una doble falta.

Lo anterior resulta fundamental respecto a las discusiones que se han instalado en trabajos precedentes (Rose, 2010; Carrillo, 2008, 2009, 2010, entre otros). Y es que el acceso, manejo y uso de las Tecnologías de la Información y Comunicación, como Internet; o el haberse incorporado a la tecnología digital de cámaras fotográficas, o del propio móvil, no garantizaría por sí mismo la circulación de imágenes. Esto, como se aprecia a partir del caso, se relaciona más bien con el propio contexto de la persona: su historia, sus condiciones y vínculos de relacionalidad familiar.

En esa medida, por ejemplo, y en este caso concreto, la práctica de ausencia de movilidad de imágenes tendría -contraviniendo lo que se ha señalado en la literatura (Bourdieu, 2003; Rose, 2010; Carrillo, 2008, 2009, 2010)-, precisamente la función de mantener la unidad del grupo. Así, más allá de que sea o no efectivo que el envío amenace la cohesión o atente contra los lazos; ha sido percibido y concebido de este modo y, consiguientemente, se ha actuado acorde ello.

Conjuntamente con lo anterior, la práctica misma de la no difusión adquiere el carácter de prueba. Mediante la ausencia intencionada de imágenes, transmite el mensaje que ella quiere comunicar a los suyos: “estoy bien” y, en una dinámica de contradicción parcial, “no los dejé para vivir la gran vida”. En este juego de decir-mostrar y callar, señalé antes, la circulación de fotografías (de su

casa y/o de los paseos) entrañaría el peligro de hacer visible una contradicción entre el discurso y los hechos; convirtiéndose, por ende, en un indicio que le expone. Pese a su esfuerzo deliberado, como propuse, las imágenes persisten en su carácter de huella (Dubois, 1986). Ellas hablan también desde el silencio. De esta manera, la inexistencia de las tomas y/o el no compartirlas terminan siendo, en mi lectura, una seña que guía e informa de las razones profundas que esconde su decisión.

5.2 Carmen. Lo importante es no olvidar las raíces

Dispuesta a la primera entrevista con Carmen, partí hacia su casa. Confirmé, no sin algo de nerviosismo, que en mi bolsa estuviera la grabadora, el cuaderno de campo, más de un lápiz y la pauta de preguntas. Al llegar, hacia el mediodía de ese jueves de octubre de 2014, noté que mi presencia era un evento familiar esperado: aparte de Francisco, su esposo, estaba su hija, sus dos nietos y su amiga Patricia, también chilena, quien le había ayudado a cocinar un pescado al horno especialmente para la ocasión.

Durante el almuerzo percibía la curiosidad en el ambiente. No tardaron en desgranarse las preguntas: hace cuánto vivía en Barcelona, de qué parte de Chile era, qué hacía. Al mencionar que estudiaba Antropología, los ojos de los nietos y de la hija de Carmen se iluminaron: “¡ah, como Huesos!” dijo esta última, aludiendo a la antropóloga física de la serie *Bones* que se da en la televisión abierta” (Notas de campo, 29 de octubre de 2014). Creo que la declaración sobre mi trabajo –menos glamuroso y sin muertes que resolver–, decepcionó un poco al trío.

Al terminar la comida, los niños partieron a la escuela con su madre. Me ofrecí a lavar los platos, pero Patricia sentenció amorosamente:

No mujer, usted se pone a trabajar que a eso vino... (Notas de campo, 29 de octubre de 2014).

Tras esta puesta en vereda, volví al comedor. “¿Tomas mate?”, me pregunto Carmen. Se alegró al oír mi respuesta. Con algo de dificultad para levantarse y caminar, se fue a la cocina a calentar el agua. Volvió con un termo de un litro, color calipso, un mate y la bombilla. Puso todo en la mesa y se desplazó al mueble de la sala para traer la yerba y el azúcar. Cebó el mate y me lo pasó. Así comenzamos el rito de nuestra primera entrevista y se fijó también lo que sería la tónica de las siguientes: los tres sentados a la mesa. Mientras hablábamos, Carmen y yo mateábamos. Francisco cada cierto rato se alejaba a la cocina para fumar y luego volvía. Patricia estuvo siempre como un satélite, opinaba de vez en cuando y de pronto se iba a su casa o a trabajar.

El mate y la mesa cubierta con un mantel de hule, me recordó el campo de la zona central de Chile. Allí donde la vida sucede en la cocina, donde usualmente los sillones se reservan para las visitas y, tras la comida, la mesa se transforma en el espacio para las conversas entre los de confianza, los de la casa. De algún modo, esto me dio una sensación de comodidad y me alentó en mi tarea.

Tras varios encuentros, le propuse a Carmen que construyera su historia utilizando los recursos que quisiera. Me miró sorprendida, pero su respuesta fue rápida: llevo las manos a su pecho y me dijo con una sonrisa de niña juguetona:

¡Ya sé lo que voy a hacer!... (Notas de campo, 20 de noviembre de 2014).

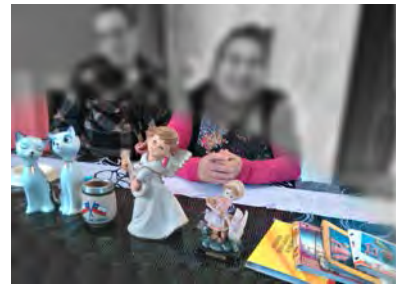
El 20 de febrero de 2015, a poco de iniciarse nuestra conversación, fue tomando distintos objetos de su casa. Le pregunté si podíamos ponerlos en la mesa. Accedió. La narrativa tejida por ella, centrada en lo que ha sido su proceso de desplazamiento, consta de cinco hitos: cuatro álbumes de fotografías, las figuras de cerámica de una niña y una oca y de un ángel con una citara, un mate con la inscripción “Recuerdo de Chile” y, por último, dos gatos de cerámica (Fotografía 17).

La escritura a continuación sigue la organización que ella le dio a estos objetos. No obstante, las reflexiones sobre cada una de las estaciones se van nutriendo también de las palabras y observaciones provenientes de los encuentros y entrevistas previas.

Dicho esto, me adentro entonces en el caso de Carmen.

5.2.1 “Lo que hay en la casa es por recuerdos o para darle alegría”

Carmen nació en 1955, en la comuna de Independencia, en Santiago de Chile. Es de baja estatura y, como señalé, se mueve con dificultad. Su peso, dice, no le ayuda para nada con la enfermedad que la aqueja. Patricia, chispeante y habladora, acota que Carmen tiene una artrosis generalizada y “ha entrado en etapa de crisis” (Entrevista, 29 de octubre de 2014). La miro y me parece que su cuerpo tiene más de los 61 años que en realidad tiene. Su mirada pícaro y los hoyuelos que se le hacen en las mejillas al reírse revelan, sin embargo, un carácter juvenil.



Fot. 17. La narrativa construida por Carmen

Fuente: Fotografía tomada en entrevista, 20 de febrero de 2015. Imagen intervenida intencionadamente.

Mientras deshilvano preguntas, suele escuchar atenta. En estos momentos, por lo general, inclina su cuerpo, frunce el ceño y el rostro se le ensombrece serio. No obstante, al responder mis inquietudes o en el diálogo que armamos los tres -incluido Francisco-, no es raro que haga alguna broma, diga algo en tono irónico y, luego, estalle en una carcajada. En esos momentos, toda ella se sacude: encoge los hombros y lleva su cuerpo hacia atrás.

Francisco, hijo de padres andaluces, nació en Sarriá, en Barcelona, en 1952. Es más alto y delgado que Carmen. Al igual que ella, es divertido, ameno y conversón, pero gasta las bromas manteniendo un tono serio y, prácticamente, sin alterar ni su rostro ni su cuerpo.

Ambos habitan un entresuelo de un dormitorio, de propiedad de Francisco. Me comentan orgullosamente que lo han remodelado hace poco: pintaron los muros de un color fucsia alegre, pusieron suelo de madera y ventanas que aíslan más el frío y el ruido, cambiaron los muebles de la cocina y compraron un nuevo sofá para la sala:

Uyyy, ¡tremendo sillón! De repente lo miro y digo “¿para qué compré esto tan regrande?!”. Y mi viejo dice “es que ahí, cuando vengan a vernos las visitas [duermen]” ...(Entrevista, 13 de noviembre de 2014)

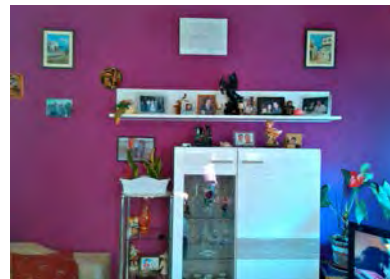
Esta casa era pequeñita. Nosotros la abrimos aquí [señalándome el límite entre la sala y el comedor], porque esto era dormitorio y la sala y el comedor era este puro pedacito. Muy pequeño. No cabía nada... (Entrevista, 13 de noviembre de 2014).

Uno de los amores de Carmen son las plantas, las que se distribuyen por distintos lugares donde llega luz natural; sobre anaqueles y muebles de la sala y del comedor, la mesa del escritorio y en las tres ventanas que dan hacia la calle. Francisco, quien fue jardinero del ayuntamiento por varios años, le ayuda a cuidarlas. Conjuntamente con éstas, conviven en muebles y paredes, fotografías, cuadros y figuras de cerámica. Como dice Carmen,

todo lo que hay en la casa es por cosas de recuerdos, o para darle alegría a la misma... (Entrevista, 20 de febrero de 2015).

Dónde va cada cosa lo decide ella. Él agrega bromeando: “yo como que no quiero problemas” (Entrevista, 20 de febrero de 2015). Pareciera que aquí todo encuentra lugar, incluso el boceto de un cuadro hecho por Francisco y que aún no pinta⁴⁵ (Fotografía 18)

Le dije que lo pusiera ahí, porque anda de ahí para acá [...]. Y se ve bonito [...] Está hecho el dibujo [...] Vamos a ver cuánto va demorar la pintada, porque éste que está aquí [apuntando otro cuadro] echó un buen tiempo para pintarlo y el de ahí, ¡más todavía!... (Entrevista, 20 de febrero de 2015).



Fot. 18.. La casa de Carmen, donde todo encuentra un lugar
Fuente: Fotografía tomada en entrevista, 20 de febrero de 2015.

Les digo que su casa “está linda”. Sí, dice ella “a veces creo que quedó muy juvenil”. Para él, en cambio, tiene ahora un “aire chileno” (Entrevista, 13 de noviembre de 2014). Y es precisamente un “aire chileno”, según Francisco, el que le ha traído Carmen a su vida:

Nuevo y bueno. Porque no es lo mismo el aire chileno que el aire español, la verdad sea dicha. No es lo mismo. No. Ese aire sabe a otra cosa... (Entrevista, 29 de octubre de 2014).

5.2.2 La narrativa

Migrar... “Yo no lo había pensado”

Carmen emigró a Barcelona en noviembre del año 2003. Tenía 48 años. Un año antes había quedado viuda, tras de 32 años de matrimonio. Sus cuatro hijos ya eran adultos. “¿Por qué decidió venirse?, inquiero:

Cuando enviudé quedé muy mal... [...] Me casé muy niñita, con 16 años, entonces crecí al lado de él. [...] No puedo decir que fue una mala vida. Fue muy bonito. Entonces, me afectó mucho [...]. Yo no era capaz de nada, solo llorar, llorar y quería puro morirme [...] No podía ni comprar en la feria. Me daba más pena, porque yo todos los domingos, [...] de todos los años que estuve casada iba a la feria con él. [...] Mi paseo dominical era ir a la feria con él...como somos de países pobres [sonrisa apagada], para mí fue... era así mi vida. Entonces, después cuando yo iba a la feria los domingos de los primeros meses, ¡nada!, solamente me ponía a llorar y me devolvía para la casa [...].

45- Francisco comenzó a pintar alrededor de los 34 años, cuando su primera mujer lo abandonó. En ese tiempo, recuerda, había trabajado como “paleta” y se dijo, “si pinto paredes, ¿cómo no voy a pintar un cuadro?” “Y se puso manos a la obra” (Notas de campo, 17 de enero de 2015).

Como tengo una cuñada, hermana de mi marido [se refiere al marido que ha muerto], que vive en Suecia, ella se vino hace muchos años, por allá por el 86 se vino, el 87. Ella [...] me llamaba por teléfono y me decía que tenía que estar tranquila, pero ella veía que yo no me encontraba... [...]. Entonces mi cuñada me dice una vez: “¿sabe?, va a hacer algo mejor. Se va a venir para acá para Europa. Usted no puede seguir allá. [...]”. Yo le dije, “nooo, yo no quiero irme para ninguna parte. Yo solamente me quiero morir [...]”. Y ella me decía: “¡no!, [...], ¡ya!, señora, ¡déjese de pensar tonteras!” [...]. Al final llegó y me dice: “¿sabe qué?, se va a ir donde el Marcelo”, que es mi sobrino que vivía aquí en España, porque en Suecia [...], no se podía trabajar, primeramente porque uno no sabe el idioma. Así que ahí, me mandó la plata para el pasaje para que me viniera aquí a Barcelona... (Entrevista, 29 de octubre de 2014).

Migrar aparece, así, como la vía para sacarla del estado en que se encontraba. En el contexto de este momento “difícil”, y tal como indica Le Gall (2010:34), se activa el apoyo familiar transnacional y la red migratoria. Es precisamente la cuñada de Carmen, quien migró por razones económicas en la segunda mitad de la década de 1980 a Suecia⁴⁶, la que decide y gestiona la salida: financia el pasaje y resuelve el tema del alojamiento en el lugar de destino. Carmen acató todo esto, pese a que -dice- no quería ni había pensado un proyecto de este tipo. Con ello, y aunque no lo dice expresamente, asume y reconoce una voz autorizada en su cuñada, quien le traza una nueva ruta a seguir. A la par, este hecho evidencia de modo claro que no siempre el proceso migratorio es resultado de una estrategia prevista, planificada, calculada deliberada y racionalmente.

“Me traje lo que era importante para mí”

Decidido el nuevo destino, no le quedaba sino preparar las cosas para su viaje. “¿Qué se trajo, Carmen?, ¿qué metió en las maletas aparte de su ropa?”, pregunto:

Me traje las fotos de mis hijos, de mi marido...Lo que más traje fueron fotos. [...] Metí mi libreta de matrimonio...del civil y de la iglesia...Todas las cosas que eran más importantes para mí... mis nietos, que también quedaron mis nietos... (Entrevista, 13 de noviembre de 2014).

46- Como señalé en los antecedentes, en esta época Chile registró una importante emigración en la que se entremezclan dos factores: la Dictadura Militar de Augusto Pinochet y la crisis económica que azotó al país. Desde el Golpe Militar, Suecia tuvo una política de puertas abiertas para los y las chilenas, debido a la represión política que se vivía. Entre 1973-año del Golpe Militar- y 1990-inicio de la Transición Democrática- recibió un total de 29.188 chilenos. La cifra incluye a quienes llegaron por razones políticas, familiares o económicas. (Camacho, 2006: 44-45). Ver Nota a pie 10.

Como dijo antes, “no conocía más vida que estar casada”, por eso no me sorprende que haya incluido las libretas de matrimonio. En términos concretos y prácticos, éstas tenían escasa utilidad. Para ella, sin embargo, revestían suma importancia: eran “lo conocido”, la prueba de gran parte de su vida y quizás, en medio de su suelo, un modo de traerlo a él; figuradamente, la seguridad de una compañía para esta nueva etapa.

Preparar el viaje le supuso, asimismo, recopilar fotografías y ponerlas en álbumes. La importancia de ellas en sus primeros pasos al desplazamiento queda ilustrada en la narrativa que construyó: la historia personal centrada en su proceso migratorio tiene como hito de partida cuatro álbumes sencillos (en Fotografía 17), de cartón, de aquellos que regalan -o regalaban- al revelar los rollos de películas. Buscó y seleccionó las imágenes con la idea de que

más o menos estuvieran todos [...] Trate de traerme todos mis nietos retratados... (Entrevista, 20 de febrero de 2015).

Le pregunto si puedo ver las fotografías, “¡pero, claro, niña!” me contesta risueña (Entrevista, 20 de febrero de 2015). Estamos sentadas una al lado de la otra. Dejo el mate y comienzo a dar vueltas las hojas de plástico que las contienen. “¿Quiénes son?”, indago. Ella me va presentando a cada una de las personas que aparecen. A veces las imágenes se acompañan de anécdotas o de explicaciones para aclararme los vínculos o el porqué de la presencia. Así, y como lo han señalado diversos autores (Chalfen, 2002; Dornier-Agbodjan, 2004; Tolia-Kelly, 2004; Bachten, 2008), el relato de Carmen amplía el contenido de la imagen más allá de su borde; y me sitúa en sus relaciones sociales y de parentesco (Bourdieu, 2003).

En estos cuatro álbumes caben todos: sus tres hijos y su hija, los cinco nietos que tenía hasta ese momento, el esposo de su suegra -con el que “se juntó a vivir ya mayor” y a quien, tras la muerte de esta, “tuvieron que cuidar hasta que se muriera”-; sus sobrinos y sus dos hermanos que viven en un pueblo cercano a Chillán, en la Región del Bío Bío (Entrevista, 20 de febrero de 2015). Así me entero de que su madre migró de esta zona campesina a la ciudad de Santiago.

Francisco interviene para hacerme ver una foto colgada en la pared en la que está la madre de Carmen, robusta, posando en traje de baño, en la playa, junto a un hombre y un niño delante de ambos. “Es idéntica a ti”, le dice a ella (Entrevista, 20 de febrero

de 2015). Es una foto que le regaló una de sus hermanas en el último viaje que hizo a Chile:

Es mi madre y mi padrastro [...]. Eso fue en Papudo. Fueron en el 69 [...] Mi hermano menor es el que está ahí al medio. Él es el padre de él, nosotros somos hijos de otro papá. A veces piensan que soy yo [riendo] ... (Entrevista, 13 de noviembre de 2014).

Mientras revisamos las fotografías, el tono y el ritmo de su narración varía dependiendo de quién hable. Se hace más lento y alarga las palabras con dulzura cuando, por ejemplo, se refiere a los nietos (“mis chiquiillos”) o a su única hija mujer (“mi niña bonita”). La mirada a estas imágenes le hace constatar el paso del tiempo:

Aquí están... [...] ¡Ay!, ¡es que ahora están todos grandes!, que los veo y digo: “¡madre mía!”. Mira, aquí está este chiquitito. Este niño, mira [apuntando una de las fotografías], ¡y ahora tiene 14 años! Y entonces han pasado los años... ¡Mis chiquiillos!... (Entrevista, viernes 20 de febrero de 2015).

Sigo dando vuelta las páginas. Ella permanece quieta a mi lado, atenta a lo que yo le pregunte. Encuentro un retrato: una toma en contrapicado, en blanco y negro, del rostro de un joven con bonete militar. Intuyendo la respuesta, y dada la presencia de Francisco, instintivamente bajo la voz y pregunto: “y este, ¿quién es?”. Con cierto aire de complicidad replica, también en un volumen bajo, como si no quisiera que Francisco la oiga (Notas de campo, 20 de febrero de 2015):

Este era mi marido. Así le conocí yo, estaba en el Servicio [Militar]. Tengo otras fotos más... ¿Ves? Era guapo... (Entrevista, 20 de febrero de 2015).

Tras decir esto, arrebató con rapidez el álbum de mis manos para buscar y mostrarme una fotografía de las últimas vacaciones antes de que él muriera. Fueron a un balneario, recuerda, cerca de la ciudad de Temuco, en la Región de la Araucanía. La imagen está algo desenfocada, pero se le ve a ella posando de pie en unos requeríos con el mar de fondo. Su cuerpo grueso, la forma en que está vestida -una falda a la altura de las rodillas, lisa, de un tono, y la blusa estampada que cae hasta la cintura-; su cabello hasta el cuello y sujeto, imagino, con unas pinzas negras; la forma en que posa -improvisando una leve sonrisa para la toma, mirando a la cámara, en un intento de ponerse de medio lado, mientras los brazos caen lacios a los costados- me conmueve. Me toca,

quizás porque me transmite una sencillez y una modestia que reconozco de los propios retratos tomados por algunas mujeres de mi familia y de amigas. “¿Viste?”, me sorprende Carmen en mis pensamientos, “yo siempre he sido gorda”, señalándome la imagen (Entrevista, 20 de febrero de 2015).

Francisco fuma en el dintel y luego vuelve a la mesa. Me da la impresión que intencionadamente finge no oír nuestra conversación. Ya sentado, mira distraído hacia las fotografías y cuadros que cuelgan del muro que tiene enfrente.

Sigo revisando. Desde la foto anterior voy más lenta que antes. Noto que algunas páginas están más gruesas. Exploro y descubro que entre las fotografías guarda a otras especies. Le pido autorización para sacarlas. Accede. Se trata de recuerdos recibidos con posterioridad a su partida desde Chile: cartas, que no leí, escritas a mano por sus hijos; tarjetas de bautizo de sus nietos; y un saludo de cumpleaños echo a computador por una sobrina y en el que ha firmado -a lápiz- otra. Por la fecha (marzo de 2004), pienso, debe haber sido su primer aniversario fuera. Seguramente, me digo, por eso le dio morada allí, para salvarle -junto a lo otro- de la desaparición (Notas de campo, 20 de febrero de 2015). Constato, además, que algunas de las páginas de los álbumes están vacías: Carmen, digo, “hay unas hojitas vacías. ¿Había fotos aquí?”. Ella, que justo se ha puesto de pie, anunciando un “voy y vuelvo”, se gira, mira y responde:

Había fotos, pero mis hijos me las robaron [ríe], se las llevaron...
(Entrevista, 20 de febrero de 2015).

No recuerda ni le inquieta saber qué contenían aquellas; como si con la ausencia de estas imágenes se disiparan también los recuerdos de las mismas (Dornier-Agbodjan, 2004).

Continuo. Mis ojos dan con un nuevo retrato en blanco y negro que me intriga (Fotografía 19). Y es que, aunque Carmen ya me ha presentado a casi todos los miembros de su familia, no logro saber de quiénes se trata. Pero no es sólo eso, es la fotografía misma, la escena que en ella quedó registrada, la que me inquieta: un hombre, que viste una camisa oscura deslavada, desabotonada en los puños, sentado detrás de lo que parece ser una rústica y pequeña mesa, del ancho suficiente para ocultar sus piernas y de una altura que le llega a las rodillas. Sostiene unas herramientas en la mano derecha, al tiempo que abre amplia la otra sobre una



Fot.19. Carmen: “Este fue mi primer hogar”
Fuente: Fotografía del archivo personal de Carmen.

superficie redonda. A su lado, una niña con un vestido blanco que termina sobre las rodillas, apoya su mano derecha en el hombro de él. ¡Lo abraza! En la otra mano, ella sostiene una pelota. Miran a la cámara. Pareciera que el sol les llega de lleno en los ojos. Probablemente, pienso, es un día de pleno verano. El suelo es de tierra. Atrás, una tela lisa y estirada deja colarse en un extremo, como una fisura, la imagen de un pastizal, un sitio eriazo.

Carmen ha ido a la cocina para preparar nuevos mates. Yo estoy sumida en la contemplación de esta fotografía. La he sacado del álbum y la he puesto sobre la mesa. Cuando vuelve, le digo “¿y ésta?”, al tiempo que se la indico con el dedo. No podía prever la respuesta: “esta foto”, me dice,

esta fue mi primera casa, mi primer hogar, mi primera casa...
(Entrevista, 20 de febrero de 2015).

Sólo cuando escucho esto, reconozco a la niña: ¡es ella, Carmen! Tenía 16 años, recién se había casado. Pero él, como señaló en otra ocasión,

tenía 20 [años], ¿eh? No era tan mayor. [...]. Éramos los dos jóvenes... (Entrevista, 13 de noviembre de 2014).

Esa es su “primera casa”, su “hogar”, como ella indica, porque recién casados -y sin recursos económicos- participaron en una toma de terrenos en la comuna de Cerro Navía, en Santiago. Era el año de 1970, una época marcada por el recrudescimiento de la “crisis de vivienda” en el país y, especialmente, en la capital, así como por las “condiciones críticas” de vida para la población (CIDU, 1971:1). Año, además, de inicio de la Unidad Popular (UP) en Chile, que marcó la llegada del socialismo por vía democrática al Gobierno. En este contexto, ellos y muchas otras personas se tomaron terrenos baldíos y montaron sus casas⁴⁷. En el caso de Carmen, ésta fue armada con lonas claveteadas en delgados postes de madera. Me cuenta que la carpa era tan pequeña, que ella se levantaba temprano, barría el suelo de tierra, hacía la cama

47- Las tomas de terreno se venían dando con fuerza en el país desde la década de 1960. Sin embargo, en 1970, el 4 de septiembre, el socialista Salvador Allende es elegido Presidente de la República. Desde ese momento y hasta que el Gobierno de la Unidad Popular asume oficialmente el mandato de la nación -el 4 de noviembre-, se agudizan las tomas de terreno y, consecuentemente, la proliferación de campamentos “de todas las tendencias políticas” (CIDU, 1972:1).

y se quedaba sin labores, así que -dice sonriendo- se tendía sobre la cama y leía Corín Tellado⁴⁸. Me narra esto y puedo imaginarla como una niña enamorada, iniciando su vida de mujer casada y empapándose día tras días de novelas rosas. Él, me explica,

era talabartero. Lo que tengo es mi mano es una pelota que hizo él... (Entrevista, 20 de febrero de 2015).

Esta fotografía y la narración que sobre ella hace, me sitúan claramente en su procedencia social. Carmen, tuvo una infancia de esfuerzo y trabajo. De hecho, dice, no pudo terminar el ciclo de educación básica (Notas de campo, 28 de julio de 2015):

Yo no supe lo que era niñez, porque cuando niña yo tenía que hacer todo en la casa mientras mi mamá iba a trabajar para criarnos a nosotros. Entonces, yo no tuve una vidaaaaaaa... [suspira] de juegos, de muñecas que me regalaran algo, nada. Yo no sabía lo que era un regalo, nada de eso. Al contrario, para la Pascua [Navidad] vendíamos juguetes, así que le dábamos la alegría a los demás [pequeña risa]. Pero fue una vida así, ¡bien!... (Entrevista, 13 de noviembre de 2014).

Reconoce que tras “pasar[la] mal”, su vida cambió:

Después que me casé yo tuve todas mis cosas. Mi casa tenía de todo. No podría decir que vivíamos míseramente. Vivíamos bien... (Entrevista, 13 de noviembre de 2014).

La posesión del terreno se regularizó en los años siguientes y ellos construyeron una casa “sólida y cómoda”, en la que no sólo cuidaron de sus cuatro hijos, sino que también, al morir su madre, acogió y terminó de criar a sus cuatro hermanos menores. Eso pasó, cuenta, cuando ella tenía alrededor de 22 años (Entrevista, 13 de noviembre de 2014).

La soledad, la nueva vida

La segunda estación de su narrativa es una figura de porcelana, una niña con una oca (en Fotografía 17), que le regaló una sobrina “antes de viajar”:

48- Corín Tellado es el seudónimo utilizado por la escritora española María del Socorro Tellado López, quien redactó - entre 1946 y 2009- más de 4.000 novelas románticas, o novela Rosa.” Sus novelas tratan de amor y desamor. Sus personajes son mujeres de hoy que viven historias románticas, pasiones, aventuras eróticas, matrimonios rotos, luchan por su felicidad” (Sobre su producción y biografía ver: <http://www.corintellado.com/quienes.php>).

¡Es un adorno bien lindo! Ella me lo dejó para que me acompañara siempre y hasta el día de hoy lo tengo... (Entrevista, 20 de febrero de 2015).

En un principio, y más allá de sus palabras, no entendí por qué decidió rescatar precisamente este objeto. Luego, a la luz de la revisión de nuestras conversaciones, comprendí que la respuesta se encontraba, eventualmente, en la finalidad con que se lo obsequiaron, o la que ella misma le dio y por lo que se lo trajo: “para que me acompañe siempre”. Es allí donde éste, como hito en su trayectoria migratoria, adquiriría sentido. La sobrina se lo otorga, y en el acto le extiende la presencia de aquellos que Carmen está dejando en su lugar de origen. Presume -y si no lo hace ella (la dadora), lo hace Carmen en su propia lectura- que habrá soledad; derivada de la distancia física, de la ausencia de quienes conforman su núcleo cercano. Así, la niña con la oca condensa una batería de presencias y de afectos para hacer frente a lo que se avecina; en esa figurita ornamental se inscriben y están los suyos

La importancia de esto se comprende al escuchar el relato de su primer tiempo en Barcelona:

Yo creo que lloré más de todo lo que había llorado allá [...], porque sola. Mi sobrino, jaños que no lo veía! O sea, llegar a un lugar donde no conoces a nadie, ir a la plaza y ver toda la gente desconocida... [...], y uno no haya realmente qué hacer. Hay mucha gente, pero uno está sola. Es triste la llegada de uno como migrante a un lugar... (Entrevista, 29 de octubre de 2014).

En sus palabras, Carmen se autodefine como migrante y recalca la soledad que implica serlo. Francisco, quien está escuchándola y mirándola fijamente, le sentencia:

Pero menos mal que te encontraste con un idioma que, por lo menos, te podías dar a entender... (Entrevista, 29 de octubre de 2014).

Ella no confirma ni niega lo que dice él, pues venir a Cataluña le supuso, de todos modos, someterse al contacto con un modo de vida distinto y con un idioma desconocido:

Al principio me costó mucho. Yo miraba los bares y, aparte de que estaba escrito en catalán, no entendía que era un café con leche, o sea, un llet and llet [quiere decir: *café amb llet*], yo decía “¿y eso?, ¿qué será eso?”, y un crosant, que tampoco lo entendía mucho al principio. [...] Yo andaba sola, caminaba y de repente tenía

ganas de tomarme un café, pero me daba cosa [vergüenza] entrar al bar, porque como no tenemos la costumbre... (Entrevista, 13 de noviembre de 2014).

[...] Porque en Chile no se usa de que las mujeres vayan solas a los bares. No sé ahora, pero en ese tiempo...Aparte que yo vengo de una zona más...más...en Cerro Navia. Entonces, es una zona más...que no hay restauranes ni nada [...] Apurado tienes almacén [...]. Entonces, claro, no tienes esa relación. No es lo mismo que vivir en Ñuñoa, vivir cerca de locales comerciales. ¡No es igual! Entonces, uno no tiene mucha vida social... (Entrevista, 29 de octubre de 2014).

Para Carmen el choque cultural se da entonces en varios sentidos: por una parte, no entiende el idioma y, por otra, se limita a raíz de sus identidades de género y lugar social de procedencia. De este modo, argumenta factores de su propia historia de vida y del marco social y cultural en el que se había desenvuelto hasta ese momento.

En su testimonio, se traga la palabra “pobreza”. Esta queda implícita o, más bien, se subentiende cuando acota el nombre de la comuna a la que pertenecía: Cerro Navia⁴⁹. Así, no atreverse a entrar a un bar se explica no sólo porque -como señaló en otra ocasión, incluyéndome- “venimos de un país pobre”; sino porque su vida tenía lugar en un sitio geográfico de Santiago marcado por la marginalidad, en donde los bares y cafés no hacen parte del paisaje urbano ni de la vida de las personas que habitan ese entorno. Desde aquí, de algún modo, matiza la imagen global de país o de la capital y su pobreza como un factor explicativo. En este sentido, deja ver que “allí” se funciona y se vive según la zona o comuna a la que se pertenezca. Se reconoce como parte de un segmento social específico en el que no se dan ciertas prácticas, porque no hacen parte de lo cotidiano y, en un juego de causas efectos, porque se carece de oferta para desarrollar las mismas. Así, propone la imagen de una ciudad altamente segmentada en la que, prácticamente, los distintos estratos sociales no sólo viven vidas distintas, sino que no se encuentran.

49- Según la Encuesta de Caracterización Socioeconómica Nacional (CASEN) 2003-2009, el año 2003 la comuna de Cerro Navia tenía un 4,25% de hogares en situación de extrema pobreza; y un 13,3% en pobreza. El año 2009, concentró 5% y 12% en las mismas categorías. Estos porcentajes son mayores que los registrados a nivel de región (3% y 7%, respectivamente) y del país (3% y 9%, respectivamente) (Biblioteca del Congreso Nacional de Chile, 2012). La Secretaría Regional del Desarrollo Social de la Región Metropolitana de Santiago, la contempla en séptimo lugar de las 14 comunas con el mayor Índice de Prioridad Social (IPS) (Secretaría Regional Ministerial-SEREMI, 2014).

Por otra parte, y como ya indiqué, en la narración que hace de sus primeros tiempos en Barcelona, Carmen se autodefine como “migrante”. De hecho, esto lo reafirma en el tercer hito en su narrativa: la figura de un ángel con una cítara entre sus manos (en Fotografía 17), obsequiada por una integrante de la organización de inmigrantes, fundamentalmente provenientes de Latinoamérica, a la que sumó -estimulada por Patricia- a poco de llegar:

Este fue mi primer regalo que recibí aquí en España. Fue mi primer regalo como migrante... (Entrevista, 20 de febrero de 2015).

Consiguientemente, “este monito “, como lo denomina, tendría un papel simbólico dentro de su proceso de desplazamiento: se reconoce y se la reconoce en una nueva identidad. Además, en la figura del ángel se activa el imaginario de protección y, nuevamente, compañía. Y, por si fuera poco, éste toca música, algo que Carmen adora.

Señalé que Carmen viene -o la mandan- a Barcelona escapando del dolor, en una apuesta por la vida; pero, y quizás como parte de esto, migra también para trabajar. Si bien reconoce que esto último no era el motor principal, porque sus hijos estaban ya grandes y con sus vidas armadas, es lo que se plantea como “deber hacer” en el nuevo país.

Al llegar a Barcelona conoció a Patricia, su amiga, quien alquilaba una habitación en el piso del sobrino de Carmen. Ella le consiguió trabajo en labores de cuidado de ancianos. Hizo esto hasta el año 2006, tras lo cual asumió tareas de limpieza de oficinas hasta el 2009. Desde ese año, dice, “ya casi no trabajo...sólo la casa”. En parte, explica, “porque quedé en el paro”, pero también porque “me han venido todos los achaques [enfermedades]”: diabetes, artrosis y una hernia lumbar. Con el humor que la caracteriza apunta en un tono irónico y jocoso: “y así, caminando por este mundo de dolor...doy pasos a la casa del señor”. Me mira y suelta una gran carcajada, tras la que continua en tono de broma, “a la casa...del señor Francisco” (Entrevista, 29 de octubre de 2014).

El “valle de lágrimas”, siguiendo el juego de lenguaje de Carmen, del proceso migratorio, del trabajo y de la vida misma, ha tenido, sin embargo, su contraparte positiva:

Para mí, yo era una vieja y [...]. Cuando llegué a trabajar, a cuidar a esa señora que estuve como tres años con ella...eh...lo primero que me dice la yerna de ella: “Carmen, tú tutéame. No me digas

usted, porque me haces vieja”. Yo le digo “nooooooo, ¿cómo la voy a hacer vieja?”. “Sí”, me dice, “me haces vieja. Tú tienes que tutearme, además que somos de la misma edad”. Y yo la quedo mirando “¿quéééé? [gesticula abriendo los ojos y la boca en señal de gran asombro]. Yo la veía que tenía unos 30 [años], me imaginaba. “Pero sí ya voy a cumplir 50 [años]”, me dijo, “y tú eres de la misma edad. ¡Somos jóvenes! ¿Tú no sabes que 50 años es lo más joven que hay acá? Y yo: ¡ohhhhhhh!, pero cóóóómo...” (Entrevista, 13 de noviembre de 2014).

Carmen me relata lo anterior entre risas y reitera sobre el tema: “yo decía, “pero, ¿cómo voy a ser joven si soy vieja?””. Este fue el punto de partida para empezar a mirarse de otro modo: de considerarse una “persona mayor”, en su país de origen, pasó a ser vista como una “chica joven” en el nuevo lugar que estaba habitando (Entrevista, 13 de noviembre de 2014). Asumido este hecho, el que implicó un quiebre importante con la visión que ella traía, comenzó a experimentar nuevas cosas

En ese tiempo era bastante activa [...]. Entonces yo, claro, después empecé a salir. Iba a bailar a las discos con mis amigas. Yo viví una vida de joven después de vieja, ¿eh? Hice cosas que jamás en mi país lo había hecho: [...]. Iba y bailaba hasta las cinco de la mañana... (Entrevista, 13 de noviembre de 2014).

Vivir esto fue “¡bonito!, ¡bonito!”, recalca. Antes, dice, aunque ella quería y le gustaba bailar, no lo hacía:

A él [su marido difunto] no le gustaba bailar y a mí siempre me gustó bailar [...]. “No te preocupes, ya vas a bailar, todo lo que quieras lo vas a bailar” [le decía él]. [...]. Son premoniciones que se han ido cumpliendo, porque bailaaba...La primera vez que empecé a bailar me dio pena: bailando lloraba. Me recordaba mucho de él. Y, al final, hasta que se me fue pasando todo eso. Pero de verdad que bailaba. Me iba de parranda con las amigas... (Entrevista, 13 de noviembre de 2014).

Reconoce, asimismo, que la propia experiencia de ser migrante y de tener contacto con personas de otros países ha ampliado su mirada: “es que aquí, es otra forma de vida”, dice. En virtud de esto, ahora reacciona ante comentarios, por ejemplo, hechos por sus familiares chilenos sobre la población inmigrante en el país:

Cuando llegué a Chile el 2011, mis hijos tienen eso de que los peruanos, que esto, que lo otro... [...]. Les digo: “[...] ¡lo que es no saber ser emigrante! Eso no se hace, porque yo soy emigrante y yo estoy en otro país donde también me pueden decir “la sudaca”, que viene y que aquí y que allá...y te insultan. ¿Y por qué? ¡Si uno tiene derecho! El mundo es libre”, les dije yo. “[...] El mundo es

de todos. Las barreras las ponen los hombres”. [...] “Sí, así es, poh, hay que primero vivir la vida y saber. No pueden opinar sin haber vivido” ... (Entrevista, 13 de noviembre de 2014).

Recordar. No olvidar las raíces

La cuarta estación es un mate de madera con borde de metal plateado (en Fotografía 17). La leyenda, en una de las caras de la barriga, “Recuerdo de Chile” es acompañada por dos banderas del país, cuyas astas se cruzan:

Quando llegó [nombre de la hija], me trajo esto [...]. Me lo mandó una amiga de Chile [...] para que no me olvidara de mi país, de mis raíces... (Entrevista, 20 de febrero de 2015).

Pero, ¿qué significa para Carmen no olvidar su país y sus raíces? La respuesta tiene varias dimensiones. “Cuando piensa en Chile, ¿en qué piensa?”, inquiero, a lo que ella responde:

Siempre me pongo a escuchar la música, ¡que la escucho todos los días, ¿eh?! No hay día que no escuche música chilena [sonrisa]... (Entrevista, 13 de noviembre de 2014).

De hecho, un día que iba llegando a su casa, una canción del folclor tradicional chileno se escapaba por las ventanas de Carmen e inundaba su calle. Tras tocar el timbre y luego enviarle un *WhatsApp*, me abrió la puerta. Nos saludamos al ritmo de la tonada “Mi banderita chilena/ banderita tricolor/colores que son emblema/ emblemas de mi nación...”. La música sonaba tan fuerte, que apenas podíamos oírnos en el saludo. Reímos ambas. Con premura, aquella que le permite su cuerpo, fue al computador para bajar el volumen. Y es que la oye, me explicó, desde unas páginas de Internet -en *YouTube*- (Notas de campo, 13 de noviembre de 2014).

La comida también constituye un espacio para el despliegue de su pertenencia de lugar de origen. Pero no se trata de que en su casa sólo se cocine comida chilena. El recetario va combinando platos del país de Carmen con los que ella ha aprendido en su vida en Barcelona, por ejemplo, mientras cuidaba ancianos. Se nutre también de la mano cocinera de Francisco que con relativa frecuencia (una vez por semana o cada 15 días) se encarga de preparar el almuerzo. La comida chilena, aquella que va más allá de la sopa o cazuela y las ensaladas, que se dan modo frecuente, tiene lugar en ocasiones específicas de encuentros o reuniones; o, como dice Carmen, cuando “bajan las ganas de un poquito

de Chile”. Ahí llama a Patricia y le propone cocinar. Así, el plato “especial” marca y transforma lo que era un día cualquiera.

Mi presencia y cercanía ha sido un motor para ello. De hecho, en la primera cita Carmen me preguntó qué comidas chilenas me gustaban. Haciendo un gesto gatuno de relamido de bigotes, recuerdo haber mencionado: “los porotos con rienda, el pastel de papás, los zapatillos italianos, las humitas, las empanadas...”. “Ah, dijo”, y ahí acabo el tema (Notas de campo, 29 de octubre de 2014). Sin embargo, al llegar para el segundo encuentro, ella estaba nerviosa: “me he retrasado con la comida”, me explicó. “¿Le ayudo?”, ofrecí diligente. Accedió. ¡Estaba preparando zapallitos italianos! Me puse manos a la obra en la tarea de rellenarlos. Me emocioné con su gesto: “qué rico,” me encantan los zapallitos dije, eludiendo el que ya se lo había mencionado a raíz de su indagación. Me respondió, con esa risa tan suya:

Un cariñito chileno para la guatita [panza] y el corazón... (Notas de campo, 13 de noviembre de 2014).

En otra oportunidad, en que habíamos acordado que iría a las cuatro de la tarde, comenzó a llamarme con insistencia para saber a qué hora llegaría a su casa. Le expliqué que estaba en la biblioteca, a lo que respondió enfática y mandona:

¡Ah, no! ¡Ventel, ¡ventel, que te estamos esperando para almorzar... (Notas de campo, 20 de noviembre de 2014).

No le importo mi actividad ni retrasar su hora de comida, sólo quería que me presentara. Me incomodé un poco con la exigencia. No la entendía. Partí con la decisión de hacerle ver que no podía cambiar intempestivamente la hora sin que lo habláramos antes. No obstante, mi firmeza decayó apenas pisé su casa: ella y Patricia estaban cocinando empanadas y tortilla al horno (Fotografía 20). “Queríamos darte una sorpresa”, me dijo Carmen. Así, la entrevista prevista para ese día se transformó en una jornada de chilenidad culinaria (Notas de campo, 20 de noviembre de 2014).

En estas ocasiones, y en otras -acompañadas por sopaipillas o pescado frito-, la comida chilena cobró protagonismo e inspiró los espacios de conversación y convivencia. Comprendo que ello en gran medida se da porque compartimos el mismo país de origen y hay, por tanto, en cada uno de estos momentos una suerte de complicidad en el disfrute de los platos. En el acto de juntarnos es como si hiciéramos patria: los sabores, las texturas



Fot. 20. Carmen y Patricia: hacedoras de empanadas. El cariñito chileno
Fuente: Fotografía tomada en entrevista, 20 de noviembre de 2014. Imagen intervenida intencionadamente.

y las formas evocan la tierra lejana, despiertan la memoria “de las raíces”. Conjuntamente con ello, se convierten para éstas dos mujeres chilenas inmigrantes en una manera de expresarle afecto a otra inmigrante -yo- comparte el lugar de procedencia.

Por otra parte, recordar Chile, su vida allí y a los suyos, es un aspecto vital para Carmen. Como ella señala, riendo: “uno vive de recuerdos cuando está lejos” (Entrevista, 20 de febrero de 2015). En esta tarea las fotografías ocupan un rol estelar. Sin embargo, pareciera que la magia que tienen para ella va más allá. Y es que, respecto de las fotos de hijos y nietos que se trajo al migrar, señala:

Los quiero más que para traerlos de recuerdos, para verlos siquiera de tan lejos... (Entrevista, 20 de febrero de 2015).

Según lo anterior, las imágenes entrañarían, entonces, un poder: como si en la contemplación, los retratados se hicieran físicamente próximos, venciendo el congelamiento, el estatismo y la mudez a que la toma les ha sometido. Por eso, ha dispuesto algunas de estas fotografías en paredes y muebles de la sala-comedor. A estas se han ido agregando otras que le han regalado en sus viajes a Chile: como la de su madre o una en que está ella y sus tres hermanas mujeres cuando eran niñas; y luego las mismas cuatro en una versión de estudio -hecha el año 2011-, con ropas antiguas: “el antes y el después”, acota riendo (Entrevista, 13 de noviembre de 2014).

Tenerlos a la vista, le permite una interacción con quienes están retratados:

Me alegra la vida. Claro, los veo ahí, ya sé que están bien...les hablo de repente...les digo, “¿cómo están mis niños?” ... (Entrevista, 13 de noviembre de 2014).

El saludo matinal, me cuenta riendo y con algo de vergüenza, parte por sus amadas plantas:

Después a mi mami que está allá arriba [en una fotografía colgada en la pared], a la niña, mi nieta”. Y agrega, en tono de broma: “a las otras [sus hermanas] les digo que están muy gordas, que tienen que bajar de peso y así... (Entrevista, 20 de febrero de 2015).

De este modo, las fotografías impresas se convierten en un recurso de contacto con los que dejó: la presencia de la imagen cobra cuerpo y se extiende al lugar que hoy habita. De esta manera, suponen la continuidad del vínculo (Berger, 2001) y también la

presencia de quienes no están (Christian, 2009, 2011; Rose, 2010). Pero, además de estas imágenes traídas, en los últimos años se han agregado aquellas a las que accede en Internet:

Yo no tenía idea de Internet, jamás me había metido. [...]. Un chico me empezó a enseñar y cuando los vi por Internet, por las fotos, ¡ay, que la lloraba!... (Entrevista, 20 de febrero de 2015).

Estas herramientas le han abierto un nuevo mundo. Tiene cuenta en *Facebook*. Allí revisa las fotografías que sus hijos y nietos suben:

Me mandaron una foto por Internet que quedé loca el otro día, porque salían mis nietos, mis niños que ahora están grandes y mi casa. Un reloj que tengo parecido a ese [mostrándome uno del piso actual] que lo tengo más de 20 años. ¡Uy!, me dio una alegría ver la foto... (Entrevista, 20 de febrero de 2015).

Pero, no sólo lo utiliza para encontrarse, como dice Francisco a propósito de la fotografía del reloj, “con la vivencia anterior”. Es también la herramienta para hablar con hijos y hermanas. Y es que como señala, aparte de llamar por teléfono cuando “extraña demasiado” (Entrevista, 13 de noviembre de 2014), habla por Skype una vez a la semana o, como máximo, cada 15 días:

Claro, poh, porque años atrás, ¡dónde! ¡Pobre gente, se iba y no sabía más de su gente! No poh, aquí uno se está viendo con eso. ¡Hay tanto adelanto ahora!... (Entrevista, 13 de noviembre de 2014).

El acceso a la tecnología también le ha posibilitado mantenerse al tanto de lo que sucede en Chile: revisar los periódicos “para ver qué pasa allá”.

Probablemente, especulo, es la experiencia migratoria la que ha impulsado a Carmen en el desafío de aprender a usar el computador e Internet. En esta han concurrido diferentes aspectos: la posibilidad de mantener un contacto frecuente con los suyos, haber accedido al equipo y la conectividad y el que alguien le haya apoyado en el desarrollo de destrezas. Si bien Francisco indica que Carmen sabe lo básico -a lo que ella responde que “él no sabe nada”-, lo cierto es que cuenta con el dominio suficiente para sus intereses: establecer el contacto en *Skype*, poner su música en el ordenador, revisar y comentar las fotografías de los suyos en *Facebook*; y también subir las suyas. Sustancialmente, aquellas de paseos que hace con Francisco

y Patricia por Cataluña, de las visitas a Chile que ha hecho con Francisco, así como las de comidas o celebraciones en su casa o la de su hija (Fotografía 1). Aquí, no importa si las fotografías están desenfocadas, repetidas o si alguno de los/as retratados/as -incluidos ambos- no se ven beneficiados por el lente de la cámara. Sólo le interesa descargarlas, desde su móvil con cámara, y subirlas para mostrarle a su familia en Chile los sitios que ha visitado o las ocasiones de fiesta. Así, estos recursos se han hecho parte de su vida. Y es como resumen ella:

Siempre estoy queriendo saber cómo están, qué hacen [...] Siempre estoy preocupada de eso, de saber de ellos. Al final, puede pensar uno que nunca está...que está más allá que aquí... (Entrevista, 13 de noviembre de 2014).

Esta misma sed de contacto continuo, no obstante, también tiene sus bemoles:

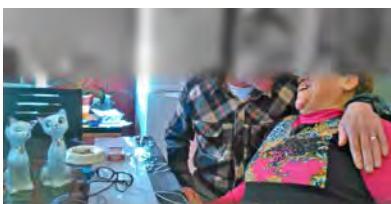
Tengo claro que si yo me hubiera quedado en Chile, a lo mejor no estaría. Porque me hubiera llevado para el otro lado [haciendo referencia al marido fallecido], porque habría sufrido y no lo habría soportado. Porque en Chile se pasan muchas penurias [...] porque todo se ve color de rosa, pero si uno se pone a mirar ha habido muchos problemas. Así que...yo pienso que, para mí, esto fue una suerte, una suerte... (Entrevista 13 de noviembre de 2014).

Y es que en este estar, a veces, “más allá que acá”, también le ha implicado vivir a la distancia una serie de conflictos familiares, entre ellos la separación de dos de sus hijos. Sobre esto, agrega que la gran pena es haber estado lejos de sus nietos en esos momentos, porque quizás, dice,

a lo mejor si yo hubiera estado allá, habrían estado más conmigo o los hubiera podido proteger más, pero bueno...el destino es el destino... (Entrevista, 13 de noviembre de 2014).

Vivir en pareja

El último hito de su narrativa está representado por las figuras de dos gatos (Fotografía 21):



Fot. 21. Carmen y Francisco: Los gatitos

Fuente: Fotografía tomada en entrevista, 20 de febrero de 2015. Imagen intervenida intencionadamente.

Carmen: ahí estamos los dos [Francisco y ella].

Francisco: no encuentro una cosa, ¿quién es el macho y quién es la hembra? [señala con picardía]

Carmen: es fácil distinguirlos, poh... (Entrevista, 20 de febrero de 2015).

Estas figuras de los dos felinos, en actitud coqueta entre ambos, los representan a ellos y su relación de pareja. Y lo hacen porque,

cuando recién supieron mis amigas que tenía mi pareja me los regalaron: la Carmen y el Francisco [sentencia sonriendo]... (Entrevista, 13 de noviembre de 2014).

Así, estos gatitos cierran el recorrido del trayecto migratorio tejido por Carmen. Este, de carácter lineal, se inicia con los álbumes que ella trajo a su venida; la que se produce una vez que ha quedado viuda, sola. Acaba cuando encuentra a Francisco, su nuevo esposo. Es como si con eso el orden de su existencia volviera a tener sentido, se completara en este hecho. Ello no resulta extraño si se considera la joven edad a la que se casó y el tiempo que duró ese matrimonio.

Cuando llegó su hija y su yerno a Barcelona, el año 2006, Carmen se fue a vivir con ellos. Sin embargo, se sentía sola:

Uno siempre está a un ladito, porque uno está sola. Uno no pertenece, o sea, pertenece a la familia, pero hay algo -que las personas mayores como yo me entienden-, que uno se siente como sobrando ahí [...]. Yo así me sentía, que yo estorbaba. Entonces, yo le pedí a Dios [...]. Me acuerdo incluso lo que dije...: "¿cómo no va a haber un hombre que necesite de mí y yo de él, para yo darle lo que a mí me queda y que él me comprenda a mí? Te lo pido Dios", se lo dije por el camino, ¿eh? Y no pasaron ni tres meses y conocí a Francisco... (Entrevista, 13 de noviembre de 2014).

Agrega:

No busqué un hombre que tuviera riquezas [...] Y encontré a una persona que necesitaba de mí como yo de él, que eso es lo más importante... (Entrevista, 13 de noviembre de 2014).

“¿Hace cuánto que están juntos?, les interrogo. Carmen responde rápidamente que se conocieron el año 2006. Francisco interviene con un tono de sorpresa risueña: “¿del 2006?, ¡¿8 años, ya?! (Entrevista, 29 de octubre de 2014). Se conocieron por medio de una amiga chilena de Carmen que era novia de un catalán amigo de Francisco. “Ellos fueron los que...”, Francisco se queda sin terminar la oración porque Carmen agrega: “...los culpables”. En medio de las risas que nos provocan estas palabras, él insiste en continuar con el relato:

Me dijeron, “mira, vas a conocer una mujer chilena. Ven, que es amiga nuestra [...]. Vamos a salir a bailar para conocerla, para que

no estés tan solo”. “Vale”, dije. Y bueno, así empezó la historia... (Entrevista, 29 de octubre de 2014).

¿Qué les atrajo de cada uno?, inquiero. Ambos responden al unísono: “¡nada!”. Francisco alega, exagerando y en tono de broma, “¡ella pesaba 110 kilos!”. “Y él...”, dice Carmen, pero antes de terminar la frase se contiene, mira a Francisco y le interroga: “¿lo digo?”. “Dilo, venga”, replica este. Con la aprobación, ella continúa:

Era un viejito curado [borracho]. No tenía nada que me llamara la atención. Al contrario, ¡uf!, lo más lejos posible lo quería de mí... (Entrevista, 29 de octubre de 2014).

Si Carmen en su pena y llanto al morir su primer marido “iba del sillón a la cama y de la cama al sillón”; Francisco, luego que lo dejó su primera mujer, fue “de bar en bar...20 años”. Pero más allá de hacer esta referencia a su comportamiento en tono de broma, reconoce que haber estado tantos años solo -” y aunque ya estaba acostumbrado”- no lo veía bien. Lloró y sufrió, dice: “yo me buscaba la muerte también”, agrega (Entrevista, 29 de octubre de 2014).

La relación se fue dando “poco a poco”, comenta Francisco. “Pero costó sí”, acota Carmen riendo (Entrevista, 29 de octubre de 2014). Comenzaron a frecuentarse como amigos por varios meses. Carmen, apunta:

A ver, julio, agosto septiembre, octubre [contando los meses con los dedos de la mano]...como en octubre [de 2006] empezamos ya -más o menos- a hacer una cosa más profunda, de vernos más, de juntarnos más... (Entrevista, 29 de octubre de 2014).

“Pero, ¿cómo fue esto?, ¿qué fueron encontrando en cada uno que de pasar de no gustarse nada y decir “¡uy, no!” a “podría ser”?”, les digo. Para Francisco la explicación “es muy simple”:

Es estudiar un poco la mente del otro y dejarte que el otro te busque la mente a ti también. Es comentar y hablar, es pasar un día y otro y otro y otro estudiándose mutuamente... (Entrevista, 29 de octubre de 2014).

Carmen, por su parte, explica:

A mí lo que me gustó de Francisco, es que tenía tema de conversación y escuchaba. Yo le hablaba y le contaba cosas y él me escuchaba y él me conversaba. Entonces, ahí él me gustó a

mí. Lo encontré que era un hombre educado y era inteligente... (Entrevista, 29 de octubre de 2014).

En este periodo, Carmen viajó a Chile por primera vez desde que había migrado:

Había conocido hacía poco a Francisco y [...] me llamó para Chile. Todos me leseaban [bromeaban], que la chica que era mi nuera me decía: “uy, ¡la llama un eZpañol!”. Y bromeaban que era un “Ezpañol”, que “uy, con la señora Carmen, ¡uyyyy! Ahora tiene un eZpañolll”, ¡más lo que me molestaban! “Ay, [les dije], pero si es una persona que yo conozco, que es amigo”. “Ay, sí, hombre” [le replicaban]” ... (Entrevista, 13 de noviembre de 2014).

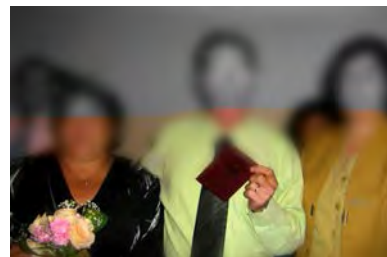
Carmen, histriónica y juguetona, recuerda esto en un tono divertido, intercalando ademanes, imitación de voces y risas. La llamada, de cierto modo, la obliga a reconocer ante su familia que tiene “novio”. La tarea, dice, no fue fácil:

A la que me costó más decírselo fue a mi cuñada por parte de mi marido [...] Y cuando le conté me dijo: “mire Carmen, yo la quiero mucho a usted y si usted encuentra una persona que la quiera y que la comprenda, yo soy feliz. [...]”... (Entrevista, 13 de noviembre de 2014).

Carmen, como ya señalé, mantiene una estrecha relación de afecto y amistad con la hermana del difunto marido, quien -en efecto- le financió el viaje a Barcelona. Decírselo a ella, confiesa, “le dio más tranquilidad... ¡y alas!” (Entrevista, 13 de noviembre de 2014). Al decir esta última palabra suelta una carcajada, la que yo comparto por su mente rápida e ingeniosa. Pero el término resulta revelador, pues el que ésta aprobara los nuevos pasos amorosos de Carmen, efectivamente le proveyó -pienso- de libertad para llevar adelante la relación con Francisco. Como Francisco acota, no eran “tan jóvenes para andar de pololos [novios] mucho tiempo. Noooo”; así que -continúa Carmen- el 08 de mayo de 2007

nos hicimos pareja de hecho [...], sí. Ya ahí ya, desde que nos juntamos no nos separamos más, poh... (Entrevista, 29 de octubre de 2014).

El año 2010 viajan juntos a Chile. La estancia dura 10 meses. En ese viaje se casaron: “como buen burro que soy...llegamos a Chile...en esos meses”, dice Francisco sonriendo, “y nos casamos allá”, completa ella. La familia de Carmen les organizó todo:



Fot. 22. La boda. La Portada de Facebook de Carmen

Fuente: Archivo personal de Carmen. Página de Portada de Facebook. Imagen intervenida intencionalmente.

Carmen: Nos hicieron el matrimonio, porque nos vistieron de pies a cabeza mi familia

Francisco: ¡Madre mía, que bonito fue!

Carmen: Y nos hicieron una tremenda fiesta. Estuvo muy bonito

Francisco: Vino la señora jueza a casa

Carmen: Fue un matrimonio civil en la casa...Y mi hijo menor fue mi testigo, y mi hermana fue testigo de él... (Entrevista, 29 de octubre de 2014).

Narran todo esto con una emoción calmada, como si al decirlo volvieran a ese instante. De hecho, una de las imágenes de la boda es la portada en Facebook de Carmen (Fotografía 22). En esta, la Libreta de Matrimonio que sostiene Francisco en su mano izquierda, en la que se ve la sortija en el dedo anular y el ramo de rosas entre sus manos son los indicadores del acto de aquel día. “Nos casamos”, dice Francisco, “a ver si estoy bien: el 4 del 2010”. Carmen, quien estaba mirando la fotografía conmigo, reacciona al comentario. Levanta la cabeza, le mira y, como una niña que descubre a un compañero haciendo trampa, grita: “Ah, nooo, ¡esa es pillería!”. Francisco ríe al ser descubierto viendo la fecha inscrita en su anillo de bodas. Ella, haciendo gala de su buena memoria dice: “el 4 de abril del 2010 no casamos por el civil” (Entrevista, 29 de octubre de 2014).

Francisco reconoce que tenía miedo de volver a entablar una relación y de casarse: un temor vinculado a la posibilidad de un nuevo abandono de la pareja: “a ver si me pasa lo mismo, dije”. Sin embargo, agrega:

Yo, particularmente, puedo decir que voy bien, que soy feliz, somos felices y que todo, todo va, con nuestras grandes peleas, porque a veces hasta sangre ha habido... (Entrevista, 29 de octubre de 2014).

La última frase de Francisco desata las risas. Patricia, sentada en el sillón interviene rápidamente:

¡Madre mía!, ¡¿cómo dices eso Francisco?! [...] Son discusiones de palabras, así. Mira, es que este es un pan [refiriéndose a Francisco], un pan comido con mantequilla [...] Carmen, además con su enfermedad está muy nerviosa... (Entrevista, 29 de octubre de 2014).

Las peleas, dice Carmen, son siempre por lo mismo: “por ese maldito tabaco y por el vino” (Entrevista, 29 de octubre de

2014)⁵⁰ .. Francisco ha estado con problemas de salud (le hicieron una angioplastia en noviembre de 2014) y ella reconoce que tiene miedo de volver a quedar viuda. Casi en juego de venganzas, remarca en varias ocasiones que esto ha sido muy difícil para ella, porque su primer matrimonio fue “buenísimo”: él,” todo al revés de Francisco”, “no tenía ni un vicio, ni un vicio” (Entrevista, 29 de octubre de 2014). Recuerda que una vez se aburrió y quiso dejarlo. En esa ocasión, intervino el hermano de Francisco para disuadirla (Entrevista, 13 de noviembre de 2014). Para él, en cambio, las dificultades tienen raíz en los caracteres de ambos:

Ella [...] es muy fuerte de carácter y yo también [...]...y cuando nos sale el indio que tenemos dentro, pues ¡vamos!... (Entrevista, 29 de octubre de 2014).

Insiste en que Carmen no le deja tranquilo, en cambio yo -le dice a ella- “¿te digo algo porque vas al mercadillo todos los viernes? [...] ¡No hay viernes que no vayas!”. Carmen cuenta, además, que Francisco “se pone celoso del ordenador”. Él en su defensa alega: “juega a las cartas, al póker ese. Y juega a los putos caramelos esos también. Y se me está hasta la una y hasta las dos de la madrugada ahí metida...”. Carmen, argumenta riendo que eso la “relaja” (Entrevista, 29 de octubre de 2014).

Pero más allá de los conflictos y rencillas, ella concluye:

Entonces, claro, yo enferma y con todos mis dolores le doy quehacer y él a mí también me da quehacer...y en eso estamos. Yo creo que es eso lo que nos mantiene siempre unidos y que nos queremos... (Entrevista, 13 de noviembre de 2014).

Como dice Carmen todo esto “ha sido una suerte”, “viví una vida de joven después de vieja”, “porque, aunque esté mayor, son nuevas experiencias, ¡total!”. “Y ahora yo estoy disfrutando de todo lo que no viví, digo yo. Porque, al final, tengo hasta muñeca” (Entrevista, 13 de noviembre de 2014), refiriéndose risueñamente a “Sarita”, una muñeca que tiene en uno de sus anaqueles. “No sólo muñeca”, acoto yo también riendo, “sino además sillón nuevo, auto y casa remodelada”. Ella replica con rapidez:

Pero, como te digo, nada de esto me hace ser ni más alta ni más baja. Yo soy siempre la misma [...] Siempre ahí tranquila. O sea, las

50- De hecho, a veces, en el marco de las entrevistas, se desencadenaron discusiones abiertas entre ellos por estos temas. En estos instantes, yo no sabía bien cómo actuar y, en general, desde la incomodidad, tendía a apagar la grabadora y a llamar la atención con otro tema. La misma función la cumplía Patricia.

cosas llegan, así como también se van [...] Yo todo esto, para mí es lo mismo, ¿o será donde no estoy en mi casa? o sea, me refiero en mi país... (Entrevista, 13 de noviembre de 2014).

Migrar, ha abierto nuevas oportunidades para Carmen. A ello ha contribuido también emparejarse con Francisco. En este escenario, reconoce que le ha cambiado su vida -por las experiencias mismas- y también por las condiciones materiales en que hoy se encuentra:

Uno ya va adquiriendo...otra vida, va teniendo otro nivel de vida también y...yo pienso que hay un cambio grande, poh, de la situación de antes de venir a la de ahora es mucho mejor [...] Posiblemente mi vida ha mejorado totalmente. Ha sido un cambio radical, o sea, un cambio total, ¿ya? Ahora la situación es mejor... muuuucho mejor que la que yo tenía en Chile... (Entrevista, 13 de noviembre de 2014).

El contrapunto en esta evaluación lo pone ella misma: su vida pasada en Chile y la actual en Barcelona. No obstante, recalca que en su fuero interno “sigue siendo la misma mujer que era”:

No me siento superior ni me siento inferior, sino que sigo siendo la misma. En Chile, fui muy pobre, pero me sentía bien... [o sea,] que yo me adapto a la vida que voy llevando. No me siento que “¡uyyyy!” [haciendo un gesto altanero]. Ahora sí voy a Chile, no voy a estar mirando a la gente por sobre el hombro. Me siento feliz en mi casa y en mi situación, porque mi situación en Chile es de pobre, pero yo me siento bien. Cuando llego allá, [no ando] pisando con la punta del piesss [remarca con siutiquería el final término y la acción que describe] y que no puedo pisar la mugre; porque allá la diferencia es muuuy grande, demasiado grande. Tú sales aquí, bueno te puedes encontrar con un mojón de perro por ahí...ya, uno, pero en Chile tú vas a los barrios bajos...tú vas, y te encuentras con un montón de perros y mierda por todos lados. Pero eso mí no me va ni me viene. Yo no voy a decir “¡ay, qué asco! Yo no vengo más”. Yo no soy así. Yo creo que uno es como es. Ahora, si te cambia la situación, porque tienes una mejor vida, y te olvidas y cambias, es porque no eres tú. Esto es según mi idea. Yo creo que yo soy la misma que me vine, con mejor suerte, que gracias a Dios me ha ido bien... (Entrevista, 13 de noviembre de 2014).

Asumir actitudes engreídas, sentirse superior porque hoy tiene un mejor pasar sería para Carmen dejar de ser ella misma. No olvidar lo que era es una consigna en su existencia. Y es aquí que conecta nuevamente con el mate - “Recuerdo de Chile”- y la finalidad con se lo dieron y/o que ella le atribuyó. Así, recordar el país, recordar sus orígenes, como decía a propósito de este, es también un modo de no dejar de ser lo que se es, de no desconocer

de dónde se viene. Se trata de una memoria viva y permanente de sus procedencias, desde la cual se para, vive y mira un hoy que no podría existir sin aquello. En esta forma de situarse plantea, de algún modo, una relación de continuidad entre los tiempos (el ayer y el hoy) y los lugares que habita (el allá y el acá). Aquí, las fotografías que se trajo al migrar adquieren un nuevo sentido: son sus recuerdos y lo importante para ella, como dijo. Y quizás lo son porque, en gran medida, constituyen una especie de cable a tierra; una huella que le trae a la memoria “lo que ha sido”, diría Barthes (2009), para que no se diluya en las vivencias del presente. Este tiene sus nuevos códigos, los que se integran a los ya existentes: las imágenes de este nuevo momento dialogan en el marco de la historia que ella, y que ambos, van tejiendo.

5.2.3 Recapitulación

Uno de los primeros aspectos que se destaca en el caso de Carmen es la concreción de un proyecto migratorio no buscado ni planeado por ella misma. Se trata de un nuevo destino definido, evaluado y decidido por su cuñada, como una vía de escape al estado de pesar en que se encontraba por la reciente viudez. Migrar a Barcelona para trabajar aparece, consiguientemente, como una especie de apuesta por la vida que se le impone y que ella acata, pese a no tenerlo contemplado en su horizonte. Estos hechos plantean dos aspectos que atañen al propio proceso migratorio: de un lado, que las razones que inciden en el desplazamiento se solapan (en esta ocasión, obedecen a un orden existencial y práctico); y, de otro, evidencian que no hay una estrategia personal prevista y calculada con antelación.

Desde aquí se derivan aspectos distintivos relacionados con su perfil migratorio económico-laboral y, asociado a este, con su procedencia social. En este sentido y pese a que viajar y asentarse en Barcelona no fue algo deseado, Carmen reconoce que le ha posibilitado vivir nuevas cosas y tener una mejor calidad de vida. La vivencia personal de y en otro contexto social y cultural ha tocado y trastocado algunos modos de mirarse (pasó, por ejemplo, de verse vieja a considerarse una mujer joven) y, consiguientemente, ha generado cambios en ciertas prácticas asociadas: ir a bailar con amigas, por ejemplo, o tomar un café en un bar. Ambas, inexistentes para ella en su contexto de origen, en

razón de las propias circunstancias de su vida (“a él no le gustaba bailar”) y/o de su entorno (vivía en un barrio pobre, donde no había bares y, además, las mujeres no iban solas). Por otra parte, y a partir de la experiencia personal de asentamiento en un lugar distinto al de origen, así como del contacto con otras personas inmigradas, se define como migrante. Desde aquí, por ejemplo, articula una posición reflexiva y reacciona ante comentarios ofensivos ante la población extranjera. El saber adquirido -en lo vivido en carne propia- constituye el principal argumento para su posicionamiento.

El tener un compañero es un aspecto crucial en su existencia. En el estado de duelo, con el que parte el desplazamiento, traslada sus libretas de matrimonio –civil y religioso-. Como se dijo, “eran lo conocido” y, simbólicamente, representaban una compañía y, en ello, cierta seguridad.

Pese a las dificultades que experimenta en la vida cotidiana con su esposo, conocerlo y hacer vida junto a él ha significado para ella -y, en realidad, para ambos- recomponer un orden que se había roto. De hecho, su narrativa plantea una suerte de progresión que va en este sentido: gestada desde la soledad de la partida, se detiene en la llegada y la vida migrante y finaliza con el retorno al orden de la vida en pareja.

En el contexto de su vida fuera de Chile, el acceso y uso de las TICs se ha convertido un universo importantísimo. La experiencia migratoria y la necesidad de comunicación con su familia- hijos, hermanas y nietos- han jugado un papel clave en el desarrollo de destrezas para moverse en el ámbito tecnológico y usar las herramientas: *Facebook* y *Skype*, fundamentalmente.

La circulación de las fotografías que ella produce adquiere un marcado carácter informativo. Más allá de lo estético, las imágenes importan porque comunican: dan noticias de ella y de su vida, en un esfuerzo de reforzar su presencia y el lazo con quienes están en Chile. Por eso, por ejemplo, las descarga desde su teléfono móvil y las sube directamente a la red social del Facebook; sin selección previa, sin que le interese si están desenfocadas y/o con un encuadre mal hecho. El asunto parece aquí el compartirlas, de modo que quienes están en Chile conozcan los sitios en que ella, su esposo Francisco y su amiga Patricia, caminan, recorren, así como las comidas y ocasiones de celebración.

Cuando migró trajo cuatro álbumes que contenían una selección de fotografías en que aparecieran todos los familiares. En este registro está el recuerdo de quienes están lejos, de su historia y de su vida. En la disposición en muros y anaqueles, por su parte, las imágenes adquieren una nueva dimensión: hijos, nietos, madre y hermanas cobran presencia. Así, ya no se trata sólo de una pura rememoración, sino, como indica ella, de “verles que están ahí” y, en el acto, “saber que están bien”.

Un eje de su experiencia migratoria, de asentamiento y de vida en pareja es para Carmen “no olvidar” quien es, “de dónde viene”, “sus raíces”. En este cometido, señalé, la preparación de platos chilenos es un mecanismo sustancial para reactivar y recrear el vínculo con el país: la ausencia física, y la necesidad surgida del terruño, se compensa en parte de este modo. Es un acto social, compartido y de una fuerte connotación afectiva. Escuchar música chilena, especialmente folclórica, es otro medio para revitalizar permanentemente su lugar y cultura de origen. Aquí, la tecnología ocupa también un lugar destacado: la oye cada día desde YouTube, donde ha identificado algunas selecciones.

Pero este “no olvidar quién es” y sus raíces, no compete únicamente a su país de origen, sino también a la situación socioeconómica y a la familia desde la que proviene. En este sentido, objetos e imágenes –recibidos como regalos y también aquellos transportados por ella misma– tienen una dimensión central. Desde aquí, asimismo, se entiende la importancia de la imagen de su “primera casa”: humilde y sencilla, funciona como una seña, una huella para no extraviar el camino. Desde esta forma de situarse en el mundo, con sus condiciones sociales, materiales y efectivas, se conecta e interactúa con el ayer en un continuum; en un esfuerzo intencionado por escapar de la tentación del envanecimiento que -le supone- al presente más confortable. Las posesiones, señala Carmen, van y vienen. Desde aquí el sentido de este tipo de imágenes en su vida y la suerte de misión que se ha autoimpuesto en su resguardo: “no olvidarme” y “dejar de ser lo que soy”.

5.3 Blanca. Las fotografías viajan y uno va con ellas

Blanca tiene 36 años, nació en un pequeño pueblo de la zona central de Chile. Luego, junto a su familia, se trasladó a la ciudad capital de la región. En ese lugar desarrolló su vida: fue al colegio y, luego, a un liceo técnico profesional -de monjas- en donde estudió contabilidad. Tras esto, comenzó a trabajar como secretaria. Al poco tiempo, entró a la universidad para cursar la carrera de Administración de empresas. Esta, en modalidad de horario nocturno, la combinaba con su jornada de trabajo.

En general, su vida transcurrió en el marco de ese entorno regional. Allí estaban sus amigas, compañeros y compañeras de universidad y de trabajo y su extensa familia: sus padres, una hermana y dos hermanos, sus sobrinos, además de primos y tíos en distintos grados. En el año 2009, emigró a Barcelona para casarse con Jordi, un catalán de 47 años, con el que actualmente tienen una hija -Ainoa- de tres años. Habitan un piso de dos dormitorios, en el sector norte de la ciudad.

Blanca me esperaba con ganas de hablar. Las conversaciones fluyeron con facilidad desde la primera cita. Ambas nos encontramos en un lenguaje llano y en la experiencia de tener infancias campesinas. Los temas se iban deshojando sentadas cómodamente en el sofá, al compás de tazas de café (para mí), té (para ella) y pastas. Programó cada uno de nuestros encuentros a las cuatro de la tarde, hora de la siesta de su pequeña, de modo que pudiéramos conversar “más tranquilas”. Sin embargo, Ainoa, quizás intuyendo que alguien visitaría su casa, solía no dormirse a la hora habitual. Así, muchas de las entrevistas se acompañaron total o parcialmente de su presencia. En la primera, tomó las hojas en que yo llevaba registradas las preguntas. Blanca trató de quitárselas, bajo el argumento de que le tenía “una carpeta llena, para que dibujara”, pero la niña se resistió a entregar el botín. Yo, reconozco, la deje hacer. Me divertía la idea de que llenara mi pauta con sus trazos. Sentía, además, un especial deleite por la grabadora, la que intentaba coger en muchas oportunidades. En el campo de lo deseable, también estuvo la cámara de fotos; la que tomó, pese a los intentos de su madre por disuadirla. Consumado el hecho de que ya la tenía entre sus pequeñas manos, antes que arrebatársela, opté por decirle de manera sencilla cómo usarla. Nos hizo una toma y, luego, otra. Para esta última recibió las instrucciones de su madre. Luego, al pedírsela, la devolvió sin oponer resistencia

(Notas de campo, 26 de mayo de 2013). El hecho mismo de que la niña estuviera con nosotros, sus intervenciones y demandas, así como las estrategias de la madre para abordarla, me permitió ser testigo -al menos en parte- de una dimensión de la vida íntima de Blanca.

Las fotografías dispuestas en la casa, guardadas en álbumes y en el ordenador, tuvieron un papel especial en cada uno de los encuentros. El último, lo pasamos frente al portátil, revisando durante unas cuatro horas los distintos archivos de imágenes. Seleccionó 25, con las que construyó una narrativa visual de su historia. Si bien éstas son el eje del texto que se desgana a continuación, dialogan y se contextualizan con la información de las entrevistas y encuentros previos.

5.3.1 Ir y venir con las imágenes

Nuestra última entrevista comenzó, formalmente, una hora más tarde de lo habitual. Y es que la conversación previa a la misma se extendió y se extendió. En ese lapso, Ainoa fue vencida por el sueño. Luego de acostarla, Blanca instaló con diligencia el portátil en la mesa de la sala. Ahí entendí que, en realidad, ella había “hecho tiempo”: “o si no no se puede”, comentó risueña (Notas de campo, 23 de febrero de 2015), pues la niña -como dijo en otra ocasión- “no me deja. Se pone a jugar con el computador” (Entrevista, 26 de mayo de 2013).

Despejado el camino, nos dispusimos a la tarea. Lo encendió. “Esto [...] va lento”, me advirtió. En la Biblioteca de Imágenes se desplegaron carpetas ordenadas por años: del 2008 al 2015. Había una, sin embargo, que escapaba a esta catalogación. Blanca ya comenzaba a revisar la carpeta “2008”, pero, confieso, la interrumpí: “y esa que dice “Recuerdos de Chile”, ¿qué es, Blanca?”. “¡Ah!, eso”, dice mientras la clickea,

Son fotos que tengo guardadas de mi familia. Me parece que el año que yo me vine, sí, [...]...que yo iba a viajar, [...] guardé fotos, porque no me las pude traer todas de allá... (Entrevista, 23 de febrero de 2015).

Pasa una a una estas imágenes: del trabajo, de la visita a un santuario católico y del paseo a una playa que hicieron con la madre, “justo

el año antes de yo salir [de Chile]”, recuerda; Navidad; Año Nuevo; y su cumpleaños, con la torta, que tenía inscrito el apodo con el que su hermano habitualmente le llama, y las flores que le hizo llegar Jordi desde Barcelona.

Me describe anécdotas que enmarcaron las ocasiones de celebración, de salida y de las propias fotos, llegando incluso a la época y lo que ella o su familia experimentaban en ese momento (Dornier-Agbodjan, 2004). El relato adquiere un tono lento. Es como si tuviera todo el tiempo para ir narrando sobre las imágenes y aquellos momentos. Al mirar las fotografías recuerda los instantes, las circunstancias, piensa en las personas retratadas, sonrío. Estoy ahí, ella lo sabe. Tiene conciencia de que está compartiendo este acto conmigo. No obstante, a ratos pareciera que desaparezcó. Se queda en sus divagaciones, se pregunta y se responde a sí misma, como si al recuerdo que se despierta de pronto con el estímulo de la imagen, le apuntalara la confirmación, como si más allá de mí iniciara un diálogo consigo misma, con su memoria:

Mira, ahí salen todos bailando. Ahí estaba mi abuelita viva todavía... Sí [se confirma a sí misma], en la casa de mis tíos. Uno ve a los niños ahí, pequeñitos...Y ahora uno los ve y ya están grandes. Claro, uno queda ahí, pero ellos van creciendo. Este fue [el] que el año pasado, cuando fui, se casó también. [...]. ¡Esta ya es mamá! Este ya falleció, era el hermano de mi mamá, de los menores [...]. Están mis primos. [...]. Esos son “Recuerdos de Chile” ... [sonríe] (Entrevista, 23 de febrero de 2015).

La mirada a las imágenes le supone la constatación del tiempo. Años que avanzan y en el que la historia personal y familiar se va marcando por los distintos -y reiterados- eventos y fiestas (Bourdieu, 2003; Jacobs, 1981 citado en Mraz, 1999; Rose, 2010). Así, visionar las fotografías la confronta con los cambios. En este proceso, el crecimiento, las bodas y las muertes, por ejemplo, funcionan como compases que le indican que lo que está viendo pertenece a un cierto momento, a un instante determinado que, por cierto, ya no es.

En la calma de esta dinámica, pasamos -sin apuro alguno- a otras carpetas que están en su portátil. Ni ella ni yo ponemos prisa en la tarea. La alegría y la tristeza tienen cabida en este ejercicio. La pena, sin embargo, llega con más fuerza cuando se va internando en aquellas que hablan de su familia en Chile.

Con las fotos como que uno se siente más cercana. No estoy allá pero sí que, por ejemplo, cuando son los 18 [de septiembre]⁵¹ o cualquier cosa ellos me mandan las fotos o del cumpleaños de mi papá o [de] cualquiera, me mandan fotos [...]...no sé, como que se siente “sí que estuve” y me entero de todo... (Entrevista, 3 de junio de 2013).

Las fotografías que su familia le envía por *WhatsApp* o que ella baja del Facebook, le proveen información de cómo fue aquello y le otorgan la sensación de que estuvo ahí. Sus palabras me hacen pensar: ¿qué es “estar ahí”?, ¿cómo se construye el recuerdo?, ¿en qué medida la presencia física es la condición sine qua non? Para Blanca, estas fotografías parecieran articular una vivencia. En la contemplación, parte en un viaje de retorno; a ese “allá” reciente, contingente, que no puede entenderse sin su ayer más lejano en el tiempo y que, del mismo modo, hace parte del cómo y dónde vive el hoy. Las fotografías funcionan aquí, entonces, como un cordón que la retrotrae y que la transporta a ese instante desde el que puede armar una memoria, un relato y, por tanto, hacerse parte del mismo. De este modo, crea una vivencia - “imaginada”- de y en esos momentos; y atenúa la ausencia y la distancia. Pero este hilo visual que conllevan para ella las imágenes, también le permite jalarlos hacia sí. No obstante, actualizar su presencia en Barcelona se gesta a través de otro mecanismo: por ejemplo, en los objetos e imágenes que ella transporta desde Chile en cada viaje que hace.

Desde que emigró, me cuenta, ha ido una vez por año, con excepción del 2010, el año del terremoto que sacudió con fuerza la zona central del país⁵²: a Jordi “le daba miedo [...] y, al final, no fui” (Entrevista, 26 de mayo de 2013). Los promedios de estancia de estos viajes, dice, duran como mínimo un mes. Él, por su trabajo, junta días y se suma un par de semanas (Entrevista, 26 de mayo de 2013).

Cada vez que voy me traigo cositas. Por ejemplo, allí -arriba- [señalando el anaquel de la sala] tengo mi rincón chileno. [...]

51- El 18 de septiembre se conmemora la Primera Junta de Gobierno, que dio los pasos iniciales al proceso de Independencia de España. Es la fiesta nacional de Chile y, por tanto, se celebra en todo el país. En la zona central, de donde es originaria Blanca, es particularmente importante.

52- El 27 de febrero de 2010, a las 03.34 horas, Chile fue sacudido por el segundo terremoto más grande de su historia y uno de los cinco más grandes del mundo: con una magnitud de 8,8 en la escala MW, duró alrededor de tres minutos. El epicentro se situó a lo largo de la costa de la Región del Maule. Ciudades y poblados de la zona central de Chile fueron fuertemente impactados por el movimiento telúrico y por el posterior tsunami que arrasó las costas. Más detalles en: Celedón et. al. (2012).

Entonces, tengo ahí unos moáis, un Indio pícaro⁵³. Cada vez que voy o me regalan o me traigo las fotos de mi familia. Hay de otros tíos que también los quiero mucho, mis sobrinos, y así siempre... el Huaso chileno⁵⁴ [sonríe]. Siempre trato de traer cosas de allá, fotos...los vinos, así... Ahí, ya tengo mi santuario de allá. [...] Y cuando voy, voy actualizándola, poh, vuelvo a traer la foto y pongo la foto más actual... (Entrevista, 26 de mayo de 2013).



Fot. 23.. El “rincón chileno” de Blanca
Fuente: Fotografía tomada en entrevista, 20 de mayo de 2013.

Cuando me muestra “su rincón chileno” (Fotografía 23) eleva el volumen de la voz y el rostro se le ilumina. Me levanto y miro detenida el lugar. No me sorprende ni la figura ni la mención del “huaso chileno”, porque la zona de la que ella proviene es una de las más tradicionales del país. El campesino elegante y engalanado, hace parte del atuendo de muchos de los hombres acomodados del lugar; una vestimenta y formas de ser y hacer que no sólo cobran presencia en las fiestas destacadas sino en el día a día local. El moái, sin embargo, tiene una naturaleza diferente. La cercanía geográfica y cultural con Isla de Pascua o Rapa nui es remota. No obstante, sus esculturas de piedra funcionan como un emblema turístico de Chile, o una de las caras del mismo. Aquí opera, por tanto, la apropiación de esta imagen-discurso, de modo que la estatuilla se convierte en un tropos, la sinécdoque: aquella parte que envuelve, que remite, de algún modo, a la imagen total.

No puedo evitar, además, reparar en la figura graciosa y algo impúdica del “indio pícaro”, tan circulado en el mercado de souvenirs turísticos. Río. A mi risa, más estertórea, le acompaña la sonrisa mesurada de Blanca. Este gesto, de esbozar una sonrisa que quiere abrirse a más pero que se contrae, es algo que suele hacer en muchos momentos de nuestras conversaciones. Así, mantiene un rostro risueño que raramente termina en una carcajada abierta, sonora.

53- Este, como se vio, “el Indio pícaro” también estaba en la casa de José. Para una clarificación de esta figura, ver Nota a pie 35.

54- El término “huaso” proviene del quechua y significaría “lomo” o “ancas de las bestias”. Los pueblos originarios de Chile llamaban huasu a los hombres que andaban a caballo. Más tarde, esta palabra pasó a denominar a quienes realizaban faenas agrícolas de a caballo. Ya en el siglo XVIII aparecen los primeros huasos en los escritos de algunos cronistas [...]. A comienzos del siglo XX, [...] la prensa buscaba desesperadamente las raíces de la identidad chilena. Entonces la sociedad se interesó más en las tradiciones, costumbres y personajes típicos. Fue así que se tomó conciencia de que los huasos existían”. En la actualidad, se distingue entre la vestimenta de diario y la de lujo del huaso: la primera, incluye hoy prendas comunes (como jeans), “siempre acompañadas por la infaltable chupalla o el sombrero de paño”; mientras que la segunda, es la que habitualmente se observa en ocasiones importantes (rodeos y fiestas, por ejemplo): “camisa, chaquetilla corta blanca o negra, pantalón a rayas, zapatos de tacón, faja o cinturón, encima un lujoso chamanto o una bella manta corralera” (Fuente: <http://www.educarchile.cl/ech/pro/app/detalle?id=106980>).

“¿Por qué ha sido importante traer las fotos y, luego, todos estos objetos?, ¿qué significan para ti hoy?”, le pregunto:

porque uno como que así siente que los tiene más cerca. Eh...como que no los olvida, como que están siempre ahí presentes. [...]. Me gusta como que tenerlos cerca, no despegarme de ellos. Todavía no me despego de la familia [...]. Como que da la sensación de que no estás tan lejos. Entonces los tengo ahí siempre en la memoria [sonríe]... (Entrevista, 26 de mayo de 2013).

Si bien, es un rincón que ve más -comenta traviesa- “cuando limpia”, le gusta saber que “están ahí”. Lo ha erigido como un memorial de Chile y de aquellos que están allá y ama. Así, este se transforma en un cordón que la ancla y le da sustento. Por eso las imágenes de la familia que tiene en su “santuario”, se renuevan en cada viaje. Las antiguas van al lugar -” una maletita”- donde guarda los documentos importantes, como el pasaporte, por ejemplo, y ceden paso a las actuales, a las recién traídas (Entrevista, 26 de mayo de 2013). Mediante este ejercicio, activa un juego de presencias de quienes están lejos (Christian, 2009; Rose, 2010). Con ello, les hace parte de su vida y se hace parte de la de ellos. A través de este mecanismo, se esfuerza por encarar el paso del tiempo experimentado desde distancia física, la que pareciera intentar revertir en el gesto permanente de la renovación.

Asimismo, “despegarse”, cortar el cordón, distanciar el vínculo aparece para Blanca como un “deber ser”. Por eso, pienso, la risa avergonzada se le dibuja en el rostro cuando señala que ella “todavía” no lo hace. De hecho, reconoce que se comunica diariamente por *WhatsApp* con sus hermanos y habla, prácticamente, día por medio por teléfono con su madre. Una vez a la semana, además, intenta una conexión por Skype o por Facebook, la que no siempre logra debido a la diferencia horaria o a que su madre no siempre tiene quien le ayude a entrar a Internet (Entrevista, 26 de mayo de 2013).

Como dije, la revisión de las carpetas en el ordenador la hace sin prisas. Pasan las horas y seguimos sumidas en la tarea. Al acto, reflexiono conmigo misma, le imprime el mismo ritmo lento que tiene lo cotidiano en la zona rural que ella y yo conocemos tan bien (Notas de campo, 23 de febrero de 2015). Cada carpeta de año contiene subcarpetas, nombradas generalmente por meses; relacionados con eventos -reuniones, celebraciones, fiestas- o paseos. En más de alguna ocasión descubre errores en su organización:

Esto es en verano. Estaba más morena, ¿viste que era verano? ¡Estaba muy morena! [sonríe]. Claro, fue después de haber vuelto de la playa [...]. Esto fue el 2012, sí [se confirma a sí misma]. No sé por qué está en esta carpeta. Esta fue en [nombra el pueblo en el que nació]. Esto fue el 2012, ¿el 2012?, porque... Sí [se confirma a sí misma], mi abuelita ya no estaba. El otro 18 que no estaba. Ahí fue en la casa en el campo. ¡Viste que tengo unas mezclas! “Enero de 2013” [lee el nombre de una subcarpeta] y resulta que esto no tendría que estar aquí [...]. ¡Están mezcladas! ¡Hace unas cosas uno! [sonríe]... (Entrevista, 23 de febrero de 2015).

También nos encontramos con varias imágenes que se repiten. Eso, me explica, es porque hay “más cámaras”: ahora, agrega, además de la de fotos, está la del móvil de Jordi y el de ella; y cuando van a Chile se suman las que tienen “los de allá” (Entrevista, 23 de febrero de 2015). Considerando esto, y en virtud del trabajo que le demanda organizarlas, ha cambiado su forma de clasificación: antes consideraba el equipo desde el las que las bajaba. Así tenía la carpeta del año, luego la subcarpeta del mes y dentro de ésta, nuevas carpetas: “Cámara”, “Móvil Jordi”, “Móvil Blanca”, “Cámara de tal o cual”. “Y ahora las bajo todas y las pongo todas en lo mismo”, aclara (Entrevista, 23 de febrero de 2015).

Ainoa se despierta. Escuchamos un quejido que no alcanza a ser un llanto. Blanca corre a verla. La trae en brazos. La deja en su silla, una silla pequeña que pone junto a la mesa de la sala. La niña dice algo que no comprendo. “¡Ah!, la Patrulla canina. Bueno, te la pongo. Pero te tienes que comer tu yogurt”, le sentencia su madre. Saca una tablet y pone los dibujos animados. La niña come y mira la pantalla. Sigue en la modorra de la larga siesta que se dio.

Llevamos alrededor de tres horas en la revisión. Se hace tarde. Comienzo a pensar en que pronto llegará Jordi del trabajo. Me inquieta que pueda molestarle que yo aún esté ahí. Le digo a Blanca a esto último, pero ella no quiere parar: “no hay problema”, me dice. Y, efectivamente, él llega. “¡Papá!”, grita feliz Ainoa, como si no lo hubiese visto desde hace tiempo. Nos saludamos y yo me disculpo, casi instintivamente. “No pasa nada”, me responde amable. Blanca le cuenta que seguimos revisando las fotografías: “¡es que había tantas fotos que no me acordaba!”, le dice sonriendo. Él replica con un escueto “ah”. Va y viene por la casa, al baño, a la cocina. Le pregunta a Blanca si saca pan del congelador. Ella, con su calma habitual, y sin dejar de hacer lo que hace, le dice que “no es necesario”.

Jordi anuncia que saldrá. Ella, concentrada en su tarea, le contesta: “sí, mi amor, tú vete, sí. No te necesitamos”. Es un tono neutro: no hay displicencia, malestar u incomodidad en sus palabras (Notas de campo, 23 de febrero de 2015). Pero él no se va. Juega con Ainoa mientras nosotras seguimos en la revisión. Poco a poco, empieza a mirar las imágenes y a intervenir: “¿esa es de mi móvil?”, “¿cuándo fue eso?”, “¿dónde?”, “¿y esa?”, “¿y eso?”, “eso fue antes”, “¿están ordenadas en el tiempo?”. Blanca va respondiendo sus inquietudes. Arman un diálogo entre ambos, recordando dónde tomaron las fotografías y cuál de ellos dos lo hizo. Jordi me comenta de algunos de los lugares que están en las imágenes que se van sucediendo. A propósito de las de Chile, apunta:

Te cansas de tanto asado, ¿eh? Hasta me duelen dientes, no sé...
(Notas de campo, 23 de febrero de 2015).

Blanca, retoma la palabra pausada sobre las imágenes que desliza en la pantalla. Él, que continúa mirando, le dice: “¡pasa ya!, porque si no te demoras mucho”. Quizás quiere comer, pienso, por eso la prisa. Ella, en el mismo tono de antes, replica: “sí, pero es que vamos viendo”; y prosigue sin alterarse ni acelerar la marcha (Notas de campo, 23 de febrero de 2015). Jordi, finalmente, sale. Al cabo de unos 15 ó 20 minutos, Blanca termina de revisar las carpetas. Mira y afina su selección. Me copia el archivo en un pendrive. La sesión y nuestras entrevistas han terminado.

5.3.2 La historia visual de Blanca

Antes de migrar

Familia y migración están estrechamente unidas en la narrativa de Blanca. La primera funciona como un eje articulador de su desplazamiento. Así, las dos unidades de la que ella es parte -la de origen, en Chile, y luego, sin obviar la anterior, la que ha construido con Jordi en Barcelona- van de la mano con lo que ha significado el proceso migratorio en su vida.

Las tres primeras fotografías provienen de la carpeta del ordenador “Recuerdos de Chile” y, por tanto, hacen referencia a momentos y lugares previos a su proceso migratorio. Parte su recorrido con



una fotografía (Fotografía 24) tomada en un paseo que hizo con sus padres y sus hermanos a los faldeos de la Cordillera de los Andes, a la altura de la Región del Maule:

Ahí está mi hermana, poh, la mayor y después nosotros... [ella y sus dos hermanos]...[...] [Yo] tenía como unos cuatro años, por ahí...(Entrevista, 3 de junio de 2013).



Veo la foto. En el retrato de los cuatro hermanos, el padre y la madre se hacen presentes en el recuerdo de aquella salida. Blanca es la más pequeña, en edad y tamaño. La segunda (Fotografía 25), también convoca a su núcleo de origen. En esta ocasión, el lente de la cámara les contiene a todos. La familia es así, el corazón y la protagonista de la toma: los padres sentados en el sofá; Blanca y su hermana paradas detrás, apoyándose en respaldo del mismo; y sus dos hermanos varones sentados en el piso, a los pies de los padres. Uno de ellos sostiene a un niño pequeño. Se alistaron para la fotografía y pusieron el temporizador. Todos miran directo a la cámara con cierta seriedad. Todos saben que el disparo viene, pero el padre justo bajó la mirada. Era una época previa a la cámara digital y, por tanto, no había aquí la opción de ver cómo salió y/o de repetir hasta que todo “sea perfecto”. En esta imagen, Blanca me presenta de nuevo a su familia: repite los nombres, al tiempo que su dedo va deteniéndose en los rostros. Cuando llega al niño explica que es su sobrino mayor, hijo de su hermana que fue madre soltera:

Mi sobrino -el mayor, que ahora va a cumplir 19 años- [...] era como el hermano menor... [...] Como vivíamos todos en la misma casa, [...] lo cuidábamos... (Entrevista, 3 de junio de 2013).

Fot. 24. El paseo a la cordillera
Fot. 25. El último retrato familiar
Fuente: *Narrativa visual de Blanca. Imágenes intervenidas intencionadamente*

Esta imagen tiene un sentido especial para Blanca: es el último retrato familiar que se hicieron antes de la separación de sus padres. Si bien no habla con dramatismo del hecho, demuestra una preocupación por su padre: está enfermo y se quedó sin casa, por eso ella le dejó la vivienda que había comprado poco antes de migrar para que la habitara (Entrevista, 26 de mayo de 2013).

Ambas fotografías, además, están impresas y almacenadas en un álbum que ella trajo cuando se vino a vivir a Barcelona (Entrevista, 3 de junio de 2013). Es un álbum sencillo, con tapa blanda de cartón, de 10 por 15 centímetros, aproximadamente. Lo revisamos. Encontramos otras imágenes del mismo paseo a la cordillera; así como de la escuela, de sus amigos y cumpleaños de infancia. Mientras lo va hojeando, incorpora a su hija en la

conversación: “mira, la mamá... [pequeñita] como la Ainoa... La mamá y la yaya. ¿Es la yaya Hortensia?”. La niña, que estaba dibujando en la mesita de la sala frente al sofá, se levanta y se acerca hacia su madre: “sí, yaya”, asiente en un lenguaje que yo no alcanzo a comprender completamente, pero que Blanca entiende y me traduce (Entrevista, 3 de junio de 2013).

Me fascino con presenciar este hecho, que se reitera a partir de varias fotografías del álbum y en las que tiene en el “rincón chileno”. En el procedimiento, Blanca recurre a dos modalidades: los nombra, mientras le indica el rostro en la imagen para que su hija lo asocie y lo repita; o, en las fotos más actuales, pregunta directamente quién es o cómo se llama la persona que aparece. Ainoa suele reproducir -claro está, a su manera- el nombre o el grado de parentesco (tía, tío, yaya, yayo, etc.) e identificar, al menos en los retratos más recientes, a la parentela más próxima. De este modo, mediante este acto, y tal como lo han indicado Bourdieu (2003), Blanca da lecciones a su hija sobre sus lazos familiares.

Mientras revisa el álbum, musita con esa sonrisa suya que se queda a medio camino: “hay fotos que no eran para traerlas”. Lo dice a propósito de una imagen en que ella y sus primos están “jugando a que fumaban” y otra en que aparecen, dice, “dos personas que yo ni me acuerdo” (Entrevista, 3 de junio de 2013). Pero “quizás en ese momento eran importantes para ti, por eso las incluiste”, señalo en un esfuerzo de justificar el que estén ahí. Me equivoco:

No, [...]... es que con mi hermana siempre discutíamos [...]. Según ella, todas las fotos eran de ella. Pero, [...]...si ella tenía...10, 14 años, ¿cómo las iba a revelar? Eran de la cámara de mi mamá [...]. Como se fue después de la casa, ella se llevaba las fotos. Y después mi mamá decía: “¿quién se lleva las fotos? ¡No hay fotos de cuando eran pequeños!” [...].

Cuando yo vine, yo guardé en un bolso las fotos que sabía que eran mías, [por ejemplo, las] del colegio [...] y otras que eran familiares. [...] [Pero, luego, ya] no estaban: mi hermana se había metido a mi armario y me había sacado las fotos [tira a reír]. Entonces, era una pelea de fotos: “¿quién tiene las fotos...?” [decía Blanca a su familia]. Y mi mamá [respondía]-: “¡ya no tengo ninguna foto!” ...Y es que mi hermana que se las lleva para su casa. Entonces eraaaa... una pelea de fotos...[...] para tener una foto antigua [ríe] [...]. Entonces yo tomé un álbum cualquiera. Dije: “antes que ésta [la hermana] me empiece a quitar todas las fotos, me llevo estas”. [...] No las elegí para traer, sino que...estaban ahí [...]. Y tomé algunas sueltas en que salíamos todos... (Entrevista, 3 de junio de 2013).



Fot. 26. Presentación de Jordi
Fuente: *Narrativa visual de Blanca. Imágenes intervenidas intencionadamente*

Con la selección de la tercera fotografía (Fotografía 26), Blanca introduce a Jordi en su narrativa. Se conocieron el año 2006 en Chile: él fue de vacaciones y estuvo, precisamente, en la zona del país en que ella vivía:

[Jordi] tiene un amigo -español- que se casó con una amiga mía chilena. Él vive allá. Bueno, siempre ellos me lloraban [pedían] “¡Blanca!”, porque querían que hubiera algo y, al final, hubo algo [sonríe]... Como a él también... no sé, le había ido mal en el amor... y al final nos llevábamos bien, nos gustábamos... (Entrevista, 26 de mayo de 2013).

Mientras relata esto, Ainoa comienza a repetir los finales de las palabras que pronuncia su madre. Ambas reímos con el hecho. El romance se mantuvo vía Internet y, más que nada, por teléfono durante un año: “¡Uf, todos los días me llamaba! Me descargaba el teléfono llamándome. Yo le decía: “¡que eras cargante!” [sonríe] (Entrevista, 26 de mayo de 2013).

El año 2007, Jordi volvió a Chile para ver a Blanca, su novia. En esa oportunidad, ella lo presentó a su familia (Entrevista, 26 de mayo de 2013). La Fotografía tercera de su narrativa (Fotografía 26) corresponde a una de las primeras visitas que él hizo a su casa. En ella aparecen sentadas -en primer plano- su abuela y una tía, mientras que Blanca, su hermana, su madre y Jordi se distribuyen detrás. Miro la imagen y la sombra de quien la tomó se refleja en el borde de las piernas de la tía. Le digo esto a Blanca. Sonríe y recuerda que su hermano se agachó para tomar la foto. Jordi y la propia Blanca aparecen concentrados en el disparo, mientras que la madre, la abuela y la hermana esbozan una sonrisa o, quizás, me digo, la contienen. Así, el retrato destila un cierto grado de formalidad. Y es que era una ocasión relevante, pues la abuela y la tía se desplazaron desde sus respectivos pueblos para la reunión.

Una vez presentado formalmente a su pololo⁵⁵ o novio, viajaron a distintos lugares de Chile. Estas salidas, algunas de las cuales se acompañaron de los amigos que un año antes actuaron de “Celestina”, están recogidas en un álbum organizado por Jordi. Este, a diferencia del traído por ella, sigue un orden temático específico: “son más de sitios de Chile” y es “más ordenado”, dice Blanca mientras lo busca y lo deja en mis manos (Entrevista,

55- En Bolivia y Chile, el término “*pololo*”, “*polola*”, hace referencia a alguien que mantiene una relación con otra (pololeo) menos formal que el noviazgo (el que se asume como ya estar comprometido para contraer nupcias) (Fuente: Diccionario de la Lengua Española, RAE. Disponible en: <http://dle.rae.es/?w=pololo&m=form&o=h>

3 de junio de 2013). Aquí, las imágenes han sido prolijamente seleccionadas y perfectamente dispuestas en un bello y cuidado soporte de tapas duras. En este álbum están las fotografías que “salieron bien”, encuadradas, enfocadas, atendiendo a los bellos parajes y a ellos en los mismos. Entiendo entonces que entre ellos -por lo menos en lo que respecta a la práctica de estos dos álbumes- hay dos modos distintos de relacionarse con las imágenes: para Blanca, no interesa tanto la calidad técnica de las mismas sino el que registren algo o a alguien que le resulta querido; para él, en cambio, tienen cabida si, además, “están bien” en la forma. De hecho, agrega Blanca, Jordi imprimió algunas que le gustaban mucho, las enmarcó y las puso en el pasillo de la entrada del piso. Cuando viene alguien, dice orgullosa,

le muestra al tiro [de inmediato] las fotos [de su álbum]. Les dice, “mira, son de aquí, de allá” [...]. Le gusta [...]... Es lindo mostrarlo, como que te hace ilusión. [...] Te hace recordar de partes que has ido... (Entrevista, 26 de mayo de 2013).

Conjuntamente con esta memoria visual de los viajes de novio, en el álbum de Jordi también tienen sitio otros elementos como, por ejemplo, algunos de los dípticos de los lugares y los sitios que visitaron y en los que se alojaron. Él aquí ha asumido una parte de la organización de la historia de la relación, para ser no sólo recordada por y para ellos, sino también presentada y transmitida a otros cercanos.

La relación fue tomando visos cada vez más serios. A fines del año 2007 comienzan a pensar en matrimonio:

La decisión difícil era la de quién se iba o quién se venía. Él en ese momento ya iba [a Chile], porque estaba muy de... así: “¡uf!, esto tenemos que hacerlo y yo me voy, [...]”. La familia le decía “espérate, si la conoces recién” ... (Entrevista, 26 de mayo de 2013).

El año 2008 Jordi no pudo viajar a Chile. La empresa en la que trabajaba, como operario⁵⁶, cerró. “Estaba preocupado”, confiesa Blanca: “¡Claro!, si ya teníamos planes y él quedaba sin trabajo... (Entrevista, 26 de mayo de 2013).

56- Jordi no tiene estudios superiores. Sobre el tema ella explica: “él decía que no era bueno para estudiar [ríe]. Es que antes era diferente. Si tú no estudiabas, igual podías tener otro trabajo. Ahora, [...]...es difícil encontrar a alguien que con solo salir de cuarto medio -como en Chile- haya tenido suerte de encontrar un buen trabajo. Aquí era diferente, porque si tu papá te metía en un trabajo que tenía él...así ibas” (Entrevista, 26 de mayo de 2013).

Aunque reconoce que les costó decidir quién migraría, ya inicios del año 2008 había más que un atisbo de resolución: lo haría ella. Pero, en este escenario tan incierto y considerando que Jordi no rehusaba la idea de irse, “¿por qué decidiste o decidieron que finalmente te venías tú?”, indago:

Yo trabajaba, [...] pero, claro, [...] lo que él gana traducido es mucho más. Entonces, yo dije: “bueno, yo con lo que gano -y si él no encuentra algo- yo no podría mantener una casa [...]”. Yo vivía con mi mamá. Es diferente... [Además], este piso es de él [...]...paga una hipoteca, pero muy baja. Entonces, por lo menos sabes que tienes tu casa. No es que tengas que [pagar] el alquiler... (Entrevista, 26 de mayo de 2013).



Fot. 27. Vine a Barcelona, “para ver si era lo que me decían”
Fuente: Narrativa visual de Blanca. Imagen intervenida intencionalmente.

Consiguientemente, Blanca viajó el año 2008 a Barcelona. Acudió para conocer a la familia de su futuro esposo y para tantear terreno pues, como ella dice, “una cosa es lo que te cuentan y otra es lo que es” (Entrevista, 26 de mayo de 2013). La cuarta fotografía (Fotografía 27) da cuenta precisamente de este viaje. Tomada en el aeropuerto de Barcelona, posa junto a Jordi. Como signo emblemático de su llegada, el carro en el que transportan las maletas. Esta imagen funciona como una bisagra⁵⁷, un puente que enlaza ambos momentos de su vida. Marca también, de modo simbólico, lo que serán los ires y venires, las partidas y los retornos, los encuentros y las despedidas del tránsito que ella mantendrá luego entre lugares, familias, afectos e historias.

Llegué el 10 de febrero. Ahí conocí a la familia de Jordi. [...] Vine por dos semanas, entonces iba a ver todas las partes turísticas: Sagrada Familia, Parc Güel, Camp Nou, Girona, el Tibidabo. Me acuerdo que no parábamos... (Entrevista, 23 de febrero de 2015).

En este viaje fue cuando visitó más sitios y sacó más fotos, las que subía a *Facebook*. Esto, tan propio del viaje turístico, de su primera salida fuera del país, se ha desdibujado en la vida cotidiana de estar instalada aquí. El recuerdo de lo que fueron aquellas vacaciones la incita a reflexionar. Y lo hace en su habitual calma y con algo de autocrítica divertida:

¿Y ahora? ahora que estoy aquí ya no voy [...]. Ahora a veces ni subo fotos. La última que subí fue para el cumple de la Ainoa, pero no había subido desde que fui a Chile [en 2012]... (Entrevista, 26 de mayo de 2013).

57- Uso el concepto de bisagra también en otros momentos, para hacer referencia a fotografías que dan cuenta de los movimientos entre Chile y España (Barcelona).

Migrar

Desde la quinta fotografía en adelante, las imágenes seleccionadas por Blanca narran lo que ha sido su proceso migratorio. Recorren linealmente hechos que responden a dos momentos: la venida y el asentamiento, con todo lo que ello implica. En cada uno incorpora viajes a Chile y los nexos constantes que mantiene con su familia de allá.

El viaje del año 2008 a Barcelona fue una suerte de incursión exploratoria para Blanca: ver si todo era tal y como se lo había relatado Jordi. Tras la confirmación en que devino este, ratificaron la boda para el año 2009 (Entrevista, 26 de mayo de 2013).

Pregunté si podía casarme en Chile por el civil y después yo me venía acá, [pero] en el consulado honorífico que hay en [Nombre de la ciudad] no tenían idea... (Entrevista, 03 de junio de 2013).

Ante la ausencia de una respuesta clara, comenzaron los trámites para hacerlo en Barcelona. En octubre de 2008 la papelería estaba resuelta. Él pidió hora en el Registro Civil: 03 de marzo de 2009 (Entrevista, 03 de junio de 2013). Con la fecha definida, Blanca comenzó a preparar su viaje. En ese contexto, agrega, se replanteó el tema y comenzó a enfrentarse a lo que suponía la partida:

“¿Lo hago o no lo hago?”, me decía [...]. Me daba un poco de angustia. [...]. ¡Era que me iba a ir de la casa y lo iba a dejar todo! [...] Pero bueno, ya lo había decidido... (Entrevista, 03 de junio de 2013).

Dejar su vida en Chile, viajar a Barcelona, casarse e instalarse en esta nueva ciudad era un torbellino de cambios. Vino, dice, “con miedo”, porque “es diferente”, “es otra forma de pensar”: “¡por teléfono todo lindo, pero no es lo mismo convivir con alguien!” (Entrevista, 23 de febrero de 2015); pero también viajó “entusiasmada”: tenía la ilusión de que iba a formar su propia familia (Entrevista, 26 de mayo de 2013).

Jordi, me cuenta Blanca, “estaba nervioso”: “¿que si no llega en la fecha?” (Entrevista, 03 de junio de 2013). Pero ella arribó una semana antes de la ceremonia, acompañada de su madre y cargando en su maleta un traje blanco de dos piezas para el día de su matrimonio: “veníamos todas preparadas”, agrega sonriendo (Entrevista, 03 de junio de 2013).



Fot. 28. La ceremonia civil
Fot. 29. Paseo de novios por Port Vell

Fuente: Narrativa visual de Blanca. Imágenes intervenidas intencionadamente.



Fot. 30. El álbum de matrimonio. La memoria oficial
Fuente. Fotografías tomadas en entrevista, 20 de mayo de 2013.

Precisamente, las fotografías quinta y sexta de su narrativa (Fotografías 28 y 29) corresponden al día de su matrimonio civil: la firma de los testigos en la ceremonia civil -la madre de Blanca y el hermano de Jordi-; y un retrato de ambos en el Port Vell, a donde fueron para “sacar unas fotos, porque a mi cuñada le gustan mucho las fotos. Ella es la fotógrafa” (Entrevista, 03 de junio de 2013). Mientras dice esto tira a reír. Noto cierta ironía al aludir a su cuñada. Dejo de lado esta sensación y comento acerca de lo contentos se ven en las imágenes. Me confirma esto, al tiempo que trata de explicarme -o quizás, explicarse a sí misma- aquella alegría:

Yo siempre decía “yo no me voy a casar [...]” y, al final, te casas. Y él también, [...] como que no había tenido suerte de encontrar a alguien. Yo tampoco tenía mucha esperanza... (Entrevista, 26 de mayo de 2013).

Ambas imágenes hacen parte del álbum de matrimonio (Fotografía 30). Este, al igual que el de los viajes por Chile, fue preparado por Jordi. La cuidada encuadernación, de tapas duras plateadas, contiene las imágenes de la boda impecablemente organizados. Nada allí está al azar. Vemos las fotografías. Ainoa, que nos acompaña, dice en su lengua infantil “papá”, “tío”. “Sí”, replica la madre, “el papá con la mamá. Sí, el tío Ferrán y la yaya. [...]”. ¿Quiénes están aquí? Cuéntale a la Andrea”. “Yaya, mamá, tía”, responde la niña (Entrevista, 03 de junio de 2013).

Las imágenes dan paso al relato de lo que fue ese día: eran alrededor de las 11:40 am. y hacía algo de frío, recuerda. Agrega, casi como en una queja: “¡el civil era tan grande!”. Me muestra otra de las fotografías, como “prueba” que verifica y atestigua (Sontag, 2981; Dubois, 1986), la amplitud del lugar:

¿Viste que el civil era grande?! Y había cinco [personas], entre los dos testigos, el que grababa y el que sacaba fotos y nosotros casándonos [sonríe]... (Entrevista, 03 de junio de 2013).

Luego, se detiene en la fotografía que se tomaron todos los asistentes. Identifica para mí, como hace con Ainoa, el parentesco y el nombre mientras me muestra los rostros: su suegra, su suegro, los hermanos de Jordi y sus esposas, unos tíos de su esposo, que llegaron luego de la ceremonia, su madre y ellos -los novios-. Al indicarme a una de sus cuñadas no puede evitar comentarme sobre el vestuario de la misma: “¡Mira cómo iba vestida! Jordi dice que va de baile regional. [...]... ¡Es que iba como...!” (Entrevista, 03 de junio de 2013). No sólo corta la frase, sino que baja el volumen

de la voz al punto del susurro, como si temiera que alguien la oiga, casi como si las paredes tuvieran oídos. En su relato cede a Jordi la autoría del juicio negativo sobre la vestimenta. Así, pienso, se libera un poco de la responsabilidad de la crítica. Mirando la fotografía sentencia:

Éramos todos los invitados que éramos en el matrimonio. ¡No había más!” [...] Luego, fuimos a comer a un restaurante por ahí [...]. Vinimos aquí a la casa, hicimos un brindis. Y después partimos una torna y...ahí se acabó... (Entrevista, 03 de junio de 2013).

Según Blanca, casarse en Barcelona le permitió mayor agilidad en los trámites posteriores (Entrevista, 03 de junio de 2013). Sin embargo, esto, que en términos prácticos reconoce como positivo, tuvo ciertos costos para ella; por ejemplo, el no tener una boda como le habría gustado o como suele celebrarse en la zona de la que proviene:

Me hacía más ilusión casarme allá, porque yo tenía a mi familia y acá íbamos a ser pocos. [...] ¡Es que, comparado con allá, como son los matrimonios, 200, 300 personas! Me sentía sola. ¡Y más encima nos fuimos en metro! [...]. Ellos tenían coche y podían llevar, pero es un rollo para ir a Barcelona... (Entrevista, 03 de junio de 2013).

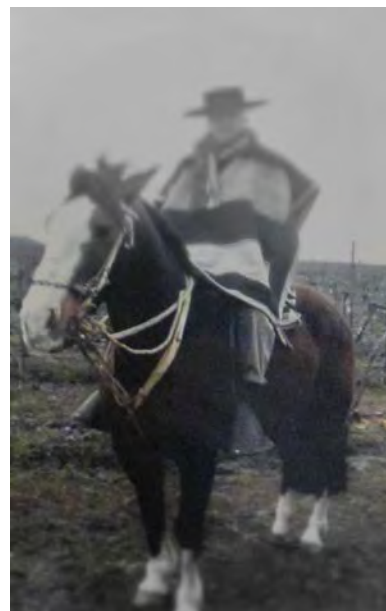
Este tipo de comentarios se reiteraron en nuestras conversaciones. Adquieren importancia, pienso, en la medida que representan transgresiones a lo que ella estimaba como propio de una celebración de matrimonio y, más aún, del suyo. Aunque no se queja de modo expreso, pareciera haberle dejado una herida abierta.

Seguimos mirando las imágenes y, para mi sorpresa, trae otro álbum (Fotografía 31). En este, a diferencia del preparado por Jordi, Blanca acumula una suerte de historia no oficial. Ha guardado en él aquellas imágenes que no pasaron el ojo censor para estar en alguno de los premium de Jordi: por descentradas, desenfocadas o, eventualmente, no ser “muy dignas” en lo representado. Sobre esto último, por ejemplo, me muestra una fotografía del día de la boda, cuando él la toma en brazos para entrar al piso: “Apenas me podía y me tiró a la cama como un saco de papas. Ya no aguantaba más” (Entrevista, 03 de junio de 2013). Me cuenta esto con tremenda alegría. No recuerda de quién fue la idea, pero me dice que para ella “fue bonito entrar así a la casa”. Reímos juntas con el relato suscitado por la foto.



Fot.31.El álbum de Blanca: el otro álbum.

Fuente. Fotografía tomada en entrevista, 20 de mayo de 2013. Rostros distorsionados intencionalmente.



Fot.32. El retrato obligado de “huaso chileno”

Fuente. Fotografía tomada en entrevista, 20 de mayo de 2013. Rostros distorsionados intencionalmente.

Este álbum cobija, asimismo, más de alguna fotografía que ha sido intervenida con cortes (en Fotografía 31) para –explica Blanca– ajustarla a algún marco o collage que ella prepara, de vez en cuando; así como también fotografías de Jordi cuando era niño, que le hizo llegar mientras eran novios, o imágenes que él se tomó en los viajes que ha hecho a Chile (Entrevista, 03 de junio de 2013). Entre estas, últimas (Fotografía 32), una en que se vistió como huaso chileno y montó - “para la foto” y por presión de sus cuñados- a caballo (Entrevista, 03 de junio de 2013).



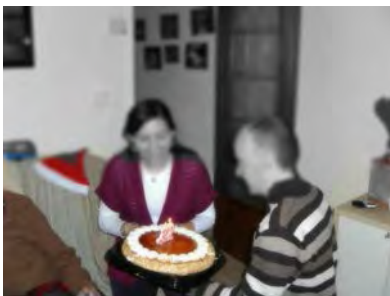
Fot. 33. La celebración de la boda en Chile

Fuente: *Narrativa visual de Blanca. Imagen intervenida intencionadamente.*

La séptima fotografía de su narrativa (Fotografía 33), retoma el tema de la celebración de su boda. En agosto de ese mismo año (2009), me cuenta, viajaron a Chile. No puedo evitar sorprenderme con la noticia de este viaje: “¿fuiste porque echabas mucho de menos?, inquiero:

Lo teníamos planeado [...]. Sí [se confirma a sí misma], agosto y septiembre de 2009 regresé a Chile a celebrar el matrimonio que no habíamos celebrado. Como había ido sólo mi mamá, entonces fuimos... (Entrevista, 23 de febrero de 2015).

Manifiesta esto y, sin embargo, en las fotografías que revisamos -en el ordenador y en los álbumes- no hay indicios de un festejo o fiesta del matrimonio. Como reflejo, ha elegido una foto de reunión “sencilla” con algunos miembros de su familia: su madre, su hermano, dos sobrinos, su hermana, una prima y el novio de ésta. Miro la imagen. Según el contexto que dan sus palabras, pareciera ser que para Blanca celebrar su boda significaba así, sustantivamente, compartir, estar rodeada por su parentela.



Fot.34.”Mi primer cumpleaños sola”

Fot.35. El primer Año nuevo

Fuente: *Narrativa visual de Blanca. Fotografías intervenidas intencionadamente.*

El primer tiempo

A partir de la octava fotografía, comienza a relatar aspectos de su nueva vida en Barcelona. Parte con dos fotografías que remiten a fechas importantes: “mi primer cumpleaños” (Fotografía 34) y “mi primer Año nuevo sola” (Fotografía 35) (Entrevista, 23 de febrero de 2015). En ambas aparece junto a Jordi. Este estar “sola”, consiguientemente, debe leerse -a la luz de sus palabras- como lejos de su familia en Chile. Para el cumpleaños, recuerda, vino a casa su suegro (Entrevista, 23 de febrero de 2015). Me confirma esta presencia en el trazo del cuerpo registrado en el borde de la fotografía que seleccionó. Respecto de la siguiente, comenta: “teníamos el cartel “Feliz 2010”. [...] Estábamos todos elegantes y estábamos aquí en la casa” (Entrevista, 23 de febrero de 2015).

Le digo que se ven estupendos así vestidos y me replica soltando una pequeña risa: “estábamos más solos... [...] no es como uno, acostumbrada a la familia, sino que estábamos solos” (Entrevista, 23 de febrero de 2015).

Las fiestas de fin de año son para ella un tiempo especial de reuniones y celebraciones familiares, por eso el hincapié en la diferencia que representó su primera noche vieja en Barcelona. Cada año, reconoce, por estas fechas se pone especialmente añorante:

Cada vez que viene la Navidad -y yo también estoy de cumpleaños para la navidad- y el Año nuevo, viene ahí toda la pena de estar lejos. Y digo “¡ay!, ¡que me gustaría estar allá!”. Lástima que quedé tan lejos... (Entrevista, 26 de mayo de 2013).

Estar lejos de su familia ha derivado en un sentimiento de soledad. Aunque dice que se ha ido “adaptando”, este sentir es una constante en la experiencia de los últimos años. La familia de Jordi, dice, “es tan corta y tampoco son tan apegados como uno, de que tienes que estar siempre viéndote” (Entrevista, 26 de mayo de 2013). Resiente, asimismo, la ausencia de una red de apoyo:

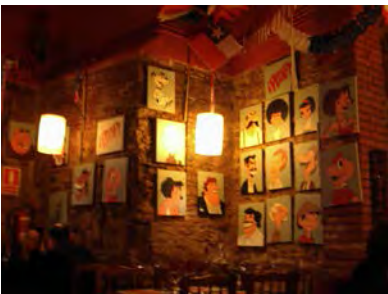
Llega el momento y estás sola y te das cuenta que tienes que... la pena pasarla sola, no le puedes contar a alguien las cosas. A Jordi se las cuento sí, y él se apena [...]. La familia de él igual si pasa algo está aquí, pero no es la misma confianza que con tu familia [...]. Él es bien atento y todo, pero le digo “tu familia no es como la mía”, y ya está... [...] Por ejemplo, [...] no es como allá, que cualquier cosa están todos pendientes. Bueno, allá a veces es muy exagerado, como que a veces te asfixian; y aquí es al revés: aquí no te toman en cuenta... (Entrevista, 03 de junio de 2013).

Cuando comienza a decir esto, sube el volumen de la voz: “¡ay!, me va a dar pena. Me acuerdo y me da pena”, me dice. Tira a reír, sin querer dejar escapar las lágrimas. Pero sus ojos, haciendo caso omiso, abren paso a gruesos lagrimones. Entiendo que le avergüenza que estos se deslicen, imprudentes, en mi presencia. Se limpia con delicadeza y disimulo: pone el dedo pulgar presionando el borde del ojo y deja el resto de la mano abierta, como si quisiera cubrir el rostro (Notas de campo, 03 de junio de 2013). Tras esto, creo, siente la necesidad de matizar la imagen que me da:

Sabía que iba a ser así y, a veces, como que me gusta también estar en tu casa, tener un poquito de tranquilidad; pero también te gustaría, en otro momento, tener un grupo y poder salir y poder hacer cosas entretenidas que allá a veces las hacía. [...]. A lo mejor, ahora tampoco lo podría hacer porque tengo una niña [...].

Al principio, yo lloraba, yo lloraba... y él me decía “bueno, si no, nos vamos”. [Pero] yo no quiero decir [...]: “ah, ¿por qué no lo intenté de estar aquí?”. [...] Igual le da como una nostalgia [...]. Pero, bueno, no se puede. Ya lo elegí yo. La culpable fui yo. Ellos no se han movido, la que se movió fui yo... (Entrevista, 03 de junio de 2013).

Cada vez que habla de lo que ha significado el distanciamiento físico de los suyos, utiliza la palabra “culpa”. Con ella, refiere a la responsabilidad sobre de su decisión y los efectos de la misma como una pesada carga que, casi de modo irrevocable, debe asumir y soportar. Las dificultades para establecer un grupo de amigas y la posibilidad de desempeñarse laboralmente son factores que han contribuido a este sentimiento de soledad y aislamiento. Como ella dice: “aquí, todos pasan y cada uno vive su mundo [...]. Claro, si no estás trabajando también es más difícil” (Entrevista, 03 de junio de 2013). En este campo, las posibilidades de encontrar trabajo y el papel que ha jugado la crisis económica en ello, son factores que Blanca destaca.



Fot.36. Una cena familiar. La invitación de los cuñados
Fuente: Narrativa visual de Blanca.

Ella, de formación universitaria, encontró un puesto como mucama en una cadena de hoteles. Si bien no era lo que había pensado, se mantuvo en este hasta que quedó embarazada.

De algún modo, las fotografías siguientes de su selección conectan algunos de los temas que ella ha relevado en el transcurso de su relato: los espacios de sociabilidad en el marco de su nueva vida y familia en Barcelona. Como muestra de ello, eligió una imagen del interior de un restaurante de comida chilena (Fotografías 36). Esta, como otras que hacen parte de sus álbumes y de la narrativa visual que ha construido, está bastante desenfocada. A ella eso parece no importarle demasiado: adquiere un lugar *per se* en tanto huella de la invitación que le extendieron sus cuñados y cuñadas a comer fuera (Notas de campo, 23 de febrero de 2015). Eso, además del hecho de que -por qué no pensarlo- se trata de un lugar y una decoración -retratos de los personajes de la legendaria y popular historieta chilena “Condorito”⁵⁸ - que invoca su lugar de origen. La imagen que viene (Fotografía 37), por su parte, corresponde a una estadia familiar en la casa la playa de uno de los hermanos de Jordi. En aquella oportunidad, recuerda, prepararon calçots. Eligió la fotografía en que sale comiéndolos: “para que no digan que no hay nada de aquí”, comentó sonriendo (Notas de campo, 23 de febrero de 2015). Con estas palabras evidencia el



Fot. 37. Viaje a la playa en familia
Fuente: Narrativa visual de Blanca. Fotografía intervenida intencionadamente.

58- Ver Nota a pie 34.

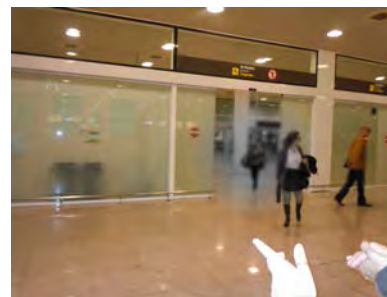
lugar desde el que enuncia: un acto consciente de construcción de su historia para mí y para otras personas.

Ambas fotografías funcionan aquí como “index”, “huella” de las invitaciones de su familia política en Barcelona y, en esa medida, refieren a las relaciones con la misma. Es precisamente en esta referencialidad donde yace su “singularidad”, su capacidad de “atestiguamiento” y de “designación” (Dubois, 1986:57). Sin embargo, y quizás en juego simbólico, no hay imagen de grupo ni de encuentro: en una, la decoración de los muros y, en la otra, ella sola en el acto de engullir el calçot. Al elegir estas imágenes quizás Blanca no pensó intencionadamente lo que entrañaban; o tal vez me equivoco en esto. En cualquier caso, en el contexto proporcionado por su relato oral, ilustran -tácitamente- un esfuerzo que no termina de cuajar en la amistad o en la relación más estrecha que, eventualmente, ella esperaba. En un intento por explicarse -y explicarme- esto, argumenta que sus cuñadas “no han podido tener hijos, entonces también están como...” (Entrevista, 03 de junio de 2013). Aunque se censura para concluir el enunciado anterior, insinúa que el embarazarse (“sin problemas” y muy “poco tiempo después de dejar los anticonceptivos” (Entrevista, 03 de junio de 2013), podría haber entorpecido los primeros intentos por estrechar lazos e influido en una reacción más distanciada. Ciertamente, la evaluación y dimensión que ella hace de los vínculos provienen de su manera conocida de hacer familia en Chile.

Formar familia...

Ya lo dijo Blanca: uno de los aspectos que la “entusiasmaba” a “arriesgarse” a migrar por amor era el de formar “su familia”. A mediados de 2011, confirman que ahora serían tres. Las fotografías 12 y 13 de su narrativa atañen precisamente a la llegada de su hija Ainoa, en el año 2012. La primera (Fotografía 38), en el terreno de la preparación para el parto, ilustra el arribo de la madre de Blanca a Barcelona. La fotografía, tomada en el aeropuerto, captura la puerta de salida de los desembarques: allí, la madre aparece al fondo, en un segundo plano. Y es que el nacimiento de un/a hijo/a es una situación “difícil” que moviliza el apoyo familiar transnacional (Le Gall, 2010:34). Así, ella viene respondiendo al llamado y al deseo de Blanca, como un soporte logístico a las tareas de cuidado y como sostén afectivo.

La siguiente imagen (Fotografía 39) presenta a Blanca con su



Fot. 38. Mamá viene a ayudar
Fuente: Narrativa visual de Blanca. Fotografía intervenida intencionadamente.



Fot. 39. El nacimiento de Ainoa: ya tengo a alguien

Fot. 40. La primera navidad de Ainoa
Fuente: *Narrativa visual de Blanca. Imágenes intervenidas intencionadamente.*

pequeña. Ambas, sonrían a la cámara recostadas en la alfombra de la sala. Quiso poner en este lugar de su narrativa una en que salieran los tres, pero no encontró ninguna que le gustara: “así que pongo ésta no más, donde salgo yo”, dijo sonriendo (Notas de campo, 23 de febrero de 2015).

Desde esta última imagen en adelante todas incluyen a Ainoa: quien, desde su nacimiento, acapara las tomas. Como señala Blanca sonriendo y subiendo el volumen de su voz:

A veces le digo a Jordi: “¡pero si no tenemos fotos juntos! Mira, está en todas la Ainoa”. La Ainoa movió un pie y ya tiene una foto [ríe]... (Entrevista, 26 de mayo de 2013).

En esta línea, continúa la imagen “la navidad yo con la niña” (Fotografía 40). “Es su primera navidad. Estamos con los cachitos” (Entrevista, 23 de febrero de 2015). Blanca, nuevamente buscó una de los tres, pero no dio con una que le gustara. En la imagen, ambas posan sonrientes, luciendo en sus cabezas unos cuernos de felpa de venado. Cuando nació Ainoa, me cuenta, compraron una cámara de video. Así que, con la llegada de la niña, no sólo aumentó el número de fotografías sino también el de equipos. Los primeros meses era, dice, “sacar fotos y videos de todo”. Sin embargo, reconoce que esta práctica ha ido cesando con el paso del tiempo. Con “tanta cosa”, dice, a veces se le olvida:

para cumpleaños el momento de la torta lo grabamos. [...]]Pero, como grabamos, no sacamos fotos [tira a reír]. No tengo fotos de cuándo apago la vela, porque está el video... (Entrevista, 03 de junio de 2013).

Aparte de lo anterior, ofrece otra explicación: la saturación de equipos y de imágenes y el consecuente tiempo y energía que debe invertirse en la descarga de los mismos:

Cada vez sacamos menos [...]...que el celular de él, el celular mío, más la cámara más la del video, al final tenemos que estar todo el rato bajando cuestiones [...]. Yo creo que no sacamos tantas fotos por la pura pereza de estar bajando, bajando, bajando... (Entrevista, 26 de mayo de 2013).

Por otra parte, y en el contexto de escasas redes sociales, la maternidad le ha dado un sentido a su día a día. Como ella dice:

ahora yo ya tengo a la niña, entonces ya tengo a alguien más. Me entretengo más. Siempre tengo algo que hacer... (Entrevista, 26 de mayo de 2013).

Pero más allá de las tareas cotidianas, las distintas actividades en que la han inscrito (como natación), así como los paseos diarios al parque, la “obligan” a salir de casa y le han abierto espacios de contacto con otras madres (Entrevista, 03 de junio de 2013). Así, se han convertido en formas para distraerse (Entrevista, 26 de mayo de 2013). No obstante, la crianza también la ha limitado para volver al mercado laboral. Ello, básicamente porque carece de una red de apoyo para el cuidado. Sobre el tema, sentencia rotunda: “noo, al estar lejos de la familia no voy a tener la posibilidad de trabajar”. Su suegra, agrega, es mayor y necesita “que alguien la cuide a ella” y sus cuñadas, “trabajan y tampoco me lo han ofrecido” (Entrevista, 03 de junio de 2013). La entrada en preescolar, sin embargo, le abre puertas a la posibilidad de volver a trabajar (Entrevista, 23 de febrero de 2015).

Siempre conectada con Chile

La imagen siguiente es de la misma fecha -navidad 2012- (Fotografía 41). Están los tres: Jordi tiene una expresión graciosa en el rostro; Blanca pareciera reír por algo previo a la foto. Al momento del disparo, justo bajó y cerró los ojos. Es el día de su cumpleaños, como indicio: los confetis en la mano de Jordi, un birrete cumpleaños puesto de medio lado en su cabeza y un collar de flores hawaianas, de plástico; Ainoa, sólo de meses, lleva un antifaz cruzado en la frente. Blanca eligió esta imagen, dice, por el computador abierto que se ve detrás de ellos (sobre el mueble): ese día, su familia en Chile se juntó a comer en homenaje a su aniversario y ella se conectó para hacer parte –a la distancia– de la celebración (Entrevista, 23 de febrero de 2015).



Desde la imagen anterior, el relato visual salta año 2013. La fotografía 16 de su narrativa (Fotografía 42), fue tomada subiendo al santuario de Montserrat. Ver y mostrarme la imagen suscita, una vez más, el recuerdo de aquella ocasión:

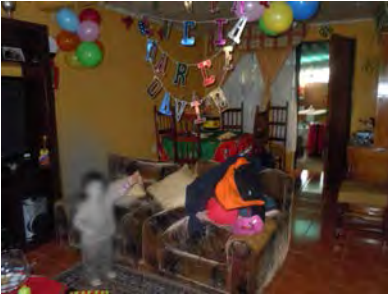
[A Ainoa] le íbamos a sacar el chupete y se lo íbamos a dejar a la virgen: “cuando lleguemos a la Moreneta le vas a entregar el chupete”. “Sí, sí”... Bueno, ¡hizo un escándalo!...No le pudimos dejar el chupete... (Entrevista, 26 de mayo de 2013).

Este paseo peregrino lo hacen cada año (Entrevista, 23 de febrero de 2015); aun cuando Jordi, como señala Blanca, “no es así muy creyente” (Entrevista, 03 de junio de 2013). Usualmente el ascenso a este santuario es la antesala del viaje anual a Chile. Se ha convertido en una suerte de rito, quizás destinado a encomendarse para la travesía que pronto viene. Así, en el marco de su historia

Fot. 41. Feliz cumpleaños desde Chile

Fot.42. Ver a La Moreneta antes de viajar

Fuente: Narrativa visual de Blanca. Intervenidas intencionadamente.



visual, esta fotografía se convierte en un puente gráfico al retorno temporal a su país de origen. Consiguientemente, la tres fotografías que vienen (Fotografías 43,44 y 45) aluden a la visita del año 2013 a Chile. Parte con una imagen en que la pequeña Ainoa está de pie al centro de la sala de su abuela. La niña apunta los carteles que tienen sus nombres y que penden -en curva- desde el techo: “Ainoa, Blanca, Jordi”. Estos, así como los globos dispuestos cerca, dice, Blanca, eran la “bienvenida que nos tenían preparada” (Entrevista, 23 de febrero de 2015).

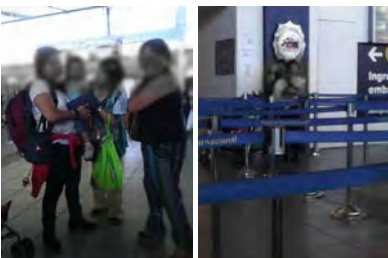


La posibilidad de viajar a Chile es un hecho crucial en la vida de Blanca. El modo en que ella se percibe a sí misma y a su estar residiendo en Barcelona, pasa por estos hitos anuales. Así, su presente involucra y se lee en virtud -como los viajes mismos- del desplazamiento y el contacto presencial que estos le permiten.



En este viaje del año 2013 pudo, por primera vez desde que se vino a vivir a Barcelona, pasar las fiestas de fin de año junto a su familia y quedarse el primer mes del año siguiente (2014). Fue organizado en esa fecha, de fiestas y de verano, también con el fin de bautizar a Ainoa. Entiendo, entonces, que programó todo de manera que, a diferencia de su matrimonio, pudiera contar con la presencia de los suyos y la respectiva celebración. Las actividades de este tiempo especial son sintetizadas en dos imágenes (Fotografías 44 y 45): un retrato de familia en que Jordi, Ainoa, Blanca y su padre ocupan el primer plano; mientras que atrás se distribuyen los dos hermanos, su hermana y el hijo de ésta. En la revisión se propuso dar “con una que esté con mi papá” (Entrevista, 23 de febrero de 2015). Así, de modo cuidadoso y tierno se esforzó por encontrar la fotografía que, dado el contexto de separación de sus padres, lo hiciera visible y presente como parte de su historia y su relato. La otra, corresponde al día del bautizo por la Iglesia Católica. La niña, como es costumbre local, viste un impecable vestido Blanco.

Fot. 43. Bienvenida a Chile
Fot. 44. “Una foto en que esté mi papá”
Fot. 45. El bautizo de Ainoa
Fuente: Narrativa visual de Blanca. Intervenidas intencionadamente.



Fot. 46 y 47. Volver. Despedida en el aeropuerto de Santiago
Fuente: Narrativa visual de Blanca. Intervenidas intencionadamente.

Volver, estar

Su relato visual sigue el orden lineal de los hechos. De este modo, las dos imágenes siguientes (Fotografías 46 y 47) fueron tomadas por su hermana cuando Blanca y Ainoa estaban a punto de embarcarse de vuelta a Barcelona. Si bien ir a Chile le otorga espacios de reencuentro familiares y, por tanto, de profunda alegría; reconoce, y en el acto se le quiebra la voz y amenazan de nuevo las lágrimas, que el retorno también se hace algo difícil:

Fueron las fiestas y siempre estaba lleno de gente...llegamos [a Barcelona] y yo [...] lloraba y lloraba. La Ainoa, llamando a toda la gente de allá, entonces más pena me daba a mí, poh [...]. Miraba la casa y veía que todo era tan chico, y decía: “¡ay!”, allá teníamos el patio y aquí, nada”. Miraba y no había nadie. Era un silencio. [...] Es muy entretenido ir, digo, pero cuando vuelves es muy duro... (Entrevista, 26 de mayo de 2013).

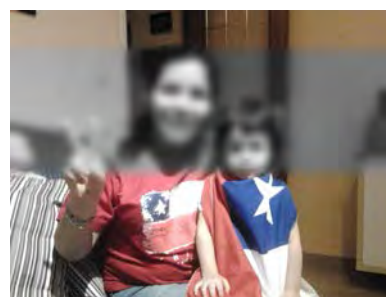
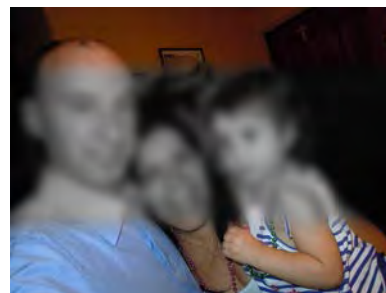
En un orden que sigue la sucesión temporal de los hechos, la imagen siguiente –una selfie de los tres– (Fotografía 48) muestra el reencuentro con Jordi en Barcelona. La familia que ha formado junto a él y a Ainoa, dice, es el motor actual en su vida. En un intento de, eventualmente, reforzar sus decisiones, mitigar la distancia y buscar un ajuste al proyecto de vida emprendido, manifiesta que con la migración también ha ido cambiando el cómo ella concibe sus lazos familiares:

Soy muy...era muy apegada a mi mamá, a mi familia. Pero uno se va dando cuenta que...al final, tu familia es la que construyes después...que ellos siguen su vida y tú también tienes que seguir la tuya [...]. Y digo: “tengo que ser fuerte”, porque...ellos pueden en algún momento no estar y uno tiene que seguir adelante... (Entrevista, 26 de mayo de 2013).

Lo anterior suena casi como una declaración de buenas intenciones, si se consideran las reflexiones y testimonios que ilustran la suma importancia que para Blanca tiene su grupo de origen; y cómo le afecta la distancia física de los mismos. No obstante, y aunque como había dicho, ella aún no se “despega”, hacer carne la intención es una especie de deber hacer.

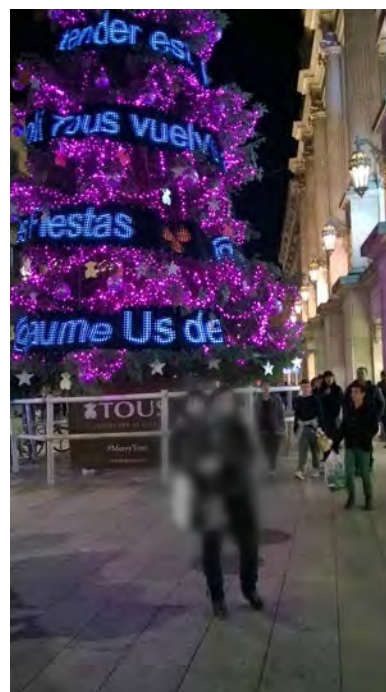
La fotografía siguiente (Fotografía 49), por su parte, ilustra nuevamente su referencia permanente a Chile. Ambas miran atentamente a la cámara. Ella hace el signo de la victoria con sus dedos. Me describe el contenido: “estamos con la bandera de Chile [...] Fue cuando jugó el mundial Chile con España” (Entrevista, 23 de febrero de 2015).

La narrativa tejida por Blanca se cierra refiriendo nuevamente a la época de las fiestas de fin de año; en este caso del 2014: una imagen de ella con Ainoa en brazos delante del árbol de navidad del Portal de Ángel (Fotografía 50); o otra que corresponde a Año nuevo (Fotografías 51). En esta última, en el ambiente oscuro de la foto, reluce la pantalla del ordenador. Tiene abierta la página del *Facebook*. Estaba en una videollamada: aparece su familia comiendo. Me narra el contexto de la imagen en un tono alegre:



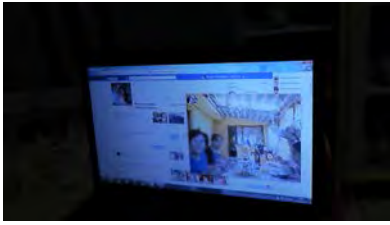
Fot. 48. “La familia es la que haces”
Fot. 49 “Listas para el partido Chile-España”

Fuente: Narrativa visual de Blanca. Intervenidas intencionadamente.



Fot. 50. “En el Portal del ángel”

Fuente: Narrativa visual de Blanca. Intervenida intencionadamente.



Fot. 51. La video llamada de Año nuevo

Fuente: *Narrativa visual de Blanca.*

Se estaban preparando para el Año Nuevo y nosotros ya estábamos de año nuevo. A ver, ¿cómo te la pongo? No sé si... es la preparación. Ahí yo estaba hablando con Chile [...]; porque como ellos me llaman a la hora y yo espero hasta las cuatro de la mañana para llamarlos. Y Jordi, que se toma su JB [Whisky], con eso dura... ¡no hay quién lo haga dormir!... (Entrevista, 23 de febrero de 2015).

La selección de estas imágenes funcionan como un perfecto colofón de la reseña que ha hecho Blanca a lo largo de las fotografías: una historia migratoria vivenciada permanentemente en ambos universos. Existe y coexiste en la relación constante de estos; y en la dedicación permanente de atizar los lazos de parentesco que, a ratos, la falta de proximidad física amenaza. Aquí, por cierto, la posibilidad de viajar anualmente y el acceso y uso de las TICs ha jugado un rol preponderante.

5.3.3 Recapitulación

Blanca migra por amor. Desplazarse para hacer vida de pareja es resultado de las evaluaciones hechas por ella y su pareja. Tal como manifiesta en su relato, el factor económico fue un aspecto clave en su decisión de desplazamiento: los honorarios que él percibía en Barcelona ofrecían mayor seguridad para costear los gastos familiares, así como los viajes anuales para visitar la familia. En base a este hecho, y a su deseo de formar familia junto a Jordi, decide dejar su entorno social, geográfico -de ciudad no capitalina- y familiar.

Esto ha tenido costos emocionales importantes para ella. Y es que su familia de origen tiene un peso sustantivo. Una centralidad que se gesta en su propia historia de vida y que va de la mano con la preponderancia que tienen las relaciones familiares en el contexto socio cultural -urbano-rural, tradicional- en que ella se ha formado. Esto constituye un componente crucial en su asentamiento. Desde aquí, por ejemplo, evalúa los vínculos con la parentela política: esta no sólo le parece menos extensa, acotada prácticamente a los sanguíneos directos (suegra y cuñados/as), sino que también las prácticas y los modos de hacer vida en común (con menos espacios de encuentro y proximidad) le resultan distintos a lo que ella estaba acostumbrada. Acusa, asimismo, la falta de redes sociales y un sentimiento de soledad, que pareciera atravesar muchos momentos. Esto se recrudece por la escasa

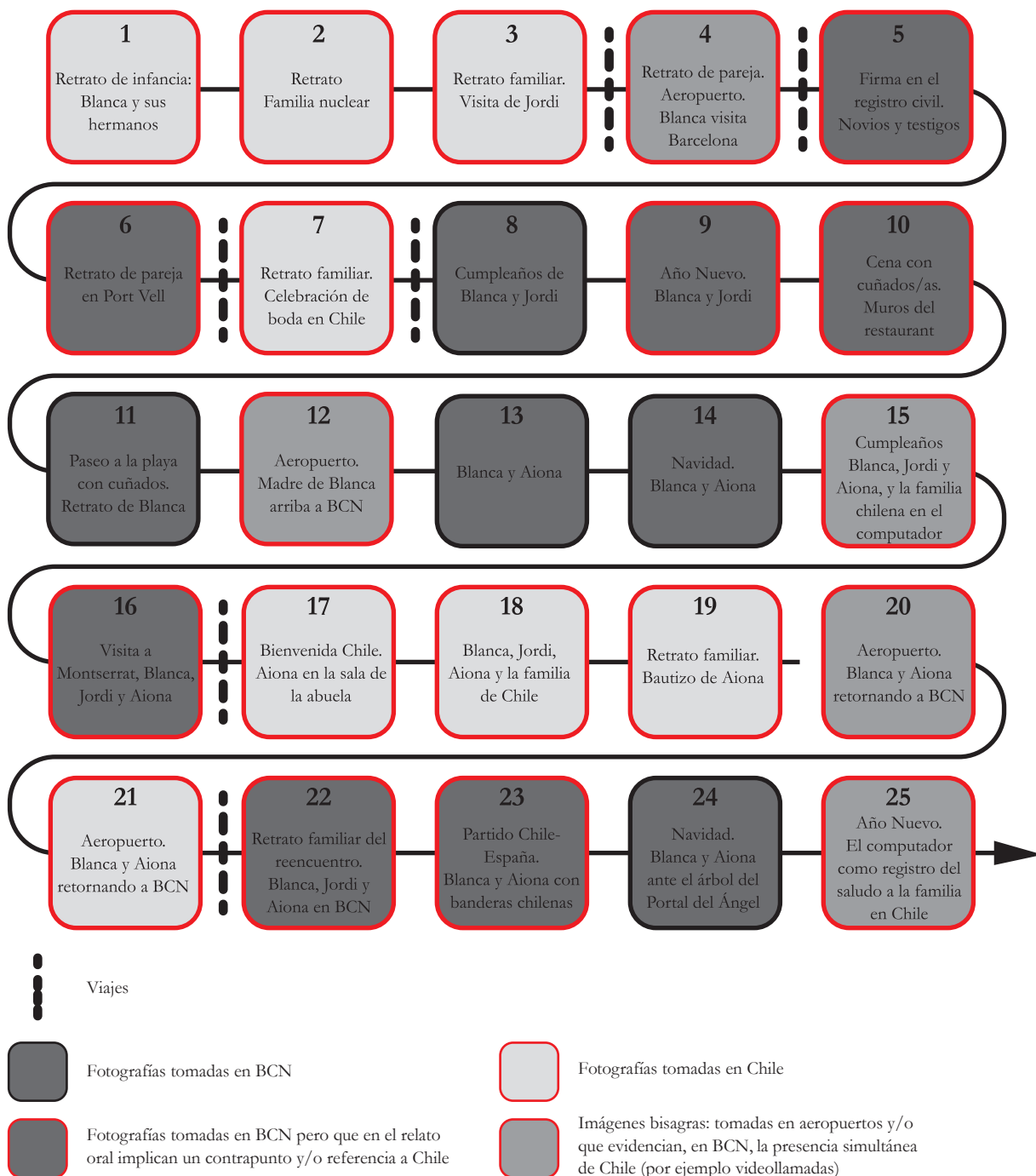
inserción en otras esferas: no maneja el catalán y suspendió por dos años su trabajo (una ocupación bajo su cualificación profesional) para dedicarse a la crianza de su hija. De este modo, se redujo fundamentalmente al espacio doméstico.

En directa relación con lo anterior, para ella pensar Chile está directamente relacionado con los vínculos familiares transnacionales; los que refuerza en la comunicación permanente: vía llamadas telefónicas y también recurriendo a *Skype*, *Facebook* y *WhatsApp*. Ello, en un intento de seguir presente y, además, como una manera de potenciar el vínculo de su hija con los miembros de la familia en Chile. Tanto esta comunicación, como la importancia de los objetos y fotografías con los que ha conformado su “rincón chileno”, hacen parte de una suerte de “sed” de la geografía física y emotiva asociada al lugar de origen. A través la presencia de estos, trae esa porción de mundo -y a quienes hacen parte del mismo- hacia sí. Pareciera que, en la línea de las exploraciones de Tolia-Kelly (2004), en un contexto social y geográfico que no le resulta del todo grato; le proveen “cobijo”. La presencia de estos, así como las emociones que suscitan, pasan a ser evidencia de otro sitio y otro modo de vivir.

Este “rincón” funciona, señalé, como un memorial o, recurriendo a sus palabras, como un “santuario”: devota, se consagra a su mantención y cuidado. El saber que, como en un atisbo religioso, está ahí le consuela y, de algún modo, le ayuda a sobrellevar la separación geográfica. Actualizar las imágenes de este es un acto de consagración por estar presente: ¡que los cambios familiares ni los rostros muden lejos de mí!, pareciera clamar en el esfuerzo de renovación constante. De este modo, mediante las fotografías activa una relación de continuidad (Berger, 2001). Esto no sólo opera respecto de quienes ha dejado, sino de la vida social en ese medio concreto. En las imágenes dispuestas, ellos se tornan presente. Pero, además, con las que recibe -vía *Facebook* o *WhatsApp*- viaja a los momentos retratados: en un juego de (re) creación de “vivencias” y “recuerdos” y, por tanto, se hace parte de aquello.

Precisamente la relevancia de todos estos aspectos coincide con la narrativa visual que ha tejido: un relato conformado por 25 fotografías y organizado en torno a familia y el proceso migratorio. Esta deja ver no sólo la importancia de los lazos transnacionales, sino también un sentido de pertenencia articulado en los intersticios de los tiempos y lugares entre los que se mueve: ayer-

Figura 3. Esquema resumen Narrativa visual de Blanca



Fuente: Elaboración propia.

allá, presente-aquí/allá. Esto, asimismo, se aprecia en la labor de transmitir y reforzar -mediante las fotografías- el reconocimiento y el lazo de su hija con los familiares que viven lejos.

Como se aprecia en el esquema anterior (Figura 3), las imágenes remiten permanentemente a Chile. En y con ellas, pareciera querer comunicar que en ese sitio hay familia, compañía, contacto y encuentros. En aquellas que refieren a su vida en Barcelona, en cambio, el núcleo social queda reducido a su esposo y a su hija. Su percepción del vínculo con la parentela política puede leerse en las fotografías que eligió para ilustrar las ocasiones de encuentro: los muros del restaurant y un retrato de ella. Así, la ocasión que provoca la inclusión de estas se contradice con los contenidos retratados. Metafóricamente, la falta de cercanía con el núcleo se traduce en la ausencia de los miembros del grupo en el retrato; a la par que devela su sentimiento de aislamiento respecto del mismo.

Por otra parte, en su caso se evidencia la práctica diferenciada en la confección de álbumes y, potencialmente, en los sentidos que esta adquiere. En la organización de las fotografías rescatadas por su pareja, prima un relato unido por un eje temático (la boda o las vacaciones, por ejemplo). Las imágenes concatenadas son seleccionadas en base a parámetros que atienden a aspectos formales; estéticos y de composición (como, el encuadre, la nitidez, etc.). En Blanca, en cambio, la praxis está teñida por la supremacía de lo afectivo: compila las fotos circuladas, así como las desestimadas por su esposo, no importando la calidad técnica de las mismas sino lo que retratan, refieren y, consiguientemente, emanan. En este ejercicio, pareciera no tener cabida el deshacerse de una imagen. Esto, está estrechamente ligado al carácter “indicial” que poseen las fotografías (Dubois, 1986; Rose, 2010). Así, pareciera que el eliminar alguna entrañara el peligro latente de desechar u olvidar los eventos, momentos y/o a las personas que contienen. Mediante la cuidada preparación de los álbumes, la pareja de Blanca construye la memoria familiar y una suerte de “historia oficial”: aquella que se quiere preservar, exhibir y compartir. Esto discutiría, al menos en parte, lo enunciado por la literatura, esto es: que se trata de una actividad altamente asociada a los roles de género y, en base a ello, ligada al mundo de lo privado y, por ende, a las madres y mujeres de la familia (Le Goff, 1992 en Bate, 2010; Rose, 2010).

No obstante, y sin invalidar lo anterior, indiqué también que el hacer de él tiene un contrapunto: un álbum de ella, formado con las imágenes que han quedado fuera del encuadre del álbum oficial y de la narración pública. Desde aquí elabora un relato visual y familiar de corte más íntimo. Este, sin detrimento de lo anterior, también pervive y se verbaliza. Aquí, habría un potencial espacio para la reelaboración y para el despliegue de prácticas subjetivas (Bate, 2010; Rose, 2010).

Capítulo 6. Conclusiones

¿Qué rol juega la cultura material, y especialmente la fotografía, en los procesos identitarios y en la experiencia familiar transnacional de inmigrados/as chilenos/as en Barcelona?, ¿qué usos, sentidos y valores adquiere en estas vivencias? ¿Cómo incide la pareja en estos procesos?

Estas inquietudes han sido medulares en mi investigación doctoral, enfocada, como ya se ha visto, en los sentidos de pertenencia y en la vida familiar transnacional de chilenos/as residentes en Barcelona en unión mixta. Así, he indagado en las trayectorias migratorias y de conformación de pareja, en la relacionalidad familiar y sus dinámicas, en los lazos con el país, la cultura y la familia de origen y, en suma, en las relaciones y los ajustes continuos que suponen estos procesos y las identidades que entran en juego (género, país de procedencia, nivel socio-profesional, entre otras). Mi acento ha estado en tratar de entender el papel jugado por los objetos y, particularmente, las imágenes en estas vivencias. Y, paralelamente, comprender cómo influye en todo ello la pareja (su origen y características).

Si bien, existe una amplia producción de estudios e investigaciones sobre migración y sobre cultura material, hasta hace poco eran escasos los trabajos que vincularan ambos ámbitos (Dibbits y Roukens, 2002; Basu y Coleman, 2008), más aún en el caso de parejas mixtas o binacionales. Ello, resulta relevante si se considera que la aceleración, diversificación y transnacionalización de los flujos migratorios de las últimas décadas (Massey et al., 2008; Castles et. al., 2009; OIM, 2010, 2011), ha dado pie a nuevas y complejas estructuras de familia -multi-locales, transculturales y transnacionales- (Rodríguez-García, 2014); y al aumento de uniones mixtas o binacionales (Waldis, 2006; Charsley, 2012). El contexto de estas tendencias, y sus implicancias en los lazos de parentesco, ha estado acompañada por el desarrollo de las Tecnologías de Información y Comunicación (TIC). Éstas jugarían un rol central para conectar y recrear vínculos familiares transnacionales. En esta tarea, la producción y circulación de fotografías cumpliría un papel preponderante (Carrillo, 2010).

Así, situada en este escenario, y en base a metodología etnográfica cualitativa, me he interesado en una dimensión de la cultura material estrechamente ligada a la biografía personal y social (Hoskins, 1998). Consiguientemente, he atendido a aquellas prácticas y categorías de “cosas” (circuladas y/o atesoradas) que las personas han relevado a la luz de sus vivencias de desplazamiento/asentamiento y en vinculación, por tanto, con la vida de pareja y familia y con sus nexos de origen. Aquí, las fotografías han constituido un eje central; tanto en su carácter de imágenes-representaciones, como de objetos físicos en sí mismos, que existen en el tiempo y espacio y, por lo tanto, en el marco de las experiencias socioculturales (Edwards, 2002; Banks, 2010). De este modo, me han importado por sus propiedades y contenidos, pero también por los formatos mismos de sus presentaciones, los usos en que se les despliega y los sentidos que se les otorga y cómo estos potencialmente se transforman (Woodward, 2013; Christian, 2009, entre otros).

He realizado el trabajo de campo entre los años 2012 y 2015 en Barcelona que, como he indicado en los Antecedentes, concentra la mayor cantidad de población chilena inmigrada en la Comunidad Autónoma de Cataluña.

Los y las informantes han sido siete chilenos/as inmigrados/as que, habiendo nacido y vivido en Chile hasta su mayoría de edad legal (18 años), residen en esta ciudad en unión mixta (Chile/España) heterosexual con, al menos, un año de relación. Responden a distintos perfiles migratorios: económico (un caso), estudios (4 casos) y amor (dos casos). En la muestra he contemplado, además, un informante unido endogámicamente (Chile/Chile), quien tuvo una primera salida del país como exiliado. Su inclusión inicial, a modo de contrapunto, obedeció a mi interés por explorar la eventual incidencia del origen de la pareja en los sentidos de pertenencia y los lazos transnacionales. Si bien, en este cometido la introducción de su caso ha presentado limitaciones, ha adquirido valor por la trayectoria misma de su desplazamiento. Esta, en conjunto con la de los/os otros/as entrevistados/as, ha aportado a la riqueza analítica a mi tema de estudio. A ello también ha contribuido las particularidades biográficas y las características sociodemográficas variadas de las personas entrevistadas (en género, edad, nivel socio-profesional, tiempo de residencia en Barcelona, entre otros aspectos).

Considerando los ocho integrantes de la muestra, he realizado un total de 29 entrevistas: 10 correspondientes a la recogida inicial

de datos y 19 en profundidad. En el marco de estas últimas, e inspirada en los trabajos de Hoskins (1998), Tolia-Kelly (2004), Christian (2009), Rose (2010) y Bonhomme (2013), entre otros autores, he contemplado también la recolección de información a través de objetos e imágenes, ya fueran dispuestos en el espacio doméstico y/o guardados; así como la revisión conjunta de fotografías generadas por los propios/as entrevistados/as. El ritmo de estas actividades, y la concreción de las mismas, tuvo variaciones en los distintos casos. Finalmente, se dio con cinco de las ocho personas: tres mujeres y los dos hombres de la muestra. Dos de las entrevistadas (Blanca y Carmen), además, construyeron -mediante objetos y/o fotografías- una narrativa sobre su proceso migratorio y de vida en pareja.

Estos objetos e imágenes, desde una doble dimensión, teórica y metodológica, han complementado las observaciones de campo y de las entrevistas. El análisis, como se ha visto, se ha nutrido también de fuentes teóricas y estudios producidos sobre el tema.

A continuación, sintetizo, en forma de conclusiones, algunas de las ideas fundamentales resultantes del análisis previo, y que he organizado de forma temática, según los ejes de interés de la investigación.

6.1. Trayectorias migratorias y conformación de la pareja binacional

En la decisión de migrar concurren y se entrelazan diversas circunstancias y factores (Arango, 2003; Massey et al., 2008; Aruj, 2008, entre otras). Pese a ello, en términos generales, pareciera primar la idea de que el proceso migratorio responde a una razón clara y de orden práctico (por ejemplo, maximar ingresos (Hernández y Carmelo, 2007), y que también es una cuestión reflexionada y planificada concienzudamente. En directa relación con estos aspectos, una de las primeras cosas que se constata entre mis entrevistados/as es, efectivamente, el solapamiento de las motivaciones para el desplazamiento. Pero, y tal como lo demuestra el caso de migración económica (Carmen), no siempre moverse del país de origen a otro obedece a un proyecto previsto y planificado anticipadamente.

“El amor mueve montañas”, reza el dicho popular. En el caso de mi investigación, y en concordancia con lo mencionado por otros trabajos sobre uniones mixtas (King, 2002; Constable, 2003; Waldis, 2006; Roca Girona, 2007, 2011; Roca Girona et al., 2008;2012; Williams, 2012; Charsley, 2012; Anzil et al., 2016, entre otros), el deseo de continuar con la relación fue el motor para, en cuatro de los siete casos, cambiar el proyecto temporal de estudios y, en dos, para desplazarse a vivir a Barcelona.

En las trayectorias de conformación de las parejas mixtas, sobresalen rasgos relativos a los pasos seguidos en la relación y, específicamente, a la institucionalización del vínculo: De hecho, seis de las siete se han formalizado en matrimonio. Aunque con diferencias, la decisión ha operado con un cariz eminentemente práctico. Ello, como he mencionado en el Capítulo 3 y como también ha reseñado la literatura (Rodríguez-García, 2015b; Anzil et al., 2016), en razón de las ventajas que ofrece.

Específicamente en las tres mujeres que migraron por estudios (Carla, Carolina y Francisca), la dinámica pasa del frecuentarse a la convivencia y, luego, al matrimonio en lo que podría ser considerado periodos de tiempo relativamente breves. El retorno fechado (por la visa de estudiante), es un factor que incide en ello. Consiguientemente, “casarse” se convierte en una estrategia para continuar “estando juntos”. Para las dos entrevistadas que expresamente migraron “por amor” (Graciela y Blanca), cumple el mismo fin: agilizar los trámites y, de este modo, posibilitar la continuidad de la relación. En el caso de migración económica (Carmen), varía el objetivo, pero no su naturaleza: asegurar la estabilidad económica (herencia) para la cónyuge inmigrada. Esto guarda estrecha relación con las edades de los miembros de esta pareja (sobre 60 años) y con la biografía de la cónyuge inmigrada (la experiencia previa de viudez y difíciles condiciones económicas).

Por el contrario, para el hombre en unión mixta (José), y el único en unión consensual de los/as entrevistados/as, este carácter instrumental es, justamente, un factor para desestimar la oferta de matrimonio. En su decisión interviene su posición religiosa: como católico, indica, cree en la institución, en el rito y en los compromisos que de este se derivan.

Por otra parte, y aunque se trata aquí de pocos casos, estas parejas contravienen algunas tendencias descritas para las uniones binacionales en España, por ejemplo, en edad. En este ámbito se

ha indicado que los españoles unidos con extranjeras suelen ser mayores que las cónyuges inmigradas y entrar “más tardíamente” al matrimonio (Cortina, García y Esteve, 2009; Cortina y Esteve, 2012). En el caso de mi trabajo se destaca, en cambio, el que tres, de los seis miembros autóctonos, sean menores que sus esposas chilenas (dos de ellos, siete años menores) y que dos de ellos, además, hayan entrado bastante jóvenes (con menos de 30 años) en alianza civil. Esto último, en gran medida, por el carácter estratégico que adquiere la misma: resolver la estancia legal de la pareja inmigrada.

En lo que atañe a nivel educativo, investigaciones de corte demográfico (Cabré, Cortina y Esteve, 2006; Esteve y Cortina, 2009; Cortina y Esteve, 2011) han sostenido que las uniones, independientemente de los orígenes de los miembros, tenderían a la homogamia; que los porcentajes más bajos de ésta se darían en parejas de hombre español y mujer inmigrante; y que, conectado a lo anterior, una mayor formación profesional entre la población inmigrada aumentaría las posibilidades de unirse exogámicamente. En el marco de mi trabajo, tres de las seis cónyuges inmigradas registran mayores niveles de escolarización formal que sus esposos (posgrado vs. pregrado en curso; posgrado vs. nivel secundario; y pregrado vs. nivel secundario). Este dato discutiría -en principio- el comportamiento común de las uniones (homogamia), confirmando lo que sería la “desviación” de la norma (heterogamia); alentada por la condición de extranjera con mayor formación. He señalado que esto, particularmente en los dos casos en que la brecha educativa es más acentuada, podría ser leído en la lógica del intercambio de estatus (Davis, 1941; Merton, 1941): la baja valoración del país de procedencia se compensaría, así, con un elevado nivel de instrucción (sobre el tema ver Rodríguez-García, 2007). Sin embargo, los antecedentes del grado de educación formal de los padres, en concreto, evidencian que, en su mayoría (en seis de los siete casos), los y las informantes y sus parejas comparten el mismo grupo socioprofesional de procedencia (ver Figura 2, en pág. 29). Se confirmaría con ello lo señalado también por exploraciones más cualitativas que argumentan la homogamia de clase como un aspecto también clave en las uniones mixtas (Rodríguez-García, 2004a, 2004b, 2007).

No obstante, esta equivalencia en el segmento social de procedencia de ningún modo supone la ausencia de percepciones de desigualdades y/o jerarquías entre los miembros. De modo especial, el caso de unión con heterogamia socioeducativa

(Graciela), pone explícitamente en el tapete de discusión el lugar de origen como un factor relevante en el marco de las dinámicas de vida familiar. Esto, compartido por otras dos entrevistadas, es un asunto que retomo en el punto siguiente.

6.2 Uniones binacionales. Relacionalidad familiar. El peso del país de origen y de la identidad de género

Como he indicado en la discusión teórica (Capítulo 3), la percepción y/o el grado de aceptación de las uniones mixtas dependería del específico contexto -social, cultural, histórico, político- en que se desenvuelven (Williams, 2012). No obstante, existe cierto consenso en que, en lo global, estas suelen ser objeto de “sospechas” (Benson, 1981; Waldis, 2006; Charsley, 2012, entre otros). La actitud de “rechazo” o “susplicacia” tendría raíces en las jerarquías y prejuicios que -en un hilo histórico- se han establecido entre continentes, países y culturas. Así, el sitio de origen y la valoración que se le asocia, determinaría la posición social para el grupo (Todorov, 1998; Pessar y Mahler, 2003; Stolcke, 2010): y, por extensión, para los miembros inmigrados de las parejas, impactando especialmente a aquellas cónyuges que proceden de un país considerado como de “menor desarrollo” (Benson, 1981; Collier, 1987; Collier y Yanigisako, 1987; Waldis, 2006; Charsley, 2012; Williams, 2012, entre otros).

En coincidencia con lo anterior, mi investigación señala que entre mis entrevistados/as el peso de ser inmigrante latino/a se hace sentir en distintos ámbitos. A nivel general, por ejemplo, repercute en las escasas o nulas posibilidades de inserción laboral o en una ocupación muy por debajo de la cualificación profesional. Ello engendra, con diferencias de intensidades, frustración, roces dentro de la pareja y eventuales proyectos de retorno a Chile. Estos últimos aparecen con fuerza en las informantes mujeres con mayor formación profesional y con un asentamiento en Barcelona motivado, sustantivamente, por la relación de pareja (las dos “migrantes por amor” y dos de las tres que se desplazaron por estudios).

Por su parte, en la línea de estudios sobre uniones mixtas en España (Roca Girona, 2007; 2011; Roca Girona et al., 2008; 2012; Bodoque y Soronellas, 2009), en mi trabajo se constata que la

región de origen es un factor que incide también en las tensiones con la familia política. No obstante, existen matices y no sería transversal al conjunto de los miembros inmigrados: sucede particularmente en tres de los cuatro casos de mujeres chilenas casadas con hombres catalanes (Francisca, Graciela y Blanca). Las dos entrevistadas (Carla y Carmen) unidas con hombres nacidos en Cataluña, pero que se han identificado como hijos de inmigrantes (gallegos y andaluces, respectivamente) no aludieron -ni explícita ni implícitamente- a su procedencia como un factor de desavenencias. José, el inmigrado en unión de hecho, por su parte, le supone a la familia de la esposa un comportamiento de “cuidado”, al restringir los comentarios sobre los inmigrantes debido a su presencia y no hace mayores alcances a potenciales disputas en este ámbito. En su caso, como he mostrado en el Capítulo 3, los desencuentros se instalan en la relación con la pareja y en lo doméstico. Este conjunto de aspectos, y pese a que se trata aquí de muy pocos casos, abre interrogantes respecto de la influencia que tiene en la mayor o menor aceptación del miembro inmigrado, la trayectoria migratoria familiar del núcleo de acogida; así como la identidad de género del extranjero que se incorpora al grupo. Esto, ciertamente, representa un asunto a indagar más profundamente en futuras investigaciones.

En los tres casos en que existe cierto nivel de tirantez o conflicto (Graciela, Francisca y Blanca) los antecedentes sobre la formación profesional de los miembros de estas parejas, así como sus respectivas familias (ver Figura 2, en pág. 29), contravendrían lo argumentación de que “las actitudes y comportamientos en torno a la endogamia y exogamia están construidas sobre aspectos de clase social -aunque se justifiquen en otros términos-” (Rodríguez-García, 2004a).

Específicamente a partir de la experiencia de Graciela, cuyo caso he tratado en profundidad (Capítulo 5.1.), he sostenido que la clase social o el mayor grado de formación profesional pareciera resultar menos relevante que la procedencia geográfica y cultural. Del conjunto de parejas binacionales, ella sería la única en heterogamia. Sin embargo, su mayor nivel socioeconómico -en Chile- y la mayor trayectoria socioeducativa de ella y su familia (comparativamente con la de su pareja catalana y la familia de este) no se traducen en positivo. A su juicio, ser latina la ha situado -en la sociedad y en la familia política- en una posición “menor”. Como he hecho mención al analizar su caso, antes que discutir los prejuicios e imaginarios que subyacen tras esto, le molesta verse encasillada en ellos. Desde aquí, resiente la posición

que se le ha otorgado y desarrolla estrategias de resistencia y contestación: en el discurso oral, por ejemplo, desliza frases que recalcan -ante la parentela- su formación de posgrado y la condición socioeconómica de su familia de origen. En otra vía, se esfuerza por exhibir su segmento social de procedencia, por ejemplo, en el ejercicio de ciertas prácticas. Así, cuando organiza cenas para su núcleo de acogida, dispone cuidadosamente la mesa con las “cosas finas” traídas desde su país. Allí, la vajilla, el mantel, la cuchillera y el juego de copas constituyen símbolos materiales destinados a ilustrarles -en un mensaje que va más allá de la propia materialidad, como diría Moles (1969)- que ella “no es cualquiera”. Por consiguiente, su despliegue responde a un intento por ser reubicada en la escala de valoración. En este gesto, confirma el carácter de algunas posesiones, acopiadas y exhibidas en tanto representan una indicación de la posición de clase y se asocian a cierto estatus (Moles, 1969; Baudrillard, 1969; Cskszentmihalyi y Rochberg-Halton, 1981). A la par, deja la pregunta abierta de cómo estos gestos son leídos e interpretados, en este caso por los comensales.

La sentencia del entrevistado en unión de hecho (José) (en el Capítulo 3), es explícita del énfasis en el lugar de origen como base de categorización: “el rollo aquí es más racial”, afirma. Sin concordar con el término que utiliza, por las implicancias que este supone, los testimonios de las entrevistadas confirman que el continente de procedencia y los rasgos fenotípicos actúan como demarcadores y, por tanto, suponen la categorización a nivel de la sociedad y de la familia. Esto tiene implicancias y derroteros distintos. En ocasiones, como he mostrado a partir del caso de Graciela, supone la invisibilización del nivel profesional; en otros, el no reconocimiento de prácticas culturales (como las comidas y la lengua) y la imposición de una otra pertenencia.

En este último tipo, y concordando con lo que señalan otros estudios (Rodríguez-García, 2016; Rodríguez-García et al., 2016), la asignación de pertenencia por el fenotipo deriva en procesos de disociación identitaria: en razón de la apariencia física “más europea”, de Francisca, o en virtud de un fenotipo “más andino”, de Blanca, se les designa, respectivamente, como “no latina” o -por el contrario- bajo el paraguas general de inmigrante latinoamericana, sin más distinción.

En base a los antecedentes de las familias autóctonas, he sostenido que esta invisibilización y/o falta de (re)conocimiento (o, en su defecto, descuido o desinterés) respecto del lugar de procedencia

de la inmigrada, sería transversal al nivel educativo y/o social de la familia nativa (ver Figura 2, en pág. 29). Y se extendería también a algunas de sus costumbres o prácticas culturales; especialmente cuando son distintas a las de la sociedad y el núcleo receptor. En este plano, por ejemplo, tocan a la preparación de alimentos y al uso del castellano.

Como he mostrado en el desarrollo de la tesis, ambos aspectos funcionan como vehículos de identidad. En la línea de lo señalado por Dibbits y Roukens (2002) y Bonhomme (2013), activan, en general para todas las personas entrevistadas, el sentido de pertenencia a la comunidad de origen. En este entendido, cumplen un papel crucial como medio de compartir a los otros “distintos” (en este caso la familia política) una parte de lo que se es, en cuanto chileno/a inmigrado/a. Desde aquí se entiende la relevancia que adquieren en el marco de las relaciones con la parentela. Esto es emblemático en el caso de Francisca quien, como he indicado en el Capítulo 3, ha preparado platos típicos chilenos o de países de la región a la familia de su esposo. Estos, empero, no han sido apreciados. Ello se deja ver en los comentarios que ha recibido, reitero uno a modo de ejemplo: “está bien, pero si me hubieses puesto una escudella, mejor”. Este gesto es interpretado por la entrevistada como una prueba del ya referido no reconocimiento (intencionado o no) de su procedencia geográfica y cultural. Y, considerando la dimensión identitaria que tiene el preparar y compartir el alimento del propio país en un contexto de vida migrante (Dibbits y Roukens, 2002; Bonhomme, 2013), se transforma en una molestia que no es sino -a la luz de la historia de esta informante- un síntoma de lo que ella experimenta en el marco de la relacionalidad familiar.

Para Blanca, cuyo caso también he tratado en profundidad (Capítulo 5.3.), los vínculos con la familia de su esposo no son lo que ella había previsto; sea porque las dinámicas de familia son culturalmente distintas o porque no han logrado encajar mutuamente. Lo cierto, es que les ve -comparativamente con su núcleo de origen- no sólo con menos integrantes, sino más distantes y menos afectivos. No ha encontrado, en suma, el ansiado cobijo humano en su experiencia de desplazamiento/ asentamiento. Este sentir se ilustra gráficamente en las dos fotografías (Fotografía 36 y 37, en pág. 217) que eligió para referir las ocasiones de encuentro propiciadas por la parentela política: una cena, representada en una imagen de los muros del restaurant; y un paseo a la playa, aludido en un retrato en que figura ella sola. De esta manera, la falta de cercanía se traduce en la ausencia de

los miembros del grupo en las imágenes. Consiguientemente esta, como ha indicado la literatura (Bourdieu, 2003; Böck, 2004; Espin, 2008), se convierte en un signo indicativo de las “desavenencias”. Al mismo tiempo que devela su sentimiento de soledad y/o aislamiento respecto del mismo.

En otro plano, he discutido que manejar el idioma catalán y/o tener más disposición a aprenderlo está ligado, entre otros factores (como la inserción laboral), con el uso y la importancia que éste tiene para la pareja y su familia. De hecho, y en concordancia a lo señalado por Solana et. al. (2012), para quienes se han unido con hijos de inmigrantes de otras regiones de España (dos casos) resulta como no sustantivo, mientras que, cuando es el vehículo de comunicación de la familia política se convierte en una demanda impuesta y/o autoimpuesta.

Esto último adquiere mayor énfasis en las dos entrevistadas mujeres que han tenido hijas en el marco de la unión con hombres catalanes (Francisca y Blanca). Se genera aquí una tensión entre suegras y nueras por la socialización de las niñas en una lengua determinada: las primeras, abogan porque las inmigradas le hablen en catalán a las pequeñas; mientras que las segundas defienden el uso del castellano, pues -arguyen- es su lengua materna y, por tanto, tiene una dimensión afectiva. En la defensa de su posición, las mujeres chilenas argumentan, además, los espacios de socialización familiar y escolar en catalán que tienen las niñas; y el hecho, no menor, de que una parte de su familia es chilena. Por tanto, manejar esta lengua es también una necesidad para la comunicación y los lazos familiares transnacionales.

He sugerido que la suerte de exigencia en el uso del catalán, puede vincularse al aludido proceso de no reconocimiento del lugar de origen de la inmigrada y/o a una práctica de jerarquización entre los dos países y culturas aquí en juego. Asimismo, también podría hacer parte de una estrategia de refuerzo o protección, a la luz de la historia política social de Cataluña. Tanto las demandas de las suegras/abuelas nacionales, como las respuestas y “resistencias” de las nueras/madres inmigradas, pondrían en escena el rol de transmisoras y guardianas asumido (y/o asignado a) por las mujeres. Este argumento tiene sentido si se considera que, al chileno en unión mixta (José), en cambio, se le advirtió a que se comunicara con su hija en castellano, en un esfuerzo de cuidar a la niña de oír un “mal catalán”, cosa que él -como se ha desprendido de sus testimonios- no cumplió a cabalidad. Ciertamente este es un campo que amerita futuras exploraciones.

En sus experiencias distintas, las personas proveen una reflexión sobre sus identidades, en las que imbrican su condición de chileno/a, de inmigrante latino/a, no comunitario/a; y, al mismo tiempo, cómo parte de una unión mixta en Barcelona. En estos procesos, como mostré, confluyen también otras pertenencias (sociales y/o nivel socio-profesional, por ejemplo) desde las que también se enuncia. Mirado así, la demanda de reconocimiento y respeto, hecha por algunas de las entrevistadas, compete no sólo al país y cultura de origen como algo exclusivo a ellas: hace parte intrínseca de sus relaciones de pareja y de la forma de familia en se encuentran.

6.3 Uniones binacionales. Vida de pareja. País de origen, género y cultura material visual

Como he reseñado en el Capítulo 2, en razón de la distribución sexual del trabajo y los roles de género, serían las mujeres las que, por lo general, asumirían las responsabilidades asociadas al ámbito privado y familiar. Ello compete las tareas de organización y decoración del espacio doméstico (Pink, 2004); y el mantenimiento de los núcleos y lazos familiares (Munso and Madigan, 1994:114; Jamison, 1998 citados en Rose, 2011). Mediante la distribución y disposición de objetos e imágenes, el espacio físico se “apropiaría”, transformándose en un lugar con sentido, resonancias emocionales y, en definitiva, en “hogar” (Cresswell, 2004; Harvey, 2005; Rose, 2010). Se ha señalado que, en contextos de desplazamiento, estas prácticas y usos reflejarían las procedencias culturales y geográficas; convirtiéndose en expresiones simbólicas de identidad (Roth, 1999 citado en Dibbits y Roukens, 2002; Boruchoff, 1999; Tolia-Kelly, 2004; Anthias, 2006). A la par, la experiencia de asentamiento podría suponer también incorporaciones provenientes del sitio que se habita (Dibbits y Roukens, 2002). Según esto, un aspecto clave en estas dinámicas, y que competen en especial a las parejas binacionales, es en qué medida ello representa campos de encuentros, desencuentros y/o negociaciones.

En directa relación con lo anterior, entre mis entrevistados/as la mención de divergencias culturales en ámbitos como la crianza y la “decoración” u organización del espacio doméstico,

y la consiguiente necesidad de acuerdos sobre estos aspectos, está en directa relación con la identidad de género y el país de origen de quien ejerce, mayormente, estas labores. De hecho, para las mujeres chilenas, con hijas nacidas en la unión binacional (Francisca y Blanca), y que han asumido sustantivamente las tareas de cuidado, las discrepancias respecto de cómo se cría no constituyen tema mayor. Por su parte, la eventual presencia y disposición de objetos y fotografías que remiten al país de origen del miembro inmigrado de la pareja, tampoco representa nudos problemáticos para el conjunto de las mujeres entrevistadas. Pareciera ser así que, en tanto mujeres, y tal como ha referido la literatura (Pink, 2004; Rose, 2010), tendrían un cierto dominio o voz autorizada sobre este campo.

Pese a lo anterior, se aprecian pequeños matices: por ejemplo, una de las entrevistadas (Francisca) modificó la práctica de distribución de fotografías enmarcadas de su familia, en razón del no hacer – por costumbre y gusto – de su pareja. Ella se adaptó, pues se mudó a “la casa de él”. Sin embargo, dejó los marcos vacíos sobre su escritorio, quizás sin pensarlo, estos adquirieron -implícitamente- un carácter de “huella” de lo que antes contenían y, por extensión, de la presencia de los suyos. El carácter “indicial” “de lo que ha sido” (Dubois, 1986), en este caso no estaría en la imagen, sino en la ausencia de la misma. Así, su soporte material -el marco vacío- refiere y activa un juego de la presencia en la ausencia (Christian, 2009). En su testimonio, se aprecia también que, a partir del nacimiento de su hija, él ha ido cambiando respecto del uso de las imágenes: en este caso, abriéndose de modo propio a la disposición/exhibición de las mismas en determinados sitios de la casa (el muro de la entrada, en concreto).

Respecto de los mismos ámbitos (crianza y decoración), he mostrado que el hombre chileno ha enfrentado una serie de divergencias con su pareja, las que han requerido acuerdos expresos. Sus diferencias en torno a la crianza y educación de las hijas se explican, en gran medida, porque ha debido integrarse activamente al ámbito doméstico-reproductivo. Esto, que representa un cambio del patrón de padre y de pareja que tuvo en origen; le ha llevado a constatar un abanico de aspectos (por ejemplo, en torno a las nociones de disciplina) que les enfrentan, en tanto progenitores de países distintos y criados en contextos socioculturales diferenciados.

Evidenció también que, en su caso específico, ha debido modificar su inclinación a disponer elementos de la cultura material como

parte de la decoración de la casa que habitan; y que remitían a sus procedencias (posters de América Latina y la bandera de Chile, por ejemplo). La negociación ha tenido como norte crear “una casa sin banderas”, vale decir sin demarcadores explícitos de uno u otro sitio. Esta transformación es resultado de su asentamiento, de su vida en pareja y de la demanda expresa hecha por ella. Sin dejar de lado los gustos y/o las evaluaciones estéticas respecto de estos objetos, intervienen aquí aspectos relativos a la nacionalidad de ella y también a las identidades de género de ambos. Estas últimas, parecieran confirmar el ya referido nivel de “autoridad” femenina en el área, amparado en los roles de género (Pink, 2004; Rose, 2010). Él, en el marco de los mismos, acata. El caso, asimismo, plantea reflexiones acerca de las implicancias de esta suerte de eliminación aparente de los signos externos de las procedencias geográficas y biográficas. Sin embargo, para el cónyuge inmigrado, algunos de estos elementos materiales, como he mostrado en el Capítulo 4, antes que “desaparecer” o perder sus significados, perviven lejos del relato y la vista pública, ocultos en pequeños espacios que él reconoce e identifica.

Por otra parte, la supremacía de las mujeres-nacionales o inmigradas sobre el ámbito doméstico, entendido específicamente en lo que atañe a la “decoración”, en el “permiso” para la presencia -o no- de objetos que remiten a la procedencia del miembro inmigrado; se extiende también al campo de las fotografías. Como signo de ello, destaco que fueron las entrevistadas mujeres las que accedieron -sin poner mayores objeciones- al visionado de las imágenes, a la toma y/o a la reproducción de algunas de las fotografías. La cónyuge nativa, en cambio, y como he comentado en distintas partes del cuerpo de la tesis, denegó la posibilidad de esto. Ello, eventualmente, confirmaría la dimensión “engenerada”, señalada en distintos estudios (Pink, 2004; Tolia Kelly, 2004; Rose, 2010), que tienen estos campos. La nacionalidad de la pareja actúa en ellos, entonces, en directa relación con la identidad de género. Ello, como se verá a continuación, incide no sólo en la comunicación a distancia, sino también en la circulación de imágenes hacia la parentela en Chile.

6.4 Vínculos familiares transnacionales

Como he reiterado en distintos momentos del documento de mi tesis, los procesos migratorios internacionales de las últimas décadas han tenido como telón de fondo el desarrollo y uso de las de Tecnologías de la Información y Comunicación (TICs). Así, éstas jugarían un rol central en la comunicación a distancia y, consiguientemente, en el fortalecimiento de los lazos de parentesco transnacional (Carrillo, 2008, 2009, 2010; Roca Girona, 2007;2011; Roca Girona et al, 2008, 2012; Charlesy, 2012; Williams, 2012; García Curiel, 2014). En este ámbito, asimismo, se ha indicado que las fotografías cumplirían un papel preponderante. La producción y envío de las mismas, ha sido -históricamente- un recurso privilegiado para conectar a parientes separados geográficamente y, por ende, contribuir al “reconocimiento mutuo” y a la mantención de los vínculos familiares (Sontag, 1981; Bourdieu, 2003; Ortiz García, 2005; Torricela, 2010); especialmente con el nacimiento de niños/as (Bourdieu, 2003; Jacobs,1981 citado en Mraz, 1999). Esta función y las prácticas que se le asocian, se habrían intensificado a la luz de las tendencias migratorias y tecnológicas actuales (Carrillo, 2008, 2009,2010; Rose, 2010; García Curiel, 2014).

En términos generales, mi investigación comprueba la importancia de las TICs en la comunicación a distancia. No obstante, problematiza y discute la presunción de que el acceso y uso de equipos digitales y de herramientas de Internet, deviene directamente en una mayor producción y movilidad de imágenes. Así, como la idea, implícita en ello, de que estas circulan como “la” vía para reforzar el lazo entre parientes situados en distintos sitios y, por tanto, aportando a la unidad y cohesión del grupo (Bourdieu, 2003).

En directa relación con los aspectos recién enunciados, entre los/as inmigrados/as/as chilenos/as en uniones mixtas consignados en mi investigación, existe un marcado interés por mantener la conexión con sus familiares de origen. En este cometido, utilizan asiduamente la comunicación vía teléfono (llamadas y *WhatsApp*) y recursos provenientes de Internet (como *Skype* y *Facebook*). En el esfuerzo por mantener y/o recrear los lazos, se encuentran también los viajes a Chile. Estos son más o menos frecuentes, según las circunstancias que atraviesa la pareja. En general, y confirmando lo señalado por Le Gall (2010), la disponibilidad de

tiempo y de dinero se erige como un factor crucial en la concreción de estos. Las parejas, por su parte, participan aisladamente de los contactos.

Conjuntamente con lo anterior, a partir de las entrevistas, y en concordancia con lo referido en otros trabajos, por ejemplo, Le Gall (2010), se constata que el nacimiento de niños/as en estas uniones, intensifica las ocasiones y la frecuencia de la comunicación con los parientes en Chile. Ello, en el afán de potenciar el nexo; especialmente entre abuelos/as y nietos/as. Esto sucede mayormente cuando son las madres las inmigradas (Francisca y Blanca). Se encuentra aquí, entonces, un nuevo campo de prácticas en que la identidad de género constituye un factor de incidencia. Ello, al tiempo que la crianza instala un escenario de refuerzo de la comunicación familiar transnacional.

Pero entre estos entrevistados/as la intención de estrechar la relación no sólo se da recurriendo a las video llamadas, mediante *Skype* y *Facebook*, sino también en la circulación de fotografías hacia la parentela en Chile. En este sentido, se confirma también la práctica de producción y envío de imágenes como mecanismo para reforzar la supervivencia del vínculo afectivo familiar, ya referidas por la literatura.

Tal y como indican otros trabajos (Bourdieu, 2003; Jacobs, 1981 en Mraz, 1999; Rose, 2010), para los inmigrados con hijos (Francisca, Blanca y José), el nacimiento de estos ha ido en paralelo con una mayor producción de imágenes. En el contexto de desarrollo y difusión de la tecnología digital, cuentan con variados equipos para ello (cámaras de fotos, videocámaras y los teléfonos móviles con cámaras incorporadas). De este modo, ambos factores -fotografía digital e hijos- ha supuesto una mega abundancia de tomas a organizar y clasificar -o no- en razón del tiempo disponible (Van House, 2011). Pero, como he descrito en el caso de Blanca (Capítulo 5.3.), estar en posesión de un mayor número de aparatos no implica, necesariamente, persistir en un sinnúmero de tomas. En este sentido, por ejemplo, reconoce que cada vez está tomando menos fotos. Ello, en razón del arduo trabajo que supone el “bajarlas” e intentar organizarlas. Así, la profusión de recurso tecnológicos ha provocado nuevas transformaciones en el ejercicio de producción, descarga y almacenaje de fotografías:

Tanto Blanca como Francisca y José, manifiestan que realizar las descargas y selecciones, en medio de las múltiples actividades, no

siempre es tarea fácil. Si bien esto es un problema, las entrevistadas mujeres evidencian que los avances tecnológicos les han ofrecido también ciertas herramientas para no cejar en el intento de circulación a sus familias de origen. Aquí, en un caso (Blanca), el teléfono móvil se convierte en una herramienta que otorga ventajas: le permite capturar una toma de su hija en cualquier momento y mandársela al grupo de *WhatsApp* que tiene con la familia de Chile. En otro, (Francisca), la estrategia contempla subir la misma carpeta descargada de la cámara al *Dropbox*, para que la madre revise y escoja aquellas que, de las muchas, “le gusten”.

Estas imágenes tomadas y remitidas tienden, por lo general, y a diferencia de la época de soltería, a centrarse en los retratos familiares o de las niñas, en la intención -como ha indicado Bourdieu (2003)- de (re)actualizar el conocimiento entre los miembros de la familia y, consiguientemente, fortalecer los lazos. Pero esta función también se cumpliría con las imágenes impresas. Concretamente, el caso de Blanca (Capítulo 5.3.), me ha permitido mostrar cómo las imágenes familiares traídas o recibidas desde Chile, guardadas en los álbumes y/o dispuestas en casa, se han convertido en textos visuales de enseñanza que la madre migrante usa con su hija. Mediante estas, vincula rostros, nombres y grados de parentesco, en una labor de repaso para que la pequeña, pese a la distancia física, no los olvide. De este modo, estos retratos de familiares, y como lo ha indicado Bourdieu (2003) entre otros autores, se convierten en un recurso para imbuir a la recién llegada a la familia en la genealogía de la misma; reforzando con ello la cercanía afectiva y apostando por la pervivencia de esta.

Además de lo anterior, para esta entrevistada, las fotografías han adquirido una dimensión tremendamente importante: en el marco de su experiencia migratoria: su contemplación le permite “ir” a Chile y a los momentos retratados, aun cuando no haya estado presente en los mismos. También le posibilita traer -simbólicamente- a Barcelona a los miembros de su familia de origen. Así, producir, circular -de ida y vuelta- y atesorar fotografías hace parte sustantiva de su hoy. En estos actos, las imágenes le proveen una relación de “continuidad” con aquellos que están distanciados físicamente (Berger, 2001). En la línea de lo señalado por Tolia-Kelly (2004), recibirlas, verlas y partir -figuradamente- en un viaje a Chile o traerlos hacia sí, es un modo de reencontrarse con una geografía física y afectiva que le resulta conocida y que comporta un cariz de cobijo y seguridad. Por eso, estar permanentemente conectada con su núcleo de origen es una

necesidad del presente, nacida del apego familiar que dice siempre haber tenido. Y que, sin embargo, pareciera recrudescerse en el contexto marcado por el sentimiento de soledad y de ausencia de núcleos sociales afectivos -de amistades o de la familia política-. Estos aspectos, como he ilustrado en el desarrollo del caso, quedan de manifiesto en la narrativa visual que construyó: una pluralidad de imágenes en que aparece sola o con su pareja y la niña y de otras tantas que aluden a los contactos con Chile (en las fotografías de los viajes o del computador abierto en ocasiones de llamadas, por ejemplo. Ver Fotografía 41, en pág. 220, Fotografía 51, en pág. 223).

Lo anterior refleja que, en gran medida, los factores personales y contextuales inciden en la circulación de fotografías. En este caso específico, refuerza el vínculo de parentesco transnacional en el envío y la recepción y, en esa medida, corrobora lo señalado en trabajos previos sobre el tema (Sontag, 1981; Bourdieu, 2003; Carrillo, 2008, 2009, 2010; Rose, 2010). Pero no para todas las personas entrevistadas funciona del mismo modo. De hecho, el caso de Graciela, también tratado en profundidad (Capítulo 5.1), ofrece un importante contrapunto. Ella, a diferencia de las otras entrevistadas, no circula imágenes de su vida en Barcelona. Tiene acceso a ordenador, maneja la tecnología, tiene conexión a Internet y cámara digital. Las razones no tienen que ver, por consiguiente, con dificultades técnicas, sino que son de otro orden: se siente habitando una “casa fea”, en una posición socioeconómica desmejorada y, más importante aún, sus hijos -del anterior matrimonio- viven en Chile. Estos son aspectos claves en la práctica del no envío. He discutido que, si bien, mostrar su casa no le resulta grato, tampoco les hace llegar a sus hijos otras imágenes de su vida actual, por ejemplo, de paseos que ha hecho con su pareja. Estas fotografías, en la línea de lo señalado por Sontag (1981), parecieran tener un carácter de evidencia -y, por consiguiente, la “incriminan”: en el registro de la merma material que experimenta y, de modo inverso, de una potencial “felicidad de pareja”. Esto último le resulta inadmisibles, desde el sentimiento -implícito- de abandono y culpa materna. Así, pareciera querer evitar, a toda costa, reacciones adversas en ellos. De este modo, y contraviniendo lo que se ha señalado en diversos trabajos (entre ellos, Carrillo, 2008, 2009, 2010; Rose, 2010): el acceso a tecnología y el uso de la misma, no implicaría *per se* la producción y circulación de fotografías. Tampoco representaría la única vía para mantener la cohesión del grupo. Este caso preciso, de hecho, ilustra que la práctica depende de las situaciones personales,

contextuales y familiares de la persona; y que la no difusión es también una estrategia orientada a resguardar la unidad entre los miembros de la familia.

Por su parte, el caso del emigrado político (Pedro), ofrece nuevas aristas respecto de los vínculos familiares y el rol de las fotografías en estos. Dada su trayectoria biográfica y migratoria, las imágenes constituyen hoy un indicador de la recuperación de los lazos socio-familiares.

La expatriación, le significó no sólo la distancia física de su familia, sino también un quiebre en la comunicación y en los lazos familiares. En parte, esto último fue propiciado por él, como una medida –ha dicho– para atenuar el dolor de la distancia y, por tanto, como una estrategia de sobrevivencia. En el exilio, sin embargo, las fotos –ausentes por la partida abrupta– se convirtieron en una necesidad afectiva: representaban la posibilidad tener a la gente querida “cerca”. Según esto, para Pedro hacerse de fotografías ha sido, en el transcurso de los años, un modo de recomponer los vínculos. En la línea de lo manifestado por Bourdieu (2003), poder verlas, palparlas y tenerlas cerca contribuye a la reintegración, a saberse parte de un grupo. Su esposa chilena ha sido clave en este proceso: tanto porque le ha arrastrado nuevamente al mundo de las reuniones familiares, del contacto periódico, como porque se ha dado a la tarea de preparar *collages* de imágenes y de distribuirlos –junto a retratos– por toda la casa. Esto, como él mismo ha indicado, le ha permitido una relación de proximidad con los amigos y miembros de la parentela que están en las tomas. Nuevamente aquí, como en lo que he referido para Carmen y Blanca (capítulos 5.2. y 5.3), se activa la capacidad de “huella” que entrañan las imágenes, de “invocar” a los ausentes, de constituir “trazos” de lo representado y, con ello, de ofrecer la “continuidad” del vínculo (Dubois, 1986; Berger, 2001; Barthes, 2009; Christian, 2009, 2011; Rose, 2010, entre otros)

6.5 Sentidos de pertenencia: la comida y la lengua

Quienes desarrollaron mayores reflexiones sobre cómo se piensa y/o vive la identidad de país de origen fueron aquellos/as entrevistados/as que no tienen en el horizonte un proyecto de retorno a Chile; y que llevan, además, mayor tiempo de estancia en

Barcelona. Al referirse a los sentidos de pertenencia, coincidieron en asociar su procedencia geográfica, cultural y afectiva con dos aspectos: la cocina chilena y la lengua o, más precisamente, la jerga chilena. Como he indicado en el cuerpo del trabajo y también en estas conclusiones, estos aparecen como “vehículos de identidad”. En las prácticas que se le asocian, cumplen un papel de demarcadores identitarios tanto para los “otros” como también para los compatriotas.

En estas experiencias migrantes se recalca que la preparación de los alimentos, sean los reconocidos como platos “típicos” o los más cotidianos, busca mantener las formas “chilenas”; heredadas, por lo general, de madres y abuelas. Entonces, para quienes gustan de cocinar y lo hacen, resulta algo del hacer común, natural. No obstante, el matiz distinto que aporta el contexto migratorio sería el deseo y el empeño —expreso entre mis entrevistados/as— por persistir en estas formas de preparar y de comer (Dibbits y Roukens, 2002; Bonhomme, 2013). No se trata, entonces, de la mera reiteración de un hábito ya internalizado; sino de un acto intencionado. En este sentido, por ejemplo, pueden leerse los esfuerzos de José, el entrevistado en unión de hecho, que en conjunto con otros inmigrados chilenos realizan “talleres” en los que se intercambian y se enseñan mutuamente sus recetas y especialidades chilenas; o el esmero que pone Pedro, el migrante político, por hacer cotidianamente en Barcelona “su comida” o prepararla para sus cercanos; o las reiteradas convocatorias a cocinar, que hace Carmen a su amiga, “cuando bajan las ganas de Chile”.

Visto así, la comida adquiere el cariz de ruta al país que dejaron: como si la degustación, y el proceso de alistamiento, permitiera conectarse al lugar y la historia vivida en él, a la familia y, en suma, a las raíces. Por eso, en varias ocasiones, los encuentros de estos inmigrantes en la comida adquieren un aire de nostalgia: sacia, en parte, el hambre de la ausencia. El alimento, entonces, convoca e invoca. A través de él, surge la charla y el sentirse parte —aunque haya ciertas discrepancias entre los comensales— de una “comunidad imaginada” que se reconoce en la vivencia de inmigrado/a y, a la vez, teniendo un pedazo de historia y de territorio compartido.

En este contexto, la preparación de un plato, o las ocasiones de reunión o celebración en torno a la comida del país, da pie a la producción y circulación de fotografías: este es retratado y distribuido a través de *Whats.App* o colgado en *Facebook*. La imagen

comunica identidad y apela a la complicidad (en el código de lo compartido) (Holland, 1991 citado en Carrillo, 2008). El mensaje se distribuye y recibe casi en simultáneo. La reacción que suscita, por tanto, se deja sentir rápidamente. De este modo, el vínculo se mantiene.

Pero la relación con el ámbito culinario, también está marcada por aspectos que hacen parte de la biografía y de la trayectoria migratoria de la persona. En este sentido, el caso de Pedro es emblemático. Para él, los olores de especias y hierbas evocan con mayor fuerza la memoria de lo que fue su vida en Chile. Así, la cocina adquiere un aire de tiempo pasado, que retoma a través de los aromas y de la imagen, por ejemplo, de la cazuela humeante. Como indiqué en el desarrollo del texto, este modo de vivir las prácticas asociadas al mundo gastronómico del país, estaría estrechamente ligado con el modo en debió dejar el mismo –el impensado exilio- y la larga permanencia fuera.

Por otra parte, el uso del castellano-chileno también adquiere un significado de arraigo, de marca distintiva e identificatoria del sitio de origen. Para algunos, especialmente los varones entrevistados, el extendido tiempo de asentamiento en Barcelona entraña el peligro de hacer perder el acento, de atenuar el uso de términos, modismos y muletillas. En razón de ello, hacen un esfuerzo deliberado por mantenerlo. Encontrarse con paisanos, indican, trae aparejado un inmediato “cambio de *chip*”: se despliega sin tapujos la jerga chilena, posibilitando el reconocimiento de un lugar geográfico y cultural común. Se activa así, y vuelvo a la idea ya señalada antes, la “comunidad imaginada”. Por eso, ante la amenaza de pérdida –real o figurada- o la posibilidad de esta, emerge la estrategia de “rechilenizar” el habla de modo consciente. Esto, al igual que las comidas es extremadamente importante en el caso de migración política.

6.6 Sentido de pertenencia. El rol de la cultura material y visual. Objetos y fotografías

Además de la lengua y la comida, los objetos y las fotografías juegan un papel destacado en los sentidos de pertenencia (Dibbits y Roukens, 2002; Hoskins, 1998; Tolia-Kelly, 2004; Anthias, 2006, entre otros). Esto es confirmado entre mis entrevistados/as, aun

cuando se perciben distintos niveles de importancia en el valor que se les asigna y/o en el tipo de cosas apreciadas. Esto último, así como las trayectorias migratorias, las edades, las posibilidades de trasladar cosas, inciden en el volumen y en la naturaleza de aquello que está presente en sus actuales vidas.

Los testimonios evidencian que, en general, los/as entrevistados/as tienen ciertas posesiones que consideran significativas; algunas trasladadas por ellos/as mismo/as y otras recibidas como regalos, herencias o “recuperadas”. El tipo de objetos y las razones de las prácticas de circulación y/o atesoramiento, empero, guardan diferencias: el gusto de algo particular, por ejemplo, las piezas de loza de Francisca; porque refieren a la etapa de juventud y a una pasión o *bobby*, como *CDs*, libros y camisetas de equipos de fútbol, en el caso de José; o porque remiten a una experiencia íntima y afectivo familiar, como los objetos que, en el caso de Pedro, hacían parte de la casa y la historia familiar, o fotografías de la familia en Chile; o por el mero hecho de que refieren al país de origen.

Para las dos entrevistadas que migraron “por amor” (Blanca y Graciela), y cuyos casos he analizado en profundidad en el Capítulo 5, objetos e imágenes desempeñan un papel fundamental en la experiencia de vida en Barcelona. Esto guarda estrecha relación con el cómo ambas experimentan su asentamiento en esta ciudad. Así, y tal como lo ha referido el trabajo de Tolia-Kelly (2004), la presencia de estos en el espacio doméstico se lee no sólo en virtud del lugar de origen, sino también del complejo entramado de negociaciones y desarraigos que hacen parte de sus procesos personales y familiares en esta vivencia migrante.

Graciela, como he indicado, desarmó su casa en Chile para traerla al migrar. Estas pertenencias diversas, desde muebles y enseres domésticos hasta sus diarios de vida de juventud, tenían el poder -en concordancia con lo reseñado por alguna literatura (Harvey, 2005; Cresswell, 2004; Tolia-Kelly, 2004; Anthias, 2006)- de transformar el nuevo sitio en “hogar”. Pese a que no ha llegado a sentirlo de este modo, estos “artefactos materiales” han constituido bisagras que conectan los lugares, los tiempos y los afectos (Boruchoff, 1999). En su presente adverso, siguiendo a Tolia-Kelly (2004), estos objetos e imágenes constituyen “restos”, “trazos” de su pasado y le ofrecen la oportunidad de actualizar permanentemente la memoria de un lugar geográfico, social y afectivo-familiar distinto - “mejor”- al que actualmente habita.

Constituyen, así, un refugio: y, por tanto, le brindan una sensación de “seguridad”. Esta misma función cumple el “rincón chileno” preparado por Blanca; en el que ha incluido fotografías familiares -que renueva en cada viaje- y emblemas turísticos del país (moáis, “el huaso chileno”, “el indio pícaro”, por ejemplo). Este, dije, se ha convertido en una suerte de memorial de Chile. Saber que está ahí, calma la angustia de la lejanía física y emotiva, torna cercano lo que está distante. Con ello, activa la continuidad de los lazos y obtiene un cierto consuelo en un hoy marcado por la escasez de relaciones socio-familiares. De este modo, para ambas entrevistadas, la cultura material y visual adquiere significaciones mediadas y nacidas al amparo de las vivencias -no siempre satisfactorias- en la nueva ciudad y familia.

Como he referido en párrafos anteriores, para Carmen los objetos (figuritas de cerámica) y las imágenes, algunas dispuestas en la casa y otras guardadas en álbumes, también funcionan a modo de presencia de los que están lejos y, por ende, de la continuidad que tienen en sus vidas. Pero, también estos son dotados de nuevos significados: “los tengo, para no olvidar las raíces”, ha dicho. Esto, he argüido en el desarrollo del caso (Capítulo 5.1), no compete únicamente a su país y su familia, sino también a su procedencia social. En el contexto de estancia en Barcelona, en que ha visto mejoradas sus condiciones materiales y calidad de vida, esta es una manera de situarse en el mundo, en un intento de no “envanecerse”. Desde aquí, precisamente, se entiende la importancia de la fotografía de su “primera casa” (Fotografía 19, en pág. 178): humilde y sencilla, ésta funciona como una seña, una “prueba” (Sontag, 1981) de lo que “ha sido” (Dubois, 1986) para no extraviar el camino.

En el caso de Pedro, el emigrado político, la importancia de la cultura material se torna significativa por su trayectoria biográfica y de desplazamiento, así como por su edad (65 años). Como ya he indicado, el exilio le distanció de su tierra y de su familia. Su padre murió y él se enteró tardíamente. Tras esto, la casa familiar se desarmó. Este conjunto de hechos le llevó a “recuperar” pequeñas cosas que hacían parte de su historia familiar. Estas tienen para él hoy una dimensión afectiva y evocan personas ausentes. Le dotan de una historia y le posibilitan una individualización al lugar que habita. Sus testimonios revelan, más que ningún otro, cómo él les ha resignificado (Woodward, 2007, Christian, 2009; Rose, 2010). Así, a la luz de su trayectoria de vida, ha cambiado el “juicio” (Simmel, 1978 en Appadurai, 1991:17) o la forma en que mira (Morin, 1969). De hecho, hoy estos objetos han perdido

su carácter primigenio -de artefactos utilitarios (como el cenicero o los porta servilletas)- y se han convertido en especiales y significativos. Se ligan, consiguientemente, a su experiencia íntima en tanto condensan memoria, simbolizan y/o representan una parte de su existencia, de su pasado (Cskszentmihalyi y Rochberg-Halton, 1981; Morin, 1969; Hoskins, 1998; Tolia-Kelly, 2004).

Conjuntamente con lo ya señalado, también existen objetos que han sido trasladados y conservados porque tienen directamente el poder de conectar con Chile: este es el caso, por ejemplo, de las revistas Condorito de José y de las Cartas Marítimas de Pedro. Los modos en ambos casos son distintos: para el primero, la colección remite a una práctica que hizo parte de su vida, que reconoce como propia del país y, en esa medida, las rescata con el anhelo de compartirlas a sus hijas; el otro, en cambio, ha adquirido y conservado las veintitantas cartas únicas solo porque aluden a su país de origen.

6.7 La memoria familiar genderizada

Como he recogido en el Capítulo 2, la producción teórica ha relevado en los procesos de “asentamiento migrante”, entre otras cosas, el rol preponderante de las mujeres en la preservación y transmisión de la cultura de origen, así como en el mantenimiento de los vínculos familiares a distancia (Anthias, 2006; Williams, 2012). Estos aspectos se traducirían importantemente en la presencia de ciertos objetos y prácticas que remiten al país y la cultura de procedencia y que también incumben al ámbito mismo de la fotografía (el atesoramiento, producción y la circulación). A partir de aquí, se ha sostenido que estas serían actividades realizadas mayoritariamente por mujeres (Rose, 2010; Chambers, 2003), en directa relación con la división sexual de los roles y los ámbitos público/privado.

Precisamente, como he puntualizado en distintos momentos del desarrollo del análisis y recogido sintéticamente en puntos anteriores de estas conclusiones, los testimonios analizados constatan un cierto dominio de las mujeres sobre el ámbito doméstico, concretamente, en lo que respecta a la crianza, la “decoración”, y también al campo de las fotografías. He apuntado que esto repercute en los vínculos transnacionales y en las prácticas que se le asocian. Así, entre las personas entrevistadas

en unión binacional, el contacto con la familia de origen tiende a ser mayor cuando el miembro inmigrado es la mujer y más aún si esta ha tenido hijos en el marco de la unión. En el caso de la unión endógama, del mismo modo, es la esposa chilena la que atiza los lazos. Esto, como he hecho ver y como también ha remarcado la literatura, puede explicarse en los roles y en la consiguiente imagen asociada a las mujeres como las grandes hacedoras/gestoras de dichas labores, así como del traspaso de las tradiciones y de la memoria familiar. Esta misma identidad de género es la que se releva, en efecto, en el caso de unión binacional en que el miembro inmigrado es el varón. Aquí, es la pareja autóctona la que ejerce el “resguardo” de la intimidad de las fotografías y que ha “sugerido” el modo en que se “decora”: este, como he mostrado, supone la supresión y, por ende, la ausencia de elementos que refieren expresamente a los países de procedencias de ambos. Se instala, así, “una casa sin banderas” que saca de la escena visible del espacio doméstico los “indicios” de la binacionalidad. Según esto, y como he remarcado en otras oportunidades, el peso del origen de la pareja estaría sujeto expresamente a la identidad de género de la misma.

Lo anterior, empero, no impide que también los hombres chilenos inmigrados -y eventualmente los nacionales, una exploración que ha escapado a la intención de esta tesis- desplieguen prácticas en torno a la recuperación, traslado, atesoramiento y disposición de objetos e imágenes. En esto, el caso emblemático es Pedro.

Pero más allá de esto, en el marco de las experiencias de mis entrevistados/as, las madres aparecen, especialmente, como agentes claves en la cesión de herencias de la cultura material y visual (objetos y fotografías) a sus hijos migrantes. En el acto preocupado de preparar y de hacer estas entregas, les transmiten memoria: por ejemplo, en el caso de Francisca, en las fotos y juguetes de infancia guardados y enviados/llevados por su madre cuando iba a nacer su hija; o en los objetos y fotografías que recibidas por Pedro de manos de su madre. Así, en el traslado y/o el envío de objetos y fotografías, insertan y/o dotan a sus descendientes de una trayectoria personal y familiar, un camino ya recorrido que les sitúa en un tiempo y lugar y en un relato colectivo del grupo.

Esta mayor presencia de mujeres (madres, abuelas, parejas) no excluye, he dicho, iniciativas en las que entrevistados hombres también son agentes activos, como José que tiene un marcado

interés por transmitir a su hija aspectos de la cultura en que él se formó.

Específicamente en este sentido, el caso de Blanca me ha permitido constatar y describir la labor diferenciada en la confección de álbumes fotográficos y, eventualmente, en los sentidos que esta adquiere. Aquí, la pareja ha asumido el registro de lo que podría llamarse la “memoria oficial” de la familia, aquella destinada a ser preservada, mostrada y compartida con otros y, de cierto modo, heredada (Bourdieu, 2003; Ortiz García, 2005; Bachten, 2008). Importa, entonces aquello que se quiere transmitir, plasmar. Por tanto, no es puramente un archivo o una colección de imágenes, sino una práctica social (Edwards, 2002; Rose, 2010). El trabajo dedicado de confección, ha implicado para el esposo de Blanca, una cuidada organización de las fotografías unidas en ejes temáticos (la boda o las vacaciones, por ejemplo). Para cada uno, las imágenes seleccionadas, y concatenadas, responden al contenido, pero también -y de modo importante- a aspectos de forma, cuestiones estéticas y de composición (como, el encuadre, la nitidez, etc.). En la *praxis* de la cónyuge inmigrada, en cambio, prima lo afectivo: compila las fotos tomadas por ellos o que le han sido remitidas, así como las que desestima su esposo, no importando la calidad técnica de las mismas. El énfasis está en lo que retratan, refieren y, consiguientemente, emanan. En este ejercicio, como también lo ha referido Rose (2010) a partir de su trabajo, pareciera no tener cabida el deshacerse de una imagen; como si el eliminarla desechara u olvidara los eventos, momentos y/o a las personas que contienen. Almacena así, la historia tras bambalinas. El activo papel de él en la confección, discute, al menos en parte, lo enunciado por la literatura, vale decir: el de una actividad asociada al mundo de lo privado y, por ende, a las madres y mujeres de la familia (Chambers, 2003; Pink, 2004; Rose, 2010). Sin embargo, y sin invalidar esto, también ella elabora una narrativa visual familiar que, aunque de corte más íntimo, va a pervivir, a ser mostrada y verbalizada (como lo fue para mí). Aquí, como señala Rose (2010), habría un potencial espacio para la reelaboración y para el despliegue de prácticas subjetivas.

6.8 Mirando al futuro: sobre la emergencia de otras temáticas

Como en cualquier investigación, han quedado aquí aspectos que abordar o en los que profundizar. Algunos de estos han estado presentes desde momentos más iniciales del trabajo, mientras que otros han ido emergiendo a medida que este ha avanzado.

En los puntos de síntesis que he presentado recién, he dejado constancia sobre varios temas -o aristas de estos- que ameritan, a mi juicio, exploraciones futuras y/o miradas más detenidas. Conjuntamente con estos, quiero destacar que en el desarrollo de la investigación, surgió, sin que estuviera previsto, la importancia de la relación entre los procesos migratorios y las prácticas de alimentación. Este es un asunto que, si bien ha sido tratado aquí, requiere una aproximación más minuciosa. La riqueza que ofrece y que se ha dejado ver en el desarrollo de mi texto, lo hace aparecer ante mí como un campo interesante de indagaciones.

Por otra parte, en los primeros pasos del trabajo de campo, específicamente en las tareas de contactar y de fijar citas para la realización de entrevistas, se reiteraron dos hechos: la ruptura de la unión binacional y nuevos desplazamientos (migración a otros países). La separación o disolución de la relación fue argumentada en dos ocasiones como razón para no concretar el primer encuentro presencial; y en uno más, para no continuar participando en la investigación (ver Figura 1, en pág. 26). Conjuntamente con lo anterior, cobró presencia el acto de reemigrar. De hecho, en dos de los casos de ruptura de la unión binacional, el miembro chileno se movió de país: uno de ellos se desplazó a México y la otra persona retornó a Chile. Queda la pregunta abierta de si moverse es la reacción a la ruptura o la antesala de la misma; y en qué medida esto se relaciona con el contexto de crisis económica que vive el España. Esta, en efecto, motivó el viaje de retorno a Chile de dos informantes -y de sus parejas- que habían seguido colaborando con mi investigación: Carla y Graciela. Las escasas posibilidades de desempeñarse profesionalmente y la precarización del trabajo de sus esposos, les llevó a tomar esta determinación. Ciertamente los retornos no planificados -al menos en un tiempo inmediato- dan cuenta del impacto que la actual situación social y económica ha tenido en las parejas. Este es un terreno relevante de indagaciones.

Asimismo, debo hacer constar que, tras un tiempo de haber concluido el proceso de recolección de datos, dos de los matrimonios mixtos, cuyos cónyuges inmigrados hicieron parte de la muestra, iniciaron trámites de divorcio. Aunque me resulta doloroso enunciarlo de este modo, por los lazos afectivos que establecí con ellos, representa también un campo de futuras investigaciones y en el que todavía existen pocos estudios que atañan al ámbito español (Zhang y Van Hook, 2009; Smith, Maas, y van Tubergen, 2012; Milewski y Kulu, 2014; Domínguez Álvarez, 2014).

Bibliografía

- Ahmed, S. (1999). Home and Away: Narratives of Migration and Estrangement. *International Journal of Cultural Studies*, 2(3): 329–347.
- Ajuntament de Barcelona. (2012). *Informes estadístics. La població estrangera a Barcelona. Gener*. Barcelona.
- Alonso, N. (2012). Las cosas de la maleta. Objetos y experiencia migratoria. *Arxiu d'Etnografia de Catalunya*, 12: 33–56.
- Anderson, B. (1993). *Comunidades imaginadas: reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México: FCE.
- Anthias, F. (2006). Género, etnicidad, clase y migración: interseccionalidad y pertenencia translocalizada. En P. Rodríguez Martínez y F. Anthias (Eds.), *Feminismos periféricos: discutiendo las categorías sexo, clase y raza (y etnicidad)* (pp. 49–68). Granada: Alhulia.
- Anthias, F. (2008). Thinking Through the Lens of Translocational Positionality: An Intersectionality Frame for Understanding Identity and Belonging. *Translocations: Migration and Social Change*, 4(1): 5–20.
- Anzil, V., Roca Girona, J., y Yzusqui, R. (2016). Amores en el registro. Mecanismos institucionales de gestión del 'amor verdadero' en los matrimonios binacionales. *Scripta Nova*, 20 (538) (Online).
- Appadurai, A. (1991). Introducción. Las mercancías y la política del valor. En A. Appadurai (Ed.), *La vida social de las cosas. Perspectiva cultural de las mercancías* (pp. 17–87). México: Grijalbo.
- Appadurai, A. (1986). Introduction: Commodities and the Politics of Value, En A. Appadurai (Ed.), *The Social life of things: commodities in cultural perspective* (pp. 3-63). Cambridge: Cambridge University Press.
- Arango, J. (2003). La explicación teórica de las migraciones: luz y sombra. *Migración Y Desarrollo*, 1(octubre): 1–30.
- Aruj, R. (2008). Causas, consecuencias, efectos e impacto de las migraciones en Latinoamérica. *Papeles de población*, 14(55): 95-116.
- Baldassar, L. (2007) Transnational Families and the Provision of Moral and Emotional Support: The Relationship between Truth and Distance. *Identities* 14(4): 385-409.

- Banks, M (2010). *Los datos visuales en investigación cualitativa*. Madrid: Morata Ediciones.
- Barthes, R. (2009). *La cámara lucida*. Barcelona: Paidós.
- Basu, P. y Coleman, S. (2008). Migrant worlds, Material Cultures. *Mobilities*, 3(3): 313–330.
- Basch, L., Glick Schiller, N. y Szanton Blanc, C. (1994). *Nations Unbound: Transnational Projects, Postcolonial Predicaments and Desterritorialized Nation–States*. Amsterdam: Gordon & Breach.
- Batchen, G. (2008). Snapshots. *Photographies*, 1(2): 121–142.
- Bate, D. (2010). The Memory of Photography. *Photographies*, 3(2): 243–257.
- Baudrillard, J. (1969). La morale des objets. Fonction-signe et logique de classe. *Communications*, 13(1): 23–50.
- Benson, S. (1981). *Ambiguous ethnicity: interracial families in London*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Berger, J. (2001). *Mirar*. Barcelona: Gustavo Gili.
- Berger, J. (1974). *Modos de ver*. Barcelona: Gustavo Gili.
- Berger, J. (2006). *Sobre las propiedades del retrato fotográfico*. Barcelona: Gustavo Gili.
- Berger, J., y Mohr, J. (2002). *Un Séptimo hombre: un libro de imágenes y palabras sobre la experiencia de los trabajadores emigrantes en Europa*. Madrid: Huerga y Fierro.
- Bhabha, H. (2002). *El Lugar de la cultura*. Buenos Aires: Manantial.
- Bhabha, H. (1994). *The Location of culture*. London: Routledge.
- Biblioteca del Congreso Nacional de Chile. (2012). *Reportes comunales 2012*. Santiago de Chile.
- Böck, M. (2004). Family Snaps: Life-Worlds and Information Habitus. *Visual Communication*, 3(3): 281–293.
- Bodoque, Y. y Soronellas, M. (2010) Parejas en el espacio transnacional: Los proyectos de mujeres que emigran por motivos conyugales. *Migraciones Internacionales*, Vol. 5 (3) (enero-junio): 143-174.
- Bonhomme, M. (2013). Cultura material y migrantes peruanos en Chile: un proceso de integración desde el hogar. *Polis*, 12: 63–84.

- Boruchoff, J. (1999). Equipaje cultural: objetos, identidad y transnacionalismo en Guerrero y Chicago. In G. Mummet (Ed.), *Fronteras fragmentadas* (pp. 499–517). México: Colegio de Michoacán-DECEM.
- Bourdieu, P. (2003). *Un Arte medio: ensayo sobre los usos sociales de la fotografía*. Barcelona: Gustavo Gili.
- Bourdieu, P. (1998). *La dominación masculina*. Barcelona: Anagrama
- Bourdieu, P. (1989). *La fotografía. Un arte medio*. México: Nueva imagen.
- Brah, A. (2011). *Cartografías de la diáspora identidades en cuestión*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- Broom, A. Hand, K. y Tovey, P. (2009) The role of gender, environment and Individual biography in shaping qualitative interview data. *International Journal of Social Research Methodology* 12(1):51-65.
- Bryceson, D. F. y Vuorela, U. (2002). Transnational Families in the 21st Century. En D.F. Bryceson y U. Vuorela (Eds.), *The Transnational Family: New European Frontiers and Global Networks* (pp. 3–30). Oxford: Berg.
- Burnett, R. (2004). *How Images Think*. Cambridge, Massachusetts: MIT Press.
- Buse, P. (2010). The polaroid image as photo-object. *Journal of Visual Culture*, 9(2): 189-207.
- Buxó, M. J. (1999). ...que mil palabras. En Ma. Buxó y J. De Miguel (Eds.), *De la investigación audiovisual: Fotografía, cine, vídeo, televisión* (pp. 1–22). Barcelona: Proyecto A.
- Byod, M. (1989). Family and Personal Networks in International Migration: Recent Developments and New Agendas. *The International Migration Review*, 23(3): 638–670.
- Cabré, A., Cortina, C. y Esteve, E. (2006). *¿Con quién se unen los latinoamericanos en España?, Respuestas a partir de tres fuentes estadísticas*. Centre de d' Estudis Demogràfics, N° 300. Barcelona.
- Calvo, L. y Marià, J. (2006) [1994] El valor antropológico de la imagen audiovisual. ¿Hacia el “homo photographicus”? En J. Naranjo (comp.), *Fotografía, antropología y colonialismo. 1845-2006* (pp.205-211). España: Gustavo Gili.
- Camacho, F. (2006). La diáspora chilena y su confrontación con la Embajada de Chile en Suecia, 1973-1982. En J. C. Del Pozo (Ed.), *Exiliados, emigrados y retornados: chilenos en América y Europa, 1973-2004* (pp. 37–62). Santiago, Chile: Ril Editores.
- Caratini, S. (2013). *Lo que no dice la antropología*. Madrid: Ediciones del Oriente.
- Carrillo, Ma. C. (2010). Imágenes que viajan: el rol de la fotografía en la migración ecuatoriana. *Revista Chilena de Antropología Visual*, 15 (agosto):81–102.

- Carrillo, Ma. C. (2009). *El rol de la fotografía y el video en el mantenimiento de los vínculos socio-afectivos en las familias transnacionales ecuatorianas*. Tesis para optar al grado de Maestría en Ciencias Sociales mención Género y Desarrollo, FLACSO-Ecuador.
- Carrillo, Ma. C. (2008). Foto de familia. Los usos privados de las fotografías entre familias transnacionales ecuatorianas. El caso de la migración hacia España. En G. Herrera y J. Ramírez (Eds.), *América Latina migrante: Estado, familia, identidades* (pp. 281–302). Quito: FLACSO-Ecuador; Ministerio de Cultura.
- Castles, S. y Miller. M. (2009). *The Age of Migration: International Population Movements in the Modern World*. Hampshire: Palgrave, Macmillan.
- Celedón, Ma., Garrido, M., Pequeño, A. y Paint, B. (2012). *El rol de los telecentros y las bibliotecas en situación de catástrofe: el caso chileno*. Washington: Technology y Social Change Group, University of Washington; Asociación de Telecentros Activos de Chile (ATACH).
- Cerruti, M. y Maguid, A. (2011). Migrantes Sudamericanos en España: Tendencias recientes y perfil de sus migrantes. En OIM, *Migrantes Sudamericanos en España: panoramas y políticas. Cuadernos Migratorios N° 1*, noviembre (pp.11–113). Buenos Aires: OIM.
- Chalfen, R. (2002). Hearing What is Shown and Seeing What is Said. *Narrative Inquiry*, 12(2): 397–404.
- Chambers, I. (1994). *Migrancy, culture, identity*. London: Routledge.
- Charsley, K. (2012). Transnational Marriage. En K. Charsley (Ed.), *Transnational Marriage. New Perspectives from Europe and Beyond* (pp. 3–22). United Kingdom: Taylor y Francis.
- Christian, W. (2011). *Divine Presence in Spain and Western Europe 1500-1960*. Budapest: Central European University Press.
- Christian, W. (2009). The presence of the Absent. Transcendence in American Midwest Household. En G. Vargyas (Ed.), *Passageways; From Hungarian Ethnography to European Ethnology and Sociocultural Anthropology* (pp. 223–240). Budapest: Department of European Ethnology and Cultural Anthropology, The University of Pécs; L'Harmattan Publishing House.
- CIDU. (1972). Reivindicación urbana y lucha política: los campamentos de pobladores en Santiago de Chile. *EURE*, 2 (6): 55-82.
- Clifford, J. (1999). *Itinerarios transculturales*. Barcelona: Gedisa.
- Collier, J. (2006) [1957]. Antropología visual. La fotografía como método de investigación. En J. Naranjo (Ed.), *Fotografía, antropología y colonialismo. 1845-2006* (pp. 177–211). España: Gustavo Gili.

- Collier, J. (1987). Rank and Marriage. En J. Collier y S. Yanigisako (Eds.), *Gender and Kinship. Essays Toward a Unified Analysis* (pp. 197–220). California: Standford University Press.
- Collier, J. y Collier, M. (1986) *Visual Anthropology: Photography as a Research Method*. Nueva York: Holt, Rineheart & Winston.
- Collier, J. y Yanigisako, S. (1987). Introduction. En J. Collier y S. Yanigisako (Eds.), *Gender and Kinship. Essay Towards a Unified Analysis* (pp. 1–13). California: Standford University Press.
- Collyer, M. y King, R. (2012). Transnational Space: Territory, Mobility and Technology. *Willy Brandt Series of Working Papers in International Migration and Ethnic Relations, No. 2*.
- Constable, N. (2003). *Romance on a Global Stage. Pen Palsm Virtual Ethnography an "Mail Order" Marriages*. Los Ángeles: University of California Press.
- Cortázar, J. (1951) Casa Tomada. En *Bestiario*. Buenos Aires: Alfaguara
- Cortina, C. (2016). Demografía de las parejas homosexuales en España. *Reis*, N° 153, (enero-marzo): 3-22.
- Cortina, C., y Esteve, A. (2012). ¿Y en qué lugar se enamoró de ti? Inmigración internacional y endogamia conyugal. *Papers*, 97(1): 39–59.
- Cortina, C., García, T. y Esteve, A. (2009). Migración, ocupación y matrimonio. Una aproximación a las relaciones de género de las parejas mixtas en España. *Estudios Demográficos Y Urbanos*, 24(2 (71): 293–321.
- Cortina, C., Esteve, A. y Domingo, D. (2006). *Pautas de endogamia. Cohabitación de la población extranjera en España*. Centre de D' Estudis Demogràfics N° 305.
- Crawford, P. I., y Turton, D. (1992). Authority, representation and anthropological knowledge. introduccion. En P. I. Crawford y D. Turton (Eds.), *Film as ethnography* (pp. 3-7). Manchester; New York: Manchester University Press; Granada Centre for Visual Anthropology.
- Cresswell, T. (2004). Defining Place. En T. Cresswell, *Place: A Short Introduction* (pp. 1–14). United Kingdom: Blackwell Publishing.
- Csikszentmihaly, M. y Rochberg-Halton, E. (1981). People and Thing. En M. Csikszentmihaly y E. Rochberg-Halton, *The Meaning of Things: Domestic Symbols and the Self* (pp. 1–19). United Kingdom: Cambridge University Press.
- Davis, K. (1941). Intermarriage in Caste Societies. *American Anthropological Association*, 43(3):376–395.
- De Miguel, J. (1999). Fotografía. In M. J. Buxó. y J. De Miguel. (Ed.), *De la investigación audiovisual: Fotografía, cine, vídeo, televisión* (pp. 23–47). España: Proyecto A.

- Dibbits, H. y Roukens, K. (2002). *Migration and Material Culture: the domestic interiors of twentieth century migrants and their descendents*. Nederland: Meertens Institute (KNAW), SISWO and NWO
- Domínguez Álvarez, J.A. (2014). La ruptura de matrimonios entre españoles y extranjeros con menores. Una estadística comparada. *Papers*, 99 (2): 213-234.
- Dornier-Agbodjan, S. (2004). Fotografías de familia para hablar de la memoria. *Historia, Antropología y Fuentes Orales*, 32: 123–132.
- Dubois, P. (1986). *El Acto fotográfico: de la representación a la recepción*. Barcelona: Paidós.
- Edwards, E. (2002). Material Beings: Objecthood and Ethnographic Photographs. *Visual Studies*, 17(December): 67–75.
- Edwards, E., y Hart, J. (2004). *Photographs objects histories: on the materiality of images*. London: Routledge Press.
- Espín, M. A. (2008). La memoria y las imágenes de la ausencia: álbum familiar de los excluidos. Ponencia, *IV Encuentro de Latin American Studies Association- LASA Ecuatorianistas*. FLACSO-Ecuador. Quito, Ecuador.
- Esteve, A. y Cortina, C. (2009). Cohabitación y endogamia entre la población extranjera en España: pautas diferenciales por origen. Ponencia *Seminario. Parejas binacionales en la sociedad avanzada: realidades y tendencias de la hibridación transcultural* (pp. 5–29). Andalucía, España: Factoría Ideas-Centro de Estudios Andaluces; Consejería de Presidencia; Junta de Andalucía.
- Fox, R. (1972). *Sistemas de parentesco y matrimonio*. Madrid: Alianza.
- Fukuyama, F. (2007) Identidad y Migración. *Este País*, 192(marzo): 4-10.
- García Curiel, M. D. (2014). Evolución tecnológica. Retorno al pasado y usos sociales de Internet en un contexto migratorio. Ponencia *XII Congreso Latinoamericano de Investigadores de la Comunicación*, Asociación Latinoamericana de Investigadores de la Comunicación (ALAIIC), Pontificia Universidad Católica del Perú. 7 y 8 de agosto. Lima, Perú.
- Generalitat de Catalunya. (2011). La inmigració en xifres. *Moviment natural dels estrangers a Catalunya*. Bulletí de la Direcció General per a la Inmigració. Monogràfic 11 (Oct). Barcelona.
- Giddens, A. (1995). *La transformación de la intimidad: sexualidad, amor y erotismo en las sociedades modernas*. Madrid: Cátedra.
- Goetschel, A., Pequeño, A, Prieto, M. y Herrera, G. (2007) *De memorias. Imágenes públicas de mujeres ecuatorianas a comienzo y finales del siglo XX*. Quito, Ecuador: FONSAL.

- Gómez Cruz, E. (2012). *De la cultura Kodak a la imagen en red: una etnografía sobre fotografía digital*. Barcelona: Editorial UOC.
- González Echavarría, A. (2010). Parentesco y género. Intersección y articulaciones. En V. Fons, A. Piella, A. y M. Valdés (Ed.), *Procreación, crianza y género. Aproximaciones antropológicas al parentesco* (pp. 377–386). Barcelona: PPU.
- González Echavarría, A. (1993). Endogamia/Exogamia. En A. Aguirre (Ed.), *Diccionario temático de Antropología* (pp. 223–228). Barcelona: Boixare Universitaria.
- González Echavarría, A. (1993a). Familia. En A. Aguirre (Ed.), *Diccionario temático de Antropología* (pp. 322–328). Barcelona: Boixare Universitaria.
- González Echavarría, A. y San Roman, T. (1983). El estudio del parentesco. Una primera aproximación. En A. González Echavarría, T. San Roman. y Valdés (Ed.), *Transcritos introductorios al estudio del parentesco y una biografía general* (pp. 5–22). Barcelona: Bellaterra.
- Goode, W. J. (1966). *La Familia*. México: Unión Tipográfica Editorial Hispano Americana.
- Grau Rebollo, J. (2002). *Antropología audiovisual: fundamentos teóricos y metodológicos en la inserción audiovisual en diseños de investigación social*. Barcelona: Bellaterra.
- Grau Rebollo, J. (2006) *Género, procreación e identidad*. Barcelona: Bellaterra.
- Grillo, R. (2008) The Family in Dispute: Insiders and Outsiders. En R. Grillo (Ed.), *The Family in Question Immigrant and Ethnic Minorities in Multicultural Europe* (pp. 15-35). Amsterdam: Amsterdam University Press
- Joly, M. (2003) *La interpretación de la imagen: Entre memoria, estereotipo y seducción*. Barcelona: Paidós.
- Hall, S. (2010). *Sin garantías: trayectorias y problemáticas en estudios culturales*. Popayán, Colombia; Universidad Andina Simón Bolívar-Sede Ecuador.
- Hall, S. (2003). ¿Quién necesita “identidad”? En S. Hall y P. Du Gay (Comp.), *Cuestiones de identidad cultural* (pp.13-39). Buenos Aires-Madrid: Amorrortu Editores
- Hall, S. (1991). Old and New Identities, Old and New Ethnicities. En A. King (Ed.) *Culture, Globalization and the World System* (pp. 41-68). New York: MacMillan.
- Harper, D. (2002) Talking about pictures: A case for photo elicitation. *Visual Studies*, 17(1): 13–26.
- Harvey, D. (2005). *Space of Neoliberalization: Towards a Theory of uneven Geographical Development*. München, Germany: Franz Steiner Verlag.

- Heikkilä, E. y Yeoh, B. (Eds.) (2010) *International marriages in the time of globalization*. New York, NY: Nova Science.
- Hernández, M. (2011) *La migración peruana en Chile y su influencia en la relación bilateral durante el gobierno de Michelle Bachelet (2006-2010)*. Tesis para el optar al grado de Magíster en Estudios Internacionales. Universidad de Chile. Santiago de Chile.
- Hernández Cordero, A. (2014). El rostro de la maternidad migrante. La fotografía como herramienta etnográfica en el estudio de las migraciones femeninas. *Ankulegi. Revista de Antropología Social*, 18: 97-110.
- Hernández, A. y León, C. (2007). Análisis de los factores que determinan la decisión de migrar hacia las Islas Canarias *Revista Investigaciones Regionales*, 11, 92-112.
- Hoppál, M. (1989). Family Photography of the American Hungarians. En E. Kunte (Hrsg.), *Bild-Kunde-Volks-Kunde* (pp.89-97). Miskolc: Herman Otto Museum.
- Hoskins, J. (1998). *Biographical objects: how things tell the story of people's lives*. New York: Routledge.
- IDESCAT (Institut d' Estadística de Catalunya) (2010). *El perfil de la població estrangera a Catalunya l' any 2007*. Dossiers Idescat N° 5 (juliol), Barcelona.
- IDESCAT (2011). *La nupcialitat a Catalunya 2009*. Dossiers Idescat N°8 (juny), Barcelona.
- INE- Chile (Instituto Nacional de Estadísticas). (2012). *Estadísticas Vitales. Informe Anual 2010*. Santiago de Chile: INE; Servicio de Registro civil e Identificación, Ministerio de Justicia; DEIS, Ministerio de Salud.
- INE- Chile (2011) *Extranjeros en Chile. Enfoque estadístico (enero)*. Santiago de Chile: INE.
- INE- Chile (2003). *Censo 2002. Síntesis de resultados*. Comisión Nacional del XVII Censo de Población y VI de Vivienda, Gobierno de Chile. Santiago de Chile: INE.
- INE-DICOEX. (2005.). *Chilenos en el exterior. Dónde viven, cuántos son y qué hacen los chilenos en el exterior*. Registro de Chilenos en el Exterior. 2003-2004. Santiago de Chile: Dirección para la Comunidad de Chilenos en el Exterior (DICOEX); Instituto Nacional de Estadísticas (INE).
- King, R. (2002). Towards a new map of European migration. *International Journal of Population Geography*, 8(2): 89-106.
- Kopytoff, I. (1991). La biografía cultural de las cosas: La Mercantilización como proceso. En A. Appadurai (Coord.), *La vida social de las cosas; perspectiva cultural de las mercancías* (pp. 89-122). México: Grijalbo.

- Lamas, M. (1997). Uso, dificultades y posibilidades de la categoría género. En Género. *Conceptos básicos*. Programa Estudios de Género, PUCE- Perú.
- Lévi-Strauss, Claude (1969) [1949]. *Las estructuras elementales del parentesco*. España: Paidòs.
- Lister, M. (2011). ¿Demasiadas fotografías? La fotografía como contenido generado por el usuario. *Adcomunica. Revista científica de estrategias, tendencias e innovación en comunicación*, 2: 25-41.
- Le Gall, J. (2010). Ayuda a distancia: el caso de mujeres libanesas musulmanas en Montreal. En M. Soronellas (Comp.), *Familias en la migración. Emociones, solidaridades y obligaciones en el espacio transnacional* (pp.29-56). Barcelona: Icaria
- Lobo, A. L. (2010) Reflexiones teórico-metodológicas sobre uso de la fotografía en la investigación social: Identidades de clase de media y memoria piquetera en el puente Pueyrredón (avellaneda, 2002-2009). *Revista Chilena De Antropología Visual*, 16: 95-118.
- López Ruiz, L. A. (2010). *Uniones conyugales y distancia social en América Latina*. Tesis para optar al grado de Doctor en Demografía. Universidad Autónoma de Barcelona.
- Mai, N., y King, R. (2009). Love, Sexuality and Migration: Mapping the Issue(s). *Mobilities*, 4(3): 295–307.
- Mair, L. P. (1974). *Matrimonio*. Barcelona: Barral.
- Mand, K. (2012). Capturing and Reproducing Marriage. Transnationalism, Materiality and the Wedding Video. En K. Charsley (Ed.), *Transnational Marriage. New Perspectives from Europe and Beyond* (pp. 175–188). UK: Taylor y Francis.
- Marcus, G. (2001). Etnografía en/del sistema mundo. El surgimiento de la etnografía multilocal. *Alteridades*, 11(22): 111–127.
- Marín, M. (2010). Los objetos y la memoria: pequeña etnografía de un piso en la Barceloneta. *Periferia*, 13: 1–16.
- Martínez Bujan, R. y Golias Pérez, M. (2005). La latinoamericanización de la inmigración en España. *Cuadernos geográficos* N° 36: 51-64. Universidad de Granada. España.
- Merton, R. (1941) Intermarriage and the Social Structure: Fact and Theory. *Psychiatry* 4:361–74.
- Milewski, N. y Kulu, H. (2014). Mixed marriages in Germany: A high risk of divorce for immigrant-native couples. *European Journal of Population*, 30 (1): 89-113.
- Ministerio del Interior-Chile (2010) *Informe Anual*. Sección de Estudios, Departamento de Extranjería y Migración. Ministerio del Interior, Gobierno de Chile. Santiago de Chile.

- Moles, A. (1969). Object et communication. *Communications*, 13(1): 1–21.
- Morin, V. (1969). L'Object biographique *Communications*, 13(1): 131–139.
- Mraz, J. (1999). Fotografía y familia. Desacatos, *Revista De Antropología Social*, 002 (Otoño): 2–4.
- Massey D., Arango, J., Hugo, G. Kouaouci, A., Pellegrino, A. y Taylor, E.. (2008). Teorías de migración internacional: una revisión y aproximación. *ReDCE*, 10 (julio-diciembre): 435-478. Universidad de Granada, España.
- Monnet, N. y E. Santamaría (2011). Fotografía y alteridades. A vueltas con los usos de la fotografía y el sentido de los otros. *Quaderns-e De l'Institut Català d'Antropologia*, 16 (1-2): 1-15.
- Naranjo, J. (2006). Medir, observar, repensar. fotografía, antropología y colonialismo (1845-2006). En J. Naranjo (Ed.), *Fotografía, antropología y colonialismo (1845-2006)* (pp. 11-25). Barcelona: Gustavo Gili.
- Norambuena, C. (2004). Chile y sus nuevos migrantes. Ni acogidos ni rechazados. *Revista Universitaria*, 85: 10-13.
- Oakley, A. (1981). Interviewing women: a contradiction in terms. En H. Roberts (Ed.), *Doing Feminist Research* (pp. 30-31). London: Routledge & Kegan Paul.
- OIM (Organización Internacional de las Migraciones) (2011). *Informe sobre las migraciones en el mundo 2011*. Ginebra: OIM.
- OIM. (2010). *Informe sobre las migraciones en el mundo 2010*. Ginebra: OIM.
- Ortiz García, C. (2005). Fotos de familia. los álbumes y las fotografías domésticas como una forma de arte popular. En A. Cea Gutiérrez, C. Ortiz García y C., Sánchez Carretero (Eds.), *Maneras de mirar. lecturas antropológicas de la fotografía* (pp, 189-210). Madrid: Ministerio de Educación y Cultura; Consejo Superior de Investigación Científica.
- Pequeño, A. (2007). *Imágenes en disputa. Representaciones de mujeres indígenas ecuatorianas*. Quito, Ecuador FLACSO: Abya Yala.
- Pequeño, A. (2004). Historia de Misses, historia de naciones. *Revista Iconos*, 20 (septiembre): 114-117.
- Pink, S. (2004). *Home Truths: Changing Gender in the Sensory Home*, Oxford: Berg.
- Pessar, P. y Mahler, S. (2003). Transnational Migration: Bringing Gender in Source. *The International Migration Review*, 37 (3): 812-846.

- Pujadas, J. (2010). El método biográfico y los géneros de la memoria. *Revista de Antropología Social*, 9: 127-158.
- Radcliff, S. y Westwood, S. (1999). *Rehaciendo la nación: lugar, identidad y política en América Latina*. Quito, Ecuador: Abya-Yala.
- Reher, D. y Requena, M. (2009). Introducción: el impacto de la inmigración en la sociedad española. En D. Reher y M. Requena (Eds.), *Las múltiples caras de la inmigración en España* (pp.7-19). Madrid. Alianza Editorial.
- Roca Girona, Jordi (2011). [Re]buscando el amor: Motivos y razones de las uniones mixtas de hombres españoles con mujeres extranjeras *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*, LXVI (2): 487-514.
- Roca Girona, J. (2007). Migrantes por amor. La búsqueda y formación de parejas transnacionales AIBR. *Revista de Antropología Iberoamericana*, 2 (3): 430- 458.
- Roca Girona, J., Martínez, L., Bodoque, Y., Djurdjevic, M. y Soronellas, M. (2008). *Amor importado, migrantes por amor: La constitución de parejas entre españoles y mujeres de América Latina y de Europa del Este en el marco de la transformación actual del sistema de género en España. Memoria de Investigación*. Madrid: Ministerio de Igualdad; Secretaría General de Políticas de Igualdad; Instituto de la Mujer.
- Roca Girona, J. Soronellas, M. y Bodoque, Y. (2012). Migraciones por amor: diversidad y complejidad de las migraciones de mujeres. *Papers*, 97(3):685-707.
- Rodríguez-García, D. (2016). Familias mixtas no siempre es igual a integración social. Sala de prensa de la Universitat Autònoma de Barcelona, 29 de marzo de 2016.
- Rodríguez-García, D. (2015a). Introduction: Inter marriage and Integration Revisited: International Experiences and Cross-disciplinary Approaches. *The ANNALS of the American Academy of Political and Social Science*, 662 (1): 8-36.
- Rodríguez-García, D. (2015b). Realidades y leyendas sobre los matrimonios mixtos ‘de conveniencia’. *Stop Rumores* (Andalucía Acoge - Fondo Europeo para la Integración), 9 de marzo de 2015.
- Rodríguez-García, D. (2014). En torno al parentesco transnacional: contextualización y consideraciones teórico-metodológicas, *AIBR-Revista de Antropología Iberoamericana*, 9(2): 183-210
- Rodríguez-García, D. (2010). Parentesco transnacional: intersecciones entre las teorías sobre migración y el ámbito procreativo. En V. Fons, A. Piella y M. Valdés (Eds.), *Procreación, crianza y género. Aproximaciones antropológicas a la parentalidad*, (pp. 119-140). Barcelona: PPU.

- Rodríguez-García, D. (2010a). Beyond Assimilation and Multiculturalism: A Critical Review of the Debate on Managing Diversity. *Journal of International Migration and Integration*, 11 (3): 251-271.
- Rodríguez-García, D. (2010b). Retos y tendencias en la gestión de la inmigración y la diversidad en clave transatlántica. *Documentos CIDOB Migraciones*, 21. Barcelona: Fundación CIDOB. Barcelona.
- Rodríguez-García, D. (2008). Socio-Cultural Dynamics in Intermarriage in Spain: Beyond Simplistic Notions of Hybridity. En R. Grillo (Ed.), *The Family in Question: Immigrant and Ethnic Minorities in Multicultural Europe* (pp. 245-267). Amsterdam: Amsterdam University Press - IMISCOE.
- Rodríguez-García, D. (2007). Intermarriage Patterns and Socio-ethnic Stratification among Ethnic Groups in Toronto. *CERIS WP No.60*. Toronto: Joint Centre of Excellence for Research on Immigration and Settlement.
- Rodríguez-García, D. (2006). Mixed Marriages and Transnational Families in the Intercultural Context: A Case Study of African-Spanish Couples in Catalonia, Spain. *Journal of Ethnic and Migration Studies*, 32(3): 403-433.
- Rodríguez-García, D. (2004a). Inmigración y mestizaje hoy. Formación de matrimonios mixtos y familias transnacionales de población africana en Cataluña, Barcelona: Universidad Autónoma de Barcelona.
- Rodríguez-García, D. (2004b). Inmigración y mestizaje hoy. Formación de matrimonios mixtos y familias transnacionales de inmigrantes en Cataluña. *Migraciones*, 16: 77-120.
- Rodríguez-García, D. (2002). *Endogamia, exogamia y relaciones interétnicas. Un estudio sobre la formación y dinámica de la pareja y la familia centrado en inmigrantes de Senegal y Gambia en Cataluña*. Tesis de Doctorado. Departamento de Antropología Social y Cultural, Universidad Autónoma de Barcelona.
- Rodríguez-García, D., Solana-Solana, M., y Lubbers, M. J. (2016). Preference and prejudice: Does intermarriage erode negative ethno-racial attitudes between groups in Spain? *Ethnicities*, 16 (4):521- 546.
- Rose, G. (2010). *Doing family photography: the domestic, the public and the politics of sentiment*. Farnham: Ashgate.
- Rose, G. (2001). *Visual methodologies: an introduction to the interpretation of visual materials*. London: Sage.
- Sarvas, R., y Frohlich, D. M. (2011). *From Snapshots to Social Media - The Changing Picture of Domestic Photography*. London: Springer-Verlag London.
- Secretaría Regional Ministerial (SEREMI). (2014). *Región Metropolitana de Santiago. Índice de Prioridad Social de comunas 2014*. Santiago, Chile.

- Smith, S.; Maas, I. Y Van Tubergen, F. (2012). Irreconcilable differences? Ethnic intermarriage and divorce in the Netherlands, 1995–2008. *Social Science Research*, 41: 1126-1137.
- Solana, M. De Miguel, V., Rodríguez García, D. y Pascual de Sans, A. (2012). Conocimiento de las lenguas oficiales entre inmigrantes extranjeros en Cataluña, e implicaciones sobre su integración social. *Migraciones*, 32(1): 103–138.
- Sontag, S. (1981). *Sobre la fotografía*. Barcelona: EDHASA.
- Sorensen N. N., y Vammen, I. M. (2014). Who Cares? Transnational Families in Debates on Migration and Development. *New Diversities*, 16(2): 89–108.
- Stolcke, V. (2010). A propósito de las fronteras y el mestizaje. En M. Ventura (Ed.), *Fronteras y mestizajes. Sistemas de clasificación social en Europa, América y África* (pp. 19–30). Barcelona: Universidad Autónoma de Barcelona.
- Stolcke, V. (2010a). ¿Qué tiene que ver el género con el parentesco? En V. Fons, A. Piella y M. Valdés (Ed.), *Procreación, crianza y género. Aproximaciones antropológicas al parentesco* (pp. 319–333). Barcelona: Universidad Autónoma de Barcelona.
- Stolcke, V. (2009). Los mestizos no nacen, sino que se hacen. *Ava Revista de Antropología*, 14 (julio): 1-29-
- Stolcke, V. (1992). *Racismo y sexualidad en la Cuba colonial*. Madrid: Alianza Editorial.
- Taylor, S. (2010). *Narratives of identity and place*. London: Routledge.
- Todorov, T. (1988). El cruzamiento entre culturas. En T. Todorov, *Cruce de culturas y mestizajes cultural* (pp. 9–31). España: Jucar Universidad.
- Tolia-Kelly, D. (2004). Materializing post-colonial geographies: examining the textural landscapes of migration in the South Asian home. *Geoforum*, 35(6): 675-688.
- Tolia-Kelly, D. (2006) Mobility/stability: British Asian Cultures of 'landscape and Englishness'. *Environment and Planning A* 38: 341–358.
- Torricella, A. (2010). Fotografía en imágenes de familia: apropiaciones y distanciamientos en las representaciones familiares. Argentina, 1930-1960. En J. Bestard (Ed.), *Familia, valores y representaciones* (pp. 351–366). España: Universidad de Murcia.
- Van Dijck, J. (2008). Digital Photography: Communication, Identity, Memory. *Visual Communication*, 7: 57-76.
- Van House, N. (2011). Personal photography, digital technologies and the uses of the visual. *Visual Studies*, 26(October): 125–134.

- Vertovec, S. (2009). *Transnationalism*. New York: Routledge.
- Vertovec, S. (2003). Migration and Other Modes of Transnationalism: Towards Conceptual Cross-Fertilization. *International Migration Review*, 37(3): 641–665.
- Vertovec, S. (2001). Transnationalism and identity. *Journal of Ethnic and Migration Studies*, 27(4): 573-582.
- Wade, P. (2013). Racismo, democracia racial, mestizaje y relaciones de sexo/género. *Tabula Rasa*, 18 (enero-junio): 45-74.
- Waldis, B. (2006). Introduction. Marriage in an era of Globalization. En B. Waldis. y B. Reginald (Eds.), *Migration and marriage: heterogamy and homogamy in a changingworld* (pp. 1-19). Zürich: Lit.
- Weismantel, M. (2001). Alimentación, género y pobreza en los Andes Ecuatorianos. Práctica: vida en la cocina. En G. Herrera (comp.), *Antología de género* (pp. 81-114). Quito: FLACSO-Ecuador.
- Williams, L. (2012). Transnational Marriage. Migration and Marriage Migration: An Overview. En. K. Charsley, *Transnational Marriage. New Perspectives from Europe and Beyond* (pp. 22-37). United Kingdom: Taylor y Francis.
- Woodward, I. (2007). *Understanding Material Culture*. London: Sage.
- Woodward, S. (2013). Material Culture. *Oxford Bibliographies*.
- Zhang, Y. y Van Hook, J. (2009). Marital dissolution among interracial couples. *Journal of Marriage and Family*, 71(1): 95-107

ANEXOS

Anexo 1

Información estadística. Población chilena residente en Cataluña

Tabla 3. Población chilena residente en Cataluña, por sexo y tramos de edad, 2012

Categoría	Hombres	Mujeres	Total	% sobre la población	% sobre el total de extranjeros
De 0 a 4 años	311	242	553	3,96	0,05
De 5 a 9 años	249	250	499	3,58	0,04
De 10 a 14 años	392	376	768	5,5	0,06
De 15 a 19 años	427	358	785	5,62	0,07
De 20 a 24 años	436	506	942	6,75	0,08
De 25 a 29 años	825	923	1748	12,52	0,15
De 30 a 34 años	1149	1136	2285	16,37	0,19
De 35 a 39 años	1014	863	1877	13,45	0,16
De 40 a 44 años	722	624	1346	9,64	0,11
De 45 a 49 años	547	528	1075	7,7	0,09
De 50 a 54 años	361	470	831	5,95	0,07
De 55 a 59 años	242	298	540	3,87	0,05
De 60 a 64 años	132	197	329	2,36	0,03
De 65 años y más	110	269	379	2,72	0,03
Total	6917	7040	13957	100	1,18
%	49,56	50,44	100		

Fuente: Idescat. Padró municipal d'habitants. Institut d'Estadística de Catalunya. <http://www.idescat.cat/poblacioestrangera/?nac=d344&b=1&t=2012>

Tabla 4. Población chilena residente en Cataluña, por sexo y tramos de edad, 2016

Categoría	Hombres	Mujeres	Total	% sobre la población	% sobre el total de extranjeros
De 0 a 4 años	169	144	313	3,44	0,03
De 5 a 9 años	150	143	293	3,22	0,03
De 10 a 14 años	165	152	317	3,48	0,03
De 15 a 19 años	238	216	454	4,99	0,04
De 20 a 24 años	301	289	590	6,48	0,06
De 25 a 29 años	441	530	971	10,67	0,09
De 30 a 34 años	726	665	1391	15,28	0,14
De 35 a 39 años	658	606	1264	13,89	0,12
De 40 a 44 años	494	488	982	10,79	0,1
De 45 a 49 años	354	350	704	7,73	0,07
De 50 a 54 años	275	322	597	6,56	0,06
De 55 a 59 años	197	295	492	5,41	0,05
De 60 a 64 años	141	185	326	3,58	0,03
De 65 años y más	145	263	408	4,48	0,04
Total	4454	4648	9102	100	0,89
%	48,93	51,07	100		

Fuente: Idescat. Padró municipal d'habitants. Institut d'Estadística de Catalunya <http://www.idescat.cat/poblacioestrangera/?nac=d344&b=1&t=2016>

Tabla 5. Evolución de la población total, extranjera y chilena residente en Cataluña, 2000-2016

Categoría	(1) Población total	(2) Población extranjera	Población extranjera chilena Total	Población extranjera chilena. % sobre (1)	Población extranjera chilena. % sobre (2)	Población extranjera chilena. var. abs.	Población extranjera chilena. var. %
2016	7522596	1023398	9102	0,12	0,89	-389	-4,1
2015	7508106	1028069	9491	0,13	0,92	-1488	-13,55
2014	7518903	1089214	10979	0,15	1,01	-1861	-14,49
2013	7553650	1158472	12840	0,17	1,11	-1117	-8
2012	7570908	1186779	13957	0,18	1,18	-810	-5,49
2011	7539618	1185852	14767	0,2	1,25	-929	-5,92
2010	7512381	1198538	15696	0,21	1,31	-568	-3,49
2009	7475420	1189279	16264	0,22	1,37	-210	-1,27
2008	7364078	1103790	16474	0,22	1,49	1396	9,26
2007	7210508	972507	15078	0,21	1,55	228	1,54
2006	7134697	913757	14850	0,21	1,63	2047	15,99
2005	6995206	798904	12803	0,18	1,6	2766	27,56
2004	6813319	642846	10037	0,15	1,56	1870	22,9
2003	6704146	543008	8167	0,12	1,5	2796	52,06
2002	6506440	382020	5371	0,08	1,41	1951	57,05
2001	6361365	257320	3420	0,05	1,33	1077	45,97
2000	6261999	181590	2343	0,04	1,29		

Fuente: Idescat. Padró municipal d'habitants. Institut d'Estadística de Catalunya <http://www.idescat.cat/poblacioextranjera/?b=0&nac=d344>

Anexo 2

FORMULARIO DE CONSENTIMIENTO PARA REALIZACIÓN DE ENTREVISTA

He sido informado/a de un proyecto de investigación doctoral en marcha de la Universidad Autónoma de Barcelona sobre experiencias de inmigrados-as chilenos-as en Barcelona, realizado por la investigadora Andrea Pequeño Bueno, quien me ha preguntado si quiero participar realizando entrevistas. Concretamente se me ha informado sobre los siguientes aspectos:

- 1) Que la investigadora es doctoranda en Antropología Social y Cultural de la mencionada universidad.
- 2) Que en las entrevistas realizadas por la investigadora,
 - Se me preguntará por temas relacionados con mi trayectoria migratoria, el asentamiento, la vida en pareja y las relaciones familiares, así como la importancia de las imágenes (audio) visuales y del álbum familiar en estos procesos. Y que podré no responder a las preguntas que no desee.
 - Se me solicitará revisar conjuntamente fotografías y-o videos, realizar tour por la casa con el objeto de conocer y conversar respecto de la presencia y-o la historia de objetos e imágenes dispuestos en ella. Y que puedo autorizar o no esto, así como la toma de fotografías de los mismos.
 - Se me solicitará construir mi propia narrativa del proceso de migración, asentamiento y vida familiar recurriendo a imágenes, objetos, música u otros elementos que yo decida incorporar. Y que podré participar o no de esta actividad, así como consentir – o no- la reproducción fotográfica u audiovisual de esto.
- 3) Que mi participación es voluntaria, y que aceptando participar realizaré una o más entrevistas que serán grabadas, en un lugar y momento que acordemos.
- 4) Que el contenido de la entrevista será transcrito y analizado para los fines de la investigación.
- 5) Que toda la información que se recoja en la entrevista es confidencial: ni mi nombre ni cualquier otra información personal (dirección, etc.) serán revelados en ningún lugar si así lo deseo. Para asegurar esta privacidad, los nombres serán sustituidos por códigos o pseudónimos en el vaciado y análisis de los datos.
- 6) Que puedo dar o no mi consentimiento para hacer uso de la información audiovisual (fotos, etc.) para los fines de difusión de la investigación. Y que en el caso de dar mi consentimiento, igualmente podré exigir que se manipulen las imágenes para no mostrar detalles personales (ej., pixelado de caras).

Entiendo bien toda esta información, y para ello firmo y entrego este documento de consentimiento:

Acepto realizar la o las entrevistas y también que la investigadora haga uso de la información audiovisual (fotos, etc.) para los fines de difusión de la investigación. **Y no requiero que se manipulen las imágenes** para mantener la privacidad (ej., difuminado de rostros)

Acepto realizar la entrevista y también que la investigadora haga uso de la información audiovisual (fotos, etc.) para los fines de difusión de la investigación. Pero **requiero que se manipulen las imágenes** para mantener la privacidad (ej., difuminado de rostros)

Acepto realizar la entrevista, pero **no acepto que la investigadora haga uso de la información audiovisual** (fotos, etc.) para los fines de difusión de la investigación.

Fecha:

Nombre:

Dirección(c/, n°, ciudad):

Teléfono:

Firma:

Anexo 3

Pauta de entrevistas

ENTREVISTA – BARCELONA	Nº
Fecha/Hora/Lugar:	
Situación:	

I. DATOS SOCIODEMOGRÁFICOS		
1. DATOS ENTREVISTADO/A		
<input type="checkbox"/> Nacional	<input type="checkbox"/> Inmigrado/a	
Nombre y apellido:		
Sexo:	<input type="checkbox"/> Hombre	<input type="checkbox"/> Mujer
Edad: _____ años	Fecha de nacimiento:	
Lugar de nacimiento (pueblo/ciudad/país):		
Grupo étnico (si aplica):		
Lugar de residencia (Provincia/Municipio/Distrito) y tiempo de residencia en este lugar		
Momento de llegada a España (mes, año, lugar):		
Situación Legal actual:		
<input type="checkbox"/> Nacionalidad española	<input type="checkbox"/> Residencia permanente	<input type="checkbox"/> Residencia temporal
<input type="checkbox"/> Otro _____		
Nivel educativo (acabado):		
---- Primaria	---- Secundaria (científico- humanista)	---- Secundaria (insutrial-comercial)
---- Técnico profesional	---- Superior. Universitaria	---- Posgrado
Otro: _____		
Oficio/profesión:		
Situación laboral actual:		
---- Empleado/a	---- Desempleado/a	---- Inac. Jubilado
---- Inac. Estudiante	---- Trabajo sin contrato	---- Labores domésticas no remuneradas
Otro: _____		
Si es estudiante:		
Grado/Nivel _____		
Financiamiento _____		
Si está empleado (con o sin contrato):		
Tipo de empleo:		
Tiempo de dedicación:		

Nivel de conformidad con la situación actual			
---- Alto	---- Medio	---- Bajo	---- NC
Estado civil actual	<input type="checkbox"/> Casado/a	<input type="checkbox"/> Divorciada/o	<input type="checkbox"/> Soltero/a
	<input type="checkbox"/> Separado/a de hecho	<input type="checkbox"/> Viudo/a	
Nº de matrimonios y/o divorcios	<input type="checkbox"/> Matrimonios	<input type="checkbox"/> Divorcios	
Nº de hijos/as			
Vivos:	Con pareja actual:	Sexo y edades:	

2. CONTACTOS CON ORIGEN					
Visitas al lugar de origen	Número de veces:	Periodicidad (frecuencia anual):	Tiempo de estancia promedio:	Con pareja:	NC
Visitas de origen	Número de veces:	Periodicidad (frecuencia anual):	Personas (quiénes):		NC
Contacto (Internet, teléfono)	Frecuencia aproximada (por semana):	Tipo de contacto más recurrente: teléfono Email Chat Skype	Personas con las que se contacta: Familiares (quiénes):	Presencia de pareja en contactos:	NC
			Amigos:		

3. DATOS PAREJA		
Nombre y apellido:		
Edad: _____ años	Fecha de nacimiento:	
Lugar de nacimiento (pueblo/ciudad/país):		
Grupo étnico (si aplica):		
Lugar de residencia (Provincia/Municipio/Distrito) y tiempo de residencia en este lugar:		
Nivel educativo (acabado):		
---- Primaria	---- Secundaria (científico- humanista)	---- Secundaria (industrial-comercial)
---- Técnico profesional	---- Superior. Universitaria	---- Posgrado
Otro: _____		
Oficio/profesión:		
Situación laboral actual:		
---- Empleado/a	---- Desempleado/a	---- Inac. Jubilado
---- Inac. Estudiante	---- Trabajo sin contrato	---- Labores domésticas no remuneradas
Otro: _____		

Si es estudiante: Grado/Nivel _____ Financiamiento _____		
Si está empleado (con o sin contrato): Tipo de empleo: Tiempo de dedicación:		
Nivel de conformidad con la situación actual ---- Alto ---- Medio ---- Bajo ---- NC		
Estado civil actual <input type="checkbox"/> Casado/a <input type="checkbox"/> Divorciada/o <input type="checkbox"/> Soltero/a <input type="checkbox"/> Separado/a de hecho <input type="checkbox"/> Viudo/a		
Nº de matrimonios y/o divorcios <input type="checkbox"/> Matrimonios <input type="checkbox"/> Divorcios		
Nº de hijos/as		
Vivos:	Con pareja actual:	Sexo y edades:

4. RELACIÓN DE PAREJA	
Tipo de relación: <input type="checkbox"/> Matrimonio <input type="checkbox"/> Unión de hecho <input type="checkbox"/> Noviazgo	
Tiempo de relación (desde qué año):	
Momento de conocimiento con la pareja: <input type="checkbox"/> Antes de migración <input type="checkbox"/> Luego de migración	
Lugar: _____	
Régimen de vivienda	Propietario <input type="checkbox"/> _____ Alquiler <input type="checkbox"/> _____ Otro <input type="checkbox"/> _____
Unidad doméstica	Solo <input type="checkbox"/> _____ Pareja <input type="checkbox"/> _____ 2+ Hijos/a <input type="checkbox"/> _____ 2+ otros familiares <input type="checkbox"/> _____ 2+ otros No familiares <input type="checkbox"/> _____ Otros casos: _____

II. PREGUNTAS ENTREVISTA

A) Trayectoria de pareja. Identidades: cambios/negociaciones

1.- ¿Cuándo y por qué emigró a España? (proyecto migratorio, trayecto, familiares residiendo fuera del país)

- 2.- ¿Cómo se conocieron (lugar, redes/situación, factores de atracción) y cómo decidieron estar/vivir juntos /casarse (cronología de relación; objetivos; trámites, etc.)?
- 3.- ¿Había pensado/imaginado alguna vez estar/vivir/casarse con un/a extranjero/a? (antes/después del viaje, preferencia país, razones)
- 4.- ¿Conoce otros casos de uniones con extranjeros/as? ¿Cómo son y qué se dice sobre ellas? (entorno familiar, social)
- 5.- Desde su experiencia, ¿qué ventajas y qué inconvenientes tiene el casarse o unirse con un extranjero? (costumbres/prácticas/creencias; roles de género, situación socio-económica; relaciones familiares y amigos aquí/allá)
- 6.- ¿Qué factores han influido positiva y negativamente en su trayectoria de vida en pareja? (personales, familiares, socio-culturales, económicos; creencias e imaginarios; lugar de origen y de residencia, etc.)
- 7.- En el marco de su relación, ¿cómo ha/han enfrentado los inconvenientes o dificultades? (estrategias, cambios, acciones, conversaciones, negociaciones)
- 7.- La relación, ¿ha supuesto cambios respecto de su clase social y sus roles de género? (de qué a qué, cómo, en qué lo ve o nota: condiciones materiales, actitudes, prácticas, percepciones propias y de entorno familiar y social aquí/allá)
- 8.- ¿Ha tenido algún problema por ser una pareja mixta? (con la familia, con amigos, con la gente en general, etc.; situaciones, opiniones, imaginarios) ¿En qué medida cree que éstos se relacionarían con su identidad de clase, género y/o país de procedencia/origen étnico?
- 9.- ¿Cree que el país de origen es un factor que ha jugado positiva y/o negativamente en su trayectoria familiar y personal? ¿Cómo y en qué aspectos lo nota, por ejemplo? (Nota: Qué ha representado/ qué rol ha jugado ser latina/o, ser chileno/a en su trayectoria familiar y personal de vida aquí)
- 10.- ¿Cómo cree que sería si residieran en su país de origen? ¿Habría diferencias? De existir, ¿a qué se deberían éstas y en qué tipo de cosas se expresarían, por ejemplo? (nota: en el caso de haber estado en país de origen rescatar experiencias)
- 11.- Desde la experiencia de vida en pareja y de asentamiento en este lugar, ¿cómo se siente y se piensa la lejanía, la familia, el hogar, el país y la identidad de origen? ¿ha cambiado su percepción: de qué modo, en qué lo nota por qué? (Nota: definiciones, auto-definiciones, identidad, sentido de pertenencia; vínculos familiares y de amistad)
- 12.- ¿Siente que ha logrado construir un “lugar propio” y cómo es o sería este? (qué, cómo: casa/hogar, país, núcleos sociales)

13.- ¿Ha o han pensado en un proyecto de retorno o de migración a su país u a otro? (cuándo, cómo, por qué)

B) Objetos/imágenes. Memoria, pertenencia, lugar: aquí/allá

14.- Cuando viajó, ¿trajo imágenes -fotografía/videos- u otros objetos? (cuáles, cómo, por qué, para qué)

15.- En caso de traer,

a) ¿Los conserva aún y cómo? (guardados (álbum físico, PC, web, caja, maleta); exhibidos (sala, cuarto, etc., en paredes, sobre muebles, organizados); ¿Por qué en esos sitios? (Nota: ver si han cambiado el lugar que ocupaban antes y luego de la relación, cómo, por qué, para qué. Esto también puede surgir de la observación de la casa/geografía del hogar)

b) ¿Cree que debió haber traído algunos otros o ha sentido la necesidad de adquirirlos con posterioridad? (cuáles-tipo, cómo, por qué, para qué) (Nota: me interesa también en qué medida esto le conecta con Chile, con identidad y pertenencia y con hacer un lugar aquí; juego de presencias y ausencias; vieja y nueva vida)

c) ¿Con qué frecuencia y en qué momentos mira estas fotografías/videos u objetos?, ¿qué siente cuando lo hace? ¿Qué significan hoy para usted?, ¿qué le dicen?, ¿los muestra a otras personas (amigos, cercanos, etc)?, ¿qué opina su pareja de ellos?

16.- En caso de No conservarlos, ¿qué hizo con ellos?, ¿los extraña y /o recuerda?, ¿a ratos quisiera volver a tenerlos? (cuáles, por qué, para qué)

17.- ¿Quién y cómo se ha encargado de la “decoración del hogar”? ¿han tenido que negociar/ conversar/ decidir sobre este tipo de temas: colores, objetos, etc.? ¿Cómo lo han hecho, por qué, para qué? (Nota: me interesa también el rol que tienen estos objetos en el espacio de la casa, en la idea de construir un lugar propio y un lugar común)

C) Práctica y uso social de las imágenes. Relaciones familiares/contacto/circulación de imágenes y comunicación

18.- Cuando llegó a vivir a esta ciudad, ¿tomaba fotos o videos?, ¿cómo (cámara, móvil, etc.), qué tipo de imágenes (paisajes, a eventos, a otras personas, a usted) y en qué momentos (paseos, eventos, etc.)?

19.- En general, ¿qué le gusta que estas imágenes muestren-reflejen? (a usted, a otras personas, estados-emociones, lugares, cosas, etc.)

- 20.- ¿Qué hacía con las imágenes que no le gustaban? (borrar, guardar (cómo))
- 21.- ¿Qué hacía con las imágenes que le agradan?:
- a) guardar: dónde y cómo (álbum, PC, web, CD, caja, etc.)
 - b) ver frecuentemente: dónde, cómo, cuándo, con quien, por qué, para qué
 - b) imprimir: cuáles, para qué (enviar a familia/amigos, colgar/enmarcar, poner en álbum físico, etc.)
 - c) enviar a familia/amigos: cuáles, cómo (por email, en físico y/o colgar en la web), a quiénes, por qué y para qué
- 21.- ¿Ha cambiado la frecuencia de la toma de imágenes, los lugares, los momentos y el tipo a medida que ha avanzado la relación? (diferencia entre soltería, inicio de relación y momento actual)
- 22.- ¿Tomaban fotos desde el inicio de la relación? (quién, a qué o quién, cómo, cuándo, dónde)
¿Qué hacían con esas imágenes? (imprimir, guardar, colgar en web, enviar? (cómo, a quién, por qué, para qué)
- 23.- De enviar a familia -por email, en físico y/o colgar en la web: ¿cuáles?, ¿por qué esas y no otras?, ¿a quiénes enviaba?, ¿lo hacía frecuentemente?, ¿por qué y para qué?, ¿le comentaban acerca de ellas? (qué, cómo), ¿qué sentía con esas respuestas?
- 16.- ¿Recibía también fotos de esas personas? (De quién, qué tipo de imágenes, qué hacía con ellas)
- 34.- En su vida de pareja, ¿toman fotos? (frecuencia), ¿quién y cómo lo hace? ¿cuándo?, ¿dónde?
- 35.- ¿En el transcurso de su relación, ha cambiado la cantidad de fotos que toman, los momentos o lo que registran? (de ser sí: qué, cuándo, por qué)
- 36.- ¿Qué hacen con la imágenes? (guardar, mandar, imprimir, colgar etc).
- 37.- ¿Tienen un álbum familiar? (cómo: PC, físico, etc.), ¿qué imágenes ponen? ¿quién y cómo selecciona?, ¿quién y cómo lo organizan? ¿por qué?, ¿para qué?
- 38.- ¿Le parece que es importante tenerlo? (Por qué sí, por qué no)
- 39.- De tener, ¿mira con frecuencia las imágenes? (Por qué sí, por qué no); ¿dónde, cuándo, cómo, por qué? ¿Lo ve solo/a o en compañía de su pareja? ¿Lo muestra a otras personas?, ¿las comentan?
- 40.- ¿Qué le dicen a usted estas imágenes?, ¿Qué emociones les provoca(n)? , ¿qué cuentan ellas?
¿Cree que reflejan lo que ha sido su historia personal y de pareja? (Nota: de qué modo, qué historia, cómo se vinculan con su(s) identidades)

41.- ¿Le parece que hay imágenes que faltan y/o que sobran?, ¿cuáles y por qué?

42.- Actualmente, ¿sigue enviando fotos? (Sí-No, por qué y para qué); ¿ha cambiado la forma de hacerlo, las personas a las que le envía y/o el tipo de imágenes que mandan? ¿le comentan sobre ellas? (por qué, cómo)

43.- ¿Cómo selecciona estas fotos?, ¿qué busca que muestren? , ¿son las mismas que imprime, cuelga y/o guarda?

44.- ¿Sigue recibiendo fotos? (Por qué sí, por qué no); ¿ha cambiado la forma de hacerlo, las personas que le envían y/o el tipo de imágenes que le mandan? ¿Qué siente cuando recibe estas fotos?

45.- En caso de matrimonio, ¿qué trámites implicó?, ¿cómo fue la ceremonia? ¿Tomaron fotos? ¿qué hizo-hicieron con ellas? (Imprimir, enviar, álbum, etc.)

Anexo 4

Información Trabajo de campo

Tabla 6 Perfil inicial de características de los/as entrevistados/as, cónyuges o parejas y unión

Nº de Caso	Seudónimo	Características Entrevistado/a inmigrado/a	Lugar de origen Características Pareja autóctona	Lugar de origen Características de unión
Migración económica				
1.	Carmen	63 años Lugar de origen: Santiago (capital) Estado marital previo a unión viuda: 3 hijos en Chile. 1 en BCN. Escolaridad: básica Tiempo de residencia (BCN):15* años Escolaridad de padres: básica	65 años Barcelona, España (hijo de inmigrantes andaluces en Barcelona) Estado marital previo a la relación: divorciado: 2 hijas Escolaridad: básica Escolaridad de padres: básica	Lugar en que se conocieron: Barcelona Tipo de relación: matrimonio Tiempo: 4 años matrimonio; + 4 años de novios y convivencia Hijos/as: No
Migración por amor				
2.	Graciela	+50 años Lugar de origen: Santiago (capital) Estado marital previo a la relación divorciada. 3 hijos en Chile Escolaridad: posgrado Tiempo de residencia (BCN): 4 años Escolaridad de padres: pregrado	50 años Lugar de origen: BCN, Estado marital previo a la relación: soltero, sin hijos Escolaridad: pregrado Escolaridad de padres: Media	Lugar en que se conocieron: Santiago, Chile Tipo de relación: matrimonio Tiempo: 3 años de matrimonio; +1 convivencia; + 3 de novios (yendo y viniendo) Hijo(s)/a(s): No
3.	Blanca	36 años Lugar de origen: Zona centro (región) Estado marital previo a la relación: soltera, sin hijos Escolaridad: pregrado Tiempo de residencia (BCN): 6 años Escolaridad de padres: básica	47 años San Andrew, BCN Estado marital previo a la relación: soltero, sin hijos Escolaridad: media Escolaridad de padres: Media	Lugar en que se conocieron: ciudad de Zona Central de Chile Tipo de relación: matrimonio Tiempo: 5 años: + 1 novios (yendo y viniendo) Hija: 1
Voluntaria. Por estudios				
4.	Carla	35 años Lugar de origen: Santiago (capital) Estado marital previo a la relación: soltera, sin hijos Escolaridad: postgrado Tiempo de residencia (BCN): 3,5 años. Escolaridad de padres: técnica	28 años Lugar de origen: BCN (hijo de inmigrantes gallegos) Estado marital previo a la relación: soltero, sin hijos Escolaridad: pregrado en curso. Escolaridad de padres: media	Lugar en que se conocieron: Barcelona Tipo de relación: matrimonio Tiempo: 2,5 años;+ meses de noviazgo y convivencia. Hijos/as: No

5.	Carolina	35 años Lugar de origen: Santiago (capital) Estado marital previo a la relación Soltera. Sin hijos. Escolaridad: posgrado Tiempo de residencia (BCN): 2,5 años Escolaridad de padres: básica	28 años Lugar de origen: Cornellà, BCN Estado marital previo a la relación: soltero, sin hijos Escolaridad: media Escolaridad de padres: media	Lugar en que se conocieron: Barcelona Tipo de relación: matrimonio Tiempo: 1,5 años;+ meses de noviazgo y convivencia. Hijos/as.: No
6.	Francisca	39 años Lugar de origen: Zona sur (región) Estado marital previo a la relación: soltera, sin hijos Escolaridad: posgrado Tiempo de residencia (BCN): 10 años Escolaridad de padres: pregrado	42 años Lugar de origen: BCN Estado marital previo a la relación: soltero, sin hijos Escolaridad: Pregrado Escolaridad de padres: posgrado	Lugar en que se conocieron: Barcelona Tipo de relación: matrimonio Tiempo: 3 años; + 1 noviazgo y convivencia. Hijos/as.: 1
7.	José	37 años Estado marital previo a la relación: soltero, sin hijos Escolaridad: posgrado Tiempo de residencia (BCN): 10 años Escolaridad de padres: media	40 Lugar de origen: Tarrasa. Estado marital previo a la relación: soltera, sin hijos. Escolaridad: pregrado Escolaridad de padres: media:	Tipo de relación: unión de hecho Tiempo: 6 años; + 2 años de noviazgo. Hijos/as.:2
Migración política				
8.	Pedro	65 años Lugar de origen: Santiago (capital) Estado marital previo a la relación Divorciado, sin hijos Escolaridad: pregrado Tiempo de residencia: apróx. 22 años, luego retorna a Chile por 9 años. Vuelve a BCN hace 6 años	50 años Lugar de origen: Santiago (capital) Estado marital previo a la relación: soltera. Sin hijos Escolaridad: Técnico profesional	Lugar en que se conocieron: Santiago, Chile Tipo de relación: matrimonio Tiempo: 15 años de matrimonio; + 1 año de novios Hijos/as: No

Fuente: Elaboración propia.

Tabla 7. Resumen de viajes desde país de residencia a país de origen y Resumen de visitas de familiares de cónyuge inmigrado desde país de origen a Barcelona, según datos entregados en entrevistas

Entrevistados/as	Año migración	Nº de viajes a la fecha de la última entrevista	Nº de viajes ambos miembros de la pareja	Tiempo promedio de estancia	Visitas de familiares desde país de origen		
					Nº	Nexo	Razón
Migración por estudios							
Carla	2010	4	1	1 mes	0	0	0
Carolina	2009	3	0		0	0	0
Francisca	2004	10 (una vez al año, en promedio)	4	5 a 6 semanas	9	Padre (3 veces) Madre (6 veces)	Matrimonio Nacimiento nieta Vacaciones
José	2005	6	1	3 semanas	5	Hermana (3) Padres (2)	Viaje de trabajo. Aprovecha de visitarlo para ver a las sobrinas. Abuelos han venido tras los nacimientos de sus nietas
Migración por amor							
Blanca	2009	6 (una vez al año, en promedio)	6	1 mes (mínimo)	2	Madre	Matrimonio Nacimiento de nieta
Graciela	2009	4 (una vez al año)	0	1 mes	0	0	0
Migración económica							
Carmen	2003	3 (cada 3, 5 años, en promedio)	2	1 mes mínimo (10 meses máximo)	0	0	0

Fuente: Elaboración Propia.

